

GEOGRAFÍA- LABERINTO DE PERFECTA SOLEDAD

Josefina Plá

76 BIBLIOTECA
BÁSICA
CANARIA

GEOGRAFÍA- LABERINTO DE PERFECTA SOLEDAD

Josefina Plá

76 BIBLIOTECA
BÁSICA
CANARIA

Presidente del Gobierno de Canarias

Fernando Clavijo Batlle

Consejería de Universidades, Ciencia e Innovación y Cultura

Migdalia María Machín Tavío

Viceconsejero de Cultura y Patrimonio Cultural

Horacio Umpiérrez Sánchez

Dirección General de Cultura y Patrimonio Cultural

Miguel Ángel Clavijo Redondo

Dirección General de Innovación Cultural e Industrias Creativas

Cristóbal de la Rosa Croissier

***Geografía-laberinto de
perfecta soledad***

© de la edición: Viceconsejería
de Cultura y Patrimonio
Cultural del Gobierno de
Canarias, 2026

© Josefina Plá

© de la edición literaria, estudio
preliminar, cronología y
glosario:
Ángeles Mateo del Pino,
2023-2026

Edición al cuidado de:
Katya Vázquez Schröder

1.ª edición: marzo de 2026
ISBN: 978-84-7947-653-3
Depósito legal: TF 131-2026

Impresión:
Cuarzo Libros

BIBLIOTECA BÁSICA CANARIA

Dirección

Victoriano Santana Sanjurjo

Consejo asesor

José Miguel Perera Santana
Paula Fernández Hernández
Katya Vázquez Schröder
Víctor Álamo de la Rosa

Equipo técnico

Instituto Canario de
Desarrollo Cultural

Diseño y maquetación

Sergio Hernández Peña

Reservados todos los derechos. No se permite la reproducción total o parcial de esta obra, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio (electrónico, mecánico, fotocopia, grabación u otros) sin autorización previa y por escrito de los titulares de los derechos de esta obra.

GEOGRAFÍA- LABERINTO DE PERFECTA SOLEDAD

Josefina Plá

Edición literaria, estudio
preliminar, cronología y glosario
Ángeles Mateo del Pino



**Gobierno
de Canarias**

Índice

Estudio preliminar	9
Bibliografía	25
Cronología.....	31
Glosario	39
Criterios de edición.....	75

Geografía-laberinto de perfecta soledad

1. Gustavo.....	83
2. Cayetana	92
3. Mandiyú.....	102
4. Maína	117
5. Cuidate del agua	130
6. Hay qu'arrelarse	140
7. El mirlo blanco	145
8. Ñandurié.....	152
9. Mascaritas.....	162
10. La mano en la tierra.....	172
11. Sesenta listas.....	184
12. La vitrola	198
13. Sisé	214
14. Siesta	226
15. La pierna de Severina	237
16. La niñera mágica.....	249
17. Adiós, doña Susana.....	259

18. La jornada de Pachi Achi.....	273
19. El canasto	295
20. Ña Remigia.....	303
21. Curuzú la novia.....	318
22. El espejo.....	325
23. A Caacupé	346
24. Mala idea	359
25. Jesús Meninho	368
26. La corona de la Virgen.....	378
27. El canasto de Serapio	388
28. Canta el gallo	404
29. Vaca retá	408
30. Tortillas de harina	421
31. Jamón cocido	430

Estudio preliminar

La vida en prosa o la cuentística de Josefina Plá

«Nunca olvidé que era canaria, y para más, mayorera. Pero nunca tampoco pude recordar cómo eran —cómo son— estas Canarias con cuyo barro se amasaron años párvulos míos. Todo lo que de ella podía evocar eran sueltas, breves imágenes: un par de camellos, terror de esa párvula; unas plantas de hojitas como dedos de ángeles, de diversos colores; un toro, invisible monstruo furioso del cual huíamos mi madre y yo a través de un campo sembrado cuyas plantas eran más altas que yo... Otras imágenes que de esta tierra tuviera, me las dibujaron ajenos labios nostálgicos. La isla de Lobos, donde nací, verruga en el mar de la epopeya definitiva en la conquista del planeta, es una estampa que me construyeron; como la de la tormenta que fue orquesta en el nacimiento, o la del charco con los pececillos “impescables” que pasó, con el tiempo, a ser para mí el símbolo del ser, perseguido y constantemente fugitivo en la poesía... Otras estampas más tarde me las dibujarían los li-

bros: los valles, paraísos de la fertilidad; las rocas como hongos telúricos moldeados por el fuego y el viento; el volcán señorial superviviente... De la historia de estas islas, la primera noticia, fabulada, la tuve a través de Calderón; cuando empezaba a granar mi curiosidad por su historia real, me vi abocada, sin buscarlo ni pretenderlo —femenino Colón en microscópica miniatura—, a descubrir por mi cuenta y riesgo y en compañía, “otro mundo al otro lado del mar”».

Asida al tallo de los vientos

Quien así habla es Josefina Plá (1903-1999), en un escrito fechado en Asunción del Paraguay en 1992, redactado expresamente para que formara parte, con el título «Si puede llamarse prólogo», de la primera antología poética que de ella publiqué en Canarias (Plá, 1995: 25-27). En este texto la autora se reconoce como una «majorera que nunca cantó su tierra», ni esta «encarnó en cuerpo escrito». Sin embargo, leyó algunas obras literarias que se gestaron en el ámbito insular —las de Tomás Morales, especialmente—, y al hacerlo sentía «como si el corazón quisiese otro lugar más adentro, o más afuera». Lecturas que desencadenaban «la nostalgia del mar, de la montaña, de los crepúsculos inverosímiles» y, sobre todo, una inmensa saudade por el Atlántico: «el mar que no tuve, pero que es, en todos mis secretos sueños, el más sediento espejo» (Plá, 1995: 26-27).

La vinculación de Josefina Plá con el espacio canario es fruto del azar. Su padre, procedente de Alicante, es enviado como torrero de faros a otear el horizonte desde Punta Martiño y a «llevar el diario loco de los atardeceres», tal como evoca la escritora en el poema «Amaste el mar» (Plá, 1984: 66). Por ello, ve la luz en la isla de Lobos y pasa su infancia acunada por los alisios y el canto de aves migratorias, gaviotas, hubaras y pardelas, entre arenas volcánicas y campos de lava, jugando con aulagas, uvillas de mar y siemprevivas. Acaso, alguna vez, espiada por una solitaria foca monje. Años en los que, rodeada de mar por todas partes, al igual que su coetánea Dulce María Loynaz (1902-1997), deviene «isla asida al tallo de los vientos...» (1993: 111).

Pronto el destino la arrancará de este espacio y la llevará a otro «lugar de lo arbitrario» (Kappler, 1986: 36), de nuevo una isla, pero esta vez tierra adentro. Casada con el artista paraguayo Andrés Campos Cervera (1888-1937), después conocido como Julián de la Herrería, se trasladará al «paraíso de Mahoma», tal y como llamó Martín del Barco Centenera a la ciudad de Asunción, en su poema histórico *La Argentina* o *La conquista del Río de la Plata* (II, v. 680). Desde su llegada se dedicará con ahínco a desentrañar la identidad paraguaya:

Me ocuparon, por épocas y turnos, la literatura como la plástica. Hice periodismo escrito y radial; escribí e inculqué teatro; hice y enseñé cerámica; tomé parte en cuanto movimiento constructivo en plástica o literatura tuvimos

en el país en esos años, [...] sólo la poesía fue fragua constante (Plá, 1995: 26).

Esta intensa labor la acompañará hasta el fin de sus días, junto a la tarea de escudriñar «largamente archivos para sacar a la luz algo de lo mucho que se había hecho y se había olvidado...». Al hacerlo descubre «—imborrable, decisiva— la huella hispánica».

Un ejemplo de esto último, y que la trae de nuevo a las *Fortunatae Insulae*, es la investigación que lleva a cabo sobre el ñandutí, considerado el símbolo de la artesanía paraguaya. Así, rastreando la estela de la inmigración canaria en el Paraguay, encuentra su impronta «en algo tan sutil como lo es el patrón de un encaje» (Plá, 1980: 616), el calado conocido como «sol de Tenerife». Ni los cronistas ni los historiadores hicieron referencia a él, por lo que es difícil —afirmará Josefina Plá— establecer en qué momento fijar la fecha en que este prendió en tierras guaraníes, aun cuando sostiene que habría que buscar su origen en alguna familia canaria llegada a fines del XVII o a otras venidas a principios o durante la primera mitad del XVIII (1980: 617 y 621). En una suerte de proyección, de fémina transterrada, comenta:

Que la mujer canaria, por escaso que fuese su número, y tal vez por esto mismo, trasladada de pronto a estas regiones tan diferentes de las suyas, solicitada por tantas dificultades y problemas como suponía la adaptación en aquellos tiempos, se diese a cultivar su encaje típico, es algo tan natural y lógico, que no

precisa comentario. Seguir realizando en país extraño una artesanía consustanciada con un modo regional es una manera de continuar sentimental, nostálgica y subconscientemente unido a lo que se ha dejado. Así esas mujeres canarias —no se precisaba fuesen muchas, repetimos, bastaría inclusive con sólo una— se encargarían de extenderlo localmente con su ejemplo: la belleza del encaje es de por sí misma un desafío (Plá, 1980: 621-622).

Lo más interesante de esta artesanía, como indica Josefina Plá, es la forma en que se ha consustanciado con el espíritu femenino local. Tal es así que se ha sostenido que es una creación indígena y en torno a ello se han elaborado diversas leyendas (Plá, 1980: 623-624). No obstante, aun cuando podamos considerarla representativa de lo paraguayo —su denominación guaraní parece resaltarlo, *ñandutí* ('tela de araña')—, se trata de un calado procedente de Tenerife,

que trasladado a estas latitudes, halla eco y resonancia sutil en el espíritu de la mujer del pueblo. Esta lo adopta como un lenguaje por mucho tiempo esperado, en el cual expresar añoranzas, sueños, soledad. [...] la mujer paraguaya acoge ese encaje como un mensaje inagotable y en él deposita su ansia de transfiguración, de sublimación, que es la poesía. Son muchos los signos de la españolidad en esta tierra que se enorgullece de su carácter

mestizo. Pero si hubiese que elegir uno que sea logotipo de esa espiritual dualidad floreciendo integrada, yo elegiría una mantilla de ñandutí (Plá, 1980: 633).

Toda la escritura de Josefina Plá está signada por ese país de destino que eligió por amor, «otro mundo al otro lado del mar». Pese a esto, su condición insular, y por ende marina, se hace presente a través de su poesía. El mar Atlántico será recurrente; a él vincula lo perdido —paisaje natal, infancia, familia...—, aunque lo recupera al transformarlo en materia poética, en imagen especular: «que es, en todos mis secretos sueños, el más sediento espejo». Una muestra de ello se aprecia en la pequeña antología que hice en 2003, *El verde dios desnudo*, cuya intención era recoger algunos poemas de Josefina Plá que recreasen el espacio y el tiempo entre islas, sin duda, donde se forjaron sus primeras ensoñaciones. Acaso donde nacieron sus ansias poéticas. No olvidemos que la charca, ubicada bajo el faro donde habitó, aquella de los pececillos «impescables», devino «símbolo del ser, perseguido y constantemente fugitivo en la poesía...». Poesía que recrea, fugaz, aquel tiempo original. Ceremonia ritual o eternidad del instante.

Ser mujer y morir en el intento

Si durante mucho tiempo a Josefina Plá se la ha conocido principalmente como poeta, lo cual no quiere decir que se hayan ignorado sus logros en otros ámbitos —teatro, narrativa, arte, historia, periodismo,

docencia...—, en los últimos años se advierte por parte de la crítica una mayor preocupación hacia su obra narrativa. En realidad, se trata de un corpus constituido por cuentos, pues su única «novela», *Alguien muere en San Onofre de Cuarumí* (1984), es en verdad un relato configurado a partir de una serie de episodios sobre la posguerra contra la Triple Alianza (1864-1870), escrito en colaboración con Ángel Pérez Pardella. A excepción de un libro, *La mano en la tierra* (1963), sus cuentos se publicaron en volúmenes aparecidos mayoritariamente en los años ochenta: *El espejo y el canasto* (1981), *La pierna de Severina* (1983) y *La muralla robada* (1989). También en esta década se da a conocer *Maravillas de unas villas* (1988), que responde a otro registro igualmente cultivado por la autora, la literatura infantil o «relatos para la humanidad joven», al decir de Augusto Roa Bastos (2002: 51). A este género pertenece *Los animales blancos y otros cuentos* (2002), que reúne una serie de narraciones inéditas, salvo algunas excepciones, que me fueron entregadas por la propia autora y cuya edición se materializó después de su fallecimiento.

Uno de los motivos de los que más se lamentaba Josefina Plá (1981: 11) era que su obra narrativa se hubiera dado a conocer a destiempo y, por lo tanto, esto evitó que pudiera ser ubicada en su corriente, en el contexto estético en el que nació. Si observamos las fechas de escritura de sus relatos, advertimos que el arco temporal que los acoge va desde la década del veinte hasta la del ochenta. Sus primeros cuentos están fechados en 1926. Aunque no aparecieron en volúmenes, sí lo hicieron en revistas y diarios; los

últimos en 1984, aunque los infantiles recorrerán la década del noventa a través de periódicos y semanarios paraguayos. Además, resulta pertinente destacar que la narrativa es una de las maneras que tiene para expresarse —no la única— y que esta corresponde a ciertas temporadas, de ahí que se observe una preferencia por la cuentística en algunas épocas, sobre todo en los años cincuenta. En las «Acotaciones temporales» que figuran en *La pierna de Severina*, la escritora refiere que el lapso transcurrido entre el «nacimiento» y la publicación de sus textos hace necesaria una contextualización. Todos ellos tienen «su punto de arranque directo en la realidad de un día u otro», lo que justifica que los denomine de «nacimiento local» o «rebotes de vivencias locales» (Plá, 1983: 5). Como apreciaremos en la selección, gran parte de ellos remite o bien a la Colonia, a la Guerra contra la Triple Alianza (1864-1870) —en particular a la posguerra—, a la contienda del Chaco (1932-1935) o a la Guerra Civil (1947). Sin embargo, el anclaje de estos textos al ámbito paraguayo no les resta universalidad; son universales en su «humana raíz», en cuanto trascienden lo local y logran una dimensión social mayor.

Esta preferencia por lo circundante adquiere sobre todo rostro de mujer y una inclinación hacia lo dramático. En palabras de la escritora, sus protagonistas, por lo general heroínas pobres, «firman su sentencia de muerte en un porcentaje impresionante». Al querer dar una explicación, afirmará que la realidad no es menos compasiva (Plá, 1981: 10). En la presentación que hace Graziella Corvarán a un vo-

lumen que Josefina Plá compila en los años ochenta, *En la piel de la mujer. Experiencias* (1987), una serie de entrevistas realizadas a mujeres de diversa índole (maestra, lavandera, campesina, prostituta...), la investigadora se pregunta: «¿Y dónde está la felicidad?, ¿es que Josefina no sabe que también hay mujeres felices?» (1987: 7). Las hay, sin duda, pero la autora se decanta por la existencia de una feminidad relegada y, acaso por lo mismo, de mujeres populares e indígenas, habitantes de áreas rurales.

He aquí dos de las claves esenciales de su cuentística: realidad y mujer. En palabras de Francisco Pérez Maricevich, Josefina Plá presenta «una lúcida conciencia configuradora de los elementos y segmentos significativos de la realidad que enfoca» (1981: 7). O bien, apunta José-Luis Appleyard, su indagación de la realidad es siempre «un mirar hacia [el] fondo de las cosas y de las almas para ofrecer no un himno a la belleza ni a la felicidad, sino a la vida misma, con sus más sombras que luces» (1983: 3). De hecho, la propia autora ha reconocido en más de una ocasión su particular interés por la mujer del ámbito paraguayo, el deseo de «penetrar en su mundo, igual y distinto a la vez de los mundos de otros pueblos; como son iguales y distintas las auroras y atardeceres de cada tierra, aunque el sol es el mismo» (Plá, 1989: 6). Pasión que se refleja no solo en su producción literaria, sino también en sus investigaciones históricas, sociológicas y artísticas, recopiladas en volúmenes de diversas índoles. Muchas de las protagonistas de su obra narrativa han sido de carne y hueso, aunque pasadas por el tamiz de la creación literaria «no sabrían

reconocerse a sí mismas, salvo en lejana anécdota». Así, para marcar distancias entre realidad y ficción, la escritora recalca que «toda semejanza es puramente casual», «es simple coincidencia» (Plá, 1983: 5-6).

Sus mujeres, que bien podrían calificarse de «expulsadas de la vida», son «islas» en sí mismas, símbolos perfectos de soledad. A esta imagen hace referencia Juan Eduardo Cirlot, cuando al analizar la figura de Calipso, reina insular y deidad funeraria, vincula míticamente la isla con la muerte y con lo femenino. De este modo, por contraposición e identidad, asevera que, al igual que se establece una ecuación entre el monstruo y el héroe, acaso podría fijarse otra entre la isla y la mujer (Cirlot, 1998: 263). Mujeres-islas que, en el caso de la historia paraguaya, cobran un relevante papel en la construcción y reconstrucción del país, aunque no hayan sido justamente valoradas, al aceptarse que su sacrificio —resignación silenciosa— es parte de su condición, esencia o «eterno femenino», lo que ha reforzado su exclusión histórica como sujetos de la acción. No obstante, Josefina Plá reivindica su protagonismo en los siguientes términos:

Esta es la mujer que sirvió del todo al español. La madre de los mancebos de la tierra: la fundadora del mestizaje. La mujer de la Residenta. La que reconstruyó la patria. La mujer que sembró y recogió cosechas durante la guerra del Chaco. [...] Que son sólo principio y parte de una epopeya increíble. Ahí está, tal cual nos la devuelven la historia, el tiempo, el hombre que de ella viene, pero no va hacia ella, sino

para abusar de ella. La madre abandonada del hombre y hasta hace poco también de la ley; despojada de sus hijos en las guerras por la patria, pero también en las montoneras y las guerras internas fratricidas (1986: 7).

La mujer ha desempeñado un rol importante desde la Colonia, como se aprecia en la narrativa de Josefina Plá, especialmente en el cuento «La mano en la tierra». Aunque quizá se haga más evidente la actuación femenina durante la llamada Guerra Grande o contra la Triple Alianza (1864-1870), proceso bélico que enfrentó a Paraguay contra Argentina, Brasil y Uruguay, provocando un enorme descenso demográfico, con la desaparición del 90 % de la población paraguaya masculina adulta. Las personas supervivientes, en su mayoría mujeres, ancianos e infantes, se vieron obligadas a abandonar sus hogares y a seguir los pasos del ejército en su retirada hacia el norte del país: «Fue la estrategia de *tierra asolada*, que dio lugar a la llamada *Residenta*» (Plá, 1980: 625-626). Este último término alude a aquellas mujeres que ocuparon los nuevos lugares de residencia que se les había asignado. Como se percibe en los cuentos, Josefina Plá relata ese éxodo forzoso de la posguerra y cómo las residentes atendían las necesidades del ejército, empuñaban las armas y repoblaban el país. Un ejemplo paradigmático se halla en «El canasto de Serapio», cuyo argumento procede de *Alguien muere en San Onofre de Cuarumí*. Pese a esta implicación femenina, como enfatiza Elena Poniatowska en su libro *Las soldaderas* (1999), «cuando se busca defi-

nir la participación de las mujeres en las contiendas armadas, nunca se las vincula con imágenes míticas o legendarias [...], sino que se disminuye su intervención al grado de considerarlas simples criadas de los soldados» (1999: 21). En Paraguay se resaltará sobre todo el poder simbólico de la «madre sacrificada» como encarnación de los valores nacionales, tal como hará Ignacio A. Pane en su poema «La mujer paraguaya» (1899).

Una de las constantes en la cuentística de Josefina Plá es poner de manifiesto el sistema patriarcal, la supremacía masculina y la violencia que el hombre ejerce sobre la mujer, lo que revela la construcción sociocultural de las diferencias sexuales, los roles y atributos de género. Según Marilyn Godoy Zio-gas (1986: 22), en Paraguay se advierten distintas formas de dominación, desde los maltratos físicos y psicológicos a la imposición del acto sexual; desde el abandono del hogar a la violación sexual y al incesto; de todas ellas dará puntual cuenta nuestra autora. En su narrativa, la mujer, lejos de ser valorada como «sujeto», deviene objeto, pretexto, para satisfacer deseos sexuales, procrear y encargarse del trabajo doméstico; una «subalterna», diría Gayatri Chakravorty Spivak. La maternidad es el único dominio que le pertenece, pues la responsabilidad de la descendencia es exclusivamente suya. Esta idea gravita en los escritos de Josefina Plá, incluso más allá de su narrativa, como se observa en la investigación sobre el ñandutí, ya que después de dejar bien claro que su procedencia canaria está fuera de toda duda, refiere que dicha labor es representativa de lo

femenino paraguayo y, para ejemplificarlo, trae a colación la maternidad:

La araña que teje su tela en perfecta soledad para amparar, proteger y alimentar su prole, halla en él su paradigma, y la propia mujer paraguaya, «padre y madre de sus hijos», [...] duplica la imagen. Pocas mujeres hispanoamericanas podrán ofrecer más copioso caudal de homenajes verbales —poesía y prosa— a ella dedicado por el varón de su país. Pero tampoco quizá otra más sola que ella en los trances cruciales de la vida (1980: 627).

A esta misma expresión o sentimiento de orfandad volverá posteriormente *En la piel de la mujer*, cuando señala que las féminas paraguayas son «madre y padre de sus hijos —tan pobres, que ni siquiera sueños tuvieron—» (1987: 17). Una realidad que se sigue visibilizando en la actualidad, pues, según los datos del Instituto Nacional de Estadísticas de Paraguay relativos a 2020, la pobreza afecta al 27 % de las mujeres y el 37 % de los hogares son mantenidos por madres solteras: 703.000 familias. Lo que ha hecho que se le considere el país «de las madres solas» o «de padres indiferentes».

Más arriba usé la expresión *mujer-isla* como símbolo de soledad. Quisiera ahora detenerme en ella. Una vez más me interesa conectar a las mujeres que transitan los cuentos de Josefina Plá con aquellas otras que habitan la realidad; al fin y al cabo, son la misma esencia; pero también deseo vincular la vida

con la urdimbre del ñandutí. No en vano, nuestra autora lo definió como «la geografía-laberinto de la perfecta soledad», imago de la que me he servido para dar título a esta antología. Esa araña tejedora, mujer y *Chronos* a la vez, en su ronda cotidiana va tramando su espiral. En las culturas prehispánicas, como la maya, la araña representa la «eterna tejedora del velo de las ilusiones» (Cirlot, 1998: 77). Ilusiones o proyecciones de sí, pues esta mujer-araña, como advierte nuestra autora, «en el subconsciente [...] diseña[n] su perfecta identidad» (Plá, 1980: 628). Así, como alegoría del «sacrificio continuo», urde su destino y, a través de su descendencia, otros destinos. El ñandutí se convierte de este modo en un medio, en una especie de peregrinaje en busca de un centro, como sucede con los laberintos. No es casual, de nuevo apunta Cirlot (1998, p. 266), que el laberinto simbolice el inconsciente, y que exista una relación entre este y los hilos. El laberinto viene a ser el nudo que debe ser desatado; deshacerlo implica el hallazgo del centro. Desde esta perspectiva, el mundo —orbe paraguayo— deviene laberinto, lo que comporta igualmente un sentimiento de extravío. Como recuerda Josefina Plá, parafraseando al crítico rioplatense Alberto Zum Felde, este país «ha vivido siempre la tragedia agónica de su propia geografía» (Plá, 1972: 5-6). De esta forma, las mujeres paraguayas, al igual que los calados en los que se proyectan, se configuran como laberintos de perfecta soledad.

Sin duda, en esta imagen resuenan los ecos de Octavio Paz y de su ensayo *El laberinto de la soledad* (1950), al que volvió en *Postdata* (1970) y en *Vuelta*

a *El laberinto de la soledad* (1979). Si bien en esta obra se dedicó a desentrañar la identidad mexicana, algunas de sus observaciones atañen igualmente a otros pueblos, particularmente sus reflexiones sobre las mujeres:

En un mundo hecho a la imagen de los hombres, la mujer es sólo un reflejo de la voluntad y querer masculinos. Pasiva, se convierte en diosa, amada, ser que encarna los elementos estables y antiguos del universo: la tierra, madre y virgen; activa, es siempre función, medio, canal. La feminidad nunca es un fin en sí mismo, como lo es la hombría (Paz, 1998: 13).

Paz pone énfasis en esa idea de la mujer sufrida o «encallecida a fuerza de sufrir»; incluso sostiene que «una persona ‘sufrida’ es menos sensible al dolor que las que apenas si han sido tocadas por la adversidad» (1998: 14). Sufrimiento que de nuevo conecta con la soledad, con ese sentimiento de carencia, nostalgia y desamparo y, por lo mismo, en búsqueda constante de comunión. Pero la comunión parece ser solo un espejismo, experiencia del vacío y la orfandad, como les acontece a las mujeres de Josefina Plá, abocadas sin remedio a nacer y morir solas:

La soledad es una pena, esto es, una condena y una expiación. Es un castigo, pero también una promesa del fin de nuestro exilio. Toda vida está habitada por esta dialéctica. Nacer y morir son experiencias de soledad (Paz, 1998: 82).

Como señalé más arriba, el rostro de mujer que Josefina Plá proyecta a través de su narrativa es siempre dramático. Si, como decía la autora, la realidad no es compasiva, ella tampoco lo será. Su cuentística no hace más que poner de relieve determinados imaginarios, así como las múltiples discriminaciones a las que ha sido sometida la mujer por imperativos socioculturales: «un consenso social generalizado acerca de lo que la mujer ‘debe ser’ en función de las exigencias del otro sexo» (Plá, 1987: 18). El largo período que nos ofrece nos obliga a transitar desde la Colonia hasta la contemporaneidad, aunque muestra preferencia por la posguerra de 1870. La intención no es otra que evidenciar lo que supuso, especialmente para la mujer, la resurrección trabajosa de un pueblo tras la gran tragedia nacional (Plá, 1984: 8). Mujeres en la historia y haciendo Historia, este es el sentido homenaje que Josefina Plá brinda a sus pares.

Bibliografía

De Josefina Plá

- 1963: *La mano en la tierra*. Asunción: Alcor.
- 1972: *Literatura paraguaya del siglo XX*. Asunción: Ediciones Comuneros.
- 1980: «Prosapia y magia del ñandutí», *Anuario de Estudios Atlánticos*. N.º 26. Cabildo de Gran Canaria, pp. 615-633.
- 1981: *El espejo y el canasto*. Asunción: Ediciones NAPA.
- 1983: *La pierna de Severina*. Asunción: El Lector.
- 1984: «Amaste el mar». *Cambiar sueños por sombras*. Asunción: Alcándara Editora, p. 66.
- 1984: junto con Ángel Pérez Pardella. *Alguien muere en San Onofre de Cuarumí*. Asunción: Zenda.
- 1986: «Una opinión», Marilyn Godoy Ziogas, Olga Caballero Aquino y Manuelita Escobar. *Pintadas por sí mismas. Historia de diez vidas*. Asunción: Intercontinental Editora, pp. 7-11.
- 1987: *En la piel de la mujer. Experiencias*. Asunción: Grupo de Estudios de la Mujer Paraguaya.

- 1988: *Maravillas de unas villas*. Asunción: Casa de la Cultura.
- 1989: *La muralla robada*. Asunción: Universidad Católica.
- 1995: «Si puede llamarse prólogo», *Latido y tortura*. Selección poética. Puerto del Rosario: Servicio de Publicaciones del Cabildo Insular de Fuerteventura, pp. 25-27. Edición, introducción, notas y bibliografía de Ángeles Mateo del Pino.
- 2000: *Sueños para contar. Cuentos para soñar*. Puerto del Rosario: Servicio de Publicaciones del Excmo. Cabildo Insular de Fuerteventura. Edición, introducción, notas y bibliografía de Ángeles Mateo del Pino.
- 2002: *Los animales blancos y otros cuentos*. Santiago de Chile: LOM Ediciones. Edición, introducción, notas y bibliografía de Ángeles Mateo del Pino. Prefacio de Augusto Roa Bastos.
- 2002: *Calendario de desengaños*. Santiago de Chile: LOM Ediciones. Selección, introducción y glosario de términos de Ángeles Mateo del Pino.
- 2003: *El verde dios desnudo*. Puerto del Rosario: Cabildo de Fuerteventura. Consejería de Educación y Cultura. Selección e introducción de Ángeles Mateo del Pino.

Bibliografía general

- Anzaldúa, Gloria (2016). «Cómo domar una lengua salvaje», *Borderlands/La Frontera: The New Mestiza*. Madrid: Capitán Swing Libros, pp. 103-133. Traducción de Carmen Valle Simón.

- Appleyard, José-Luis (1983). «Breve pórtico», *La pier-
na de Severina*. Asunción: El Lector, p. 3.
- Asociación de Academias de la Lengua Española
(ASALE) (2010). *Diccionario de americanismos*.
- Barco Centenera, Martín del (1854). «La Argentina o
La conquista del Río de la Plata. Poema histórico»,
*Historia de Argentina: desde el descubrimiento,
población y conquista de las provincias del Río de
La Plata hasta nuestros días*. Tomo III. Buenos
Aires: Imprenta de la «Revista». Disponible en
Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes (2001).
- Cirlot, Juan Eduardo (1998). *Diccionario de símbolos*.
Barcelona: Círculo de Lectores.
- Corvalán, Graziella (1987). «Presentación», *En la piel
de la mujer. Experiencias*. Asunción: Grupo de
Estudios de la Mujer Paraguaya, pp. 7-13.
- Escobar, Raúl Tomás (1986). *Diccionario del hampa
y del delito*. Buenos Aires: Editorial Universidad.
- Gobello, José (1982). *Diccionario lunfardo*. Buenos
Aires: Peña Lillo Editor.
- Godoy Ziogas, Marilyn (1986). «Prólogo», Marilyn
Godoy Ziogas, Olga Caballero Aquino y Manue-
lita Escobar. *Pintadas por sí mismas. Historia de
diez vidas*. Asunción: Intercontinental Editora,
pp. 17-31.
- Guasch, Antonio y Diego Ortiz (1986). *Diccionario
castellano-guaraní. Guaraní-castellano. Sintáctico,
fraseológico e ideológico*. Asunción: Centro de Es-
tudios Paraguayos Antonio Guasch (C.E.P.A.G.).
- Kappler, Claude (1986). «La cosmografía y lo imagi-
nario», *Monstruos, demonios y maravillas a fines*

- de la Edad Media*. Madrid: Akal, pp. 15-46. Traducción de Julio Rodríguez Puértolas.
- Loynaz, Dulce María (1993). «Isla», *Antología lírica*. Madrid: Espasa Calpe, p. 111. Edición de María Asunción Mateo.
- Mateo del Pino, Ángeles (2000). «Introducción», *Josefina Plá. Sueños para contar. Cuentos para soñar*. Puerto del Rosario: Servicio de Publicaciones del Excmo. Cabildo Insular de Fuerteventura, pp. 11-36. Edición, introducción, notas y bibliografía de Ángeles Mateo del Pino.
- Mateo del Pino, Ángeles (2002). «Introducción», *Josefina Plá. Los animales blancos y otros cuentos*. Santiago de Chile: LOM Ediciones, pp. 7-47. Edición, introducción, notas y bibliografía de Ángeles Mateo del Pino. Prefacio de Augusto Roa Bastos.
- Mateo del Pino, Ángeles (2023). «Un caracol insomne en la memoria». Josefina Plá. *Memoria entretejida de rostros y de sueños*. Poesía y prosa de Josefina Plá. Santa Cruz de Tenerife/Las Palmas de Gran Canaria: Consejería de Universidades, Ciencia e Innovación y Cultura, Gobierno de Canarias, Biblioteca Atlántica, n.º 18, pp. 7-45. Edición, Introducción y Bibliografía de Ángeles Mateo del Pino.
- Paz, Octavio (1998). *El laberinto de la soledad, Postdata y Vuelta a El laberinto de la soledad*. Madrid: Fondo de Cultura Económica.
- Pérez Maricevich, Francisco (1981). «Comentario», Josefina Plá. *El espejo y el canasto*. Asunción: Ediciones NAPA, pp. 5-7.

- Poniatowska, Elena (1999). *Las soldaderas*. México, D.F.: Ediciones Era/Conaculta/Instituto Nacional de Antropología e Historia [INAH].
- Roa Bastos, Augusto (2002). «Josefina Plá, autora de relatos para la humanidad joven», Josefina Plá. *Los animales blancos y otros cuentos*. Santiago de Chile: LOM Ediciones, pp. 51-54. Edición, introducción, notas y bibliografía de Ángeles Mateo del Pino.
- Spivak, Gayatri Chakravorty (1998). «¿Puede hablar el sujeto subalterno?», *Orbis Tertius*. N.º 3(6). Universidad Nacional de La Plata, pp. 175-235. Traducción de José Amícola.
- [Sin autoría declarada] «El 37 % de hogares paraguayos son mantenidos por madres solteras y cada vez son más», *Última hora*, edición del 18 de noviembre de 2021.

Cronología

1903. Nace el 9 de noviembre en la isla de Lobos, Fuerteventura. En las islas Canarias transcurren los primeros años de su vida.

1908-1919. Su padre, torrero de faros, es trasladado a la Península. La niñez y la adolescencia de Josefina Plá transcurren en Guipúzcoa, Almería, Murcia, Alicante y Valencia. Estudia en el colegio de la Inmaculada Concepción de San Sebastián.

1920-1925. Cursa estudios de Bachiller Comercial y algunos cursos de Magisterio. En Villajoyosa (Alicante) conoce al ceramista paraguayo Andrés Campos Cervera (1888-1937), quien más tarde firmaría como Julián de la Herrería. Después de una relación epistolar, se celebra la boda por poderes.

1926-1930. Josefina Plá pone rumbo a Paraguay un seis de enero, adonde llega un primero de febrero. Después de un tiempo se establece en Asunción. Junto al esposo, aprende el oficio de ceramista, muestra sus grabados en linóleo y realiza su pri-

mera exposición junto a Campos Cervera. Además, colabora con la revista literaria *Juventud*, se inicia como redactora periodística, columnista y corresponsal en periódicos, y en la radio como la primera mujer locutora. La pareja regresa a España. Tras visitar a amistades y familiares, se establece de nuevo en Manises.

1931-1935. De vuelta en Paraguay, estalla la Guerra del Chaco (1932-1935). Josefina continúa con su labor periodística y junto a Roque Centurión Miranda se embarca en la tarea de impulsar un teatro nacional. Publica su primer poemario, *El precio de los sueños*. El matrimonio retorna a España, se instala en Manises, donde prosigue los trabajos de cerámica.

1936-1940. En plena Guerra Civil española, enferma y muere el marido. Después de vender sus pertenencias personales y algunos impedimentos burocráticos, Josefina Plá regresa a Paraguay. De nuevo en el país, retoma su labor en los medios y en el teatro, creando junto a Centurión Miranda el primer diario radiofónico de Paraguay, PROAL (Pro Arte y Literatura). Sus cuentos infantiles son leídos en Radio La Capital. Nace su hijo Ariel Tabaré Plá.

1941-1945. Josefina Plá forma parte del cenáculo literario Vy'a raity ('Nido de alegría'), vinculado al Grupo del 40. Colabora en diarios y revistas de Asunción y en programas de radio, donde sigue

dando a conocer sus cuentos infantiles. Junto a intelectuales, escritores y escritoras de la época integra el PEN Club de Paraguay.

1946-1950. Dirige la serie radiofónica *La Mujer frente a la Vida*. Directora y docente de cerámica en el Centro Cultural Paraguayo-Americano (CCPA), realiza exposiciones de cerámica en diversas salas de Asunción. Imparte clases en la Escuela Municipal de Arte Escénico, fundada por ella y Roque Centurión Miranda. Traduce para el alumnado de la Escuela obras de Paul Morand, Luigi Pirandello y Sacha Guitry, entre otras.

1951-1955. Sigue colaborando en la prensa e inicia investigaciones sobre temas históricos en los Archivos y Bibliotecas Nacionales. Expone sus obras en Río de Janeiro, donde recibe el Diploma de Honor del VI Salón de Artes Plásticas, São Paulo y Montevideo. Josefina Plá se convierte en una figura clave en la renovación cultural y artística del Paraguay, formando parte del Grupo Arte Nuevo. Asume el poder como presidente *de facto* Alfredo Stroessner (1954-1989).

1956-1960. Gracias a una beca del Instituto de Cultura Hispánica viaja a España con el objeto de retornar al Paraguay la colección de cerámica de Julián de la Herrería, almacenada en el Museo de Bellas Artes de Valencia. Expone piezas cerámicas en Barcelona y en la IV Bienal de São Paulo, donde obtiene el premio ARNO, y es invitada a integrar

el jurado en las siguientes ediciones (1959, 1961 y 1963). Crea el Grupo de Teatro Debate El Galpón y colabora con la revista *Alcor*. En 1959 funda en Asunción el Museo Julián de la Herrería, reconocido por la UNESCO. Publica el poemario *La raíz y la aurora*.

1961-1965. Continúa impartiendo docencia en la Escuela Municipal de Arte Escénico. Constituye parte del jurado del Concurso de Narrativa del Ateneo Paraguayo. Viaja a Estados Unidos, donde participa en la IX Exposición Internacional de Cerámica (Washington) y dicta conferencias en centros académicos. Organiza una exposición retrospectiva sobre el arte moderno paraguayo. Recibe el Premio Lavorel, en reconocimiento a su labor cultural en Paraguay. Se desempeña como profesora de Literatura en el Instituto Paraguayo. Viaja a Génova (Italia), donde participa en el congreso de la Comunidad Latinoamericana de Escritores, junto a reconocidos autores y autoras de América Latina. Publica los poemarios *Rostros en el agua* e *Invención de la muerte* y la colección de cuentos *La mano en la tierra*.

1966-1970. Se encarga de la Página Cultural de la Revista *Comunidad*, donde publica cuentos y poemas. Recibe los dos primeros premios del Concurso de Cuentos organizado por el diario *La Tribuna*. Docente e investigadora en la Universidad Católica Nuestra Señora de la Asunción.

Publica los poemarios *Satélites oscuros*, *El polvo enamorado* y *Desnudo día*.

1971-1975. Viaja a Madrid, donde imparte conferencias en el Instituto de Cultura Hispánica. Coordinadora de la revista literaria *Signos*. Funda la sección paraguaya de la Asociación Internacional de Críticos de Arte (AICA). Colabora en la radio con programas de arte y cultura. Continúa con sus investigaciones en Historia y Crítica literaria. Expone sus cerámicas en el *hall* del Banco de la Nación Argentina. Publica el poemario *Luz negra*.

1976-1980. Es distinguida con la Medalla del Bicentenario de la Independencia de los EE. UU. Nombrada Mujer del Año en Paraguay y Dama de la Orden Isabel La Católica por parte del gobierno español. Dicta cursos sobre teatro en el Centro Cultural Español Juan de Salazar. Redactora del Suplemento Cultural del diario *ABC Color*. Se realiza la exposición homenaje a sus «50 años de creación y pensamiento» en la Galería Artesanos. Publica *Antología poética* (1927/1977).

1981-1985. Doctora Honoris Causa de la Universidad Nacional de Asunción. Miembro de Número de la Academia Paraguaya de la Historia. Miembro de la Sociedad de Escritores del Paraguay y Miembro honorífico de la Sociedad Argentina de Autores (SADE). Traductora de narrativa y poesía del inglés, del francés y del portugués para diversas editoriales argentinas y para la prensa local. Su

poemario *Los treinta mil ausentes: elegía a los caídos del Chaco* recibe el primer premio del concurso organizado por el Unión Club con motivo del cincuentenario de la Guerra del Chaco. Publica los poemarios *Follaje del tiempo*, *Tiempo y tiniebla*, *Cambiar sueños por sombras* y la antología *La nave del olvido. Poemas (1948-1983)*. Ve la luz las colecciones de cuentos *El espejo y el canasto*, *La pierna de Severina* y la *nouvelle* *Alguien muere en San Onofre de Cuarumí*, escrita en colaboración con Ángel Pérez Pardella.

1986-1990. Inicia sus columnas en el Correo semanal de *Última Hora* y en el diario *Hoy*. Miembro correspondiente de la Academia Colombiana de Historia. Miembro correspondiente de la Real Academia de la Historia en España. Recibe, de la Academia Francesa, el Premio Mottart de Literatura. Participa, en calidad de presidenta de la sección local del AICA, en el Congreso de la Asociación Internacional de Críticos de Arte en Buenos Aires. Dona la colección del Museo Julián de la Herrería al Gobierno español. El Centro de Artes Visuales Museo del Barro inaugura la Sala Josefina Plá. Alfredo Stroessner es derrocado y asume la presidencia el general Andrés Rodríguez. El nuevo gobierno paraguayo le asigna una pensión vitalicia. Publica el poemario *La llama y la arena*, la colección de cuentos *La Muralla robada* y los cuentos infantiles *Maravillas de unas villas*.

1991-1995. Recibe el Premio del Secretariado Internacional de Juristas para la Amnistía y la Democracia en Paraguay (SIJADEP-ONU), por su trabajo en favor de los Derechos Humanos. Se inaugura la primera exposición permanente en el Centro Cultural de España Juan de Salazar en Asunción. Obtiene la medalla de oro de las Bellas Artes de España. Se publica en Canarias la primera antología poética de su obra, *Latido y tortura*, con un prólogo de Josefina Plá.

1996-1999. Fallece el 11 de enero en Asunción.

Glosario

Abatí socá: (del guaraní avati: maíz; soka: palo para majar) palo o mano de mortero (majamaíz).

Acá-peró-bolero: (del guaraní akâ: cabeza; akâperô, hisp.: calvo, calvicie; bolero: bola –coloq.– cabeza) de cabeza pelada como una bola.

Acapeté: (del guaraní akâ: cabeza; [ai]pete: pegar) golpe en la cabeza, capón, colleja.

Acopiador: intermediario que comercia comprando mercancías, generalmente agrícolas, para revenderlas.

Afilar: (del lunfardo) cortejar, galantear, requebrar.
// Mantener un diálogo amoroso. // Engatusar, halagar.

Agarrar viaje: aceptar alguien una propuesta.

Agosto poty: (del guaraní poty) flor de agosto, planta de uso medicinal que, en el área guaranítica, especialmente en Paraguay y en el nordeste argentino, se usa para preparar el Carrulim, mezcla de caña, ruda y limón. Este brebaje tradicional se ingiere cada 1 de agosto para purificar la sangre y atraer la buena suerte.

Aguazal: gran cantidad de agua.

Aloja: bebida refrescante a base de fruta —principalmente limón— o hierbas, agua, bastante hielo que se endulza con miel de caña.

Ambigú: comida nocturna que se sirve en las fiestas.

Amenazo: amenaza, especialmente de lluvias o tormentas.

ANDE: Administración Nacional de Electricidad.

Angá, nga: (del guaraní *anga, nga*) pobrecito, infeliz.

Angá: (interj.) se usa para expresar compasión o conmiseración, *Ay che yara angá*: ¡Ay mi dios!

Anina: (del guaraní *ani*: prefijo de imperativo -no-; *na*: es parte de la negación) no, expresa rechazo.

Anivena o anivéna: (del guaraní *ani*: prefijo de imperativo -no-) no, ya basta. *Anivéna nde pochy*: no te enojas.

Anivere: (variante de *anivena*). *Anivere penati*: no te hagas pena, no te preocupes.

Anófeles: género de mosquito que habita en prácticamente todo el mundo, con especial intensidad en las zonas templadas, tropicales y subtropicales.

Anquilostoma: (zool.) gusano parásito del ser humano, de color blanco o rosado, de 10 a 18 mm de longitud y menos de un milímetro de diámetro.

Añá: (del guaraní *aña*) diabla, demonio.

Añamemby: (del guaraní *aña*: diabla; *memby*: hijo) hijo de la diabla, hijo del demonio.

Ape: (del guaraní *ape*) superficie, corteza, cubierta, dorso, espalda.

Apycá: (del guaraní *apyka*) asiento.

Apyterao: (del guaraní *apyterao*) rodete, almohadilla para llevar la carga sobre la cabeza.

Arasá: (del guaraní arasa y arasa'a) guayabo (árbol) y guayaba (fruto).

Arecó: (del guaraní are: tardar; ko: bien) tardanza, *are porã*: buen rato.

Argel: (arhel [hisp.]) referido a persona, que no tiene gracia ni inspira simpatía. Antipática, sosa, molesta.

Aro: pendiente que se lleva en la oreja.

Atorrante: (del lunfardo) referido a persona, que anda de una parte a otra sin oficio.

Ayjuelete: (del guaraní ahayhu: querer, amar, estimar; ete: sufijo de superlativo) ¡cuánto te quiero!

Ayépa: (del guaraní ajépa) ¿no es verdad?

Ayolas, Juan de: conquistador español (Briviesca, Burgos ca. 1510-Chaco 1538) que participó en la expedición de Pedro de Mendoza al Río de la Plata (1535) como alguacil mayor y mayordomo. Asistió a la primera fundación de Nuestra Señora Santa María del Buen Ayre (1536). Decidió atravesar el Chaco y llegar hasta la región de Charcas. Más tarde regresó a Candelaria —fortificación fundada por Ayolas (1537) en el río Paraguay—, la encontró abandonada; fue atacado por los paguaes, quienes lo mataron como a la mayoría de sus hombres.

Batahola: bulla, ruido grande.

Bife: (apóc. del inglés beefsteak, de beef: carne de vacuno; steak: lonja, tajada). Filete de carne de vacuno. // Bofetada.

Boíte: (del francés boîte) establecimiento en el que se escucha y se baila música grabada, y donde se pueden consumir bebidas.

Bolero o balero: boliche, juguete de madera compuesto de una bola con un agujero que va unida, por un cordón, a un palito afilado que sirve de empuñadura. // (coloq.) cabeza.

Boliche: establecimiento comercial o industrial de poca importancia, especialmente el que se dedica al despacho y consumo de bebidas y comestibles.

Bombacha: prenda interior femenina que cubre la parte del cuerpo comprendida entre la cintura y el comienzo de los muslos. // Pantalón largo y ancho, ceñido a los tobillos, que constituye parte de la indumentaria del hombre del campo.

Bombasí: tela gruesa de algodón.

Bombilla: utensilio en forma de tubo a través del cual se sorbe la infusión de mate u otra y que actúa como filtro impidiendo el paso de la yerba.

Borí-borí o vorí-vorí: albóndigas pequeñas preparadas con harina de maíz.

Caá: (del guaraní ka'a) yerba mate.

Caballero, General: Bernardino Caballero de Añazco Melgarejo y Genes (1839-1912), político y militar paraguayo. Al comenzar la Guerra contra la Triple Alianza en 1864, tenía el rango de alférez y ayudante del Mariscal Francisco Solano López y fue nombrado General en 1868. Durante el periodo de 1880 a 1882, fue presidente provisional de la República del Paraguay, y luego presidente constitucional (1882-1886). Es el fundador del Partido Colorado del cual también fue presidente hasta su fallecimiento.

Cabayú: (del guaraní kavaju, hisp.) caballo.

Cabochón: (del francés cabochon) cabujón. Piedra preciosa pulimentada y no tallada, de forma convexa.

Cachazudo: parsimonioso.

Cajetilla: (del lunfardo) joven bien vestido. // Envalentonado.

Calce: ajuste de dos objetos entre sí. // Referido a persona, en sentido amoroso, vendría a ser como «mi media naranja».

Calesita: tiovivo. // (Lunfardo) carrera de caballos.

CALT: Compañía Americana de Luz y Tracción.

Calotear: (del lunfardo) estafar, robar, engañar.

Camalote: nombre de varias especies de plantas acuáticas que presentan bulbos de tejido aerífero que les permiten flotar sin que las hojas toquen el agua. Tienen flores azuladas, de intensidad diversa, según la especie. Son comunes en ríos y lagunas, y se trasladan con la corriente, en las crecidas de los ríos, junto a grandes masas de vegetales. // Conjunto de esta clase de plantas que, enredadas por sus raíces y unidas con otras de especie diferente, así como con ramas y troncos que las crecientes de los ríos arrancan de sus costas, forman islas flotantes.

Cambuchí: (del guaraní kambuchi) cántaro, vasija de barro, de cuello y boca estrechos, empleada para almacenar o contener líquidos, especialmente agua.

Camby: (del guaraní kamby) leche, *kamby aku*: leche recién ordeñada. *Camby rora*: maíz desmenuzado por la molienda y mezclado con leche.

Campera: chaqueta de uso informal o deportivo.

Cangalla: traba de madera que se ata al cuello de cerdos y bovinos para impedir que burlen los cercados.

Cangui, Canguy: (del guaraní kangy) débil, flojo, lánguido.

Cañadón: cauce antiguo y profundo entre dos lomas o sierras.

Cañaza: aguardiente de caña.

Capanga: persona que cumple las funciones de capataz, comportándose, a veces, con prepotencia o violencia.

Capuera: parte de la selva desbrozada para el cultivo. // Propiedad rural con vivienda, destinada al cultivo y, a veces, a la cría de animales.

Caracha: (pop.) sarna, afección cutánea de personas o animales. // Excoriación y costra que, en seres humanos y animales, es producida por alguna enfermedad de la piel, como la sarna, la tiña u otras enfermedades.

Caraguatal: (del guaraní karaguata) especie de pita, cardo. // Lugar abundante en caraguatás.

Caraí: (del guaraní karai) señor // Don.

Caramayola o caramañola: recipiente de aluminio en forma de cantimplora, que usan los soldados para llevar agua. (Lunfardo) pelota que se hace con el pañuelo y se introduce en la boca de las personas para impedir que griten.

Carameguá: (del guaraní karameguâ) baúl.

Caranday: (del guaraní karanda'y) palma de hasta 8 m de altura, hojas en forma de abanico, y bayas ovoides negras como fruto; con sus fibras se hacen

pantallas, canastos o sombreros, y produce una cera de olor muy agradable.

Carapé: (del guaraní karape) bajo de estatura, petiso.

Caré: (del guaraní karê) torcido, rengo, (*che*)karê: renguear, cojear.

Carretón: anillo, generalmente de oro o de plata, cuyo armazón está adornado con hojas y flores. Puede llevar una piedra en medio o grabadas las iniciales del nombre propio.

Castrar colmenas: quitar a las colmenas panales con miel, dejando los suficientes para que las abejas puedan mantenerse y fabricar nueva miel.

Catú: (del guaraní katu) partícula de refuerzo en imperativo o exhortativo, *eju katu*: ven; *jaha katu*: vamos. // Un poco, *hasy katu*: un poco enfermo // Bien, *aiko katu*: ando bien // Pero.

Cebar el mate: Verter o agregar, en forma lenta, pequeños chorros de agua caliente a la yerba mate, cerca de la bombilla, cada vez que alguien va a beber la infusión.

Cirineo: (coloq.) persona que ayuda a otra en algún trabajo penoso.

Clericó: (del ingl. claret cup, una copa de clarete. Clericot). Bebida refrescante a base de vino blanco y frutas de la estación cortadas en trozos.

Coletto: (del it. colletto) vestidura hecha de piel, por lo común de ante, con mangas o sin ellas, que cubre el cuerpo ciñéndolo hasta la cintura.

Co: (del guaraní ko) partícula usada para expresar certeza. // Este, esta y a veces el, la, *ko mba'ê*: esta cosa; *ko yvy*: la tierra. *Co raé*: fue cierto.

Co'a: (del guaraní kóa) esta, este, esto.

Coapé: (del guaraní ko'ápe) aquí, acá.

Cobija: manta que sirve de abrigo, especialmente en la cama.

Cocué: (del guaraní kokue) chacra, granja, huerta.

Cocuyo: insecto volador de hasta 27 mm de longitud, de cuerpo estrecho y aplanado, de color pardo con dos manchas amarillentas a los lados del tórax, por las cuales despide de noche una luz azulada bastante viva. // Cigarra, especialmente la de tamaño grande. // Árbol de hasta 15 m de altura, de hojas lanceoladas y lampiñas, y fruto en forma de baya; su madera, dura, se utiliza en la construcción.

Cola de paja: (pop.) remordimiento, avergonzarse de algo.

Colación: refacción de dulces, pastas y a veces fiambres, con que se obsequia a un huésped o se celebra algún suceso. // Merienda consistente en sándwiches, golosinas y frutas o el jugo de estas.

Comedir(se): ofrecerse una persona voluntariamente para realizar algo.

Compí: (del guaraní kompáe, hisp.) compadre.

Conché: (del guaraní Konche) Concepción. Nombre propio guaranizado por el habla popular.

Conscripto: persona que se halla realizando el servicio militar.

Conventillo: casa antigua, en general con un gran patio interior, cuyas habitaciones se alquilan a numerosas familias que comparten el baño y la cocina.

Coquito: galleta pequeña y redonda. // Dulce pequeño hecho con una masa esponjosa de yema de huevo y coco rallado.

- Cué:** (del guaraní *kue*) durante, *arakue*: durante el día. // Cansado, desmadejado, *che kue rei*: estoy deshecho. // Sufijo de tiempo pasado, *carrete-ro-cué*: excarretero. *Leche cué*: que fue de leche.
- Cuéra:** (del guaraní *kuéra*) sufijo de plural, *che carai cuéra*: mis señores; *che memby cuéra*: mis hijos.
- Cuervo:** hacer(se) el cuervo. Quien rapiña o se aprovecha de algo o alguien.
- Cuimbaé:** (del guaraní *kuimbaë*) varón, hombre, macho.
- Culata yovai** (del guaraní *kuláta jovái*): nombre con el que se designa la tipología arquitectónica, plan o proyecto de arquitectura y la construcción típica de la vivienda rural en el Paraguay y en la amplia zona guaraní de América del Sur. En sentido literal, «cuartos enfrentados» o «cuartos en los extremos», que es la forma de esa vivienda típica con un espacio abierto central y las habitaciones a ambos lados.
- Cuñá:** (del guaraní *kuña*) mujer, hembra, compañera, *kuña porâ*: mujer hermosa, bella.
- Cuñataí:** (del guaraní *kuñataí*) doncella, señorita, soltera, moza.
- Cupií:** (del guaraní *kupi'i*) termes, termita, hormiguita blanca, fatal y destructora.
- Curepi:** (del guaraní *kurepi*) cuero o piel de chanco o cerdo. // Mote para los argentinos.
- Curí:** (del guaraní *kuri*) sufijo de pasado dentro de hoy, y de dos, tres o más días antes. Pasado reciente.
- Curuzú:** (del guaraní *kurusu*, hisp.) cruz.

- Chacra:** terreno de poca extensión dedicado a la agricultura.
- Chambón:** (pop.) referido a persona, que trabaja sin esmero, torpe, poco hábil. (Lunfardo) chabón.
- Chancha renga:** (chancha: cerda; renga: coja) persona que se hace la desentendida respecto de un asunto. // Persona vaga, que se resiste a hacer una cosa por flojedad o pereza.
- Chancho:** cerdo, animal mamífero. // Recipiente con una ranura para guardar dinero, generalmente de barro y con forma de cerdito. Hucha, alcancía.
- Changa:** (pop.) trabajo temporal, generalmente informal, por el que se recibe una remuneración.
- Chaque:** (del guaraní cháke) ¡cuidado, ojo!
- Chaque:** (del quechua ch'aqi) sopa de carne con papas, tripas de carnero o res en trozos, cereales, cecina y verduras.
- Charmé:** (del francés charmée) embelesada, encantada.
- Che:** (del guaraní che) yo, *che piko*: ¿soy yo? // Mío, *che mba'è*: es mío; *che tesora*: mi tesoro.
- Chia:** (del guaraní chîa) lloriquear, chillar, producir ruido de estertor o bronquitis.
- Chia Maia:** tía Maia.
- Chichonear:** (del lunfardo) hacer bromas o burlas. // Molestar o fastidiar a alguien.
- China:** (pop.) muchacha. // Mujer indígena. // Dedicada al servicio doméstico. // En lenguaje gaucho tiene connotación afectiva.
- Chipá:** (prob. del quechua chipaco) torta paraguaya, especie de pan horneado hecho de harina de

mandioca o maíz remojada en leche, con queso y, no siempre, huevo.

Chipa guazú: (del guaraní chipa; guasu: grande) es una especie de pastel de choclo (maíz tierno) cocinado al horno. Su preparación puede ser salada o ligeramente dulce, o con relleno de carne (*chipa guasu soò*), y como ingredientes lleva agua, sal, materia grasa (manteca o aceite), queso Paraguay, leche, cebolla y choclo.

Choclo: (del quechua chuqllu, mazorca de maíz) maíz tierno desgranado, crudo o cocido.

Chochí: (del guaraní chochî) pájaro de canto quejumbroso.

Chucho: (del guaraní [a]chuchu) tener miedo, temblar de miedo. // Temblor del cuerpo causado por la baja temperatura o por un estado febril.

Chusco: referido a persona, bien parecida, atractiva. // Presumida, engreída. // Que se asusta o espanta con facilidad.

Dengue: enfermedad tropical infecciosa que se caracteriza por fiebres altas y dolores de los miembros y se transmite de personas enfermas a sanas a través de la picadura de la hembra del mosquito. // Berrinche.

Dió: (coloq.) Diós; *che Dió:* mi Dios.

Embromar(se): perjudicar, ocasionar un daño moral o material. // Enojarse o molestarse alguien.

Esclerótica: perteneciente o relativo a la esclerosis. Endurecimiento patológico de un órgano o tejido. // Embotamiento o rigidez de una facultad anímica. // Membrana dura, opaca, de color blanquecino, que cubre casi por completo el ojo de los

vertebrados y cefalópodos decápodos, dejando solo dos aberturas, una posterior, pequeña, que da paso al nervio óptico, y otra anterior, más grande, en la que está engastada la córnea.

Estantigua: (coloq.) persona muy alta y seca, mal vestida.

Estaqueo, estaqueado: colocación de estacas en el suelo para cercar un terreno. Conjunto de tablones clavados. Pared hecha de estacas y barro, frecuente en el medio rural. // Castigo o tortura en que una persona queda en el suelo sujeto a cuatro estacas clavadas en la tierra.

Equirirí: (del guaraní kirikî) calma, carencia de acontecimientos, silencio, (*a*)*kirikî*: callarse; *ekirikî*: cállate.

Eyú: (del guaraní ejo/eju) ven, eyú coapé (*eju koápe*): ven aquí; eyumí na co ape (*ejumi na koápe*): ven aquí/acá.

Farabuti: (del it. farabutte) bribón, pícaro. // (Lunf.) fanfarrón.

Farrear: salir a divertirse en una fiesta o irse de parranda.

Filo: relación amorosa informal o pasajera.

Frutilla: fresa.

Fuentón: recipiente grande de aluminio o de plástico.

Fúlmine: persona considerada portadora de mala suerte.

Garay, Juan de: conquistador español (Orduña, Vizcaya ca. 1528-Río de la Plata 1583). Llegó a Asunción en 1568; fundó la ciudad de Santa Fe (1573) y colaboró en la fundación de San Salvador en el

río Uruguay (1574). Fue nombrado teniente de gobernador y capitán general de todas las provincias del Río de la Plata. A él se le debe la segunda fundación de Buenos Aires (1580). Fruto de una emboscada de los guaraníes murió junto a doce de sus hombres cerca de las ruinas de Sancti Spiritus.

Gigante: Guapuruvú (*Schizolobium Parahyba*) árbol de rápido crecimiento, alcanza entre 20 y 30 m de altura, y el tronco entre 60 y 80 cm de diámetro. Sus flores melíferas atraen a abejas y mariposas.

Guacho: (del ant. quechua y aimara wacha/wachu, huérfano) referido a persona, huérfana. Referido a la cría de un animal, que ha perdido la madre.

Guarania: composición musical típica del folclore paraguayo, de ritmo lento y melodioso. // Danza tradicional que se baila al ritmo de la guarania.

Guaú: (del guaraní gua'u) simuladamente, falsamente.

Guazú: (del guaraní guasu) grande.

Guerra civil paraguaya de 1947: conflicto armado transcurrido en Paraguay entre marzo y agosto de 1947, que enfrentó a quienes estaban a favor del gobierno del general Higinio Morínigo y quienes buscaron su derrocamiento armado. El Ejército Nacional, que en su mayor parte se adhirió al pronunciamiento cívico-militar de marzo de 1947, iniciado por los febreristas, quedó deshecho a su término y sus integrantes tomaron el camino del exilio. Se calcula que más de treinta mil civiles y militares emigraron a países limítrofes, especialmente a la Argentina. A partir de entonces se consolidó la hegemonía plena del Partido Colorado

que llevaría al poder al coronel Alfredo Stroessner (1954-1989). Vid. Revuelta de Concepción.

Guerra contra la Triple Alianza: la contienda se desencadenó a fines de 1864, cuando el mariscal Francisco Solano López, presidente paraguayo, decidió acudir en ayuda del gobierno ejercido por el Partido Blanco del Uruguay en guerra civil contra el Partido Colorado, apoyado este militarmente por el Brasil. El gobierno argentino simpatizaba con el Partido Colorado del Uruguay. En mayo de 1865 se aliaron Brasil, Uruguay y Argentina (Triple Alianza), para luchar contra Paraguay. En enero de 1869 los aliados entraron en la capital Asunción y la saquearon. La guerra terminó en 1870 con la derrota de Paraguay, lo que supuso un desastre demográfico para este país, con la pérdida masiva de su población masculina entre los 15 y 60 años de edad, quienes murieron directa o indirectamente a causa de la guerra (hambre, cólera, fiebre amarilla...). Durante los años de posguerra la población quedó compuesta por un 90 % de mujeres y una décima parte de varones, en su gran mayoría niños, ancianos y enfermos. Paraguay quedó arrasado y perdió una parte importante del territorio que consideraba como propio. Argentina se quedó con las actuales provincias de Formosa y Misiones; Brasil con el espacio que reclamaba en Mato Grosso. Las tropas brasileñas ocuparon el país hasta 1876; las argentinas, hasta 1879.

Guerra del Chaco: enfrentamiento bélico sucedido entre Paraguay y Bolivia, desde el 9 de septiem-

bre de 1932 al 12 de junio de 1935, por el control del Chaco Boreal. El Tratado de Paz, Amistad y Límites, firmado el 21 de julio de 1938 en Buenos Aires, puso fin a la guerra. La zona en litigio quedó dividida en tres cuartas partes bajo soberanía paraguaya y una cuarta parte bajo soberanía boliviana, incluida una zona a orillas del alto río Paraguay, denominada Triángulo Dionisio Foianini, frontera de Bolivia con Brasil y Paraguay. Este territorio está delimitado en uno de sus lados por el río Paraguay, por el que Bolivia posee una ruta de acceso directo a aguas del Océano Atlántico. El 27 de abril de 2009, los presidentes Evo Morales (Bolivia) y Fernando Lugo (Paraguay) firmaron en Buenos Aires el acuerdo definitivo de límites territoriales del Chaco Boreal. El acto se realizó en presencia de la presidenta argentina Cristina Fernández de Kirchner, previa aceptación por parte de los respectivos cancilleres del Acta de cumplimiento y ejecución del Tratado de Paz de 1938.

Hora pico: hora punta, de mayor aglomeración.

Horcón: madero vertical que en las casas rústicas sirve, a modo de columna, para sostener las vigas o los aleros del tejado.

Huero: vacío, sin sustancia. // Referido especialmente a un huevo, podrido (güero).

Ibapobó: (del guaraní yvapovõ) árbol frondoso, siempre verde y su follaje ocupa un buen espacio en el lugar que crece, de ahí que sea bueno para proporcionar sombra.

Ijada: cualquiera de las dos cavidades simétricamente colocadas entre las costillas falsas y los huesos de las caderas. // Dolor o mal que se padece en aquella parte.

Iporaitépa: (del guaraní iporâ: lindo, agraciado; ite: forma del sufijo de superlativo; pa: sufijo átono enfático y admirativo que acompaña al superlativo) sumamente lindo.

Irala, Domingo Martínez de: conquistador español (Vergara, Guipúzcoa 1509-Asunción 1556). Se alistó en la expedición de Pedro de Mendoza (1535) y fue la persona de confianza de Juan de Ayolas. Partió en una expedición que bajo el mando de Ayolas recorrió los ríos Paraná y Paraguay. Fue nombrado gobernador de la Provincia del Paraguay (1539) y gobernador del Río de la Plata (1555).

Iribú: (del guaraní yryvu) especie de buitre de unos dos pies de largos de longitud, el cuerpo negro, la cabeza y el cuello pelados y rugosos, el pico y las uñas corvos, de vista perspicaz y fino olfato. Se alimenta particularmente de cadáveres y carroñas. Comúnmente se le llama cuervo.

Itá-curuzú: (del guaraní ita: piedra; kurusu: cruz) cruz de piedra. Tradición popular de colocar piedras junto a una cruz

Ité: (del guaraní ite) forma del sufijo de superlativo. Me olvidé ité catú (del guaraní *ite katu*): me olvidé completamente.

Jacarandá: (del tupí yakara'na) comúnmente llamado jacaranda o tarco, es un árbol subtropical oriundo de Sudamérica, ampliamente cultivado

por su preciada madera y sus vistosas y duraderas flores violetas.

Jha o jha'e: (del guaraní ha, ha'e) y, pero, sin embargo.

// Turno, vez, *che ha*: me toca.

Jha!: (del guaraní ha!) interjección ¡oh!

Jhei: (del guaraní he'i) conjunción subordinada en las oraciones completivas.

Jhetá: (del guaraní heta) mucho, *heta mba'e*: muchas cosas.

Jhetecué: (del guaraní hete: cuerpo; kue: sufijo de pasado) el que fue su cuerpo, cadáver.

Jhina: (del guaraní hína) gerundio del verbo, *ou hína*: está viniendo.

Jhú: (del guaraní hû) negro. // (Del guaraní hu'u) tos.

Juntoité: (junto; ite [sufijo] muy) muy junto.

Kyguá: (del guaraní kygua) peine de adorno. // *Ky-gua vera*: peineta.

Lapacho: árbol de grandes dimensiones que crece en regiones tropicales de América del Sur. Su madera, muy dura, se utiliza en ebanistería y construcción. Es el árbol nacional del Paraguay, donde se conoce con el nombre común *tajý*, que en guaraní significa fuerte, resistente.

Largar por baranda: rechazar a alguien rotunda y tajantemente, sin atender lo que pide o propone.

Laucha: (del mapudungun laucha o llaucha) ratón, especialmente pequeño.

Lavandina: producto líquido, rico en cloro, que se utiliza como desinfectante en tareas de limpieza y para blanquear ropa. Lejía.

Lienzo: tela que se fabrica de lino, cáñamo o algodón.

Locro: (del quechua rokro) vianda de maíz que se prepara de distinta manera según las regiones. En Argentina, Paraguay y Uruguay es una especie de cocido que lleva chorizo, repollo, zapallo (calabaza), carne de vaca, charqui (carne salada), mucho maíz quebrado y especias.

Lonja: tira de cuero de vaca.

López, Mariscal: Francisco Solano López Carrillo (1827-1870) fue político, militar, estadista y presidente paraguayo (1862-1870) durante la Guerra contra la Triple Alianza. Luego de más de cinco años de resistencia, la guerra concluyó con la derrota de Paraguay y la muerte en batalla del mariscal López, junto a su hijo adolescente «Panchito López».

Lungo: (del lunfardo) referido a persona, delgada y de gran estatura.

Lynch, Madame: Eliza Alice Lynch Loyd (Irlanda 1833-París 1886), ejerció como primera dama durante el gobierno del presidente Francisco Solano López, a quien acompañó hasta su muerte y con quien tuvo seis hijos y una hija. Al estallar la Guerra contra la Triple Alianza se dio a sí misma el título de «mariscala», vistiendo uniformes militares. Acompañó a López en sus numerosas visitas al frente y en la vida de cuartel. Se dedicaba a curar a los heridos y se transformó en un símbolo para las tropas.

Kerosén: (queroseno) una de las fracciones del petróleo natural, obtenida por refinación y destilación, que se destina al alumbrado y se usa como combustible en los propulsores de chorro. // (Lunfardo) alcohol, bebida fuerte de mala destilación.

Macana: mentira, error, embuste. // Cosa o asunto sin valor ni importancia. // Hecho o situación que produce incomodidad o disgusto.

Maína: (pop.) madrina.

Mainumby: (del guaraní manumby) picaflor, colibrí, pájaro mosca.

Malvón: planta muy ramificada, con hojas orbiculares o reniformes, afelpadas, y flores de tonos rojos o a veces blancas (*Geraniaceae*; *Pelargonium hortorum*).

Mamadera: biberón.

Mamarracho: (baile del) danza de carnaval en el que las personas se disfrazan con ropas viejas, sacos... y llevan la cara tapada.

Mamón: (del guaraní mamóne) papayo (planta) y papaya (fruta).

Mancera: pieza del arado.

Mandió: (del guaraní mandi'õ) mandioca.

Mandiyú: (del guaraní mandyju) algodón.

Mangrullo: torre rústica que servía de atalaya en las proximidades de fortines, estancias y poblaciones de la pampa y otras regiones llanas.

Maque: más que, de nuevo.

Maritornes: (coloq.) moza de servicio, considerada ordinaria y fea.

Mate: Yerba o infusión de yerba que se toma sorbiendo a través de un pequeño tubo acondicionado para ese fin llamado bombilla. // Vasija rústica, semiesférica, que se hace con la cáscara de algún fruto o de alguna calabaza, cortado por la mitad y vaciado. // Recipiente donde se toma la infusión

de yerba mate, hecho de una calabaza pequeña o de otra materia.

Mazamorra: comida elaborada con maíz blanco triturado y cocido al que, una vez frío, generalmente se añaden leche y azúcar.

Mbaé: partícula interrogativa guaraní qué o cómo.

Al final de la frase expresa duda: «me parece».

Mba'è: (del guaraní mba'è) cosa, *che mba'è:* mío; *mba'è piko:* ¿qué cosa?, ¿qué es esto?

Mbeyú: (del guaraní mbeju) torta de almidón.

Mbiguá: (del guaraní mbigua) zonas arboladas cerca de esteros, lagunas y ríos. // Ave semejante a un cormorán, pero con el cuello largo y delgado, habita en zonas acuáticas y se alimenta de peces.

Mboraijhú: (del guaraní mborayhu) amor.

Mburear: (del guaraní [a]mburea) mugir, bramar, bufar.

Memby: (del guaraní memby) hijo; *che memby:* mi hijo, mi hija (dice la mujer).

Mi: sufijo de atenuación, familiaridad o intimidad.

Micuré: (del guaraní kure) cerdo.

Mitá: (del guaraní mitâ) muchacho, joven. *Lo mitá:* (plur.) muchachos.

Mitacuñá o Mitá cuñá: (del guaraní mitâkuña) niña, chica, joven.

Mitaí: (del guaraní mitâ'i) niño, nene, niñito.

Mitaruzú: (del guaraní mitârusu) mozo, joven.

Mondajhá: (del guaraní mondaha) ladrón.

Monroe, James: (1758-1831) quinto presidente de los Estados Unidos (1817-1825). La Doctrina Monroe, sintetizada en la frase «América para los americanos», se dirigía a los europeos con intención

de que ninguno de los países de ese continente interfiriera en América.

Morocho: (del quechua *muruch'u*) referido a persona, que tiene la piel morena.

Morondanga: (desp.) referido a persona o cosa, de poca calidad, sin valor.

Mucamo: persona que se emplea en el servicio doméstico.

Mugre: suciedad acumulada.

Na: (del guaraní *na*) partícula de imperativo suavizado, se antepone o pospone.

Na humbré: (del guaraní *na*: interjección de disgusto, desagrado; hombre) no, hombre.

Naco: porción de tabaco para mascar o liar cigarrillos.

Nadaité: (*nada*; *ite*: forma del sufijo de superlativo) nada de nada.

Nandí: (del guaraní *nandi*) vacío, suelto, libre.

Nda: (del guaraní *nda*) negación.

Nde: (del guaraní *nde*) tú, usted.

Ngaú: (del guaraní *nga'u*) acaso, tal vez, *che nga'u piko*: ¿acaso soy yo?

Nicó: (del guaraní *niko*) partícula que refuerza y constata el vocablo anterior, *che niko che canghy*: yo ciertamente soy flaco.

Nipo: (del guaraní *nipo*) partícula de duda.

Nipo raé: (del guaraní *niporaé*) había ido, cierto que fue.

Núñez Cabeza de Vaca, Álvar: conquistador español (Jérez de la Frontera ca. 1495–Sevilla ca. 1560), adelantado y gobernador del Río de la Plata. En 1540 salió con una expedición que partiría hasta

el río Paraná con objeto de socorrer a la gente que allí se encontraba y proseguir el descubrimiento de Pedro de Mendoza.

Ña: doña.

Ñande: (del guaraní) nosotros.

Ñandeyara: (del guaraní ñandejára) Nuestro Señor.

Ñandurié: (del guaraní ñandurie) víbora muy ponzoñosa.

Ñandutí: (del guaraní ñanduti: telaraña) labor de encaje muy fino que imita el tejido de la araña.

Ñembuajui: (del guaraní ñembyahyi, [che]ñemb-yahyi) tener hambre.

Ocai: (del guaraní okái) quemarse, *okái chipa:* se quemó la chipa.

O'Leary, Juan E.: periodista, diplomático e historiador (Asunción 1879-1969). O'Leary integró el grupo de intelectuales paraguayos que se conoce como la Generación del 900. Es conocido por su producción histórica sobre la Guerra del Paraguay contra la Triple Alianza.

Óga: (del guaraní óga) casa, hogar, vivienda, morada, rancho.

Omanó: (del guaraní omanó) muerto. Omanó co raé (del guaraní *omanó ko raè*): este está muerto.

Omanoité: (del guaraní omanó: muerto; ité: forma del sufijo de superlativo) bien (muy) muerto.

Ómnibus: vehículo de transporte colectivo para trasladar personas, generalmente dentro de las poblaciones.

Oñemoyrú: (del guaraní [a]ñemoirû): asociarse, acompañarse, tener compañero.

Oquéva: (del guaraní [a]kevy) dormir.

Oré: (del guaraní ore) nosotros, excluyéndose a quien oye.

Oxear: espantar las aves domésticas y la caza.

Pa: en guaraní, sufijo átono de pregunta.

Paí: (del guaraní pa'i) sacerdote, padre; don, señor.
// Título para ancianos.

Paila: recipiente de boca ancha, más hondo que la sartén y de fondo redondeado, que se emplea para cocinar alimentos o tostar granos.

Pajarón: persona tonta, ingenua o poco perspicaz.

Pajuerana: (desp.) persona procedente del campo o de una pequeña población que ignora las costumbres de la ciudad. Provinciana.

Pan Paraguay, pan paraguayo o chipa: torta de harina de maíz o mandioca, queso, huevos y otros ingredientes.

Paqueta, -e: referido a persona, que muestra un particular esmero en su arreglo, vestimenta o modales. Referido a un objeto, a una vivienda o a una reunión, elegante, refinado.

Paraíso: árbol de 10 a 12 cm de altura. Tiene hojas alternas, caducas y flores pequeñas de color lila claro, agrupadas en ramilletes. Su fruto es una drupa pequeña, redonda, de color verde, amarilla al madurar, y contiene un carozo que ocupa casi todo el interior. Proporciona una madera dura, que se utiliza en carpintería y en la fabricación de muebles. Se cultiva como árbol ornamental.

Pasto: césped.

Pava: recipiente de metal o hierro esmaltado, con asa en la parte superior, tapa y pico, que se usa para calentar agua.

Pavada: de escaso valor. Superficial, insignificante. Tontería.

Payagúa: dicho de una persona, de un pueblo amerindio del grupo guaicurú que habitó el Chaco paraguayo frente a Asunción.

Payé: (del guaraní paje) hechicería, magia, encantamiento.

Payesera: (del guaraní paje) persona que practica la hechicería.

Pe: seguido de sustantivo, ese. *Pe mitâ:* ese niño. *Pe, lo mitâ:* esos niños.

Perezosa: silla con respaldo largo y reclinable, que se utiliza al aire libre.

Perú: Pedro. Nombre propio guaranizado por el habla popular.

Peteí: (del guaraní peteî) uno.

Petereby: árbol cuya madera semidura y aromática es sumamente apreciada en carpintería.

Petromax: lámpara alimentada con querosén.

Pibe: (del lunfardo) muchacho, joven.

Picada: conjunto de alimentos, como trozos pequeños de carne, papa, maíz, patacones, que se sirven en reuniones informales como aperitivo o acompañamiento de bebidas alcohólicas. // Camino o senda abierta por el ser humano a través de la espesura del monte.

Picardía: planta enredadera que crece poco, de hoja menuda y flor blanca, con la base de un morado claro.

Picó: (del guaraní piko) partícula interrogativa o de admiración o extrañeza.

Picojhina: (del guaraní piko; hína) ¿estás viniendo?

Pieza: habitación.

Piipus: (del gr. pîpos) Ave trepadora, de unos 12 cm de longitud, con plumaje negro manchado de blanco, menos la parte inferior del arranque de la cola, que es de color ceniciento, y la parte superior del lomo, que es rojizo, anida sobre los árboles y se alimenta de los insectos que viven en ellos.

Pipus: (del guaraní pipi) irritación. Grito estridente.

Pilcha: (del guaraní pílcha) bártulos, bultos. // Prenda de vestir.

Piolín: cordel delgado.

Pique: insecto áptero con cabeza pequeña y aparato bucal picador-chupador. La hembra joven ataca a los animales y al ser humano, especialmente en los pies. // Senda estrecha que se abre en la selva.

Pirí: (del guaraní piri) paja, junco, estera. Planta palustre de tallos largos con cuya fibra se tejen sombreros, bolsos y esteras.

Piribebuy: (del guaraní Pirîvevúi) ciudad que durante la Guerra contra la Triple Alianza se constituyó en la Tercera Capital de la República. Famosa por el cultivo de la caña de azúcar que da lugar a la caña paraguaya, que se obtiene de la destilación de la miel negra.

Pirizal: (del guaraní piri) sitio poblado de juncos.

Pirú: (del guaraní piru) seco, flaco, delgado.

Pitogüé: pájaro algo mayor que la alondra, de color entre amarillo y verde.

Plaguear: quejarse continuamente. Refunfuñar, gruñir.

Plantera: maceta, recipiente de barro cocido, que lleno de tierra sirve para criar plantas.

Plaqué: chapa muy delgada, de oro o de plata, sobrepuesta y fuertemente adherida a la superficie de otro metal de menos valor.

Pocaré: (del guaraní po: mano; karê: torcida) mano torcida. // Mañas.

Pochy: (del guaraní [a]pochy) tener ira, ser iracundo, enojarse, enfadarse, perder la paciencia, impacientarse.

Poguazú: (del guaraní po: mano; guasu: grande) grueso, corpulento, poderoso, respetable, gran señor. // Puro, cigarro grande.

Poi: (del guaraní poi) soltar, largar, lanzar, echar, disparar.

Pollera: falda o parte del vestido de mujer que cae desde la cintura.

Pombero: Una especie de duende o espíritu de la cultura guaraní. Tiene el aspecto de un viejo feo, petiso, y muy peludo, aunque algunos aseguran que es alto. Tiene tez negra, pelo blanco o negro, y sus pies están cubiertos de vello. Casi siempre se lo representa con un gran sombrero de paja y según algunas versiones, ropa negra. Posee una actitud lasciva con las mujeres, en particular con las embarazadas; es común en ciertas regiones rurales explicar embarazos insospechados por su actividad.

Poquyrás: (del guaraní po: mano; kyra: grasa, gordura) mano grasienta, cocinera/o. Empleada doméstica.

Pora o porá: (del guaraní porâ) hermoso, lindo, bello. // Bastante, suficiente. // Bien.

Porongo: (quizás del quechua purunkú) planta enredadera de hojas grandes de color verde. Tiene flores pedunculadas y fruto con muchas semillas, de forma similar a una pequeña calabaza. El fruto seco se utiliza como recipiente, especialmente para tomar mate.

Poroto: (planta, fruto, semilla) frijol, judía.

Porteño: relativo a Buenos Aires, capital de Argentina.

Potí: (del guaraní potî) puro, limpio, (*che*)*potî*: estar limpio.

Poty: (del guaraní poty) flor.

Poyvy: (del guaraní poyvi) tejido de algodón. // Tejido a mano.

Puchero: guiso de carne vacuna con verduras y chocos (mazorca tierna de maíz).

Pucho: cigarrillo.

Punzó: color rojo muy vivo.

Punzazo: herida o incisión que se hace con un objeto puntiagudo sobre algo o alguien.

Py: (del guaraní py) ancho. // Pie.

Pyaé: (del guaraní pyaë) rápido.

Pyaé: (del guaraní pyahê) gemido.

Pyayeré: (del guaraní [che]py'ajere) tener el estómago revuelto, con náuseas.

Pyragüé: (del guaraní pyrague) espía, soplón, delator.

Pytu: (del guaraní pytu) aire. // Espíritu.

Quebrachero: peón que trabaja en la explotación del quebracho.

Quirirí: (del guaraní kirikí) calma, carencia de acontecimientos, silencio.

Raé: (del guaraní *raè*) sufijo de pasado. *Nde piko raè*: ¿fuiste tú, has sido tú?

Raé: (del guaraní *raê*) antes, primero, delante.

Raî: (del guaraní [*che*]ra'y) descendencia paterna. *Che ra'y*: mi hijo (dice el padre).

Rapó: (del guaraní *rapo*) raíz.

Reis: (del portugués *reais*) plural de la moneda real. Esta moneda se usó en Brasil hasta 1942, que fue sustituida por el *cruzeiro*.

Renga: referido a persona o animal, cojera por lesión de un pie o una pata.

Repasador: paño que sirve para fregar los suelos o la vajilla.

Requema: en el cultivo del café, conjunto de manchas y escaso desarrollo de algunos granos por efecto del exceso de sol o la falta de nutrientes.

Retá: (del guaraní *retâ*) país, tierra. *Vaca retá*: Tierra de vacas.

Retar: Reprender o regañar.

Retobe: (metát. de rebotar) ponerse displicente y en actitud de reserva excesiva. // Resistirse a obedecer.

Retobada: referido a persona, que se resiste a obedecer, enojada.

Retymá: (del guaraní) pierna. *Retymá karê*: pierna torcida.

Revolta de Concepción: la guerra civil paraguaya se inició con un ataque de grupos de civiles, ex-combatientes de la guerra del Chaco, al cuartel de policía en Asunción, el 7 de marzo de 1947, seguido de una sublevación de la Región Militar de la ciudad de Concepción, al norte del territo-

rio nacional, el 8 de marzo. Este enfrentamiento, entre un sector del ejército paraguayo, autotitulado institucionalista, y el gobierno dictatorial de Higinio Morínigo, no solo movilizó a las Fuerzas Armadas sino a un verdadero ejército de civiles del partido colorado con experiencia en la guerra del Chaco. El enfrentamiento duró seis meses: del 7 de marzo al 20 de agosto de 1947.

Rory: (del guaraní rora) afrecho o salvado de maíz desmenuzado por la molienda.

Saco: parte superior del traje masculino con mangas largas que cubre hombros y torso hasta los muslos, abierta en la parte delantera, con solapa y botones. Chaqueta.

Sambarí: (del guaraní sambari) parte carnosa de la pantorrilla o antebrazo.

Santo ara: (santo ára, hisp. = Mo'aha ára), día del Santo Patrón, cumpleaños.

Santo botón o al divino botón, al gran botón: hacer algo en vano, esforzarse sin obtener el resultado esperado. Inútilmente.

Sapiranghy: árbol de hasta 7 m de altura, de follaje tupido, hojas enteras y alternas, flores blancas y fruto de tamaño muy pequeño.

Sapuaité: (del guaraní sapy'aite) de repente.

Sombrero caá: literalmente sombrero de yerba se refiere a la acepción popular de «sombrero» como el amante de una mujer casada.

Sonsa: referido a persona, tonta.

Sonsera: tontería, estupidez. // Dicho, hecho u objeto de poco o ningún valor.

Sopa paraguaya: masa hecha con maíz rallado, huevo, leche, manteca y cebolla, y cocida al horno.

Soyo: (del guaraní so'õ josopy = sojo, sincopado) comida hecha con carne picada.

Supremo, el: José Gaspar García y Rodríguez de Francia Velasco y Yegros (1766-1840), también conocido como el doctor Francia o en guaraní Karai guasu, hombre principal, el Supremo. Dictador Supremo (1814-1816) y Dictador Perpetuo de la República del Paraguay (1816-1840). Considerado el ideólogo y principal dirigente que llevó adelante el proceso de independencia del Paraguay respecto de las Provincias Unidas del Río de la Plata, del Reino del Portugal y de la corona española.

Taco: tacón de un zapato.

Tacuara: (del guaraní takúara) bambú.

Tahalí: (del ár. tahlil) tira de cuero, ante, lienzo u otra materia, que cruza desde el hombro derecho por el lado izquierdo hasta la cintura, donde se juntan los dos cabos y se pone la espada. // Pieza de cuero que pendiente del cinturón sostiene el machete o el cuchillo bayoneta.

Tajhachí: (del guaraní tahachi) policía, agente, guardia.

Talero: rebenque sencillo que usa el hombre del campo, látigo de jinete.

Tapera: vivienda ruinoso y abandonada.

Tapití: (del guaraní tapiti) especie de liebre.

Tarobá: (del guaraní tarova) loco, demente, desequilibrado, (*che*)tarova: enloquecer, tarova výro: tonto.

- Tártago:** higuerilla, arbusto de cuyas semillas se saca el aceite de ricino (*mba'ysyvo*).
- Tepotí:** (del guaraní tepoti) excremento. *Ete mitaí tepotí:* este muchacho de mierda.
- Tero:** (De or. onomat., teruteru, tetéu) ave zancuda de hasta 33 cm de longitud, de coloración no uniforme, lomo verdoso-bronceado, pecho negro, vientre blanco, patas y pico rojos, cresta larga y delgada de color negro.
- Testero:** cualquiera de los muros de una habitación.
- Tereré:** bebida preparada con yerba mate y agua fría, que en algunos lugares se mezcla con hierbas medicinales.
- Teyú:** (del guaraní teju) lagarto.
- Tobiano:** referido a una caballería, que presenta grandes manchas blancas, especialmente en la parte superior.
- Toldería:** conjunto de viviendas precarias. // Tiendas de indígenas.
- Tomasita:** persona que acompaña a una pareja de enamorados para vigilar su comportamiento.
- Tongo:** golpe que se da a alguien en la cabeza con los nudillos.
- Typoi:** (del guaraní typói) túnica, camisa, saco de lienzo o de algodón, sin cuello ni mangas, que visiten las mujeres.
- Typycha:** (del guaraní typycha) escoba.
- Typychá jhú:** (del guaraní typycha: planta; hû: negro) malva silvestre. Planta utilizada como digestiva en la medicina popular paraguaya.
- Upéicha:** (del guaraní upéicha) así, de ese modo, de esa manera. *Taupéicha:* amén.

Urundey: (del guaraní *urundé'y*) árbol de hasta 20 m de altura, de hojas caducas, pequeñas y de color amarillo verdoso, y una drupa pequeña, esférica y negruzca como fruto. Su madera es dura y con múltiples aplicaciones en carpintería.

Vendevoí: (vende; voi: pronto, temprano) vender pronto.

Veraité: (vera: brillo; ite [sufijo] muy) muy brillante.

Vereda: acera, orilla de la calle destinada al uso de los peatones.

Virote: (del guaraní *výro*: tonto; ite [sufijo] muy) muy tonto.

Voí: (del guaraní *voi*) pronto, temprano, luego, claro, por supuesto, sí.

Vyra: (del guaraní [a]vira) repetir el plato.

Vyro: (del guaraní *výro*) tonto, necio, sonso, *výro aju:* es tonto de remate, *výro reko:* tontería.

Wast, Hugo: (Gustavo Martínez Zuviría) escritor argentino (Córdoba 1883-Buenos Aires 1962). Dirigió la biblioteca nacional de Bs. As. (1931-1935). Sus novelas tuvieron una amplia acogida popular debido al carácter nacional de sus temas y a su habilidad narrativa. Por lo general describe las costumbres provincianas.

Y: (del guaraní *y*) agua, río, laguna.

Yacaré: (del guaraní *jakare*) lagarto, cocodrilo, caimán. Reptil de hasta 3 m de longitud, de color pardo amarillento, mandíbulas cortas y robustas, tan anchas como la cabeza y grandes placas protectoras en el cuello. // A lo yacaré: a escondidas, furtivamente.

Yacija: lecho o cama pobre, o cosa en que se está acostado. // Sepultura.

Yaguá yucá: (del guaraní jagua: perro; [a]juka: perjudicar) holgazán, gandul.

Yaguareté: (del guaraní jaguarete) tigre.

Yaguareté caá: (del guaraní jaguarete: tigre; ka'a: yerba mate) planta medicinal que se usa para combatir las molestias estomacales. En otros países se conoce como carqueja.

Yaguá-rupá: (del guaraní jagua: perro) donde se acuesta el perro. // Camastro.

Yajhá: (del guaraní [a]ha: ir, jaha) vamos.

Yapa: (del quechua yapa, ayuda, aumento). Obsequio de poca cuantía. // Cantidad o cosa que se añade o agrega a algo. // De yapa: gratis. // Además. // Por añadidura.

Yapú: (del guaraní japu, mentira, [che]japu: mentir) mentira, invento, engaño. // Pájaro de hasta 30 cm de longitud, de cuerpo y cabeza color castaño oscuro, espalda, alas y timoneras centrales, negras, cola amarilla, pico claro, largo y recto, patas negras.

Yara: (del guaraní jára) dueño, señor, amo. *Ay che yara angá:* ¡oh mi Dios!

Yayagarrá catú: (del guaraní katu) en imperativo o exhortativo: ¡agárrenlo ya!

Ybapurú: (del guaraní yvapurû) árbol frutal de hasta 2 m de altura, de corteza lisa, hojas opuestas y flores blancas. El fruto, esférico de color negro y sabor dulce, es comestible.

Ycuá: (del guaraní ykua) pozo, fuente, hoyo con agua, cisterna.

- Yeré:** (del guaraní jere) vuelta. Cuchara-yeré: a cucharadas compartidas.
- Yeta:** (del lunfardo yeta) mala suerte, desgracia, mal influjo.
- Yetudo:** (del lunfardo yeta) persona desgraciada, que tiene o transmite mala suerte.
- Yety:** (del guaraní jety) batata, boniato. *Jety piru:* batata flaca.
- Yevyma:** (del guaraní jevy: vez, otra vez; ma: sufijo, ya) ya viene de nuevo, otra vez.
- Yevyvoí:** (del guaraní jevy: vez, otra vez; voi: pronto) viene pronto, de nuevo.
- Ynambú:** (del guaraní ynambu) perdiz, codorniz.
- Ysyó:** (del guaraní ysypo) bejuco, planta trepadora o enredadera (liana). Sirve de cuerda y hay varias especies que se usan como medicinales.
- Yuyal:** (del quechua yuyu: hortaliza) sitio poblado de maleza.
- Yuyo:** (del quechua yuyu: hortaliza) vegetación herbácea que crece espontáneamente; no es apta para alimentar el ganado y generalmente resulta perjudicial para los sembradíos. // Hierba medicinal.
- Yvy-á:** (del guaraní yva) fruta.
- Yvy:** tierra, la tierra, mundo.
- Yvyvy:** (del guaraní yvy: tierra; guy: debajo de) bajo tierra. «Plata yvyvy», plata enterrada o escondida es una leyenda que se cree que nació después de la Guerra contra la Triple Alianza, ya que a medida que los invasores avanzaban sobre el territorio paraguayo, poblaciones enteras corrían y se refugiaban donde podían llevando consigo solo lo indispensable. En esos tramos enterraban

sus joyas de oro y plata, ya sea en cántaros o en cofres, en lugares bien identificados con marcas en árboles o terrenos accidentados, con la intención de recuperarlas posteriormente. Se cree que solamente las personas buenas y generosas pueden encontrarla.

Zaino: traidor, falso, poco seguro en el trato. // Dicho de un caballo o de una yegua: castaño oscuro y que no tiene otro color. // Dicho del ganado vacuno: de color negro y sin ningún pelo blanco.

Criterios de edición

A pesar de que Josefina Plá prefirió en sus libros de cuentos priorizar la unidad en el tema y la progresión en su desarrollo, antes que el orden puramente cronológico, como anota en *La muralla robada* (1989: 5), en mi caso, teniendo presente la queja de la propia autora por esos textos no publicados en su época, he optado por seguir un orden temporal. Esto permite a lectoras y lectores percibir la predilección por ciertas temáticas y cómo estas resultan recurrentes. Por esta razón, los cuentos incluyen la fecha de su escritura, y cuando esto no fue posible escogí la data de publicación, consciente de que seguramente permanecieron cortos o largos períodos inéditos y, por tanto, la etapa a la que pertenecen sea sin duda anterior. Tal es lo que sucede con «A Caacupé» y «Mala idea», ambos sin registro escritural, aunque vieron la luz en la revista literaria *Alcor* y poco después integraron el volumen *La mano en la tierra*, en los dos casos en 1963, lo que justifica que junto a ellos aparezca este año.

Para esta antología he usado siempre las primeras ediciones, limitándome tan solo a corregir alguna

que otra errata. Mi intención es la de presentar una muestra representativa de la narrativa de Josefina Plá, de ahí que haya seleccionado casi la mitad de los cuentos que bajo formato libro se publicara de esta autora. En total, compilo treinta y uno de un corpus de cincuenta y cinco relatos. El período de escritura abarca desde 1945 a 1983, aproximadamente cuarenta años de producción narrativa, aunque esté mejor ejemplificada la década del cincuenta, con diecisiete. Menos encarnadas quedan las restantes: del cuarenta, cuatro; del sesenta, seis; del setenta, dos; y del ochenta, otras dos. No han sido convocados ni los años veinte ni los treinta, como tampoco he invitado a los cuentos infantiles a esta cita. Eso sí, quise que estuvieran representados todos los volúmenes, aunque haya más cuentos de uno que de otro: de *La mano en la tierra*, cuatro; de *El espejo y el canasto*, ocho; de *La pierna de Severina*, doce; y de *La muralla robada*, siete.

Por lo mismo anotado más arriba, para darle más importancia a la escritura en sí del propio texto, no he consignado el título de la obra en la que se integró. De igual manera, no hago alusión a aquellos epígrafes bajo los que Josefina Plá agrupó sus creaciones en la edición original. *La pierna de Severina* se dividió en tres apartados: «Seis mujeres y dos hombres»; «Anécdotas del folklore naciente» y «Cuentos oníricos». El primero lo he seleccionado completo y algunos cuentos del segundo. *La muralla robada* presentaba varias series: «Cuentos simbólicos y fantásticos»; «Cuentos de la tierra»; «Anécdotas»; «Folklóricos» y «Varios». Para esta antología he escogido tan solo

un cuento de la tercera e incluí entera la segunda. Respecto a esta serie, Josefina Plá (1989: 5) manifiesta que algunos relatos formaban una trilogía, como sucede con «Jesús Meninho», aunque los otros dos nunca se publicaron. Lo mismo ocurre con «El canasto de Serapio» y «Vaca retá», que forman parte de otra trilogía campesina cuyo tercer miembro nunca llegó a editarse, aunque el argumento pertenece a *Alguien muere en San Onofre de Cuarumí* (1984); novela-relato cuya escritura por fases se prolongará en el tiempo, por lo que al final de la obra se consignan los años 1968-1974-1983, que se corresponden con las fechas de los cuentos mencionados.

Toda la narrativa se vincula con la tierra paraguaya, aunque, en honor a la verdad, habría que decir con la mujer paraguaya, pues este ha sido el *leitmotiv* que nos ha guiado a la hora de confeccionar esta antología. Las mujeres son las grandes protagonistas de estos cuentos, incluso de aquellos que a primera vista no lo parecen, como «Gustavo» y «El espejo». Sin embargo, el texto que mejor ejemplifica esta idea es «La mano en la tierra». Blas de Lemos, un español que llega al Río de la Plata como parte de la expedición de Pedro de Mendoza, viéndose morir, tras cuarenta años en tierras paraguayas, rememora sus hazañas y evoca una a una las féminas que lo han acompañado: Isabel, la esposa castellana; María, su primera mujer indígena; y Úrsula, su actual compañera, igualmente indígena. Ellas son las protagonistas; todas le han dado hijas e hijos, pero gracias a las dos últimas se configura una nueva raza que fija el perfil étnico-social del Paraguay. Ya lo indicó Josefina

Plá: «Esta es la mujer que sirvió del todo al español. La madre de los mancebos de la tierra: la fundadora del mestizaje» (1986: 7).

Otro de los elementos que destaca en estos cuentos es el uso de lo idiomático. Esto se refleja en el empleo de la oralidad y de la modalidad yopará —formada a partir de la fusión castellano-guaraní—, así como en la inserción de expresiones, modismos o giros del habla popular que refuerzan la autenticidad expresiva, algo así como un testimonio o telurismo lingüístico. Sin embargo, también se podría leer como una declaración a favor del bilingüismo presente en Paraguay, ya que en el pasado se explicaba el lento desarrollo cultural y el atraso nacional debido a que la mayoría de sus habitantes no manejaba el español, considerada la lengua de cultura. En este sentido, Josefina Plá, en la estela de Gloria Anzaldúa en «Cómo domar una lengua salvaje» (2016: 103-133), recoge en sus cuentos ese lenguaje que se corresponde con un modo de vivir, una cultura y un idioma transfronterizo; «lengua de rebeldía» con la que vencer la tradición del silencio. Por esta razón, para facilitar la lectura, hemos incluido un glosario que reúne las voces en guaraní, los dichos populares y los americanismos que pueblan la cuentística de nuestra autora. De igual modo, se da cabida a algunos nombres y acontecimientos que pueden ayudar a comprender el contexto paraguayo. En este punto, quiero agradecer infinitamente la ayuda que me ha prestado Francisco Corral Sánchez-Cabezudo, quien fuera Agregado Cultural de la Embajada de España en Paraguay, miembro correspondiente de la Academia Paraguaya

de la Lengua Española y amigo personal de Josefina Plá. ¡Que no se rompan los anillos!

Por último, quiero aclarar que no me he detenido a dar cuenta de manera detallada de los entresijos de la narrativa de Josefina Plá, por lo que remito a los estudios que figuran en anteriores ediciones de cuentos a mi cargo (2000: 11-36; 2002: 7-47; 2023: 7-45).

Pongo punto y final a estas páginas un 6 de enero de 2026, el mismo día, pero cien años después, que Josefina Plá partiera por vez primera rumbo a Paraguay: «otro mundo al otro lado del mar».

GEOGRAFÍA- LABERINTO DE PERFECTA SOLEDAD

1. Gustavo

Todo había ido bastante bien por aquellos parajes hasta entonces. Es muy posible que la caña fuese casi querosén, que el loco estuviese picado, la yerba ardida, la galleta mohosa; que la carne fresca escaseara lamentablemente; que los jornales dejaran que desear, y hasta que el capataz sacudiese alguna vez su lonja sobre la espalda del quebrachero aspeado. Pero hasta entonces los trabajadores mal comidos, mal pagados, mal atendidos, habían tenido de vez en cuando una compensación de sus penas y escaseces. Habían tenido la toltería del cacique Gustavo.

El cacique Gustavo no se llamaba así por bautismo. Era un mote que le pusieron porque la única frase que por mucho tiempo dijo en castellano fue «te gusta», que él decía «¿gustá vo?». La decía a menudo, en el curso de su trato con el blanco y especialmente en ciertos días de quincena, cuando los quebracheros acudían desde un par de leguas de distancia, encendidos los irritados ojos, en busca de una india con la cual despenarse.

El antecesor de Gustavo, indio viejo y duro, profesaba la máxima monroiana, «las indias para los indios», y ello le mantenía en constante alerta y gresca contra los quebracheros, hambrientos de mujer. Malos eran los trabajadores de monte adentro, los que abaten el quebracho, pero peores resultaban los

de la orilla, los que trabajaban en la fábrica de tanino, cuando les daba por unirse a los primeros. Muchos fueron los quebrantos, y podrían haberse evitado con trasladarse los indios un poco más lejos; pero se rehusaban a hacerlo porque el paraje aquel era el más conveniente para el trasiego de las pieles silvestres de cuya venta a los acopiadores vivía mayormente la tribu. Los acopiadores cada vez pagaban peor, la caña costaba cada vez más de conseguir y, encima, los quebracheros raptaban a las indias. Todo era disgustos para el viejo cacique, y un día él mismo amaneció tieso en un malezal, con tres machetazos de más en el cuerpo.

El cacique Gustavo fue más diplomático, o más filósofo. Comprendió que el hombre es hijo de las circunstancias, que el mundo evoluciona y que hay que saber marcar el paso. Ya que no podía abandonar su residencia sin grave perjuicio y no le era por otro lado posible evitar que los quebracheros se aprovecharan de cuando en cuando de una india, ni que en la tolдерía apareciese, de pronto, un bebé mejilludo de tez sospechosamente amarillenta, decidió sacar al asunto el mejor partido posible.

Y estableció un convenio con los quebracheros, mediante el cual ellos tenían a la india que más les gustaba entre las solteras y él disponía de unos pesos más y de la ración necesaria del veneno llamado caña.

«¿Gustá vo?», decía, haciendo salir de la oga a una indiecita con los costurones de la iniciación todavía frescos en la mejilla.

Así había quedado en Gustavo.

A los quebracheros no les venía mal el acomodo, aunque les costase unos pesos y uno que otro litro. Les evitaba pérdida de tiempo y percances. Porque después de todo nadie puede saber qué es capaz de hacer un indio fastidiado. Cuando mataron al cacique aquel, tres quebracheros resultaron heridos. Y una vez que al agarrar a una india saltó el perro que con ella iba, mordiendo a uno de los mitá, y el mordido lo mató de un machetazo, los indios anduvieron zainos varios meses y tres o cuatro quebracheros habían sido heridos sorpresivamente por flechas, aunque ninguno murió. Era mejor estar en la toltería además; si bien es cierto que por allí había siempre mal olor, por lo menos no corría uno el riesgo de que le picara una víbora, como le sucedió a uno que se dio demasiada prisa a tumbarse en el malezal.

La tribu, pues, siguió recibiendo el eventual aporte de un indiecito de cutis claro. Y hasta se dio el caso de un mitaí al cual llamaron Gustavito, que lucía un asombroso par de ojos azules y al cual pusieron ese nombre porque la palabra Gustavo fue la primera que aprendió. La pronunciaba con mucho donaire señalando a la madre, lo cual hacía brillar los dientes de las indias y soltar estentóreos piipus a los quebracheros. Gustavito se encontró entre estos con una especie de padrino que tenía los ojos del mismo color que él, y que cada tantos meses le traía algún caramelo o un pedazo de género para cubrirse el trasero.

Todo andaba bien, o medio bien, hasta que llegó a la Misión, cerca de la fábrica, el padre Dositeo.

El padre Dositeo era joven, de ascendencia italiana; tenía, por tanto, la sangre ardiente y generosa. Desde los primeros días se dio cuenta del estado de cosas y se propuso cambiarlo a toda costa. Poseía el juvenil ensotanado, el fervor y decisión que fueron el secreto de los primeros catequizadores coloniales. Llegaba con una misión, y se propuso cumplirla. Pero tenía también un espíritu moderno, y sabía cuántas veces la solución de un aspecto material es la vía ancha para la solución de los problemas espirituales. La pobreza del indio era el obstáculo principal para su labor evangelizadora: el padre Dositeo consiguió que los cueros de los indios fuesen directamente a Asunción sin pasar por los intermediarios, y con ello triplicó los ingresos del toldo. El cacique Gustavo, después de esto, se halló dispuesto a oír cuanto el padre Dositeo le quiso sugerir y enseñar. En cuanto a la caña, el padre Dositeo no pudo eliminarla de raíz, pero sí disminuir enormemente su preponderancia a medida que en el ánimo del cacique empezaron a pesar: el temor del infierno, por un lado; por otro, el miedo a tener que tratar de nuevo con los acopiadores. Por otra parte, poseía el padre temperamento de verdadero apóstol, alegre y lleno de recursos. Encantó a los indios con sus himnos, hizo de todo ocasión para música y danza, y les enseñó a rezar cantando. Además, les hablaba en su lengua. Y mientras les iba explicando el catecismo, colgó estampas de Cristo y la Virgen de las paredes de las ogas:

—Mucho cuidado con pecar, que el Señor y la Virgen te miran.

Mediante él, las indias recibieron maravillosos vestidos rojos y azules.

La tribu empezó a ver en el padre Dositeo un verdadero taumaturgo que convertía en realidad sus más caros anhelos. Y cuando curó a algún indio desahuciado, su prestigio subió al máximo.

Y así fue como llegó para los quebracheros el momento desagradable en que, al presentarse en la tolдерía, el cacique Gustavo, con virtuoso ceño, les manifestó que ya no estaba más dispuesto a consentir en el placentero trueque de pollera por caña.

—Es pecado, dice padre Dositeo. Yo no quiere ir con Añá.

Los quebracheros desconcertados trataron de conseguir la mercancía de contrabando. Pero las indias se guardaban ahora más que antes, y los hombres perdieron el tiempo. Se vieron obligados a ir mucho más lejos, en procura de otro cacique complaciente, en un toldo dos leguas por lo menos más allá. El largo camino no los hacía felices. Y los elementos de la fábrica, llenos siempre de malas ideas, fomentaban el fastidio y la rabia. Sin interrumpir la evangelización en la tolдерía de Gustavo, el padre Dositeo dirigió sus pasos a otros toldos de las cercanías. Los quebracheros indignados veían acercarse el momento en que no les quedaría una india ni para remedio.

Aquel día era fin de quincena. El padre Dositeo regresaba a la orilla del río, después de una larga visita a un toldo lejano. Sentíase contento, y al tranco de su cabalgadura, un caballejo espantadizo, recontaba como un avaro las almas y sopesaba una vez más la probable cosecha. Caía la tarde y, aunque ninguna

campana estaba para tocar el Ángelus, el padre oró. Pensó luego que si apuraba un poco su cabalgadura, podría llegar a la orilla al salir la luna.

La picada era estrecha, antigua, torcida, propicia a cualquier sorpresa. Ya una vez en ella habíase cruzado con un tigre: el caballo, relinchando inquieto, le había avisado el peligro. Pero esta vez el caballo no pudo avisarle. Solo al ver salir al camino aquellas figuras amenazantes enarbolando sus machetes, paró en seco primero y luego se encabritó. El padre Dositeo, tomado de sorpresa, fue lanzado al suelo, de espaldas. El caballo, pasando sobre él, galopó asustado por donde había venido. El padre no se movió. Sobre él cayeron los quebracheros, con sus machetes. Con ellos le golpearon de plano. Uno de la orilla le dio un puntapié en el pecho. Habían estado bebiendo, camino de un toldo donde ignoraban si se les recibiría, y perdieron toda contención. Al ver que el padre no se movía, se detuvieron, no obstante. El de la orilla se inclinó sobre la postrada figura. Le tomó el pulso, se arrodilló, apoyó la cabeza sobre el pecho del caído. Se enderezó, se sacudió las rodillas.

—Omanó co raé —dijo—. Se murió.

—No vaya embromar —contestó, impresionado, otro.

—Te digo que está muerto. Completamente.

Los dos se inclinaron a su vez sobre el padre Dositeo, lo auscultaron torpemente. Muerto, no cabía duda. Quedaron mirándose unos a otros. En realidad, no habían querido llegar a tanto. No había sido tampoco premeditado. La casualidad quiso que lo encontraran... Solo habían querido desahogar un

poco su furia. ¿No era así?... Matar a un sacerdote es cosa seria. Alguno de ellos miró hacia atrás, pensando vagamente en escapar de allí. El silencio pesaba.

—¿Qué picó hacemos ahora?...

El mismo tipo de la orilla tuvo una idea luminosa.

—Lo indio lo mataron.

Mirándose unos a otros sin entender.

—¿Cómo decís?...

Decidido del todo, el orillero repitió:

—Lo indio lo mataron. Yayagarrá catú. Agárrenlo y vamos al toldo.

No entendieron tampoco; pero obedecieron intuitivo que el orillero les iba a solucionar el asunto. Levantaron entre cuatro el cuerpo del padre Dositeo y con él a cuestas emprendieron el camino. La cabeza extrañamente floja se balanceaba como una borla. Un momento que lo dejaron en tierra para respirar un poco, la barbilla quedó apuntando al cielo. El cuerpo pesaba, y más de una vez los portadores cansados miraron de reojo hacia el malezal. Pero el de la orilla les adivinó la intención.

—No conviene. Iban averiguar que somo nosotros. Aguanten hasta el toldo.

Llegaron por fin, ya con luna, a la toldería. Ladraron los perros. El cacique Gustavo se levantó de la estera donde se hallaba tendido haciéndose rascar la espalda por la más flamante de sus mujeres, una indiecita de senos como tapas de tetera y el ombligo saliente y bruñido como un retoño. Acudió, y con él otros indios, feos de ver a la luz de la luna. Los quebracheros dejaron el cuerpo del padre Dositeo, que ya se enfriaba, en el suelo. Los indios miraban

el cuerpo con cara de madera. Algunas indias, asomadas a la puerta de las ogas, empezaron a gritar. El cacique les impuso silencio.

—¿Así que usted le mataron al padre Dositeo?...

—Nosotro no matamo —respondió el cacique. ¿Por qué íbamo matar?... Padre Dositeo bueno, muy bueno, da vestido, hace pagar bien nuestro cuero, canta con nosotros...

—Ustede le mataron al padre Dositeo —repite-
ron los quebracheros—. Nosotro somo testigo. No-
sotro vimo.

Los indios revolvían los ojos, cambiando entre sí miradas inexpresivas, inmóviles los rostros; sin comprender.

—Ustede le mataron al padre Dositeo, y el gobier-
no va mandar soldado, y le afusilará a todo, y ni uno
va quedar vivo.

Otro quebrachero apoyó:

—Y si queda vivo, igual nunca más va vender un
cuero.

Gustavo sudaba.

—Si usted quieren vamo callar. Podemos decir
que no vimo nada, echar el jhetecué al estero.

Una comprensión lenta alboreaba en el rostro
inmóvil del indio.

—Y todo queda igual como ante.

Una pausa.

—¿Qué decís vos?...

Otra pausa. Ya impaciente:

—¿Sí o no?...

Gustavo se humedeció los labios.

—¿Va haber caña?...

—Caña, un poquito para vo. Pero plata no te vamo dar más... y vamo elegir nosotros la mujeres.

Gustavo seguía sudando. Miraba a sus hombres, en cuyos rostros de madera solo los ojos se movían levemente. Uno de los orilleros hizo un gesto circular:

—¿Vamo, lo mitâ?... Aquí no hacemo nada.

Gustavo se decidió.

—¿La caña?... —preguntó medio afónico.

Uno de los quebracheros le tendió una botella de caña, mediada. Gustavo la tomó, hizo un gesto a los otros indios, que volvieron la espalda y se alejaron como sombras. El cacique fue a tenderse en cualquier parte detrás de las ogas. Ahora todo fue muy rápido.

Los quebracheros fueron a alzar el cuerpo del padre Dositeo para echarlo al malezal. Pero pensaron que si lo hacían, cuando volvieran, a lo mejor ya no quedaba dónde elegir. Ya lo echarían luego cuando hubiesen acabado.

El cuerpo del padre Dositeo quedó, pues, tendido en el suelo, todavía abiertos los ojos, en los que se reflejaba la luna.

Las indias gritaban aterrorizadas ante el imprevisto asalto en el propio toldo. El que pegó la patada al padre Dositeo se peleaba con otro por la indiecita de los senos como tapas de tetera. Algunas jovencitas se refugiaban inútilmente en las ogas, en cuyas paredes colgaba aquí y allá una estampa traída por el padre Dositeo. Una india temblorosa tuvo aún tiempo de volver la estampa del revés para que el Niño Jesús no viera lo que iba a pasar.

2. Cayetana

—Cayetana, andá buscar la carne.

—Cayetana, en Pinozá se vende naranja a cuatro pesos el cien. Andá comprar.

—Cayetana, fregáme ese piso que está sucio.

—Cayetana, andá traer la silla que está en lo del carpintero.

—Cayetana, «enjaguá» mis medias. Pronto.

—Cayetana, prendé el horno. Vamos hacer sopa.

—Cayetana, andá regar mi picardía blanca.

Cayetana hacía todas estas cosas y algunas más.

Cayetana servía el mate de mañana, de siesta, de tardecita —mate amargo, mate dulce, mate de coco—, yendo y viniendo interminablemente de la sala a la cocina con la calabaza alternativamente vacía y llena mientras las señoritas platicaban también sin término, ya las dos a solas, ya con alguna visita. Esperaba pacientemente a que cada uno de los presentes hiciera rezongar el mate, balanceándose sobre sus pies descalzos que casi siempre hacían engastada la perla de un pique.

Cayetana iba a casa de doña Elena, de doña Faustina, de doña Estanislada, a traer y llevar invitaciones, platos de dulce o de chipá, ñandutí para ver, alhajas para corretear.

Y mensajes:

—Decile a la señora Fausta que cómo está; y que aquí le mando esta chipa para probar; y que le mando poco porque la linda come poco; y que quiero me disculpe porque ayer no le mandé la plata, porque mi comadre me engañó; y que aquí le mando una peineta que quieren vender por veinte pesos; y que por favor me preste un poco su cucharita de plata, porque esta tarde tengo visita; y que mañana la voy a visitar sin falta.

Cayetana repetía los mensajes con exactitud de grabadora.

—Dice la señora Fausta que está lo más bien, y que te manda su saludo; y que tu chipa es demasiado rica, y te manda gracias; y que la kyguá le gusta demasiado y se va quedar, y que aquí te manda la cucharita, y que mañana sin falta te espera.

Cayetana tenía diez años. Su único bien era un lunar en relieve, negro y crinoso, bajo el pómullo izquierdo. Llevaba un vestido hecho con «colas» de batones desechados por las patronas, calzado de la propia piel en invierno y verano, y peinado «acá-peró-bolero».

Rufina, la lavandera medio tarobá que aparecía asiduamente por lo de las señoritas Olmedo dos o tres meses al año —el resto del tiempo nadie sabía adónde había ido, y las señoritas perdían el juicio a la pesca de otra lavandera—, había entregado a Cayetana a las hermanas: «para tu hija», cuando la niña tenía siete años. Fue, lo recordaba bien, un poco antes de que la señorita Eulalia, la mayor, loca por las plantas, consiguiera aquella de picardía blanca que le

trajeron de San Pedro del Paraná, y que nadie más en Asunción tenía, por lo que estaba lo más orgullosa.

Al principio, Rufina veía a su hija dos o tres veces por mes, cuando venía a llevar la ropa para lavar. Pero luego, como de costumbre, dejó de venir; esta vez para no aparecer ya más, con lo que Cayetana quedó de propiedad exclusiva de las señoritas. Egidia le cosía los arlequinados vestiducos; Eulalia le carpía la cabeza con una arcaica maquinita de cortar pelo —la del finado señor Olmedo— que no funcionaba como una seda precisamente, y que arrancaba a Cayetana lágrimas en cada sesión. Los chicos del barrio llamaban a Cayetana «acá-peró-bolero entrenate portero»; pero tanto la señorita Egidia como la señorita Eulalia se habrían extrañado enormemente si alguien les hubiese dicho que Cayetana, de noche, tendida en su cama de bolsas viejas, en la cocina, lloraba, no tanto porque sentía frío en la cabeza, como porque los chicos la llamaban así.

Cayetana no tenía amigas. No le daban tiempo para ello. Como no había niños en la casa, no disfrutaba del privilegio de las niñeras, que salen con las criaturas a la vereda y participan de los juegos. Solo tenía cierta amistad con una muy vieja vendedora de yuyos que por temporadas se dejaba ver por el barrio, y que a veces daba a Cayetana una naranja o un par de coquitos, y una vez hasta un melón pequeño y cuya corteza por mitad aparecía negruzca y dura como neumático.

Cuando Cayetana tenía trece años, casi catorce, se produjeron en la casa, escalonadamente, varios acontecimientos extraordinarios.

Una mañana, al regar su picardía blanca, cada día más lozana, la señorita Eulalia se encontró con que alguien había arrancado de la misma un gajo, el más cercano a la balaustrada. La señorita Eulalia tuvo materia para plaguearse por muchos días, y durante no poco tiempo ella y Egidia buscaron pretexto para visitar a todos los vecinos, mirando recelosamente en sus patios, en busca del gajo; pero no dieron con él.

En la persona esmirriada de Cayetana hubo cambios patentes. Creció cinco o seis centímetros, se le rellenaron las mejillas, aclarándosele ligeramente el cutis; los pómulos se le lustraron; el lunar, de feo, se volvió casi atractivo, y leves hinchazones le tensaron el vestido en la delantera.

La señorita Eulalia y la señorita Egidia, de común acuerdo, decidieron que ya era hora de que Cayetana llevase el pelo crecido; pero solo hasta la oreja, de modo que la señorita Eulalia pudiese seguir cortándose con la tijera, y no hubiese que mandarla al peluquero: no faltaría sino que hubiésemos de gastar en los coqueteos de la Cayé, che.

Y de Buenos Aires vino llegando, después de larguísima ausencia, Eduardo, el sobrino preferido de las señoritas, porque era el que daba a la familia el lustre profesional. Era doctor, con despacho «en la reina del Plata»; ¡tan joven, tan lindo mozo y tan inteligente!... Estaba casado con una porteñita, tenía dos pibes. Venía a Asunción a arreglar algunos asuntillos; buscar casa —«que sea cerca, che»— porque la pareja vendría a establecerse acá, el doctor no acababa de acostumbrarse a la vida porteña. Las tías echaron la casa por la ventana para agasajar al «doctor». Cayetana

nunca había traído y llevado tantos mensajes. Ella era además la encargada de lustrar al «doctor» los zapatos, plancharle las camisas y prepararle el baño, y de servirle el mate en la cama. Allá en Buenos Aires, che, no encontrás quién te lo sirva.

Cuando salía a la calle, Cayetana iba muy seria, mirando a cualquier parte allá lejos; pero ya un par de veces un concripto o un mitaruzú de pantalón corto y peludas piernas le habían rozado la mano con las suyas al pasar; algún albañil la había lanzado desde lo alto del andamio un piropo de esos que arrancan la piel; y hasta algún yaguá yucá desgonzado contra una columna de la CALT había mascullado a su paso una insinuación obscena; pero no acabó de darse cuenta de que todo aquello iba en serio hasta que en una siesta, cuando estaba inclinada sobre el pozo tirando de la cuerda para sacar agua para el baño del «doctor», le pellizcaron una nalga.

Cayetana soltó el balde, que bajó violentamente con gran escándalo de latas, chocando con las paredes del pozo (más tarde la señorita Eulalia la retaría mucho por haber abollado el recipiente). Se volvió, vio al «doctor», que la miraba sonriendo bajo el bigotillo, los ojos brillantes; y su cutis moreno, al encendersele, se tornó color de hígado. Corrió a la cocina desierta a esa hora. Allí lloró en silencio. Aquella noche atendió a la mesa reacia y hosca, ganándose varios retos de la señorita Egidia y un acapeté de la señorita Eulalia, siempre pesada de mano.

Al otro día temprano tenía que servirle el mate al señorito Eduardo en su dormitorio. Se hizo la re-

molona. La señorita Eulalia alcanzó su agudo límite de tiple dramática:

—¡No faltaba más!... ¡La Cayé con caprichos!...

Se ganó de nuevo un par de acapetés.

—Y esta siesta, ya lo sabés. No es menester que te lo mande.

Cayetana, pues, sirvió el mate aquella siesta al «doctor», muy tiesa al pie de la cama, poniendo alternativamente un pie sobre otro, y la vista en las cruzadas manos. El «doctor», entrecerrados los párpados, la miraba. Una de las veces, cuando ella se acercó, cebado el mate, la agarró por la muñeca, silbando entre dientes:

—Vení acá, tarada. ¿De qué te espantás?...

Tocó a su término la vacación del señorito Eduardo. Las tías, sentimentales, le hicieron las valijas con mucho cariño y previsión, metiéndole en ellas mucho ñandutí para la señora y dulce de leche para la familia. Cayetana fue la encargada de llevar las valijas hasta el muelle. Iba delante de ellos un trecho, llevándolas a empujones y deteniéndose a cada rato, porque eran pesadas.

Eduardo se despidió de sus tías con muchos besos y abrazos. Pronto estaría de vuelta con la esposa. Nada como el país de uno para vivir. Dio a Cayetana un billete de diez pesos. Las tías rezongaron: no está bien echar a perder a las criadas. Y cuando llegaron a casa, la señorita Egidia le pidió a Cayé el billete «para guardárselo y que no se lo gaste».

No habían pasado tres meses cuando la señorita Eulalia, al despertarse una mañana, la primera —siempre se despertaba antes de Egidia—, no encontró a

Cayetana como de costumbre a su cabecera con el vaso de agua tibia para enjuagarse la boca.

—Esta chica... Ya no sé lo que le pasa de un tiempo a esta parte. ¡Cayetana!...

Silencio.

—¡Cayetana!... El mate, «señorita»...

Cuando la señorita Egidia decía «señorita», en el horizonte se dibujaban varitas verdes.

Ni una mosca.

—¡¡¡Cayetana!!!...

Las señoritas Olmedo acudieron a la comisaría. Esta no tuvo éxito, dijo, en la pesquisa. Lo más seguro es que ni se molestaran en buscar. Porque cuando una chica como Cayetana desaparece, de sobra se sabe el porqué; se pierde para todos, menos para uno.

Las hermanas buscaron en vano durante mucho tiempo otra «hija» que reuniese las virtudes de Cayetana. No la encontraron. Ello las trajo de mal humor por una temporada. Claro que tenían para compensarse muchas satisfacciones. Por ejemplo, la picardía blanca crecía: daba ya una hermosa sombra. Nadie parecía poseer en Asunción otra planta igual. El gajo robado seguramente no habría prendido: hay que tener buena mano. Y a la sombra de la picardía blanca tomaba a menudo el mate dulce el doctor Olmedo con su señora. Se habían venido en efecto a vivir en Asunción. Tenían tres hijos. El menor, un varoncito de cinco años, retrato del papá, lo más hermoso y rico, que tenía locas a las tías. «Su tía encanto».

—¿No me traías verduras antes de ahora?... —preguntó a la vendedora la señorita Egidia, que tenía buena memoria.

—Sí, la señora. Hace mucho tiempo. Años. Pero yo me acuerdo.

Arreglaba sus verduras, muy frescas, por cierto, en el canasto.

—Yo te traía patata y mandiό, y choclo para tu chipá guazú un tiempo. Esta picardía blanca estaba muy chico todavía. Tenías una mitacuñá que se llamaba Cayetana.

—¿Te acordás de ella?... Se fue de casa.

—Seguro. Fue mi vecina allá en Lambaré.

—¿Tu vecina?...

—Se quedó con mi tía cuando se fue de acá. Mi tía vendía papas, ¿te acordás pa? Ña Petrona la llamaban.

—¿Y dónde está ahora Cayetana?...

—Se murió.

—¿Se murió?...

—De este lune en ocho se cumple dos meses.

—¿De qué murió?...

—Y, no sé. Hacía mucho tiempo que taba enferma, luego. Echaba sangre.

—¿No sabés por qué se fue de acá?...

—Se fue para tener hijo en casa de mi tía.

(Así que había sido eso, se dijo la señorita Egidia. Con catorce años apenas... Todas son iguales...).

—¿Y el hijo vive?

—Sí, una mitacuñá mí. Se llama Cayetana también. Ha de tener once años, mbaé.

—¿Dónde está?...

—Con mi tía.

La mente de la señorita Egidia trabajaba rápido.

—¿Qué va hacer tu tía con la chica?...

—Y, no sé... Mi tía es pobre, y...

—¿Dónde vive tu tía?...

La verdulera dio a la señorita Egidia indicaciones precisas. Aún aclaró más:

—El rancho tiene una enramada de picardía blanca, como esta.

Aquello fue lo que más dio que hablar a las hermanas, luego:

—¿Te das cuenta?... Fue la Cayé la que arrancó la rama de picardía para dársela a la vieja.

—No te podés fiar de nadie.

Ocho días después, la huérfana estaba en casa de las señoritas Olmedo. Era una chica espigada, sonriente. Un poco menos morena que la madre, y más linda que ella —esa pobre Cayé era bastante susto—. Crecida para su edad, gorditas las piernas. Bajo el pómulo derecho tenía un lunar negro y crinoso.

Las señoritas Olmedo estaban en sus glorias.

—Cayetana, andá buscar la carne.

—Cayetana, en Pinozá la naranja se vende a diez pesos el ciento. Andá traer.

—Cayetana, este piso está demasiado sucio.

—Cayetana, «enjaguá» mis medias.

—Cayetana, lavá los cubiertos.

—Cayetana, regá, pues, mi picardía. Pero cuidado con tocar ni una ramita, ¡señorita!...

El doctor venía ahora más a menudo, solo o con su señora. Los chicos —quince y doce— estaban por allí todo el tiempo. ¿Quién los iba a mimar más? Para servir al doctor, las señoritas le ponían a Cayetana un delantal blanco que luego guardaban enseguida.

Cayetana llevaba el resto del tiempo un vestido hecho de «colas» de batones desechados y calzado de

la propia piel. Como era crecida y tenía ya formas, la señorita Eulalia, muy a su pesar, renunció a cortarle el pelo «acá-peró-bolero».

Le dejó melena corta hasta la oreja, como para poder recortárselo ella con la tijera.

El hijo del doctor, cuando la madre o las tías no estaban delante, le miraba, entrecerrando los ojos, las piernas.

3. Mandiyú

—Cuatro o si no cinco metro bombasí para el pañal... Tre metro género para mi vetido. Una olla fierro... Si alcanza una camisa para Pastorcito angá.

Rudecinda —Rudé— se repetía mentalmente la cuenta de lo que compraría con la plata del algodón. Claro que necesitaba muchas más cosas, pero la experiencia enseña, y Rudé sabía bien que sería difícil conseguir más con Perú.

—Cinco metro bombasí para el pañal, porque va hacer mucho frío ete agosto... Un vetido para mí. No tengo má ni una ropa que ponerme... Una olla fierro...

No podría conseguir más, y eso que en la cosecha apilada bajo el alero la mayor parte de lo sudado era suya. Ella se había derrengado sobre los surcos, sembrando y carpiendo. Perú apenas si había hecho algunos aspavientos con el machete en dos o tres ocasiones. Al tiempo de recoger el algodón, fue ella otra vez la que se reventó recorriendo los surcos de abajo arriba, de arriba abajo, colgada la bolsa sobre la más que saliente barriga, sintiéndola crecer en volumen y peso hasta que no daban más, ni la bolsa ni ella; y había que vaciar la carga y comenzar otra vez. Menos mal que en algo la ayudó Pastorcito. Perú aparecía algún rato como quien viene a vigilar el trabajo, para eclipsarse enseguida. Su lugar propio

era el catre desvencijado bajo los mandarinos; y su ocupación, vaciar la botella de caña que le traía algún compí para consumirla juntos, o que él mismo se procuraba de alguna manera.

—Cinco metro bombasí para el pañal... va hacer mucho frío ete agoto, Perú... Y yo necesito un vetido... El que tengo ya se rompe todo... Una olla porque eta ya e puro agujero y tengo que ponerle en el fuego de lado por no que se vaye todo el caldo...

Perú sabía todo esto tan bien como ella; pero Rudé sabía muy bien que era lo mismo que si no lo supiera. Si ella pudiese ir a Asunción con la cosecha, sería distinto. Pero estaba gruesa, ya en las últimas semanas; y los viajes le sentaban muy mal. El último embarazo así había pasado: había perdido su criatura por su capricho solamente. Se empeñó en viajar estando de seis meses.

Pastorcito acompañaría a su padrastro en el viaje y Rudé pensaba que la presencia de la criatura serviría para mantener a Perú un poco a raya. Aunque, a decir verdad, Perú no podía ver a Pastorcito. Rudé tenía que acudir continuamente a evitar choques entre el hombre y su hijo. Gracias a Dios ella trabajaba y Perú no podía quejarse porque tuviese él que mantener a Pastorcito. Aunque a veces se largaba a decir, descaradamente:

—Ete mitaí tepotí que chupa mi sudor y sangre...

Perú había conseguido que el primo de Rudé, Clímaco, le prestase su carreta —mirá que le presto a Rudé, no te presto a vos—, añadiendo el encargo un poco seco de tratar bien los bueyes, para llevar su algodón a la capital. Así obtendrían mucho mejor

precio que vendiendo a los acopiadores. Mil guaraníes por lo menos. Se podían comprar muchas cosas con esa plata. Pero Rudé se conformaba con poco:

—Cinco metro bombasí para la criatura. Un poco de género para mi vetido. Una olla fierro. Atendé bien que na por no que se te olvide, Perú.

No era nada prudente, y ella lo sabía bien, encarar a Perú ningún asunto en el cual hubiese plata de por medio. No se confía a un gato la custodia de un bife. Y lo que no cuesta de ganar se gasta con facilidad. Perú, que no sabía ganar un centavo, estaba siempre dispuesto a gastarse el guaraní ajeno. Mejor le pedía al mismo Clímaco que le llevase él la carreta. Tendría que darle algo por su trabajo, pero al menos estaría segura de que le traería lo pedido.

Pero Perú quería ir, se emperrió en ir él, y hay momentos en los cuales la mujer no vale nada.

Y menos si no es casada, y si está encinta y el hombre anda medio alzado. Ella no es que no lo sabía: se hacía la chancha renga, no más, por muchas razones. Una de ellas era precisamente esa; que estaba encinta, y cuando estaba así no aguantaba al compañero: de balde era que le dijese las comadres que entonces estaba el peligro, porque es entonces cuando el hombre se enfría y pierde la querencia. Ella no lo podía remediar. Una vez quiso hacerse la guapa y le costó un aborto que la tuvo tres meses en cama y con aquellas curaciones horribles. El accidente además le había dejado en el corazón un vago rencor contra el hombre egoísta al cual no importaba el dolor de la mujer con tal de salirse con su gusto.

Dejaba, pues, ir a Perú de muy mala gana. Menos mal que con él enviaba a Pastorcito. Este no se llevaba bien con el padrastro; pero Rudé esperaba que su presencia le pondría quizá freno a Perú: le haría recordar lo que el algodón aquel representaba y las esperanzas que en el dinero había puesto Rudé. Un vestido para ella, unos pañales para el que iba a nacer. También Pastorcito había trabajado como un negro, a pesar de sus once años; pero para él no encargó nada, ya ella se ocuparía.

La carreta salió a la madrugada. Iba hasta el tope, y sobre las bolsas, encaramados, Perú y Pastorcito. Perú aguijaba a los bueyes; porque, aun yendo a paso vivo, no llegarían a Asunción sino el otro día a media mañana. Llevaban un atadito con comida que les había preparado Rudé; no podían hacer gasto en el camino; no llevaban un centavo. Al pasar por el boliche de Ña Cándida, a tres leguas del rancho, Perú había detenido la carreta, había bajado, entrado en el boliche, para salir a poco ceñudo, de pésimo humor. Tomó las riendas de manos de Pastorcito y guio él, hostigando a los bueyes constantemente.

—Tamo perdiendo el tiempo. Hay que llegar pronto; si no te quedá atrá y ya no queda plata para vos.

Y ya no habló más, ni a la hora de la mísera cena. Siguió guiando.

Pastorcito aprovechó para dormir.

Llegaron a Asunción al día siguiente a las diez de la mañana casi. Perú no era muy vivo, pero no tardó en despachar su asunto: el ansia de verse el dinero en las manos era hartó grande. Para mediodía ya lo tenía en el bolsillo. Un rollo de cerca de mil guaraníes. Un

platal. Al salir de la oficina, Perú parecía transfigurado. Se le habían encendido dos chispas lejanas en los ojos y su paso era ligero. Su voz se hizo, además de impaciente, mandona.

Subió a la carreta, empujando a Pastorcito, que muerto de hambre le esperaba para comer algo. Tiró de las riendas.

—Yajhá. Vamos.

—¿Tenés ya la plata?

—Uh.

—¿Vamo comprar lo que dijo mamá?...

—Má tarde. Ahora tá cerrada la tienda.

—¿Dónde que vamo aúra?...

—A un lugar.

La carreta rodó sobre el empedrado lentamente. También los bueyes tenían hambre. Pastorcito recorría ávidamente las fachadas con la vista, buscando los establecimientos abiertos donde podían comer algo. Pero solo se veía uno que otro, lujoso a su mirada campesina, y en el que se sentían inhibidos para entrar. Poco a poco dejaron atrás las calles más pobladas; fueron cayendo en las afueras, casi a pleno campo. Allí encontró por fin Perú lo que buscaba. Dejó a Pastorcito al cuidado de la carreta y entró en un boliche. Tardó mucho, mucho, en volver. Pastorcito hambriento, con sed, quería llorar de rabia. Cuando volvió, traía en la mirada una chispa distinta, y caminaba despacio, inseguro.

—¿Me trajite alguna cosa para comer?... —inquirió el chico, apremiante.

—Me olvidé ité catú.

—Dame entonces un poco de plata pue —casi gritó—. Voy comprar alguna cosa.

Perú sacó el fajo del bolsillo. Buscó mucho en él, bajo la mirada ansiosa de Pastorcito, hasta encontrar dos de un guaraní. Se los dio al chico, quien saltó desde arriba de la carreta y corrió hacia el boliche. Dos guaraníes. Nunca había tenido tanto dinero junto para él en las manos. Pero cuando llegó al boliche, comprobó que con él solo se compraba un pastel, frío y huero. No lo quiso. Y no había otra cosa que costase dos guaraníes o menos. Con el estómago protestando, volvió a la carreta. Perú le retó por haber tardado.

—Cuide lo güeye. Yo necesito descansar.

Se echó sobre las bolsas vacías, y no tardó en roncar. A Pastorcito llegábale, por sutiles rachas, el olor del metílico. De rabia, le venía algo así como chuchó. Los bueyes no podían más de hambre y sed. El chico se acercó al boliche, preguntó dónde podían beber los animales.

—Atrá de la casa está el pozo y una lata grande para llevar el agua taién.

Pastorcito llevó agua a los bueyes. Y luego recogió unos pastos aquí y allá para que comiesen algo. Después esperó que despertase el borracho. Pero no despertaba nunca. Cuando Pastorcito frenético iba a hacer andar por su cuenta la carreta, Perú despertó.

El sol había caído, el viento del atardecer se hacía más frío: el cielo se nublaba. Perú despertaba malhumorado... Había bebido lo bastante para darle mal sabor de boca, pero no lo suficiente para un largo sueño.

Se descolgó torpemente de la carreta y se encaminó hacia el boliche.

—No compro la cosa —le detuvo Pastorcito, gritando, díscolo—. Y yo tengo hambre.

—Hay tiempo para todo. No incordie, mitaí.

Siguió caminando y se metió en el boliche, ya lleno a esa hora; se apoyó, muy en caraí, en el mostrador.

—Do pateles y una botella *Aristócrata*.

Le trajeron lo pedido. Los pasteles eran grandes y, como siempre, huecos, pero estaban calientes. Bebió un vasito de caña y luego otro y otro. Miraba en derredor, dueño de sí y de una botella entera de *Aristócrata*, no efímero usufructuario de un vasito que tiene que esperar se lo llenen otra vez si alcanza la plata. El calor del alcohol le corría gargüero abajo, le rebozaba el estómago como si se lo repasase suavemente con una esponja caliente. Al quinto vasito empezó a perorar gangosamente. Experimentaba la necesidad de que aquella gente de porquería supiese que él, Perú Almada, no era un cualquiera. El que tiene plata en el bolsillo y sabe gastarla, no es un cualquiera. Él no era un gringo miserable que se guarda los billetes; él sabía sacarlos al sol... Le miraban, o así a él le pareció, con lástima. No; con envidia. Eran pobres y no podían darse los lujos que él. Sintió orgullo, y el orgullo le estalló en generosidad:

—Che co cuimbaé... Jhetá arecó la plata... Che convidá entero, pe, lo mitá...

Sacaba el rollo de billetes, lo desenvolvía sobre el mostrador, los volvía a enrollar con torpes movimientos. Varios billetes cayeron al suelo. Un joven-

zuelo recogió algunos y se los devolvió. Uno, no pequeño, cayó en la sombra, y otro mitaí de cara de laucha le puso encima el pie descalzo...

Perú estaba en sus glorias. En torno suyo, rostros que sonreían con las que a él se le antojaban las más amistosas de las sonrisas; caras que le miraban amables, manos adivinas que le servían deliciosas cañitas, una tras otra. Y de pronto todo desapareció, se hundió en una densa sombra en la cual navegaba como en un mar de algodón...

La madrugada de julio despertó a Pastorcito con su aguda punzada a pesar de haberse abrigado con las bolsas vacías. Los bueyes, siempre hambrientos, impacientes, habían arrastrado la carreta un trecho hasta alcanzar un baldío, donde hallaron algo que comer. Pastorcito al pronto no reconoció el sitio. De momento no hizo salir a los bueyes: salió él al camino y trató de orientarse. Pronto distinguió, a media cuadra de allí, el boliche, y miró en torno, orientándose. Le dolía el estómago vacío: pero otra cosa se sobrepuso a su hambre: Perú no había dormido en la carreta. Delante de la puerta del boliche, algo así como una bolsa caída en tierra, la mitad sobre la vereda, la mitad en la calzada. Pastorcito corrió hacia allí. Parecía una persona. Parecía Perú. Era Perú. Despacio, Pastorcito se fue acercando. Temblaba de frío, hambre y corajina. Se inclinó sobre él. Estaba frío como un ladrillo. Como para no estarlo, con la noche fresca. Por lo visto había perdido su poncho. Cuando Pastorcito, aterrado por su inmovilidad y frialdad, iba a gritar, Perú se movió. Gimió y se volvió de costado. Pastorcito lo llamó por su nombre, pero

Perú no parecía oír. Pastorcito sentado en el suelo, lloraba. Clareaba ya del todo y pasaban algunos; pero nadie hacía caso; a lo sumo dirigían una mirada distraída al bulto y luego al chico. Pasado un rato, Pastorcito se acucilló junto a Perú, lo removió un poco. Inútilmente.

—Borracho, chancho, asqueroso...

Lo removía, frenético; pero Perú no despertaba. Volvía a caer, mascullando tal cual palabra inentendible. Pastorcito pareció desalentado. De pronto, resuelto, se acercó al borracho, le registró los bolsillos. Nada. Pastorcito no lo quería creer. Pero era cierto. Uno tras otro, los bolsillos esculcados se declararon limpios de toda culpa. Luego, mirando en la tierra removida por el cuerpo, vio un billete, arrugado, apelmazado. Lo alzó. Casi se le descolgó el estómago. Cincuenta guaracas. Una fortuna. Lo guardó. Pensó ir al boliche y comprarse algo para comer. Pero solo un momento lo pensó. Enseguida, se sentó de nuevo en el suelo, esperando, ahora más tranquilo, que Perú despertase.

Cuando el sol estaba ya alto, se abrió el boliche; alguien asomó, vio a Perú, se metió otra vez dentro. Más tarde asomó de nuevo y se dirigió a Pastorcito:

—¿Vos venís con él, che?

—Sí.

—Tenés que hacerle ir. Si no, lo tajhachí le van llevar.

Pero ¿quién levantaba al borracho?... Pastorcito lo sacudió. Lo volvió a sacudir. Le hizo beber un vaso de agua que le pasó el del boliche. Y por fin Perú se enderezó y quedó sentado en el suelo, temblando

de frío y gimiendo sordamente con las manos apretadas contra el estómago. Al cabo de un rato miró a Pastorcito:

—¿Dónde está mi poncho?

—¿Y cómo yo voy saber?... Seguro lo perdiste.

Perú había empezado a balancearse a derecha e izquierda, la cabeza entre las manos. En la puerta del boliche, el mozo, un morocho de alborotado tupé, contaba a dos o tres cuimbaés que tenían muy poco que hacer a esa laboriosa hora la hazaña de Perú la noche anterior, al convidar a todos los parroquianos y apostar que era capaz de beberse él solo tres botellas casi de caña...

—E un coloso...

Hacia mediodía recuperó Perú el sentido suficiente para levantarse, buscar su sombrero. Pastorcito que lo había recogido en mitad de la calle, chafado por Dios sabe cuántas ruedas y cascos de buey o de caballo, se lo dio, tal como estaba, irreconocible, puro polvo. Perú se lo encasquetó. Miró. No vio por supuesto la carreta.

—¿Dónde picó que etá la carreta?

—Allá adelante en el baldío. Lo güeye tenía que comer.

Con paso vacilante, Perú enderezó camino adelante. Pastorcito habló, desafiador:

—Esperá un poco Perú.

—¿Qué picó querés mitaí de m?...

—No hemo comprado nada.

Se volvió a medias.

—No; ni vamo comprar.

—¿Dónde que metió la plata?

Perú no contestó. Siguió caminando hacia la carreta, subió, sin preocuparse de Pastorcito, que subió por detrás, y arreó a los bueyes. Despacio enfilaron el polvoriento camino. La carreta traqueteaba en las hondas rodadas; pero, vacía, iba más ligera. El sol subía. Aunque era otoño, picaba. De pronto, Perú se volvió hacia Pastorcito. Estaba amarillo. Le tiró las riendas.

—Tomá.

Se echó en el fondo de la carreta, se echó a dormir al traqueteo de la carreta. Al atardecer dormía aún. Pastorcito lleno de congoja y furia a la vez el corazón, no sabía qué hacer. Llegaban a un trecho sombreado del camino. Detuvo la carreta. Bajó. Buscó unos puñados de yerba para los bueyes. Sentía agudos calambres en el estómago. Al otro lado de un alambrado, un mamón brindaba un par de frutos completamente amarillos. Se introdujo por entre el cerco, no sin rasguños. Miró en torno; no había nadie a la vista en esa hora de la siesta. Pero el mamón era alto: una planta vieja ya. No podría nunca alcanzar la fruta. Subirse a él era apeligrase... Además, podía romper una planta ajena. Desalentado, miró en torno. Una tacuara providencial echada en tierra le prendió la mirada. ¿Providencial? No. Por lo visto, otros habían bajado frutos de esa planta en anteriores ocasiones. Pastorcito alzó la tacuara, la levantó hasta tocar la fruta, empujó... La fruta cayó, espachurrándose; estaba muy madura. Pero Pastorcito estaba también maduro de hambre...

Por encima del alambrado asomó un rostro oscuro, feo, sucio, el sucio sombrero sobre la frente,

resoplando furioso. No era el dueño de la fruta: era Perú.

—¿Qué lo que hace mitái desgraciado, mondajhá?

—Y, como porque tengo hambre. Uté lo que é mondajhá que no me da de comer y se come la plata de mi mamá.

Perú no contestó. Se inclinó al suelo como buscando algo. Pastorcito lo adivinó, una piedra... Corrió hasta situarse lejos del alcance presumible de su tiro, detrás de un tronco, no muy grueso, lo bastante para amparar su cuerpo de adolescente enclenque.

—Mitái tepotí... Añamemby... Yo te enseñaré...

Había hallado un guijarro. Lo lanzó, pero cayó desviado. Corrió trastabillando, inclinándose para agarrar otros guijarros. Pastorcito esquivaba fácilmente los tiros. Perú espumajeaba. Sacó el cuchillo; pero el chico estaba cada vez más lejos. Ahora un cierto placer deportivo propio de la edad se superponía en su corazón al temor por la propia audacia.

Fuera de sí, Perú gritó:

—Se quedará acá, mitái arruinado... Y si amanece vos por el rancho...

Despacio, hecho un viejo, regresó a la carreta, subió; la carreta echó a caminar. Desde su refugio, Pastorcito, no sin inquietud, la vio marchar. A tres cuadras de distancia, el camino hacía recodo. La carreta dobló. El camino quedó solitario. El cielo empezó a ensombrecer, rápido. Oscurecía. El chico, una manchita insignificante en el paisaje ralo, corría tras la huella de la carreta.

Rudé no esperaba ya a su concubino esa noche. Cuando haciendo esos viajes no llegaban al atardecer, no llegaban ya hasta la mañana siguiente. Por tanto, se echó a dormir. Había preparado un poco de sopa para Perú y sobre todo para Pastorcito, que llegaría con hambre: las criaturas tienen siempre hambre. La sopa aguantaría hasta mañana. Con tal que Perú trajese lo que ella le había encargado... Se echó en el catre; sentía frío. El rancho tenía demasiadas rendijas. Si Perú se resolviese a tapar esas rendijas y la abertura del techo, tal vez podría acomodarse mejor.

Y ella necesitaba género para pañales, y un vestido y una olla nueva de hierro, y...

Se quedó dormida. Pero no durmió mucho. El chirrido familiar la despertó. Se restregó los ojos, miró la vela encendida ante la imagen de san Ramón. Apenas si quedaba media pulgada. ¿Sería posible que Perú volviera a esa hora? Se levantó, prendió en la velita del Santo otra de sebo, más grande, y salió, cobijando la luz con la mano. Claro que era Perú. Perú con el sombrero abollado y pardo de tierra, desenganchando en silencio los bueyes.

Rudé se acercó a la carreta, alzó la vela escudriñando su interior, buscando algún bulto.

—¿Y mi encargo?

No hubo respuesta.

—Mi encargo, digo. ¿No trajiste?

—No traje nada. Nadaité.

Pausa estupefacta.

—Pero el algodón ¿nda vendevoí, acaso?

—Y, seguramente.

—¿Jha la plata?

—¿Qué cosa que me pregunta tanto?... ¡Déjese pué de joder!

Perú se había bebido el dinero... Se había bebido los pañales, su vestido, la olla... Sintió que se le apretaba la garganta.

—¿Qué lo que anduvite haciendo para gatar toda la plata?

Silencio.

—¿Dónde metió la plata?... Mi parte, siquiera, deme. La plata para el pañal de la criatura.

Silencio.

No. De él no sacaría nada. Pero Pastorcito le contaría. Miró en torno.

—¿Pastorcito? ¿Dónde etá?

Desde el pastizal, contestó, ahora, la voz borrosa.

—¿Pastorcito?... Por ahí anda.

Rudé llamó. Pero el chico no respondía. Una angustia irracional se apoderó de la mujer.

—¿Qué lo que hicite con Pastorcito, maldito? ¿Dónde pa lo dejate? ¿Dónde te juite dejar mi hijo?

—Por ahí anda. Es un malevo. No lo quiero má aquí. Ni a uté tampoco... ¿Me oyen?... —gritaba, desahogándose frenéticamente—. Agarre su atado y mándese mudar.

Qué atado ni qué atado. ¿Acaso tenía ella algo? Si alguna ropa había tenido al irse con él, la había roto ya trabajando...

—¿No le importa nada de su hijo que va nacer?

—Qué hijo ni qué hijo. Cómo voy yo saber si é mi hijo. Demasiado pronto te quedaste embarazada. Y ante ninguna mujer se quedó en cinta de mí...

—¡Desgraciado!...

Rudé tomó su rebozo, dos vestidos viejos, pero cuyas colas aún servirían para envolver a la criatura, si no tenía suerte. Por detrás del mandarinal asomó la luna, grande, como una mandarina enloquecida. Enfiló el camino. Hacía frío. Iría a casa de Ña Candé, su «comarde» al otro lado del cañadón. Veinte cuadras. Pero no había más remedio. Primero, sin embargo, había que buscar a Pastorcito. Él caminaba ligero. Rudé se detuvo en el cruce. Pastorcito volvería por allí. Muy lejos cantó un gallo.

De pronto, de entre las sombras del camino, una más delgada se destacó:

—Mamita...

—¡Mi hijo!... —un sollozo de alegría.

Se le acercó cariñoso. La palpó.

—No llevo nada.

—No. No es eso. Toma.

—¿Qué es?

Rudé sintió el roce de un papel en el hueco de su mano.

—Cincuenta pesos mamá. Lo tomé de Perú.

—Pero eso e robar, Pastorcito.

—No e robar mamá. Vos trabajaste y yo también. Él, sí, que nos robó a nojotro. Se bebió toda la plata. Casi mil peso mamá. Rudé callaba.

—¿Dónde vamo, mamá?

—A casa de Ña Candé, tu mardina. Vamo por el camino grande. Qué bueno que hay luna.

Apoyada en su hijo Rudé, echó a caminar. La tierra apagaba la doble pisada descalza.

4. Maína

Era rubianca, de cutis seco y pecoso, y los ojillos de rala pestaña, la nariz más ancha que larga y la boca grande y prognata no la hacían ciertamente más bonita. Pequeña, lucía en brazos y piernas más vello, colorado y duro, del necesario; pero sus formas tenían cierta morbidez, su cabello caoba era abundante y ondulado, y cuando sonreía, su cara se las arreglaba para suministrar una extraña y excitante mezcla de impudicia y timidez.

A los doce años, Maristela era la pesadilla de aquella familia encarnacena, mojigata y muy pagada de su posición provinciana y amistades. Las monjas donde se educaba no habían querido más tenerla con ellas. Era un marimacho, dizque. Se subía a los árboles, saltaba las murallas, montaba a pelo los caballos, se descolgaba por las ventanas cuando la encerraban. Era además harto viva de genio: por nada, tiraba a la cabeza del prójimo lo que tuviera más a mano. Tregar a los árboles era su mayor delicia, y posarse en una rama alta, como un loro, su mejor diversión. Encaramada a un árbol estaba una mañana de enero, cuando el primo Atilio, invitado por la familia a pasar las vacaciones, le dijo, echándole, desde abajo, el ojo, el primer piropo. Ocho días más tarde, Maristela entró de siesta en el cuarto de su primo. Cuando

salió, Atilio le había enseñado algo que no figuraba entre sus asignaturas de la universidad.

Pasó el verano, y Atilio regresó a Asunción. Casi enseguida doña Claudia, la mamá de Maristela, se dio cuenta de que la chica estaba encinta. Consiguió que Maristela le contase lo ocurrido, y se vino a Asunción a hablar con la madre de Atilio, prima carnal suya. La madre de Atilio no se mostró muy asequible.

—Una chica de su edad que hace eso tiene pasta de ramera, y no hay por qué querer arrimarle a Atilio lo que ha pasado. Seguro que podrías encontrar si quisieras otros culpables.

Doña Claudia regresó a Encarnación veinte años más vieja. Las otras hijas, mucho mayores que Maristela (una de ellas, Augusta, tenía que haber sido monja, pero no tomó el hábito al cabo), echaron a la madre la culpa de lo sucedido, la abrumaron a reproches.

—Siempre la mimaste.

—Ya te decíamos que tenía mala sangre.

—Salió por papá, que Dios lo haya perdonado.

—Lo que necesitaba era palo y palo.

Desahogaron en Maristela sus despechos, sus amarguras; ella pagaba las mil pequeñas indirectas y maldades con que a raíz de lo sucedido sus amigas les devolvían acumuladas hieles. La madre, acobardada y enferma, les dejaba hacer.

Encerraron a Maristela sometiéndola a un régimen depurativo de pan y agua y bofetadas; la hicieron ir y venir a caballo a la quinta, con el cuchicheado propósito de que «se librería de aquello». Augusta inclusive quiso hacer intervenir a Ña Petrona «Pocaré», señora con larga práctica de obstetra no diplomada.

A esto Maristela, que hasta entonces se había sometido con rara mansedumbre a los malos tratos, sin quejarse, reaccionó con energía. Amenazó con hacer un escándalo. Las hermanas renunciaron. Pero solo provisionalmente. Maristela dio a luz un frío día de junio. La criatura era muy grande, y la madre niña debilitada sufrió mucho. Medio desvanecida, oyó llorar a su hijo. Y nada más. Un rato después preguntó por él.

—Ha nacido muerto.

Maristela, con la cabeza escondida entre las sábanas, lloró en silencio.

—Ahora llora, la muy p...

—Antes tenía que haber llorado.

Las hermanas intentaron meterla a monja: tampoco en esto quiso Maristela obedecer.

—Pues te pasarás la vida encerrada en esta habitación. No serás nuestra vergüenza.

Maristela entonces se las arregló para escapar a Asunción, a casa de su tía Severina, que a pesar del nombre era bastante buena y comprensiva. Tía Severina escribió a doña Claudia una carta poniendo a Jenara y Augusta como palo de gallinero, y diciendo que Maristela se quedaría con ella.

Se quedó, pues, con tía Severina. Tía Severina era viejita, pequeñita, gordita, blanquita, con el pelo arratonado y unos ojos azules pequeños; nunca le hablaba a Maristela de «aquello», y su único empeño era enseñar a la chica a cocinar. Maristela ponía en el aprendizaje una mansedumbre pareja a su torpeza. Lo único que hacía con extrema pulcritud y esmero era tender las camas. Estaba delgada y pálida; a veces

se quedaba ratos largos mirando al vacío, callada. Pero poco a poco recuperó colores y morbidez, y volvió a sonreír con aquella su equívoca sonrisa; y el bueno de tío Antero se removía en su asiento, vagamente inquieto. A los seis meses justos, una noche, y sin duda por equivocación, tío Antero se coló en el cuarto de Maristela. Maristela gritó, llamándole cuanto quiso y tirándole, a falta de mejor proyectil, un candelero. El escándalo fue gordo: tía Severina, puesta a elegir entre su marido y Maristela, se quedó con su marido, y Maristela, después de algunos conciliábulos de familia, pasó a casa de su otra tía, que lo era política, Eulalia. La chica abrió un nuevo capítulo de cuitas.

Tía Eulalia tenía ideas propias más bien medievals acerca de los métodos para la recuperación moral de las jóvenes. En su casa, Maristela fregaba los pisos de la mañana a la noche, comía lo que sobraba y dormía sobre la mesa del comedor, por frazada una alfombra vieja. Tía Eulalia le instituyó una labor de punto, en la cual, repitiendo en beneficio ajeno la ocurrencia de Penélope, deshacía por la mañana cuanto Maristela había tejido por la noche.

Fue por entonces cuando Maristela se encontró con su primo Atilio por primera vez después del pecado original. Atilio era ya abogado y lucía un bigotillo recortado precioso. Maristela se hallaba en el mercado eligiendo unos zapallos de un montón en que eran más los podridos que los sanos. Atilio se le aproximó, la saludó como si nada hubiese pasado, diciéndole que estaba muy buena moza. Y concluyó proponiéndole que se acercase una tardecita de aquellas a su rancho. Vivía solo, dijo. Maristela, sin

contestar, agarró un zapallo que por casualidad resultó el más podrido de todos, y se lo estampó en la cara a Atilio, dejándole ciego, sucio y maloliente. Mientras Atilio borbataba obscenidades y se limpiaba la mugre, Maristela se alejó riendo.

Tía Eulalia sacaba cada vez más el jugo a la chica, y esta se fue volviendo díscola. Empezó a contestar mal a su tía. Su tía la calificó elegantemente de puta y le pegó. Su tío Eleuterio, puesto al corriente por la esposa, contribuyó con un bofetón. Maristela se escapó y se fue a casa de una chica, costurera, a la cual había conocido en el mercado, que vivía con su madre del lado de Salesianito y que le había hablado de darle trabajo con ella. Tía Eulalia denunció la desaparición de la muchacha en la comisaría, y tres días más tarde Maristela estaba de vuelta. Tuvo que soportar otro chaparrón de bofetones y gruesos insultos; pero a esas alturas, por dentro le maduraba ya un plan su sobresaturada rebeldía.

—Vieja bruja: uno de estos días verás...

La primera vez que salió al mercado, se encontró —por casualidad, creyó ella— con el Comisario que la devolviera a su tía Eulalia. También se topó con él la vez siguiente. Y al tercer día, su tía la esperó en vano de vuelta.

Cuando don Eleuterio fue a la comisaría, el hombre sonriendo le dijo que la chica había denunciado ciertos hechos, que acaso a sus tíos no les conviniera ventilar delante del juez de menores. El matrimonio, sintiendo quién sabe qué crujidos de cola de paja, renunció a reclamarla. Desde entonces, Maristela campó por sus respetos... o falta de respetos.

La temporada que pasó con el Comisario —confesaba mucho más tarde Maristela— fue quizá la mejor de su vida. El Comisario tenía buen carácter y acaso encontraba en Maristela lo que los hombres llaman su calce, por cuanto se apegó a ella una barbaridad, y le compraba un sinfín de cosas. Maristela tuvo sirvienta, y hasta volvió a llevar sombrerito como en sus buenos días de Encarnación. Empezó a pensar que la vida, después de todo, no era tan mala. Lo único fastidioso era que le daba por quedarse a cada instante embarazada, y a cada instante también tenía que ir a casa de una fulana que por unos cuantos pesos ahorrraba inscripciones en el registro civil. Por aquellos días murió la madre de Maristela: esta pidió dinero al comisario y le hizo decir a la difunta una misa cantada.

Maristela, que comía bien, se vestía bien, tenía muchacha y se divertía en grande yendo al cine, a los partidos de *football* y a los bailes de barrio con otras señoras en parecida situación, decía, hablando con esas señoras, que no era tan difícil ser feliz. Pero un día aquello se acabó. Se acabó de repente, cuando Maristela leyó en el diario que Juan Antonio Cárdenas, correcto y eficiente funcionario policial, se casaba al siguiente sábado con una señorita cuyo puntagudo perfil adornaba la sección Sociales. Aquella noche hubo movimiento en la casita. El hombre trató de aplacar a Maristela diciéndole que la seguiría atendiendo siempre, y no solo con la mensualidad. Pero los argumentos de don Juan Antonio no convencieron a la energúmena.

—Una mujer se conforma con la mitad del sueldo, pero no con la mitad de lo... otro.

Y le tiró a la cabeza la bacinilla, afortunadamente vacía.

A la mañana siguiente se mandó mudar, llevándose dos buenas valijas de ropa y algunos pesos ahorrados, a casa de una muchacha que hacía poco atravesara por trance parecido. Nené, que era muy agraciada, no halló inconveniente en su compañía. La fea Maristela no parecía competidora temible. Al cabo de algún tiempo, Nené halló, sin embargo, que con su morbidez extrañamente impúber y su sonrisa mezcla de lasciva sabiduría y timidez, Maristela tenía para los hombres cierto atractivo no despreciable.

Y así fue como una siesta hubo un crudo cambio de palabras; Maristela y Nené se echaron en cara mutuamente un increíble número de secretos o patentes atributos femeninos negativos, amén de unos cuantos ausentes, y Maristela, que por entonces contaba ya veintiún años, resolvió que era hora de que se alquilase una pieza para ella sola. Lo hizo en un conventillo. A la razón, tenía ya cierto nombre, y se la buscaba. No le iba mal ni mucho menos. Aparte del aliciente que su sonrisa tenía para los hombres, sabía, intuitivamente, dar a estos una singular sensación de conquista: no era posible, con ella, apresurar las cosas; había que tomar una porción de mates, o fumar unos cigarrillos; conversar de temas varios, policiales y políticos especialmente —y hasta cortejarla un poco, antes de que ella se resolviese a abrir su embozo—. Nunca, además, hablaba de dinero con ellos, aunque aquel que se olvidase de que el dinero es algo esencial en la vida de cada uno, podía estar seguro de que la noche pasada no tendría mañana. Sus amistades se reclu-

taban —fatalidad del signo inicial e iniciático— entre los militares de teniente abajo y empleadillos de policía. A veces, algún estudiante desgarrado, un contador: un hortera. A través de tan variada clientela conseguía la chica un material informativo de lo más diverso; los aspectos político-militares eran los más interesantes, y le daban cierto prestigio en la vecindad. Las señoras del almacenero, el carnicero, el panadero, no desdeñaban enterarse por ella del último chisme. De esa vecindad tuvo que salir, sin embargo, a los pocos meses, porque un pyragüé que vivía en el mismo conventillo quiso hacer de esa propincuidad título para usufructo permanente y gratuito de ciertos bienes semovientes. Hubo una gresca a altas horas, durante la cual Maristela le rompió al tenorio una preciosa plantera en la cabeza, estropeando esta y un croto Sangre de Cristo. Fue a la comisaría. El Comisario seguía siendo el mismo. Él sonrió al verla. Ella sonrió también. Charlaron un rato. La dejó ir, y no olvidó visitarla desde entonces de cuando en cuando.

Maristela decidió vivir en casa independiente. Le alquiló una a doña Silvina, viuda tranquila a la cual engañó bonitamente diciéndose recién casada con un teniente de administración que solo cada quince pisaba la casa. Cuando doña Silvina, que vivía muralla de por medio, se dio cuenta del engaño, ya era un poco tarde. Y menos mal que Maristela, entre otras cualidades, tenía la de ser tan recatada, casi como una señora decente de esas que no engañan a sus maridos sino con uno de por vez. Uno de los tenientes se le aficionó; empezó a pasarle una cantidad regular. Maristela, después de realizar durante unos meses

meritorios esfuerzos por acomodar sus gastos a la pensión, decidió que, puesto que la suma no cubría los gastos sino hasta el veinte del mes, no daba derecho a fidelidad sino durante esos días. Hay que vivir, ¿no? Al teniente no se le ocurrió nunca repasar el capítulo de particiones proporcionales; esto divertía a Maristela en grande. Como ella confesó una vez, la cosa le daba casi casi la impresión de ser casada. Así pasaron cinco años, durante los cuales fue a la comadrona como seis veces. El teniente, muy cumplido, le pagaba estos gastos extra.

La revuelta de Concepción trajo aparejados cambios, no todos felices, en la vida de Maristela. El teniente desapareció, como otros, de la noche a la mañana. Más tarde se dijo que se le había visto en Clorinda, contemplando melancólicamente la orilla opuesta. Maristela, cuando lo supo, hizo lo posible y lo imposible por ir a verle. Lo consiguió por fin. El teniente se alegró mucho y quiso que se quedara con él. Pero Maristela no se decidió. Como después dijo, en Clorinda los militares no eran tan generosos como en Asunción. Ahora Maristela, sin su protector, hubo de campañárselas como pudo. Los tiempos se pusieron bravos. Asunción estaba sitiada. Sus visitantes aumentaron, y las noticias que cada mañana ofrecía a la vecindad eran muy interesantes; pero en general sus amigos habían descendido de calidad. Alguno le aporreó a altas horas la puerta. Otro quiso prevalecer la autoridad que le daba un cargo recién adquirido, para citarla «guaú» a la policía; el fin de tal cita era de prever, y Maristela no se dejó engañar. Y de pronto, también, una noche, reapareció Atilio,

ahora poseedor de un coche —nunca supo Maristela si propio o «prestado»—. Se presentó con otros dos tipos y quiso llevarla «a pasear y a cenar», dijo mientras se tambaleaba un poco, quizá a causa de la emoción del encuentro. Maristela se salvó por la astucia; los dejó esperando en la puerta y saltó la murallita que separaba su casa de la de doña Silvina, a la cual pidió refugio. Lo obtuvo, junto con una suave filípica. Maristela, que nunca había temblado, temblaba ahora como una hoja. Conversando con doña Silvina, acostadas ambas en sendos colchones en el suelo, mientras a distancia crepitaban las ametralladoras de los sitiadores, Maristela contó su historia.

—Mi hijo tendría ahora quince años.

—Si mi hijo hubiese vivido, mi vida habría sido distinta.

Terminada la guerra civil, Maristela se mudó de casa. Nené, a quien los años habían hecho, si no más joven, más práctica, reanudó su amistad con ella y le propuso irse a vivir juntas. Le daría pieza gratis. Pero no pasó mucho tiempo sin que Maristela se diese cuenta de que lo que quería aquella maldita Nené era explotarla. La puteó a su gusto, tomó su valija y se fue a compartir la casa modesta de otras dos señoritas insomnes. A poco de instalarse tuvo que hacerse pinchar una vez más. Tuvo una infección. Se repuso, pero le costó. Comenzó a sentir ciertas molestias, pero ya no se volvió a quedar embarazada, lo cual la encantó.

Maristela había cumplido los treinta, y una mañana se sorprendió pensando en el porvenir. Entre los visitantes figuraba un viejo —cincuenta por lo

menos— de redonda cabeza granujienta, panzón, de manos dedicortas y labios que no alcanzaban a cubrir los dientes, y que se reía llevando el compás con el ombligo. El hombre se aficionó a Maristela, y terminó viniéndose a pasar con ella casi todas las veladas. A menudo hacía tertulia con las tres, jugaba a las cartas y hacía traer naranjín y anís. Le empezó a pasar a Maristela lo suficiente para comer y comprarse algún trapo, y Maristela se sorprendió sintiendo cierta satisfacción en descansar de su promiscuidad. Pasado algún tiempo —quizás dos años—, Maristela sintió recrudecerse sus molestias, y su vientre se abultó. No cabía duda de que estaba encinta, después de mucho tiempo. Y por primera vez también en la vida, se alegró de ello. Sería quizá un modo de atar definitivamente al viejo, que parecía tan apegado a ella. Habló con este. Pero el viejo, escondiendo por primera vez los dientes, le dijo crudamente que si estaba encinta, no podía ser de él porque él en la perra vida había tenido hijo alguno, ni siquiera de su señora, muerta diez años atrás. Maristela le llamó de todo, le tiró un vaso de naranjín y luego un tintero, tapándole un ojo; y el viejo salió de la casa para no volver. Al otro día, sin embargo, un muchacho trajo a Maristela de su parte un sobre: mil guaraníes.

—Un recuerdo.

Maristela no fue a la comadrona. Dejó pasar los días, mientras en ella crecía la ilusión de un hijo. ¿O una hija?... Decidió que le gustaría más varón... Las mujeres sufren demasiado.

Se había desmejorado mucho: estaba pálida y se fatigaba. Sobre todo, estaba sumamente nerviosa.

Por nada le temblaban las manos. Cuando iban a cumplirse los nueve, fue al hospital. Habló al doctor de su hijo, temblando como una azogada. El médico la reconoció muy minuciosamente. Le dijo:

—Tendrás que hospitalizarte.

—¿Cuándo, doctor?

—Hoy estamos a jueves... El lunes próximo.

—Tendré mi hijo, doctor.

—Tendrás que operarte. Te operaremos el otro viernes.

—Ah, no importa, doctor.

Yendo al hospital, el lunes, se encontró en la calle con doña Silvina.

—Hoy me internan, doña Silvina. Me operarán el viernes. Vaya a verme.

Doña Silvina se lo prometió.

Cuando llegó doña Silvina el viernes temprano, Maristela estaba tendida en la cama, flaca y pálida; pero sonrió, y por primera vez su sonrisa fue una sonrisa blanca; desaparecida misteriosamente la lascivia, quedaba solo la timidez.

—Yo estoy muy grave, dice el doctor; pero mi hijo se salvará.

Vinieron a ponerla en la camilla, y doña Silvina se fue, prometiendo volver a la tarde. Cuando volvió, recobraba Maristela el conocimiento, y parecía estar muy decaída. De pronto, tuvo uno de sus temblores.

—Mi hijo, mi hijo. Quiero verlo.

El médico hizo una seña a la enfermera, que salió y regresó al punto con un hermoso bebé, una niña de rulos negros. Maristela la besó con pasión.

—Basta por hoy, basta por hoy. Mañana la verás otra vez.

Cuando salió el doctor con la enfermera, dijo Maristela:

—Doña Silvina, prométame usted que será la maína. Quiero que se llame Silvina. Silvina Claudia. Por mi mamá, ¿sabe?

—Prometido —dijo doña Silvina, a la cual la perspectiva de criar una niña salvándola de la miseria y algo peor encendió en emocionado fervor.

—Si a mí me pasa algo, usted, la maína, la criará, ¿verdad? Es niña... que no le pase lo que a mí...

—Estate tranquila, mi hija.

Doña Silvina se retiró, prometiendo volver al día siguiente. Pero solo pudo hacerlo dos días después. Ya no estaba Maristela.

—Una embolia. Se apagó como una luz.

Doña Silvina sintió sincera pesadumbre. Como era buena cristiana, rezó una oración por ella. Enseguida fue a ver al doctor.

—¿Cómo hay que hacer para llevarme la criatura de Maristela? La madre me la encomendó.

—No hay tal criatura —dijo el doctor.

—¿Cómo?

—¿No se dio usted cuenta de que esa niña tenía por lo menos tres días?... Era la criatura de otra pensionista. Maristela nunca estuvo encinta. Era un tumor maligno del ovario. Pero su estado nervioso era tal, que para no exponerla a accidentes le ocultamos el asunto. Si se hubiese repuesto, ya se habría arreglado la cosa... Pero ha muerto. No hay problema.

5. Cuidate del agua

Cirilo Martínez, «Teyú», había bebido ya mucho. No todo lo que necesitaba, sin embargo. Cuando bebía todo lo que le pedía el cuerpo, quedaba tendido en el suelo, como muerto, durante horas. Sus amigos, cuando lo invitaban a beber, sabían que tenían que hacerlo en cantidad como para llegar a ese estado. De lo contrario, valía más no invitarle. Porque Cirilo Martínez, a medio emborrachar, era una bestia peligrosa. De ordinario cachazudo, lento, callado, lerdo en la ideación —o lo parecía—, apenas trasegadas unas cuantas cañitas despertaba en él una personalidad maligna, sádica, agresiva, de la cual había que temer las más inesperadas reacciones. Llegado ese momento, Cirilo necesitaba unas esposas o una camisa de fuerza. Como no era posible usar esos medios, sus amigachos —o los dueños del boliche donde se hallara— optaban por administrarle, con gran regocijo del fulano, medio litro de caña más. Era el equivalente de la camisa de fuerza o de las esposas, con ahorro de energías. Cirilo caía al suelo, y desde ese momento podía hacerse con él cualquier cosa. Patearle y romperle una costilla, como hizo uno que tenía cuentas que cobrarle. Echarle a una zanja llena de botellas rotas, como lo idearon una vez unos amigos suyos, de puro chuscos. Solo que no volvieron a hacerlo. Cirilo, que despertó con la espalda hecha

una carnicería, intuyó con singular agudeza quiénes habían sido los autores de tan fina broma; no dijo pío, pero una noche que se le pusieron a tiro antes que hubiese trasegado bastante caña, acertó a uno con un botellazo que le llevó veinticinco centímetros cuadrados de cuero cabelludo (con la que se ganó el mareante de «acá rosado» y perdió la novia) e intentó ahogar al otro, prendiéndosele a la garganta con tanta furia que casi le desgarró la tráquea. Porque Cirilo, flaco y alto, tenía la fuerza sorprendente de ciertos individuos correosos.

Aquella noche, Cirilo tampoco había bebido aún lo bastante. Recostado en el mostrador, sus dedos agarrotaban nerviosamente el vaso, medio vacío. Sus iris pequeños y verdosos parecían girar perdidos en el blanco del ojo, en el inmóvil rostro, al modo de las iguanas, con las cuales alguien le señaló parecido. Fue así como se dio cuenta antes que nadie de que aquella mujer había entrado.

Era una mujer, no joven ya, pero alta, erguida. Dos trenzas aún negras, opacas, le caían sobre el pecho, saliendo de debajo de un pañuelo verde y amarillo capaz de hacer reír a un loro. Su blusa azul se descolgaba sobre un pollerón floreado, descolorido. Tenía la mujer ojos azules muy juntos; una nariz corvina y una boca larga y sinuosa le hacían rostro severo y antiguo. Las manos eran de largos dedos hábiles. (Por aquellos días, una tribu numerosa de gitanos húngaros acampaba en los lejos del Cabildo. Gente de elevada estatura y desenvuelto gálibo, que iban de un lado a otro ofreciendo cazuelas y pailas de cobre. Algunas veces también las mujeres decían la suerte).

Cirilo se la quedó mirando. Fijo. Como fascinado. Tanto, que se olvidó de beber.

—Gitana —tatajeó Cirilo por fin—. Gitana sucia.

La mujer oyó sin duda esas palabras. Sus ojos azules giraron levemente en dirección a Cirilo. Pero no se movió ni interrumpió su trato con el dueño del boliche, interesado en una paila. Casi todos los parroquianos tenían ahora fija su atención en el regateo, engoados por el habla colorida e insinuante de la gitana. No se habían dado cuenta todavía de la actitud de Cirilo. Pero hubieron de fijarse cuando este dio dos pasos paralelos al mostrador, y señaló, con torpe ademán y sonrisa idiotamente provocativa, a la mujer.

—Es una sucia gitana. Eso es lo que pasa —dijo. Y añadió una obscenidad en guaraní.

Algunos se movieron inquietos en sus asientos, otros rieron por lo bajo o cuchichearon. Conociendo a Cirilo, todos esperaban que pasara algo. Sería divertido. En un rincón, una mujer dijo a su compañero de mesa:

—Es un puerco. Meterse con una mujer sola.

—Sssst —hizo su compañero, poco deseoso de liarse con Cirilo.

Cirilo avanzó un paso más. Ya su codo rozaba casi el de la mujer. Con dedos torpes tocó un vaso. El único en el surtido: vaso de cobre, pulido, cuyo borde lucía un vago diseño trenzado.

—Siempre con estas porquerías, porquerías de gringo para sacarnos la plata. Ahora te voy a decir bien lo que me parece tu vaso.

Escupió dentro.

Se oyeron risas. Algunos comenzaban a divertirse en grande. La mujer, en el rincón, se levantó indignada. Su compañero quiso detenerla.

—¿Qué es lo que te pasa a vos? ¿Acaso es contigo la cosa?...

—Quedate ahí no más si tanto te gusta ver que se atropella a una mujer. Yo me voy.

Salió. Su compañero pareció querer seguirla; luego lo pensó mejor y se quedó, pero de pie, apoyada la mano en la mesa. La gitana, ante el deliberado insulto, había vuelto la cabeza hacia Cirilo, que esperaba, con exasperante sonrisa de borracho, su reacción, «para darle una guantada», como él solía decir. Los ojos de la mujer se fijaron en Cirilo, en un relámpago. Un relámpago azul. Enseguida su voz, de un áspero contralto, se dejó oír en el silencio absoluto:

—Lástima. Escupiste en el vaso que era para ti.

Cirilo abrió los ojos, aturdido. La gitana recogía ya el dinero de la paila vendida.

—Cuidate del agua —dijo la mujer en su contralto *staccato*—. Cuidate del agua.

Cirilo se quedó mirando el hueco de la puerta por donde había ya salido la mujer antecogiendo sus pailas.

—Gitana sucia —dijo entre dientes; pero ya no con provocación o desprecio. Se le notaba desconcertado. Bebió de un golpe lo que restaba en su vaso y depositó este con un golpe en el mostrador.

En el boliche se desató una batahola de risas y de chistes.

—¡Cómo te adivinó tu gusto, Cirilo!...

—¡Te acertó en el ojo!...

—Cuidate del agua... Tiene razón... ¡Lejos del agua, cerca de la caña!...

El dueño, que conocía a Cirilo bien, se apresuró llamando al mozo:

—¡Cleto, otro vaso para Cirilo!...

Alguien se dio cuenta de que el vaso había quedado sobre el mostrador.

—Mirá: ahí quedó el vaso.

—Cierto: co raé.

—Dijo que era para vos, Cirilo. ¿No querés que te lo llenen?

Cirilo barbotó una blasfemia. De un manotón, envió el vaso debajo de una estantería.

Alguien le arrimaba ya un jarro lleno. Lo vació de un golpe. Se lo llenaron de nuevo. El hombre en el rincón se fue desilusionado. Había enojado a su mujer para nada, y ahora quién sabe cuánto le iba a costar desenojarla.

Aquella noche Cirilo durmió en la vereda de tierra, al sereno. El mozo, un muchacho de unos diecisiete años, de ojos de perro y pronunciado bezo, recogió el vaso y lo guardó.

Meses después estallaba el conflicto del Chaco.

Alguien desenterró un título de medio agrimensor para Cirilo. Y este fue al frente, a pesar de sus cuarenta y tres años, como teniente de reserva, ayudante en la sección geodesia. Con él fueron movilizados un par de compañeros suyos, que río arriba no cesaron de chichonear recordando la predicción de la gitana:

—Ahora es el tiempo de cuidarse del agua, Cirilo.

—Era del río que tenías que cuidarte, Cirilo...

Cuando llegados a Casado tomaron el tren, las bromas arreciaron.

—Poca agua hay por aquí, Cirilo. No corrés peligro.

La caña escaseaba en el frente. Pero si esto contribuía a que Cirilo no pudiera ya emborracharse al dejarle ahora sistemáticamente borracho a medias, hacía de él el tipo de bestia maligna temor de los subordinados. Más aún. Al hallarse por vez primera en su vida con alguien a quien mandar, la aviesa crueldad reprimida afloró potente, aun en ausencia del estímulo alcohólico. Pronto se hizo famoso por sus arrebatos asesinos, sus sádicos maltratos. Su primer asistente, hombre ya viejo, al cual había golpeado brutalmente sin motivo, lo tuvo encañonado dos veces durante expediciones de relevamiento dispuesto a liquidarlo. Por qué resolvió no hacerlo, solo Dios lo sabe. Pocos días después, yendo nuevamente de expedición, el grupo tropezó con una patrulla boliviana, y el asistente murió de una ráfaga de ametralladora que lo halló justo en el camino al cuerpo de Cirilo. De regreso al campamento, asignaron a este otro asistente. Un muchacho pequeño de ojos de perro y sonrisa bezuda.

—¿No me recuerda, mi teniente?... Yo soy Cleto. El mozo del boliche.

La mención desató en Cirilo un furibundo acceso, que aterrorizó al muchacho. No volvió este a abrir la boca.

Los relevamientos aumentaron a medida que el frente se ensanchaba. No había tiempo de descansar. A la madrugada siguiente salieron otra vez. Calculaba Cirilo —o calcularon otros— que el camino les

llevaría de cinco a siete horas. Al mediodía estarían en el sitio indicado.

Pero el camino era feo, las precauciones a tomar, muchas; fueron doce horas bien cumplidas. Pasaron esa noche, y a la mañana siguiente se emprendió el relevamiento, que en sí no ofreció dificultades. Ahora la cosa era poder volver sin ellas. Sus caramayolas estaban vacías; no habían hallado agua en el trayecto. Pero un día sin beber, aunque feo, no mata. Al ir, beberían a gusto.

Habían recorrido ya más de veinte cuadras en el camino de vuelta, y empezaban a confiarse, cuando una liviana tartamudeó, seca, al frente. El sargento, que iba delante, cayó. Ya los demás se habían tirado de bruces al malezal y alebrados trataban de alejarse. Recorrieron doscientos metros a rastras, el corazón en la boca, oyendo tras ellos a la ametralladora gastar erráticamente sus cintas, desorientada. De pronto, a la izquierda, ladró una pesada. Los proyectiles pasaban rozando el pequeño cauce seco que los protegía. Siguieron por él para encontrarse la salida taponada por otra ametralladora. Un muchacho de los que iban más adelante cayó y no se levantó más.

Se metieron entre las espigas, allí donde seguramente el enemigo creía imposible la escapada, queriendo despistarlo. Pasado ya el mediodía, seca la garganta, la lengua de madera llenándoles la boca, salieron a un pique, mezquino y retorcido, con trazas de no haber sido usado hacía rato. Lo siguieron, esperanzados, un cuarto de hora. El pique de pronto desembocó en otro, recto y limpio. El pique recto, el terror del patrullero, donde si lo enfila una ame-

tralladora, no hay escape. Mejor echarse de nuevo al caraguatal. A continuación de este, un bosque ralo. Pronto comenzó a caer sobre ellos desde el follaje la maldición del sector: la garrapata. Se las sacaban apenas caídas, a pellizcos; pero ¿cómo sacárselas todas?... No daba tiempo. Ahora ya no se las sacarían sino quemándolas con el cigarrillo... Pero para eso tenían que estar en el campamento.

Un cañadón: la yerba baja no protege; hay que cruzarlo encomendándose a Dios. Lo pasan sin percanche. Otro malezal. Otro pique. Parecen acercarse al campamento. De pronto, allí delante, desprevenida como ellos, una patrulla enemiga. Cuerpo a tierra. La patrulla sigue camino sin verlos, llevando dos livianas. También por este lado está cerrado el paso. Anochece. La sed es un martirio.

Al tercer día de vagar así, con la certeza delirante de estar acercándose al campamento y, sin embargo, viéndose a cada instante obligados a torcer el rumbo, los hombres sedientos tienen gestos desatentados de loco. Uno de los soldados, medio baqueano, ha desenterrado esta mañana un yvy-á, la fruta de agua tan difícil de descubrir cuando su parte foliácea está seca. Chupando su borra insípida y viscosa, de gusto terroso, alivian un poco el tormento. Pero ya hace horas que no dan con ninguna más, y el sol pica inmisericorde.

De siesta, por fin, dan con el pequeño claro, la hoyaya en cuyo centro un hilo de agua se diseña inmóvil como una lombriz muerta. Avanzan sin preocuparse del peligro posible, avanzan todo lo de prisa que les dan las fuerzas, jadeando...

Cirilo quiso adelantarse. Cayó al suelo agotado. Cleto, el asistente, se aproximó al agua trastabillando; sacó del bolsillo su vaso, un vaso de cobre cuyo borde lucía una rústica decoración trenzada. Lo llenó como pudo; lo llevó al teniente.

—Aquí tenés, mi teniente. Un vaso solo y despacio, que na. No hay que beber mucho.

Cirilo le arrebató el vaso, lo apuró de un trago, se incorporó enseguida y marchó a tropezones hacia la charca. Bebió un vaso del lodoso líquido; luego otro, y otro. Los hombres, temblorosos, paladeaban con superstición el agua, mojándose las sienes. Se acercaron a Cirilo, quisieron tomarle de los brazos.

—Anina upéicha, mi teniente. Hay que beber de a poquito.

Cirilo sacó el revólver.

—Déjenme, añamemby...

Siguió bebiendo. Cuatro, cinco, seis vasos. Uno más. Por fin, saciado, quiso incorporarse. Lo intentó varias veces. Perdido el resuello, cayó de bruces sobre la tierra grisácea, jadeando penosamente. Gimió. Se llevó las manos al pecho. El vaso había caído sobre la yerba. Cleto lo alzó maquinalmente, lo guardó. Los hombres se miraban, miraban al postrado Cirilo que se retorció apretando los dientes mientras un hilo de saliva se escapaba en largo chirrido de entre los labios, a los que el polvo diseñaba copiosas boqueras. Quedó por fin de boca sobre el piso, alentando corto. Los hombres seguían mirándose unos a otros, irresolutos. Fue el cabo el que primero tomó conciencia de la situación. Asumió el mando que parecía corresponderle:

—Acá corremos peligro. Vamos al malezal.

Llevaron en vilo el cuerpo del teniente. Lo dejaron boca arriba en el suelo.

—Acá podemos descansar un poco. Necesitamos.

Se echaron por tierra; dormitaron, con un sueño grueso, de pesadilla, un rato. Cuando despertaron, Cirilo acababa de morir. Las aletas de su nariz aún se estremecían de cuando en cuando en levísimos espasmos. La piel de los tirantes pómulos, de la frente y de las manos quemadas y cubiertas de polvo se abría, se esfacelaba como la piel de las ciruelas demasiado maduras. Por las grietas rezumaba seroso líquido. Mirábanle todos con supersticioso temor.

—Demasiada agua. Lo mató —dijo el cabo.

Alzó los ojos al cielo. El sol se inclinaba ya.

—Ya viene la noche. Vamos procurar encontrar nuestra línea en lo oscuro.

Se acuclilló. Buscó en los bolsillos del muerto. Sacó la brújula. Se enderezó.

—Yahjá, lo mitá.

Se pusieron en marcha. Cleto iba el último. Un instante se detuvo para arrojar lejos entre el malezal su vaso. Un vaso de cobre, pulido, cuyo borde decoraba un vago dibujo trenzado.

6. Hay qu'arrelarse

Evarista Almada era fea con ganas; es decir, con poca gana de su parte. Tenía el cutis cetrino, manchado como huevo de pitogüé; la nariz delgada, los pómulos subidos, los labios tan desmesuradamente descosidos que al verlos se sentía la necesidad de recogerlos con broches. Un optimismo jamás apabullado la llevaba a pintorrearse profusamente a todas horas. Su vieja tía se lo había dicho hacía tiempo:

—Hay qu'arrelarse, che memby.

El pelo desaparecía bajo turbantes multicolores; el cutis manchado, bajo una capa de polvos que variaba constantemente de matiz, porque Evarista lo compraba al azar, y tanto se la veía rebozada en blanco rosado como en ocre oscuro. El carmín en su boca daba la impresión a primera vista de una operación quirúrgica desgraciada. No tenía desperdicio, en suma. Pero como era alegre como ella sola, y sabía bailar como pocas, y en la polca con relación era la que soltaba las partes más agudas e intencionadas, tenía sus partidarios en las fiestas; quizá más que otras de facciones más bonitas y pelo menos alborotado.

Evarista fue la que puso de moda entre las chicas de la compañía el Agua Florida y la Crema Nívea, que se aplicaba sin compasión invierno y verano. Un día hizo el descubrimiento del jabón Palmolive;

«un cutis nuevo en ocho días» y el descubrimiento hizo época.

Evarista tenía los dientes manchados, y sufría por ello, pues su risa era la risa fácil que desnuda las encías y no da margen al disimulo. Además, no hay crema ni polvo para esas manchas. La maestra de la compañía, vieja señora muy buena, le dio por fin un día una receta. Había que quemar galleta hasta carbonizarla; pulverizar luego la galleta quemada con una botella como se hace para afinar la sal gruesa; con ese polvo, recogido en un pedacito de trapo limpio, se frotan los dientes, se enjuagan luego y ya está.

Evarista no perdió un minuto en llevar a cabo la receta. Preparó una buena cantidad, y la puso en una de sus cajas de Pompeya, vacía, que guardaba, porque eran tan lindas, con aquellas borlitas doradas... Usó de esos polvos pródigamente. Al cabo de unos días le pareció que iba surtiendo efecto. Mirábase constantemente al espejo, comprobaba una y otra vez la eficacia del remedio —barato, además— y recordaba a su vieja tía:

—Hay qu'arrelarse, m'hija.

Por aquellos días, justamente uno de los muchachos que a menudo atendían a Evarista en los bailes, aunque nunca le decían nada que tuviese especial sentido, pareció decidirse. Por lo menos así creyó interpretarlo Evarista, cuando alguien le dijo que el joven Eleuterio tenía la intención de traerle una serenata. Aquella noticia encendió en la imaginación de Evarista incontables farolitos de colores. ¡Una serenata!... El sueño de toda su femenina vida; y Evarista tenía veintiocho años. Aquel éxito lo debía

sin duda a la recién adquirida blancura de sus dientes. Y al otro día mandó a la maestra, con la chica de doña Canuta, un gran plato de dulce de mamón, con muy afectuosos saludos.

Del sueño profundo de que, como buena campesina, disfrutaba, despertó Evarista con la sensación de estar meciéndose en una hamaca deleitosa cuyas mallas fuesen notas musicales. Abrió de a palmo los ojos en la oscuridad. Un rasgueo definitivo la convenció. Era la serenata. No la habían engañado.

Evarista, flotando en una felicidad sin límites, que a la vez la soleaba y la hacía temblar las piernas, se echó del catre. Buscó a tientas el vestido y se lo puso, palpando las costuras. No quería encender la luz, porque los postigos tenían infinidad de rajaduras, y los muchachos podían hacerse los zafados mirando a través de ellas. Evarista era tan pudorosa como fea. Pero recordaba como nunca a su vieja tía:

—Hay qu'arrelarse.

A tientas igualmente buscó su peine sobre la mesita del nicho, y se peinó la masa alambriada del cabello, atándose con un lazo escocés, su última adquisición, que a tientas desanudó del respaldo de su silla. Buscó siempre a tientas sobre la misma mesita la mota de algodón y la caja de polvo Rachel claro esta vez, y se embadurnó a conciencia, aunque nerviosamente, la cara, pasándose el algodón una y otra vez. Por último, se echó en el escote una generosa porción de Agua Florida. Estaba ya en disposición de abrir la ventana, pero esperó con el corazón palpitante a que terminase la guaranía. Solo entonces abrió los postigos y se asomó. La luna caía ya tras la casa;

había, no obstante, cierta claridad. Evarista elaboró su mejor sonrisa y su voz más azucarada para decir:

—Muchas gracias, ¡¡¡che carai cuéra!!!

Del grupo se destacó un mozo; el presunto pretendiente, quien al parecer muy satisfecho del éxito, se aproximó a la ventana a saludar a Evarista. Al decirle buenas noches, a la luz ya difusa, pareció mirarla con cierta sorpresa. Evarista sintió que el corazón se le esponjaba. Aquella mirada... ¿No era significativa? Sonrió más ampliamente aún, orgullosa de la blancura reciente de sus dientes. El mozo encendió un cigarrillo. ¿Era ilusión de Evarista, o procuró él mirarla lo más posible, a la luz del fósforo antes de apagarlo?... Evarista sentíase en sus glorias. Comenzó a reír afectadamente, y el mozo, al parecer encantado, la acompañó riendo contento, a carcajadas al cabo. Los compañeros terminaron la nueva pieza y se acercaron. El joven Eleuterio encendió un nuevo cigarrillo. Y sus compañeros, después de saludar a Evarista, se quedaron mirándola, ya apagado el fósforo, como nunca la habían mirado. Evarista sentíase esponjada como clueca nueva. Aquella luz la favorecía, sin duda; de noche era su hora, estaba convencida. Y se contoneaba, y reía. Pero todos seguían dirigiéndole ojeadas y Evarista creyó al cabo percatarse de que se reían un poco más fuerte de lo que era preciso para acompañarla en su regocijo. Vio que uno de los mozos tocó a otro con el codo. Vio al presunto pretendiente volverse a un lado para reír de algo que otro le dijo al oído. Evarista sintió que algo frío como un cuchillito muy fino le cortaba el alma. ¿Habían venido a burlarse de ella?... Dejó de reír, frunció la

boca y preguntó con voz engolada si era aquella la manera de comportarse con una niña. Con ello no consiguió sino hacer que se desatase la contenida hilaridad. Reían como locos.

—¡¡Maleducados!!...

Cerró de golpe la ventana. Los muchachos se apartaron despacio, pero siguieron riendo largo rato por allí cerca. Por fin las risas se alejaron. Evarista sentía unas ganas horribles de llorar. Prendió maquinalmente una vela. Se miró al espejo lleno de ojuelos que había sobre el nicho. Así de pronto nada vio. Se acercó más. Desde el fondo del espejo, una faz totalmente negra la miraba. Unas lágrimas habían trazado surcos claros en la capa de polvo de carbón... Evarista a oscuras se había equivocado, simplemente, de caja...

7. El mirlo blanco

En pocos meses, doña Raquel tuvo como diez muchachas.

Hay quien dice que en variar está el gusto; doña Raquel no hallaba sabrosa esta variedad. Porque cada muchacha nueva supone un nuevo cursillo de adaptación a las costumbres y usos de la casa; y si una misma lección repetida cansa al alumno, no hay motivo para suponer que en el maestro produzca mejor efecto.

Diez veces en medio año tuvo doña Raquel que comenzar las explicaciones: cómo se limpia la pava; que los platos se secan con el paño y no con la pollera; que las servilletas son para la mesa y no para el fogón; que la cafetera de porcelana no se pone al fuego; que al poner la mesa hay que poner tantos cubiertos como platos y un vaso para cada comensal.

Y las diez veces, inevitablemente, sucedió lo mismo: cuando la muchacha se iba ya soltando lo bastante para distinguir entre toalla de baño y trapo de piso, y cuando ya iba poniendo la mesa unas veces con cinco cubiertos y tres platos y otra con tres platos y cinco cubiertos, ese día, o a más tardar el siguiente, se quedaba sin muchacha doña Raquel. Alguna vez el motivo era que la maritornes había encontrado alguien que le pagaba más, «porque ya sabía hacer algo»; pero la mayoría de las veces la culpa la tenía

una jugarreta de ese dios que dicen es el más viejo, pero que al propio tiempo se ha quedado sin remedio, atolondradamente criatura.

Doña Raquel estaba ya al borde del histerismo. Porque este era precisamente el punto neurálgico de su sensibilidad de patrona.

Doña Raquel no era precisamente un ogro. Hasta podría decirse que era una patrona muy paciente. Transigía con muchísimas cosas que sacaban de quicio a otras dueñas de casa. Doña Raquel daba buen sueldo; hacía como que no veía los ataditos que cada domingo sacaba bajo el brazo la chica de turno cuando se iba a ver a la familia; no decía nada, o decía muy poco, cuando el asado o el pollo llegaban a la mesa con evidentes muestras de haber pagado cocineros derechos de pernada; en fin, doña Raquel era más que indulgente. Solo en una cosa no transigía: en lo que se refiere al tan antiguo como vulgarizado ejercicio del «filo». Doña Raquel era viuda y antañona, no se hallaba ya en edad de amorosas delicuescencias, y de sus vivencias sexagenarias había sacado, un poco sofisticadamente, la conclusión de que afilar es una costumbre gratuita, fruto de la ociosidad y mal ejemplo, como el jugar a las cartas. Y como la experiencia le había demostrado que el filo era la perdición de las mujeres en general y de las sirvientas en particular; que chica enamorada no da pie con bola ni está nunca en su sitio, sino junto al espejo o en la puerta de calle, exigía de sus muchachas que no afilasen. Era lo único que pedía. Poca cosa, como se ve.

Pero doña Raquel no tenía suerte. No había conseguido nunca chica que tarde o temprano —ge-

neralmente lo último— no le diese un disgusto. Al entrar en la casa, doña Raquel les leía el decálogo: el oncenno, no afilarás. Invariablemente, las muchachas juraban no tener ni desear tener nada que se pareciese a un filo. Pero a los cuatro o cinco días de estar en la casa la nueva muchacha, doña Raquel empezaba a notar en ella manejos sospechosos; tardaba en volver del mercado como si la carne hubiese tenido que buscarse en Tablada; o enviada a llevar un recadito a una amiga de la patrona, tardaba tanto como Stanley en encontrar a Livingstone.

Y a poco, el apéndice *filoso* hacía su aparición a la luz del sol.

La casa de doña Raquel mediaba la cuadra. Tres pasos a la izquierda se alzaba un poste de la ANDE. Nadie ha investigado nunca la relación que existe entre un poste de la ANDE y el Eros popular y doméstico; pero esa relación existe, y es tan efectiva, aunque tan secreta, como la relación entre el anófeles y el paludismo. El poste no es, por supuesto, el microbio del amor, pero sí su vector. El filo necesita de la esquina o del poste como el lorito precisa del aro o el fruto de la rama.

Allí, adosado al poste, estaba el apéndice filoso: apoyado en él como si lo estuviese sosteniendo, en un garboso esguince de cadera; o pegado a él por la espalda a guisa de cartel. Unas veces era un conscripto lungo, de cara aceitosa; otras, un adolescente barroso, recién salido del cascarón; otras, un cajetillo con todo el aire de un gato que disimula sus intenciones con respecto a un bife mal guardado.

Y desde ese punto y hora comenzaban los quebrantos de doña Raquel. Tardanzas, mentiras, descuidos de la chica; reniegos, reprimendas de la dueña de casa; hasta que la cuerda se rompía por lo más delgado, que era la levantisca afición de la chica. Y doña Raquel quedaba sin sirvienta.

Tras tanto sufrimiento, doña Raquel creyó haber acertado, esta vez. Tomó a una mujer fea, flacuchenta, desdentada, barrigona. No le agradaban las sirvientas viejas, porque para achaques le bastaba con los suyos; pero transigió con la esperanza de que esta, por razones que estaban a su parecer bien patentes, se hallaría libre de tan odiosa costumbre como la del filo.

Durante unas semanas todo fue bien. Doña Raquel no se sentía feliz del todo con aquella figura contrahecha junto a sí, pero cerraba los ojos y se resignaba. Hasta que una mañana, justamente cuando doña Raquel empezaba a creer que había llegado por fin su descanso, y mientras con el corazón lleno de radiosos propósitos de limpieza pensaba en la fecha, ya próxima, de la primavera, y preparaba unos ravioles, la sirvienta pidió audiencia.

—Ete... nicó la señora... Yo quiero saber si tamién vo me va mandar a la maternidá...

Doña Raquel se le quedó mirando como si le hablase en payaguá. La otra explicó:

—La otra patrona, cada ve me ha conseguido para entrar en la maternidá. Y si vo me va conseguir tamién me voy quedar, sino catú fin de mé me voy tener que rebucar, jhina.

Doña Raquel no salía de su estupefacción.

—¿Pero es que vos?... ¿Vos?...

Y recurrió a un ademán universal, porque las palabras se le habían quedado atascadas en la campanilla. La vieja corroboró:

—Y sí, la señora.

—Y... ¿Es el primero?...

—Qué esperanza la señora. Tengo seis. Dos mellizo primero y luego dos melliza y dos mellizo después. Y el doctor Nicó dice que es peligroso que esta vuelta sea también mellizo, porque quiere repetir, ¡hina.

—Pero vos me dijiste que no tenías compañero...
—balbuceó, agónicamente, doña Raquel.

—Y no, la señora. No tengo. Lo hombre, catú, son muy j...

Doña Raquel renunció a más averiguaciones. Pensó que cuando una mujer vieja, fea, tuerta, flaca y sin dientes se las apaña para tener seis hijos dos a dos, el mundo debe andar cerca de su consumación. Conservó la serenidad suficiente para terminar sus ravioles, y aquella misma tarde despidió a la prolífica fea, no fuese que a la salida de la maternidad se le viniera a entrar por las puertas con un par de críos berreantes, en solicitud de recepción.

Durante un tiempo, presa de santo pánico, no buscó chica; pero estaba achacosa, el trabajo doméstico se le hacía pesado, y hubo de ceder. Una mañana, en el almacén, encontrose con la vecina cuya casa comunicaba por los fondos con la suya; era una señora muy amable, esposa de un jefe en activo. Ofreció a doña Raquel una muchacha.

—Es una buena chica, que acaba de llegar de la campaña. Dice que es prima de un asistente de mi

marido. Quiere demasiado conchabarse conmigo, pero yo tengo ya muchacha, y con un chico y el asistente me arreglo bien, no necesito más.

Doña Raquel la tomó no sin aprensiones; pero a los pocos días comenzó a pensar si por casualidad no habría dado por fin con el mirlo blanco. Anastasia no salía al portón. Anastasia iba y venía del almacén con rapidez atómica. Anastasia no pedía salir los domingos. Anastasia se acostaba apenas cenada. Un prodigio. Verdad que, pasado un tiempito, empezó a calotear; caloteaba con una destreza que revelaba aptitudes financieras no despreciables. Pero doña Raquel estaba tan contenta con la aséptica castidad de Anastasia, que al comienzo y aún por mucho tiempo no dijo esta boca es mía. Toleraba los calotes, sin quejarse, porque esto no tenía para ella tanta importancia y porque además hacía tiempo se sentía peor y quedaba a menudo en cama.

Así pasaron unos meses. Anastasia, confiada en su deliciosa impunidad, caloteaba a más y mejor. Metía la mano en la compra, en las provisiones de la cocina, en la heladera. Desaparecía el jamón, se evaporaba el queso, se volatilizaba el lomito. Doña Raquel se mordía la lengua y no decía nada, porque Anastasia en lo demás podía haber sido una monja oblata, según era de recogida y poco callejera. Sin embargo, la impunidad cegó un poco a Anastasia. Metió la mano en el ropero de doña Raquel: se llevó un par de bombachas, un viso de seda, un vestido y finalmente puso los empecatados dedos en unos aros de oro. Doña Raquel ya no aguantó. Hubo una escena tormentosa, vino la policía, registraron la valija de

Anastasia: nada apareció, aunque Anastasia no había salido a la calle. La recogida y honesta Anastasia fue a Investigaciones. Menos mal que la cosa fue discreta y los vecinos no se enteraron. Doña Raquel, que se sentía muy mal, hizo de tripas corazón y, apostada en la puerta de la calle, esperó que pasara un Cirineo femenino que la sacase del trance. Tuvo suerte. Pasó una mujer de unos cincuenta años, renga y grandota, pero campechana, que según dijo tenía dos hijos en el Chaco. Doña Raquel dejó todo en sus manos y se metió en la cama.

La nueva sirvienta trafagueó al parecer con buena voluntad todo el día, y tempranito se acostó también.

Pero allá a las diez de la noche, desaforados chillidos despertaron a doña Raquel, que, olvidada de todos sus malestares, saltó de la cama y prendió las luces. Era la sirvienta la que gritaba. La mujerona, arrodillada en su catre, en camisa, juntas las manos, vociferaba histéricamente:

—Un pora, Dio la Virgen, un pora...

A duras penas pudo doña Raquel convencerla de que bajase de la cama y tomase un vaso de agua. Cuando estuvo un poco más repuesta, doña Raquel inquirió:

—¿Cómo era el pora?...

—Y, como un conscripto, la señora.

—¿Un conscripto? —repitió aturdida doña Raquel.

—Sí, la señora. Le vi muy bien... Entró en la pieza y llamó muy bajito... Anastasia... Anastasia, ¿reque-
ma picojhina?... Y cuando yo grité, corrió, saltó la
muralla del fondo... Tenía traje de conscripto... Ay,
la señora...

8. Ñandurié

Ocho días antes de la boda, las futuras consuegras, Ña Cata y Ña Francisca, después de rezar, apren-sivas, un buen rato a sus respectivos patronos, se fueron juntas a invitar a don Juan Vicente. No era gusto; cumplían la invariable costumbre cortés en tales ocasiones campesinas.

Don Juan Vicente, «Ñandurié», las recibió sentado, sin ofrecerles silla. Sonreía sin alegría, fijos los ojos en un borrón de tinta sobre la mesa. Contestó, sosegado al parecer, sin dejar de sonreír y mirando siempre la mancha de tinta, escalonando las frases:

—Vayan no más tranquilo, que por nada del mundo voy yo faltar a este casamiento. A otro puede ser, pero a este no. Espérenme no más. A lo mejor llego un poco tarde, pero he de llegar a tiempo.

Con esta contestación, para ellas más erizada de puntas que un caraguatá, se volvieron las mujeres a sus respectivos ranchos. No acababan de tranquilizarse. No importaba que en los últimos meses don Juan Vicente pareciese haber perdido interés en el noviazgo entre Pascual y Celipa. Ñandurié era un tipo de cuidado. Sería la primera vez que no se saliera con la suya en asuntos de esa especie. Todo el mundo estaba de acuerdo en que esta boda realizada en las narices de Ñandurié era una locura.

—Mejor si iban casarse lejos.

—Yo he de tener mucho cuidado.

—Ñandurié no se va dejar sacar así no más de las uñas la cuñataí.

Don Juan Vicente había derivado su mareante de la víbora negra, tan pequeñita cuanto ponzoñosa, porque era delgado, pequeño, escurridizo, negruzco y todo lo malo que se puede ser. Tenía a la gente en un puño. Malos mandones habían sufrido por allí; pero Ñandurié los ganaba a todos. Un juez verde que quiso enfrentársele apareció misteriosamente medio muerto en un camino. Fue Ñandurié quien metió en el calabozo a la vieja Ña Teófila porque el hijo se negó a prestar su caballo tobiano a un capataz del carái para cierta comisión. El que había hecho aplicar sendas palizas en el camino de vuelta a casa a los mellizos Cañete, Nicó y Celestino, por no haberse mostrado lo bastante ligeros en ceder sus parejas a don Juan Vicente, empeñado en hacer «el cuervo» en cada baile en aquel santo ara. (En realidad, el remisó había sido solo uno, Nicó; pero, como dijo don Juan Vicente, ya se sabe, «a los mellizos les quiere suceder siempre la misma cosa»).

Y era también quien había sacado a la fuerza del domicilio materno a Eulalia Britos, a la cual había estado «cortejando» a su modo inútilmente durante un tiempo, enviando para ello tres de sus capangas. Eulalia había sido encontrada muerta en la chacra misma de la familia, a poca distancia de la casa, «de un ataque al corazón», según dijeron al entregar su cuerpo a la madre viuda; y ahora sin hijos; pero todo el mundo creía saber a qué atenerse. Desde entonces, un terror oscuro apretaba los corazones de las

muchachas en las que Ñandurié fijaba sus ojos todo iris, opacos. Algunas, como Eugenia Frutos o Ceci Maidana, habían sido prudentemente alejadas por las familias enviándolas a otros pueblos donde tenían parientes, pero otras que no sabían cómo escapar se limitaban a esperar su suerte con una oscura resignación perfeccionada en el mutismo.

Por qué Ñandurié no había puesto en práctica sus procedimientos habituales en el caso de Celipa, nadie lo sabía de cierto. Pero se admitía por lo bajo que acaso tuviese algo que ver en ello la personalidad del novio. Pascual Frutos era hijo de un veterano de muchas revoluciones, que se había granjeado el respeto de sus mismos adversarios, y que había transmitido a sus hijos Pascual y Liborio un temple y un prestigio bien asentado. Pascual, «Mercedes Frutos raî», era joven, veintiocho años y ya veterano del Chaco, de donde volvió con una cicatriz en la cara y otra en el pecho. Y «Libó», con sus veinte, era de cuidado; astuto, bravo, duro; un verdadero yaguareté.

Costaba, costaba creer que don Juan Vicente olvidase tan fácilmente su capricho; pero los hechos a la vista estaban. Y conforme se aproximaba la fecha de la boda sin que Ñandurié diese señales de vida, la gente fue sintiéndose un poco más confiada. Después de todo, ni siquiera Ñandurié podría esperar salirse siempre con la suya; y hay que saber perder. Cuando llegó el esperado día, nadie, si se exceptúa a las dos consuegras, se acordaba de Ñandurié sino para sonreír con una pizca de maligna alegría. Era lindo ver que alguien podía más que el aborrecido mandón.

La cabalgata, que encabezada por los novios en sus blancos caballos y por los padrinos recorrió bajo el sol radiante las tres leguas que separaban los ranchos de la iglesia más cercana, fue de lo más lucido que se recordaba allí.

Desde tres días antes habían comenzado los preparativos; y cuando ya mediaba la tarde, de regreso la cabalgata en el rancho de Ña Francisca —la fiesta se celebraba en casa del novio, porque la novia era pobre—, todos empezaban ya a pensar que boda como aquella hacía años no se veía por esos pagos. Pascual había conseguido dos Petromax, Libó otra, y había farolitos y cadenitas de papel de color colgando por todas partes, como en la fiesta del santo patrono.

La «orquestra» campesina le daba a sus guitarras con entusiasmo creciente: los jóvenes no perdían pieza, mientras los novios, sentados en los sillones más paquetes que se había podido encontrar —dos sillones de mimbre prestados por la señora del juez de paz y adornados con follaje y flores—, muy derechos y en su papel los dos, recibían los saludos de parientes y amigos.

Anocheció. Noche de luna tardía, pero cálida y apacible, de plenitud estiva. Un grupo de gigantes diluyó su aroma dulzón y adormilado, promisor de una noche apacible, en el aire tranquilo.

—Pero no viene Nicó, don Juan Vicente —observó Ña Cata en una oportunidad en que se acercó a los novios para ofrecerles pastelitos.

—Menos bultos, más claridad —contestó, seco, Pascual.

—No es eso, che memby es que...

Ña Cata quería hacer entender a su flamante yerno que en aquellas circunstancias la ausencia de don Juan Vicente era quizá de peor augurio que su presencia. Pero optó por callar.

Ña Francisca, viuda Frutos, apostilló críptica la tácita reflexión de su consuegra.

—De todos modos, nadie va remediar.

Eran ya más de las diez. Con las rondas de clericó y de caña, la euforia crecía.

Los novios, fatigados de desempeñar su estirado y pasivo papel, habían abandonado hacía rato sus asientos, y Celipa bailaba con el padrino. Dos comadres comentaban el insólito hecho, augurando la próxima caída del firmamento. Fue cuando se apearon junto a la tranquera tres individuos trajeados como de domingo. No eran de por allí, dijeron; cosa que todo el mundo veía bien. Pasaban cerca, se habían dado cuenta de que estaban de boda... Querían participar, si se les permitía.

—Pero cómo no —dijeron a la par Ña Francisca y Ña Cata, con la sólita hospitalidad campesina. Pascual, a quien su madre hizo seña, acudió y ratificó la breve pero cortés acogida.

Los tres recién llegados aceptaron sendos vasos de caña; y en grupo, junto a un horcón, en silencio miraban bailar la gente. La novia, en especial deferencia, fue a pasarles la bandeja de gallina asada y sopa.

—Sírvanse, pues, un poco.

—No se quebrante, ya nos serviremos bien más tarde —contestó el más viejo de ellos, con una chispa alebrada en los entrecerrados ojos oscuros.

Algo en su mirada y en su acento meloso desagradó vagamente a la novia; pero enseguida se olvidó. La invitaba a bailar una polca «con relación» Satú, un amigo de la infancia, que sabía componer galantes versos y que ahora le dedicaba los más bonitos, «pensados» para la ocasión. Bailaba Celipa con ganas, recogiendo el velo sobre el brazo, cuando Liborio, su joven cuñado, se deslizó, haciéndose el distraído, a su lado, y le susurró, rápido:

—Andá pronto a la cocina, mamá te llama.

Desconcertada, Celipa, conformando como pudo a Satú, acudió a la cocina. Ña Cata y Ña Francisca allí estaban, pálidas y tensas.

—Sacate esa ropa, pyaé, tomá esta plata.

—¿Qué picó hay, mamá?...

—Andá te digo, no hay más tiempo.

Celipa había empezado a sacarse aturdidamente los alfileres del velo, cuando entró Pascual, desemblantado. La tomó del brazo:

—Vamo pronto.

—¿Adónde picó?...

La arrastró sin contestarla, afuera. Celipa tuvo apenas tiempo de soltarse primero un zapato, luego otro; en medias siguió corriendo tomada de la mano de Pascual. Se deslizaron a espaldas de la casa, bordeando un tacuaral; saltaron un cerco de alambre, cruzaron un mandiocal y después un barbecho. Corrían buscando el monte, y entraban ya en él, cuando allá en el ámbito iluminado por las Petromax estallaron disparos, gritos de mujeres, se oyeron alaridos y pipus. Más tiros, más gritos.

Pascual lanzó un juramento en voz baja, y Celipa, que para entonces ya había comprendido, gimió; pero siguieron deslizándose lo más deprisa posible a través de la maraña. El velo de la novia se enredaba a cada rato. Pascual se lo arrancó e hizo con él un burujón. Iba a tirarlo, pero lo pensó mejor:

—Si lo encuentran, mala cosa para nosotros.

Lo metió en el bolsillo de su saco. Corrían volviendo de vez en cuando la cabeza, aunque nada podían distinguir a través de la espesura. ¿Qué estaría pasando allá lejos?... Por de pronto, el plan de Ñandurié había fracasado en lo esencial: ni había matado al novio, ni raptado a la novia. Pero Ñandurié se vengaría...

—Ay che yara angá, mi mamá —dijo Celipa con angustia, traduciendo el callado pensamiento del marido.

—Ya no encontraremos, nde tipo —dijo entre dientes Pascual.

Seguían atravesando todo lo de prisa que podían el interminable malezal, pasando del chapoteo en un aguazal al cruel suplicio de los caraguatás. Cosme, el amigo que junto con Liborio había descubierto la maniobra preparada por los forasteros, cómplices de Ñandurié, le había prometido que desde antes de amanecer los esperaría en el cruce del camino a Tabapy con un caballo en el cual, mal que mal, podrían seguir hacia la capital o hacia San Juan Bautista, donde Cosme tenía parientes. Pero el cruce estaba lejos, y no había luna. Un temor roía a Pascual: ¿y si Cosme había sido muerto, o detenido, y lo mismo Liborio?...

Al coronar una lomada, antes de perderse de nuevo en los matojos, miraron hacia atrás, al valle. No se distinguía resplandor alguno. No se oía nada. Ni siquiera un piipu perdido entre las sombras. Un momento, Pascual creyó distinguir en el silencio nocturno un lejano seco galope de caballos. Tendió el oído: pero el presunto rumor no se repitió. Fuese lo que fuese lo sucedido a raíz de la gresca, esta había terminado. Quizá habría habido heridos y muertos. Y quizá también más de uno habría ido detenido, para desahogo de Ñandurié. ¿Se habrían atrevido con la madre de Celipa, o con Ña Francisca, a la que siempre se había respetado?... Pascual confiaba en el nervio de su madre; pero Ña Cata, tan poquita cosa, tan enfermiza... ¿Y Liborio? ¿Dónde estaría Liborio?

El rumor de sus pasos desgarrando enredaderas y rozando ramas era lo único incongruente en el gran silencio musical del campo, entre la sordina de las chicharras, el hueco gargarear de ranas y sapitos en los aguazales. En el aire dulce y quieto dejaba de cuando en cuando el chochí caer dos notas de infinita melancolía. Bullían los cocuyos en los zanjones. Una estrella fugaz trazó de poniente a oriente su parábola. A Celipa se le antojó que había ido a caer en el rancho de su madre.

—Qué lástima, no le pedí nada —dijo.

—¿Qué cosa?... —preguntó él distraído.

Era ya muy tarde —medio camino entre medianoche y amanecer— cuando, fatigados, acezantes, desembocaron en aquel claro iluminado vagamente por la luna aún baja: unos metros cuadrados de graminea y menta silvestre, sin agua ni espinas al pare-

cer. Casi a la par, sin consultarse, en tácito acuerdo, se dejaron caer en el suelo. Celipa sentía en pies y piernas el escozor de mil pinchazos y cortaduras. Se sacó trabajosamente una media. La otra, ceñida a la pierna por el barro y la sangre, se mostraba rebelde. Pascual acudió a sacársela. La liga ceñía el muslo juvenil, moreno y torneado, y el aroma de la carne joven y sudorosa subió hasta Pascual en vaho violento. Soltó la media, buscó la boca de Celipa. Rodeó el talle de la esposa y su mano libre buscó bajo el vestido que fue blanco y ahora era una masa deshilachada y barrosa.

Se olvidaron de todo. De la fatiga y el temor; de la noche y de la incertidumbre: del caballo que acaso caminase ya hacia la encrucijada aún lejana; de los muchachos que estarían llevándose planazos o cepo en la comisaría; hasta de Ña Cata y Ña Francisca, que a lo mejor estarían sufriendo vejación, y aun sin esta, angustia; de la sangre que oscurecería la tierra bajo la enramada...

En sus bocas la saliva se hacía dulce, y una fuerza más fuerte que todos los terrores los doblegaba a ambos, unánimes. Los dedos de Pascual, endurecidos en la mancería y la rienda, lastimaban la carne de Celipa; pero una obediencia antigua como la vida hacía al cuerpo inexperto seguir el ritmo del deseo masculino. Cayó hacia atrás, y un débil aroma de menta silvestre machucada se expandió bajo su cuerpo. Gritó, aun antes de que Pascual la ciñese completamente en su abrazo; gritó y se retorció un poco, desfigurada la boca por el dolor, pero Pascual le aplastó la queja en la boca con sus labios duros y ardorosos. Aún se

retorció débilmente, luego se fue aflojando poco a poco y quedó quieta. Pascual sentía por encima del hombro de ella el vaho caliente de la tierra, el olor refrescante de la menta. Cuando él se echó a un lado y pasó, torpe pero cariñoso, un brazo por debajo de la nuca de Celipa, esta no pareció reaccionar. Pascual juntó su mejilla con la de ella.

—¿Estás enojada conmigo?...

Celipa no respondió. Pascual se incorporó levemente y se inclinó sobre ella.

—Hable pues, che la reina. ¿Está enojada?

No hubo respuesta.

Pascual acercó más su rostro al de la muchacha. A la escasa claridad, vio sus ojos abiertos e indiferentes. Los brazos laxos le obedecían, pero no le respondían. Bajó la embarrada pollera, cubriendo las rodillas nerviosas, casi infantiles.

—¡Celipa! ¡Celipa!... ¡Hablame pues un poco, che mboraijhú!...

A unos metros de allí, una pequeña cinta negra alcanzaba al cabo con intermitente silencioso vibreo el amparo de los matojos, y arrollaba su graciosa, elástica espiral junto a una raíz, para continuar su interrumpido descanso.

9. Mascaritas

Felipe Neri se inclinó por cuarta o quinta vez sobre la cabecera de la cama en que yacía su mujer, Dionisia:

—¿De vera, de vera?... ¿No necesita nada, m'hijita?...

Y por la cuarta o quinta vez contestó ella:

—Anivere penati, Felipe; ya le oíste a Ña Cayé que recién se cumplió los nueve. Y además, no quiero que nazca mascarita.

Rieron los dos. Sin embargo, Felipe Neri no se convencía. Miraba en torno, sin acabar de decidirse. La casita tenía dos piezas, y aquella era la más amplia, sin ser por ello muy espaciosa. Estaba, eso sí, bien blanqueada, y tenía, lujo no corriente por entonces en la campaña, el piso de ladrillo. Dionisia había sido maestra de cuarta categoría, cerca de Barrero, y estaba acostumbrada a cierta comodidad. La cama se alargaba pegada a la pared del fondo; de un clavo colgaba una lámpara de kerosén, prendida ya, porque anochecía. En el otro ángulo, frente a la puerta, una mesita y sobre ella un nicho antiguo, con rastros de dorados en sus viejas molduras: en él la imagen de la Virgen que fue de la abuela de Dionisia, pequeña imagen primorosa a la cual no faltaban ni los aritos de oro. La rodeaba una profusión de flores de papel y de velitas en pequeños candeleros de latón. Dos sillas de caranday: la hamaca recogida sobre

una escarpia; debajo de la pequeña ventana, ahora cerrada, el negruzco baúl, cuya tapa servía de repisa para varios botellines y una jarra de agua; en el lienzo donde se abría la puerta, una percha, y colgando de ella, cubiertas con un pedazo de limpia sábana, algunas ropas; el poncho de Felipe, unos vestidos, aquel tapado que hacía de Dionisia una mujer aparte en una vecindad en que ninguna llevaba sino rebozo o a lo sumo un saquito de bombasí. Apenas quedaba en la pieza espacio para moverse.

—Ña Estanislada me dijo que iba venir a las ocho para hacerte compañía. Si necesita, le pide que avise enseguida a Ña Cayé.

—Pero te toy diciendo que no, Felipe.

—Vos sabés que no te dejo sola por gusto, hoy tan luego; pero ese gringo se va mañana a la capital; tengo que aprovechar hoy mismo para cerrar el trato de las vaquillonas que nos quedan porque quién sabe cuándo encontraré otro buen comprador. Y más pronto arreglamo lo de la chacrita en Barrero, mejor, ¿ayépa?

Sonrió, y Dionisia le devolvió la sonrisa. Era el sueño de los dos, aquella quintita cerca de Barrero. Felipe entendía más de chacra que de hacienda, y Dionisia añoraba sus relaciones de cuando allá era maestra «de cuarta clase» antes de casarse. Bien valía la pena quedarse sola, aunque la ocasión no fuese la mejor para ella. Tampoco lo era para Felipe: domingo de Carnaval no es momento para viajar.

—Le dije esta siesta a tu hermano que yo tenía que hacer esa diligencia precisamente hoy y le pedí para que viniera quedar contigo esta noche. O siquiera

darse una vuelta, porque tás sola y tengo preocupación por vos. Y está el dinero luego. Me contestó que tenía una fiesta en no sé cuál compañía... Lejos...

Estuvo a punto de añadir:

—Desagradecido. Después de todo lo que hiciste por él... Te mataste por criarle y hacerle gente...

Pero no dijo nada. No quería disgustar a Dionisia.

Aun dio dos vueltas por la pieza, irresoluto, mientras Dionisia, mirándole con el rabillo del ojo, sonreía. Le recordó:

—Cadaque, antes de irte, no olvidés para guardar bien la plata.

—Tenés razón. Ya me iba olvidar, caramba.

Felipe metió la mano entre las flores de papel del nicho y sacó un rollo de billetes. Diez mil pesos. Una verdadera fortuna, en esos tiempos. El producto de la venta del campito y de la mayor parte de las vaquillonas, efectuada días atrás y que Dionisia, en devoto acto de gratitud, había depositado a los pies de la Virgen. Luego se acuclilló, sacó los objetos que había sobre el baúl, levantó la tapa y escondió los billetes lo mejor que supo, separándolos en tres o cuatro porciones. Le estorbaba, en su trabajo, el revólver. Se lo sacó y lo dejó sobre la silla. Reacomodó la ropa, cerró el baúl, colocó de nuevo las cosas en su sitio sobre la tapa. Se incorporó y, tomando el poncho colgado de la percha, se lo echó al hombro. Se inclinó sobre la cabecera de Dionisia y le rozó, cariñoso, el cabello.

—Mañana mediodía toy de vuelta. Ya sabés; Ña Estanislada viene luego.

Salió arrimando la puerta.

Desde la cama, Dionisia le oyó alejarse al galope del vivaz tordillo. Restalló, lejos, el primer cohete festivo. Mirando al nicho, rezó una Salve para que María Auxiliadora llevase a Felipe con bien. Solo pasados unos minutos se dio cuenta del revólver olvidado sobre la silla. Pensó:

—Seguro se da cuenta, y tá volviendo.

Tendió el oído, un rato. Contó hasta ocho espaciados cohetes. Pero Felipe no volvió.

Dionisia suspiró.

—Con tal y que no le pase nada. Noche de Carnaval, la gente se pone un poco loco...

Pero no. No le iba a pasar nada. Felipe era hombre serio y sensato. Y le respetaban todos. Dionisia suspiró de nuevo, esta vez con alivio. Descansó.

Rato después, oyó acercarse al rancho, sobre la tierra dura, unas pisadas descalzas. Una voz un poco cascada llamó, a la vez que la puerta se entreabría.

—¡Dionisia!... ¿Ya dormís, che ama?...

Era Ña Estanislada. Vestida de negro como siempre. Menuda, flacucha. Tenía fama de mano santa, especialmente con las mujeres en cinta. Quería mucho a Dionisia, y a pesar de estar su rancho lejos y ser noche de fiesta, venía a hacerle compañía. Lo primero que vio fue el revólver de Felipe sobre la silla.

—Eá... Felipe se olvidó su pistola. Qué juicio.

—Sí... Nunca le sucedió.

—Tan luego hoy...

—La Virgen le ha de proteger.

Ña Estanislada se sentó en la silla, poniendo antes con precauciones infinitas el revólver a los pies de la cama. Allá, a lo lejos, seguían restallando, más fre-

cuentes, cohetes. Conversaron ambas mujeres sobre una infinidad de cosas, desde las gallinas enfermas de la maestra hasta el vestido estrenado por la carnicera el domingo anterior. Y terminando con los preparativos gloriosos del baile de Carnaval en lo de Ña Cayé. Pero pronto a Ña Estanislada comenzó a vencerla el sueño. Dionisia insistió para que se fuera; total, ella estaba lo más bien. Ña Estanislada no quería; pero al fin el sueño ganó, buscando su natural declive... Y la mujer se fue. Cuando en el aire que ya adelgazaba, se espaciaban lejos los estallidos de cohetes. Noche de Carnaval en el campo; se iba terminando. Dionisia se levantó perezosamente para cerrar con llave la puerta. Se durmió apenas vuelta al lecho.

Abrió los ojos latiéndole fuertemente el corazón, como cuando tenía pesadillas. Pero no recordaba haber soñado nada. Miró en torno. Ni ella ni Ña Estanislada habían pensado en renovar el kerosén de la lámpara, y la luz había empezado a bajar. Pero antes de que Dionisia pudiese pensar en levantarse para reponer el kerosén, se reprodujo el ruido que la había despertado. Justo a la puerta, afuera, algo se removía: cuchicheaban. Enseguida llamaron. Duros nudillos perentorios; en ellos latió el peligro.

—¿Quién es?... —el corazón le brincaba como perdiz en cimbra.

—Abrí —una voz áspera, susurrante, como disfrazada.

—¿Quién es?... —inquirió de nuevo, ahogadamente. En su vientre, la criatura alborotada saltaba espasmódica, tironeándole los costados. Un sudor frío le mojó la espalda. Se acordó de Adelina, la esposa del

gringo Markel, a la cual estando en cinta de cuatro meses violaron los peones de la estancia y a la cual hallaron muerta varios días después.

Junto a la puerta, quienes fueran habían entrado al parecer en conciliábulo. Los ojos de Dionisia, revoloteando como pájaros enloquecidos, mientras sus labios se movían rezando, cayeron de pronto sobre el revólver de Felipe, a los pies de la cama. Se incorporó, venciendo su paralizante terror, alcanzó como pudo el revólver y se dejó de nuevo caer de espaldas, apretando con ambas manos el arma sobre los senos, bajo las cobijas. Afuera el conciliábulo había terminado. Algo largo y estrecho, como una lengua oscura, asomó entre hoja y marco. Crujió la madera. Estaban forzando la puerta con un machete. Dionisia se oía a sí misma como en sueños rezar, mirando al nicho:

—Dios te salve, María, llena eres de gracia...

Con bárbaro chasquido, la puerta cedió. Fueron entrando, uno tras otro. Llenaban el escaso espacio. Tres emponchados, con sendas grotescas caretas hechas en casa sobre la cara, bajo los gachos sombreros. Dos más altos, otro más chico. El que parecía más robusto se inclinó sobre el catre:

—¿Dónde que guarda tu marido la plata de las vaquillonas?...

(También a Adelina le hicieron darles primero el dinero).

Dionisia apretaba el revólver contra el pecho hasta lastimarse los senos. Tenía los ojos muy abiertos; los labios apenas se movieron, pero la voz le salió mucho más clara de lo que ella misma creyera:

—Ahí, en el baúl.

—¿Jha la llave?

Era otro, un lungo, quien preguntaba. El tercero callaba.

—Tá abierto, luego.

El más pequeño de los tres alzó la tapa del baúl de golpe, sin curarse de botellas y jarra, que cayeron detrás, haciéndose añicos. El lungo se acucilló, metió la mano aventando ropas y objetos.

—Aquí no hay nada.

El más robusto se inclinó nuevamente sobre el lecho, amenazador; Dionisia susurró, los ojos dilatados, la boca de espanto:

—Busquen bien. Está repartido por entre la ropa.

La lámpara, que había comenzado a parpadear rato antes, era ya apenas una bujía. El más bajito de los tres encendió un fósforo y alumbró el interior del baúl: encendió luego otro y otro... Los otros dos, en cucullas de nuevo, buscaban. Dieron con unos billetes y, con una exclamación, siguieron escarbando. Más billetes... Las tres cabezas se juntaron sobre el hueco del baúl. Dionisia sacó de debajo las cobijas el revólver. Lo sostuvo con las dos manos, incorporándose un poco, de lado: disparó, a quemarropa, casi, tres veces. Un terrón del techo de paja y barro cayó sobre el catre...

Dionisia se derrumbó sobre la almohada, cerrados los ojos. Tenía tan desesperada necesidad de matar, que estaba segura de haber acertado. Pero no pudo saberlo de cierto. La lámpara, tras unos cuantos sobresaltos, se apagó, a la vez que la mujer se hundía en el desmayo como una bola de hierro en un pozo de algodón.

Tiempo después —no supo cuánto— fue saliendo de ese pozo, halada por una cuerda que se le hundía dolorosamente en las entrañas. La oscuridad era densa. Alguien cerca de la cama removía, arañando el piso, y se quejaba débilmente, monótonamente. Dionisia no se preguntó siquiera qué fuese aquello. Se había apoderado de ella ese tremendo desinterés, esa prescindencia absoluta de cuanto no sea la propia consumación, que asimila tanto el parto a la agonía. Se oyó a sí misma quejarse una o dos veces. Los dolores se precipitaban crueles, arrolladores; una creciente de dolor que arreciaba su oleaje y retrocedía luego, que llevaba en sí misma pleamar y playa...

Y llegó por fin el momento en que fueron tres los gritos en la pieza: el del moribundo, el de la madre, el del recién nacido. Solo por un momento. Porque enseguida el agonizante dejó de gemir; calló también la madre, exhausta, y en la pieza oscura solo se oyó el débil lloriqueo del recién nacido.

Todo era borroso dentro y fuera de Dionisia: la luz, las caras, los pensamientos. Volvió el rostro instintivamente, buscando el nicho: no estaba allí. Alguien le puso en el hueco del brazo derecho un paquete tibio que olía a leche fresca. Vio una carita arrugada, rojiza, coronada de profuso cabello negro.

—Es un varón —decíale Ña Estanislada.

Una paz inmensa llenó el corazón de Dionisia: despacio y en silencio, muy despacio, como se llena la vasija agujereada que cae al agua. Poco a poco iban llegando vecinas, y se iban ajustando en la memoria de Dionisia los detalles de la noche pasada. Las vecinas elogiaban su valentía —pucha que había sido

guapa—, ponderaban su serenidad, la suerte que había tenido al olvidarse Felipe el revólver. Ella les oía, pero cuanto decían le llegaba de lejos: no alcanzaba a rozar su epidermis, emocionándola.

—Pero qué puntería, che ama. Lo tre. No quedó vivo uno.

—¿Lo tre murió?

—Lo tre. Por eso que la trajimo a Dioní a esta pieza. A ello no le podemos tocar. Hay que esperar que venga el comisario con el juez de paz.

—Caque no vaya tocarle. No sirve sacarle ni la careta. El comisario o el jué solamente puede hacer.

—Dos se murió enseguida, parece. El otro murió más tarde.

—Rejuntamos tu plata, que taba por el suelo. La tiene Ño Cantalicio. Es de confianza, ¿no?...

—Había sido letrado. Aprovechar el Carnaval para venir de mascarita.

El vecino enviado a llamar al comisario y al juez volvió diciendo que no los encontraba. Habían salido la noche anterior, avisados, según dijeron, para algo que había ocurrido en una compañía. Pero no tardarían ya mucho en volver.

Tardaban, sin embargo; el tiempo pasaba. A las diez y media vino llegando sobre el tordillo, que sangraba de los ijares, Felipe Neri. Le habían dado la noticia cuando estaba todavía a más de una legua de distancia, y se vino matando su montado en la carrera. Escuchó el relato, sentado a la cabecera de Dionisia. Miraba a su mujer con los ojos brillantes de orgullo. Ña Estanislada le puso en los brazos la criatura.

—Alzalo pues. Es un varón. Igualito a vos.

A las doce no habían aparecido aún las autoridades, ni había regresado el hermano de Dionisia de su farra. Seguramente estaría durmiendo como otras veces bajo la enramada, en la casa de la china de turno. Algunas moscas verdiazules comenzaban a rondar los cadáveres. No Cantalicio dijo:

—Tiene que venir, siquiera, el sargento. Si no, con esta calor van comenzar oler mal.

Llamaron al sargento. Acudió. Era un milico retacón y arrebatado de color. Se inclinó resoplando sobre los cuerpos y, a su indicación, dos vecinos les quitaron las máscaras. El sargento se enderezó más carmesí que nunca, miró a los presentes como alelado. Ninguno le miraba a él, solo a los muertos. Un silencio de fin del mundo. Una viejuca llegada con retraso forcejeaba, protestando:

—Dejen sitio, pue, yo taién quiero ver.

Le abrieron paso. Vio. Se santiguó.

Felipe Neri apareció ahora en la puerta de la otra pieza. Miró. Y cerró la puerta con cuidado. Para que Dionisia no oyera. Porque allí, junto a dos amigos de Felipe, compis de toda la vida, cara al cielo se enfriaba despacio el hermano más joven de Dionisia. El último de los tres en morir.

10. La mano en la tierra

A Carlos Zubizarreta

La casa de adobes se levanta cerca del río. Fue de las primeras en ofrecerse tal lujo y en ella hubo de trabajar no poco don Blas, que en aquellas tierras nuevas tuvo, como todos, que sacar fuerzas de flaqueza y hacer muchas cosas que hacer no pensaba con sus manos hidalgas. Las gruesas paredes, el techo de paja, mantienen un grato frescor aún en los más tórridos días. Úrsula, la vieja mujer india, ha regado el piso de tierra, ha esparcido por el suelo ramitas de paraíso. Afuera, el sol abrillanta las hojas cimeras de cocoteros y bananeros. Cuando Blas vuelve la cabeza sobre la almohada, puede aún distinguir, entre los desgarrones del seto, un trozo de algo ondulado y amarillo que resbala a lo lejos: es el río, que viene crecido. De cuando en cuando, la isla náufraga de un camalote pasa boyando. Con él navega el misterio de tierra adentro, atado a veces con el nudo escamoso de una víbora.

¡Cuántas veces en aquellos cuarenta años ha pensado Blas de Lemos seguir el camino que señalan unánimes los camalotes!... Pero nunca se decidió a despegar los pies de esta tierra roja y cálida que enceguece con resplandores y seduce con manse dumbres. Tierra tan distinta de las secas y austeras donde él nació —¿cuánto hace?... ¿Setenta, setenta y cinco años?... Ha perdido un poco la cuenta, por-

que acá son otras las estrellas y rige otro calendario de cosechas y desengaños. Aquella tierra, la suya, era tierra adusta, avara de sonrisas, pero fecunda y cumplidora. Esta es pródiga y blanda al parecer, pero pura indisciplina... Derribado en la cama, le resbalan a Blas ojos adentro las montañas sequizas y descoloridas, los páramos grises, y también los trigales interminables o los viñedos negreando su carga borracha de azúcar. El recuerdo del mar le abre enseguida en el pecho una ancha grieta azulverde y salada. Nunca más lo volverá a ver: de ello está ahora seguro. Nunca más. Hace más de cuarenta años que pisó estas riberas, hace dos que está allí clavado en la yacija, paralela al río, y con cada camalote que pasa boyando manda una saudade al mar lejano. Al mar de su sed, que no sabe ya si es el mar azulsueño mediterráneo o el mar verdefuria, loco de soledad, que sorteó en su remoto viaje de venida. Qué lejos está todo eso. Qué engreimiento el suyo, y cómo Dios usa a los hombres cuando ellos creen estar usando su albedrío...

Desde ayer se siente peor. Por eso hizo avisar con Úrsula al franciscano fray Pérez.

A los pies de la cama, Úrsula acucillada masca su tabaco. Sus movimientos son mínimos y precisos. Hace menos ruido que la brisa en el pasto, afuera. El typoi abierto a los costados deja ver por momentos los pechos de cobre, voluminosos y alargados como ciertos frutos nativos. ¿Cuántos años tiene Úrsula?... ¿Cincuenta?... Quizá menos. Doce tenía apenas cuando, mitad rijoso, mitad risueño, la recibió de entre el rebaño núbil ofrecido por un empenachado

cacique como prenda de alianza y de unión. Está vieja Úrsula, con una vejez que no se cuenta por sus propios años, sino por los de él, don Blas, pero su pelo es ala de iribú. En cambio, él, Blas, tiene las sienes ralas, y sobre la cabeza pequeña y hazañosa los cabellos aplastan su lana blanquecina. Hace muchos años, muchos, los acariciaba doña Isabel, la joven esposa, casi una niña:

—Son oro puro, mi señor.

(También Úrsula le llama *che carai*).

Se mueve por la pieza, tácita y lenta, cabello de iribú. En su rostro de madera agrietada, aceitada, Blas identifica con sutil tristeza las heces del dilatado exprimirse viril sobre el cauce impertérrito de aquella sangre oscura. Su otra mujer india, María, era más joven. Murió al dar a luz a Cecilia, su única hija, la hija de su vejez. Úrsula, en cambio, le había dado seis varones. Seis mancebos pujantes. ¿Mancebos? Hombres ya, alguno encaneciendo, desparramados por villas y fuertes de frontera, hasta el último, Diego, el más tierno. Él, Blas, no había podido entenderse nunca del todo con ellos. Siempre se habían entendido mejor con la madre. Aun sin hablarle, con solo dejarse servir por ella. Con ella conversaban a las veces en su lengua, de la cual él, Blas de Lemos, no pudo nunca ahondar del todo los secretos. Apenas erguidos sobre sus piernas, recién llegados a la vida en la tierra aquella, ellos sabían de ella infinitas cosas que para él, Blas de Lemos, serían siempre un arcano. Siempre sintió junto a ellos, aun al tenerlos en sus rodillas, que era él de esos seres por cuyas venas su sangre navegaba irremediable, un mundo aparte en

el cual él, Blas de Lemos, era el llamado a aportar la simiente, desgastándose y empequeñeciéndose en la diaria ofrenda, mientras la mujer la recogía silenciosa creciendo con ella, para amamantar luego con sus senos oscuros y largos a hijos que seguían siendo un poco color de la tierra, siempre un poco extraños, siempre con un silencio reticente en el labio túmido y un fulgor de conocimiento exclusivo en los ojos oscuros; que cuando decían «oré»... Trazaban en torno de ellos mismos un círculo en el cual nadie, ni aun él, el padre, el genitor, tenía cabida; un ámbito hecho de selva y de misteriosos llamados girando en la luz taciturna de un planeta de cobre, un mundo con el cual él nunca había acabado de sentirse en lucha. Recordó a Diego, su ultimogénito varón. El único que había sacado los ojos azules. Blas lo amaba entre todos por eso, sin decírselo; aquel color parecía aclarar un poco el camino entre sus almas... Diego, lejos como todos...

—¿Avisaste al padre Pérez, Úrsula?...

—Avisé, che caraí.

Una voz, cerca, oxea un bicho. La voz cantarina de Cecilia. Cecilia, con su tez clara, sus trenzas negras, sus ojos que, si no fueran un poco altos, parecerían andaluces. Blas piensa en ella con ternura. Está prometida. La desposará el joven Velazco, el hijo más joven de Pedro Velazco, su viejo amigo hace poco difunto. Hela ahí en la puerta, como empujada por la luz pródiga: Cecilia con sus typois limpios, su flor en la trenza, sus diligentes pies descalzos.

—¿Cómo os sentís, señor padre?...

El castellano en sus labios tiene un acento deslizado y suave, algo así como de otra provincia desconocida de Castilla. La muchacha se acucilla a la cabecera del padre y sigue su trabajo en el bastidor, donde poco a poco aparece un diseño semejante a una rueda de delicados rayos. La aguja viene y va. De cuando en cuando una mano pequeña y morena se posa en la frente de Blas. Las sombras se van recogiendo hacia el pie del seto. El amarillo del río se disuelve en el diluvio solar. De pronto, una sombra alta obstruye el vano de la puerta. Cecilia se levanta presurosa a su encuentro, besa la mano del enjuto y hosco fraile. Luego se retira hacia los fondos de la casa, junto con Úrsula. Solo Dios puede ser tercero en esta entrevista entre Blas de Lemos y el confesor.

Hace rato se fue el franciscano, dejando tras sí la promesa de volver con los óleos y un penoso surco de luz en la conciencia de Blas de Lemos. Al interrogatorio escueto del padre Pérez, sombras hace tiempo aquietadas se han puesto de pie en su memoria, se mueven sonámbulas a una luz sesgada, dura. Esa luz nueva pule, con claroscuro de antiguo relieve, la imagen de doña Isabel, la joven esposa, casi una niña, abandonada en la casona castellana. Prometiose muchas veces hacerla venir; nunca lo cumplió. Estaba encinta cuando la dejó. Muy después supo que había dado a luz un varón; que lo había llamado Blas, como el esposo olvidadizo. El joven Blas —pero no; no sería ya un joven: un hombre ya con la barba rubia quizá y los ojos azules— murió en aquella batalla... ¿Cómo se llamaba?... Ah, sí, Lepanto, donde dice que tanta honra alcanzaron las armas españolas... Trata

en vano de imaginarse al hijo que nunca vio... ¿Y ella, Isabel? Hace años que nadie le dice ya nada de ella. Quizá ha muerto ya. Quizá aún vive retirada en su casona, o en un convento, como tantas otras esposas y novias abandonadas. Quiere imaginarse a Isabel cómo ha de estar, si vive: vieja, achacosa; no puede. La ve obstinadamente niña, rubia y grácil como una espiga. Cuarenta y cinco años... Quién pensara que el tiempo podía pasar tan de prisa. Quién pensara que aquellas cosas pudieran quedar así tan lejos en las distancias del alma. Al fin y al cabo no había sido un sueño triste; pero le gustaría poder despertar...

—¿Habéisme dispuesto el colete de piel hoy, doña Isabel?... He de ir de caza.

—Dispuse, mi señor. Y el tahalí nuevo, ensebado ha sido por Gonzalvico.

Qué lejos todo eso. Y qué de prisa pasó para él tan largo camino; combatiendo de día, vigilando de noche, arcabuz al brazo, cuando no sembrando semilla blanca en aquella corriente oscura que la recibe impasible, aclarándose apenas, pero no en la mirada.

—Acá no va a venir mucha gente por ahora. Tierra pobre, Blas.

—Sí, Pedro. Vamos a estar muy solos.

—Tendremos que hacer nosotros la gente. A fuerza de ijada... (Risas).

Años primeros agitados, llenos de peripecias. Años ricos de peligro y pobres de provecho. Hubo de acompañar a Ayolas al Chaco. En su lugar fue su amigo de infancia, Jerónimo Ortiz, el del perpetuo buen humor, el de la guitarra siempre presta. No volvió. Él, Blas, pudo haber sido encomendero; prefirió ser

de los de arma al brazo. Arriba con Irala, abajo con Cabeza de Vaca, de picada en picada y de fundación en fundación. Y cuando quedó inútil del brazo izquierdo, pasó a manejar la pluma. Había escrito mucho. Memoriales y mensajes, pliegos que iban y venían por caminos duendes, hoy abiertos, mañana comidos por la selva; o que dormían meses un sueño de viento y sal en la cámara de algún bergantín perdido entre cielo y mar rumbo a la patria... Y había escrito también sus memorias. Escribió lo que hizo, y también un poco lo que no pudo hacer en aquellas tierras mansas y tenaces. Bajo la almohada guardaba el mazo de papeles. Parte de la conversación con fray Pérez, sobre ellos había sido.

—Aún no decidí, padre, qué hacer con ellos. Será cuando vengáis a darme la Santa Unción. Si mi mano derecha señala la almohada... Tomadlos, padre, tomadlos y quemadlos, porque será que así lo he resuelto para mejor descanso de mi alma...

—Se hará como decís, hijo mío.

Allí, bajo su almohada, están y aún no sabe qué hará con ellos. «Centón de aventuras y crisol de desengaños de un hidalgo en tierras de Indias» los intituló un poco presuntuosamente. Hace rato no los relee, pero puede recordar párrafos enteros.

—... Son tierras de un rico verdor; tan verde, que creerías guardaron para sí todo el verdor que les falta a tus tierras castellanas. Y hay flores y bestias extrañas, tal cual las debió ver nuestro padre Adán al despertar crecido y sin remordimiento en aquella mañana primera. Pero los crepúsculos rápidos y excesivamente coloreados no conocen el ritmo lento y señorial de los

cielos nuestros y sus árboles enloquecidos como si se hubiesen hecho yelmo de un pedazo de aurora; solo son eso: flor; no portan fruto que te alimente y satisfaga...

—... Y las abrazas, y no se te niegan nunca, ni conocen remilgo de dama consentida; pero de sus brazos sales como hidrópico que ha bebido vaso tras vaso sin conseguir calmar su sed. Y tu oído se secará sin las palabras soñadas, y tu lengua querrá en vano entregar su dulzura, pues no habrá vaso para ella...

(¡¡Isabel, Isabel!!...)

—... Y llevan en sus brazos a tus hijos hasta quebrarse la espalda, y los amamantan hasta derrumbar toda gallardía. Y los podrías matar y nada dirían, pero tú sientes que esos hijos que podrías inmolar como Abraham al suyo, no son tuyos, porque al mirarlos hay en sus ojos un pasadizo secreto por el cual se te escabullen, y van al encuentro de sus madres en rincones solo de ellos conocidos, y nunca puedes alcanzarlos allí...

—... Y les mandas y te obedecen, los ojos bajos; en vano querrás hallarlos en rebeldía; pero sus labios se aprietan sobre razones que nunca podrás hacer tuyas y sus pies hilan caminos que tú nunca podrás levantar. Y su obediencia te deja defraudado de amor, y su silencio está poblado de cantos extraños...

—... Y tú les enseñaste a tocar tu guitarra clara, tan distinta de sus raros instrumentos de ahogado gemir, y ellos aprendieron pronto; pero cuando empezaron a tocar solos, su música no era ya la que tú conocías, y era como cuando en los sueños alguien ha cambiado tu rostro y tu espejo no te reconoce...

—Y escuchan atentamente a los hombres de Dios que traen Su Palabra, y reciben contentadamente el bautismo; pero adivinas que cuando le hayan acogido para siempre, ya no será el mismo, porque ellos habrán descubierto que Él puede tener también su rostro, y se lo cambiarán...

Herejías también. ¿Qué puede escribir un hombre blanco perdido dos veces en la entraña oscura de esta tierra para no perderse a sí mismo?... Herejías. Un hombre tiene hijos para recuperarse en ellos; Blas de Lemos no ha conseguido reencontrarse en la muchedumbre de sus hijos. Solo los ojos de Diego se le encienden a trechos en la memoria como lámparas que quisieran alumbrarle algo. Bajo la almohada, el mazo de papeles cruje levemente cuando Blas de Lemos mueve, cada vez con más pena, la cabeza...

El sol ha doblado el techo de la casa; golpea la pared contra la cual se apoya el catre. Una umbría cálida sube del lado del río. A intervalos se oye ahora un grito marinero. Blas pregunta —o cree preguntar:

—¿Qué voces son esas?... ¿Llegan naves de España?...

—Son navíos, señor padre, que se arman para ir a poblar Buenos Aires. Los manda el propio don Juan de Garay.

Buenos Aires. Él estuvo allí. Probó hambre y espanto. No le inquieta ya ahora. Sus ojos cansados se abren para apenas distinguir en la penumbra del atardecer los rostros que se inclinan hacia él, cargados de sueños que empiezan a serle también tan lejanos como aquellos recuerdos: Úrsula, Cecilia, el joven Velazco. El prometido de Cecilia. Es un mancebo de buen

ver, cutis aclarado, pelo terso de reflejos leonados, los ojos negros y densos tras los pómulos anchos. No tiene barba a pesar de sus veinticinco años. Estos mancebos de la tierra tienden a lampiño... Los jóvenes están arrodillados a la cabecera, y Blas los bendice. En su alma, donde la soledad crece, se filtra como leve vedija de humo un raro temor: ¿hacia dónde va esta descendencia cuya unión ha bendecido hace un instante, con su misterio y su secreta sabiduría siempre vedada por él?... El mazo de papeles cruje una vez más bajo la almohada...

... ¿El río amarillo se ha tornado de sangre?... Blas flota en un mundo por mitad de sombra y de relámpagos. Alguien solemne y lento se inclina sobre él. Es el franciscano fray Pérez acompañado de un acólito. Trae los Santos Óleos. Ha llegado la hora para Blas de Lemos, que si ha vivido como pecador, morirá como cristiano. La ceremonia se desarrolla entre murmurios de latines y algún sollozo ahogado: Cecilia. Por fin termina. Úrsula reacomoda las ropas de la cama sobre el cuerpo, ya consagrado para la tierra, de Blas de Lemos, y se aparta nuevamente a su sitio a los pies de la yacija. Blas regresa despacio hacia su luz náufraga. A intervalos se le ilumina todo con una claridad de cobre; a intervalos todo es una tiniebla en la cual alguien invisible le lleva suavemente en andas por caminos desconocidos hacia algo desconocido también, pero que para él se llama paz. Voces sordas zumban de cuando en cuando en esa sombra apacible. El empañado cristal se despeja una vez más. Alguien está arrodillado a su cabecera.

—Vuestra bendición, señor padre.

Es Diego, su hijo menor. Todos sus hijos estaban lejos, pero Diego ha venido.

Úrsula, a los pies de la cama, se frota maquinalmente las manos en la pollera y balbucea su sorpresa. Estaba muy lejos Diego... Ahora, hele aquí.

—Me voy a Buenos Aires con Juan de Garay. Vuestra bendición, señor padre.

La mano de Blas se alza a duras penas, como un pájaro viejo; se posa incierta sobre la frente del joven Diego. Lo mira; ve los ojos azules, que parecen un poco extraviados en el color terrígeno del rostro. Y como en las aguas de los arroyos de su niñez, Blas de Lemos ve en ellos hasta el fondo. En aquel rostro moreno, un poco tosco pero noble, en aquellos ojos azules, Blas de Lemos recupera por un instante, en un relámpago, toda su juventud desaparecida. Allí en esos ojos está la sangre soñadora y loca. La sangre destinada a verterse sin sosiego y sin tregua por los cuatro puntos cardinales.

—Dios te bendiga y lleve de su mano. Que tu sangre prospere y tu progenie sea numerosa...

Tal vez quiso decir también: dichosa. Pero no sabe por qué no pudo decirlo.

Sin embargo, se siente feliz, con una felicidad casi dolorosa, que es casi como revivir. Aquellos ojos azules parecen multiplicarse hasta el infinito; pueblan con su destello esperanza un ámbito sin lindes.

La mano de Blas de Lemos, infinitamente fatigada, sube hacia la cabecera.

Se creería que quiere alcanzar la sien. Pero el franciscano, inmóvil en su rincón, ha comprendido. Se acerca a la yacija, mete la mano bajo la almohada. El

mazo de papeles pasa a su manga. Una mirada aun al lecho donde juega la luz rojiza del velón; a Úrsula con los brazos caídos a lo largo del cuerpo, inmóvil a Cecilia, que se enjuga los ojos con un extremo de su manto blanco. Sale, Blas nada ha visto ni sentido. Ha regresado a su mundo de alternadas luces y sombras, cada vez más de estas, menos de aquellas.

Al amanecer, algo como una nube o un ala enorme encortina por unos instantes el cielo aún indeciso frente a la puerta. Úrsula y Cecilia han corrido a la ribera. Si Blas estuviese despierto, sabría que son los navíos que zarpan llevando a los colonos de Santa María del Buen Ayre. Pero Blas de Lemos yace definitivamente inmóvil. Su mano derecha tendida hacia el suelo, crispada, parece querer prender la tierra.

11. Sesenta listas

*Al caro recuerdo
de Gabriel Casaccia*

Llueve...

Llueve hace ya horas. Desde la mañana. Desde anoche. Desde ayer. ¿Desde cuándo?... Don Celso tiene la impresión de que llueve desde hace una eternidad.

Llueve hace días, ciertamente; pero para él, para sus viejos huesos hambrientos de sol, es como si esa lluvia hubiese comenzado tiempo atrás y no hubiese de terminar ya nunca. No era él como su hija menor, que en cayendo las primeras gotas rompía a cantar... Para él, la lluvia, especialmente una lluvia como aquella, atomizada, sorda, era como un anticipo del espolvoreo de tierra sobre una sepultura. No alcanzan a confortarle ni la grata promesa del calorcillo encerrado en la botella de auténtico Piribebuy en el armarito, ni el cómodo sillón con dobles almohadones y posapiés —envidia de su señora—, ni la frazada ciñéndole los riñones. Ni siquiera el añejo legajo de *La Nación* —tenía una colección completa de lustros atrás— abierto con desgano sobre el brazo del sillón. Un peso que no es solo el de los años gravita sobre su esqueleto y parece hojaldrarle las herrumbres en esta tarde sucia y desapacible. Un calofrío le recorre el espinazo. Tiende la mano hacia la cercana mesa, toma de ella el poncho sesenta listas aseadamente

plegado, lo extiende sobre las rodillas. Se recuesta y cierra los ojos.

La siesta se prolonga bajo el espurreo perezoso de la lluvia. Nadie se mueve en la casa. Celia se retrasa con el mate. La pobre padece fatiga crónica. La lluvia predispone a todos al sueño. A él, don Celso, en cambio, le hace perder las ganas de dormir, como si estas fuesen un puñadito de sal y el agua se las lavase. El poncho resbala de sus rodillas; trabajosamente lo recoge y lo reacomoda sobre sus muslos huesudos. Despacio, casi amorosamente, pasa a lo largo de una lista sus dedos arrugados. El fino tejido ha perdido mucho del antiguo lustre. La trama está adelgazada, amortecidos los colores. Pero también, tiene ya más de cincuenta años... Bastante, si se considera que lo ha traído y llevado sin cesar. Hace pocos días se lavó una vez más. Celia lo recosió aquí y allá.

—Se va haciendo viejo el poncho.

—Era hora.

—Pronto ya no servirá.

—No te preocupes. Durará más que yo.

—Qué ocurrencia, papá.

Así, dicho con alegre reproche. Pero don Celso siente la falsedad de la frase optimista bajo su cáscara sonora. Todos saben que está viejo y achacoso; que la muerte espera ya ahí, a una vuelta de esquina, con su silencio y su quietud sin término, como aquel camino negro y desconocido que llenaba de terror sus sueños infantiles...

Don Celso siente un nuevo calofrío y se arropa más. Parece mentira, pero viejo y todo el poncho abriga. Cuántas cosas ha visto y cubierto este poncho.

Lo estrenó para aquella temporada en la estancia de don Olegario —el viejo padrino don Olegario, muerto siglos hacía—, cuando los padres de él, Celso, creyeron que el chico iba a adolecer del pecho de tanto farrear, e interrumpiendo los estudios universitarios le enviaron a tomar aire puro, churrasco y camby rory a la remota estancia del viejo amigo de la familia...

Un leve rumor se arrastra afuera contra los muros: la lluvia huye ahora perseguida por un vientecito desapacible. Vamos cara al invierno. ¿No volverá a salir el sol?... Nunca pensó don Celso que lo pudiera echar tanto de menos. Hubo inclusive un tiempo en que pensó que había demasiado calor, demasiada claridad. Aquella temporada en la estancia de don Olegario, por ejemplo. Una sequía única. Sol, nada más que sol. Un sol deslustrado, rojizo, como fruto que de puro maduro caminara a pudrirse en amoratado anochecer. Sin embargo, cuán lleno de vida se había sentido entonces. Nunca tan ávido de vivir, tan insaciable de mujer. Surgió ahora, nítida, tras los arrugados párpados cerrados, la muchacha aquella que —como muchas veces había pensado humorísticamente— estrenara el poncho... Había muchas mujeres en su vida. No era su culpa si Dios lo había hecho buen mozo... Y aquella...

Como sintió un nuevo calofrío a pesar del añadido abrigo, pensó que era llegado el momento de recurrir al bálsamo de Piribebuy. Se puso en pie, rechazando frazada y poncho. Y quedó patente su torso en escala vikinga —herencia de sus antepasados vascos—, la poderosa osamenta, la cabeza en

torreón coronada por el breve cimborrio de la boina vasca. Fue hacia el armarito. Sacó la botella. La destapó y olisqueó gustoso, guiñando un poco los ojos de un azul navegante. Se sirvió dos dedos en el breve vasito. Paladeó el líquido lentamente. Luego se echó el poncho sobre los hombros y se acercó al vidrio.

La lluvia se mecía sobre las plantas en el extenso patio como una cortina desgarrada. De vez en cuando un auto pasaba frente a la casa, amortiguado el ruido del rodaje por el raudal. Agua, agua... De nuevo volvieron a la memoria los días de sol inacabable de la estancia. Y con el sol, la muchacha aquella... Era tan joven... Su presencia leve removió en él una vaga ternura, como si en vez de la mujer de sus sentidos jóvenes hubiese sido una hija más, jovencita, inocente, callada. Catorce años tenía. Nunca más volvió a verla. Cuántas cosas se hacen, Dios mío, cuando se es joven y se piensa que la vida no tiene fin. Aquella muchacha de limpios ojos negros y prieto cuerpecito de ynambú que él tuvo en sus brazos apenas quince noches, que nunca más volvió a ver, de la que no se volvió a acordar sino para bromear con los amigos. Con los bandidos aquellos de los Urrutia. Y desde hacía años, ni eso. Porque los Urrutia habían muerto ya, los dos. Ellos habían sido sus cómplices en la aventura. Más aún, sus inductores y —qué fea palabra— sus alcahuetes. Ellos lo habían arreglado todo. Ellos se habían puesto de acuerdo con las hermanas mayores y habían dejado para él la menor —porque, según más tarde confesaron, era «la más pava», y además «tenía un nombre imposible»—. ¿Por qué tenía que recordarla aquella tarde con tanta insisten-

cia?... Había tantas otras mujeres, más interesantes, en su vida. Pero persistía en recordar. Aquella primera entrevista a orillas del ycuá de aguas ligeramente opalinas, en cuyo fondo se arrastraba perezosa una tortuga del tamaño de un plato de postre.

—¿Cómo te llamás?

—«Clitenestra»...

Con que aquel era el nombre imposible... El nombre estrambótico que una madre campesina y analfabeta había ido a pescar Dios sabe dónde...

—Me llamo Clitenestra. ¿Y vos?...

El impremeditado diablo de lo travieso le sopló al oído:

—Yo me llamo Agamenón.

—Agamenón —repitió la chica—, como fascinada. Fascinada. Era la palabra.

Conquistarla, decidirla a encontrarse con él de noche en el viejo rancho perdido en el monte, no le había costado sino cuatro palabras... Los amigos Urrutia, riendo como locos, habían colgado a la entrada del camino ya casi ahogado de yuyos unas ropas viejas:

—Un pombero. Para que nadie venga a interrumpir tu coloquio...

El rancho abandonado se ladeaba peligrosamente; por el techo rasgado se veían las estrellas. No había comodidad alguna. Ni un montón de paja.

—Espera. Pondré el poncho.

El sesenta listas había sido todo su lujo nupcial...

Desde el día siguiente, la propia muchacha fue quien colgó con sus manecitas pequeñas y morenas las ropas cuya fantasmal apariencia debía proteger-

les... Y él la menospreció un poco más por eso... Todo había sido tan fácil. Ella parecía facilitar todo, saberlo todo. Y sin embargo —de eso estaba seguro— ningún hombre la había tocado antes que él. No recordaba ni siquiera haberle dicho una sola vez «te quiero». Pero más de una vez había tenido que reprimir la risa al oírla repetir con tanta convicción el fementido nombre...

—Mi Agamenón querido...

Quince días después llegó el momento de despedirse. Él se sintió un poco incómodo. Las últimas mentiras eran para él las únicas que le costaban un tanto. No se acostumbraba nunca.

—Tengo que irme a la Asunción. Volveré pronto.

—Bueno.

No había llorado, no había hecho pregunta alguna. Era como si en su almanaque de mujer de una casta resignada todo estuviese previsto, todo apuntado de antemano con su exacto horario y contenido.

—Te escribiré.

—No sé leer.

Tenía las manos cruzadas sobre el seno cuando Celso le dio la noticia y cruzadas seguía teniéndolas cuando él, más incómodo que nunca, le dio el beso de despedida.

—Adiós, Clitenestra. Hasta pronto.

—Adiós, Agamenón.

Nunca la había vuelto a ver. Nunca más. Sus andanzas de agrimensor le habían llevado en aquellos cincuenta años por toda la República; nunca, sin embargo, recaló ni casualmente una vez por la estancia de don Olegario. Cincuenta años, y un poco

más, hacía de eso. Muchos años todavía había pasado sembrándose a sí mismo por innumerables lugares y noches. Había simiente suya desparramada por los cuatro costados del país. Una hija con una buena muchacha de Guarambaré, que al verse desahuciada por la familia se suicidó. Dos hijas con aquella maestra de Yuty, que perdió su empleo y tuvo que dedicarse a vender pastelitos y croquetas en un puestito de suburbio... Otra hija con aquella solterona de Caaguazú, que se fue a Buenos Aires a tenerla y Dios sabe lo que habría sido de ella... Otra más con aquella viuda de Itauguá, casada después con un embarcadizo. Dos también con aquella muchacha de san Ignacio, muerta al dar a luz a una tercera hija... Mujeres, todos sus vástagos. Todas mujeres. Esta reincidencia en el signo femenino comenzó a atosigarle. Se casó pensando que así quebraría la racha, y su señora comenzó a tener hijas, una detrás de otra. Castañas como la madre o rubias como el padre, pero hijas todas. A la séptima tiró la esponja. La séptima hija, dice la superstición, es bruja. Marianita nada tenía de bruja. Era quizá la mejor de todas. Si alguna bruja había entre ella..., bueno, ninguna mujer ve pasar célibe los treinta años sin agriarse un poco. Últimamente, Marianita, veinticinco, había empezado a recibir las visitas de un barbilindo, un doctorcito... Veríamos. Pero las otras... Sin embargo, todas tenían sus virtudes. Eran hacendosas, sabían cocinar y coser, poseían una cantidad de secretos para hacer más sabrosas las salsas, más lucientes el cristal y el bronce, más tersas las pecheras de las camisas... Dora sabía hacer la mazamorra y el soyo

como a él le gustaban; Luisa cocinaba un dulce de mamón que era una delicia; Celia era una administradora colosal; Eugenia, Teresa e Isabel estaban empleadas y traían el pan a la casa; la misma Celia daba lecciones de contabilidad. Todas eran trabajadoras y honestas. Pero ocho mujeres en la casa —diez contando las sirvientas— eran demasiadas mujeres, hasta para él, que tanto las había amado. Cuando en las largas siestas veraniegas las oía cuchichear barajando los chismes de vecindad, sentía calofríos. Y cuando a las horas de comer presidía la mesa en que se escalonaban ocho cabezas femeninas de más vieja a más joven, se sentía vagamente en evidencia como dueño clandestino de un harén...

La lluvia parecía arreciar. Tras el tabique, don Celso oyó vagos ruidos: pies arrastrándose, una silla cambiando de lugar. Doña Lucrecia, su señora, se ponía en movimiento. No tardaría Celia en aparecer con el mate. Don Celso volvió a su sillón y se retrepó en él, complaciéndose por anticipado con el sabor del té y el calorcito del recipiente entre las manos. A través del apagado rumor de la lluvia llegó a sus oídos un amortiguado rodar de carreta que fue aproximándose, cesó; y casi en seguida, una voz masculina, ahuecada, característica:

—¡Carbóon!...

Pudo oír los pasos rápidos de Celia, la mayor, la ecónoma, en el comedor, asomándose a los fondos para avisar a la cocinera. Pudo oír las pisadas del carbonero al acercarse por el caminillo lateral, al que daba justamente una de las dos puertas del cuarto. Lo vio pasar, a través de la vidriera, encorvado bajo

el peso de la bolsa. Tres veces pasó: como siempre, tres bolsas. Eran las últimas que despachaba este carbonero antes de emprender viaje de vuelta. Las guardaba para Celia; eran encargo fijo.

La lluvia arreció crudamente. Diluviaba ahora. El espurreo blando sobre el tejado se mudó a rumoroso borbotear en las canaletas. Don Celso, desasosegado, abrió los ojos. Miró hacia la ventana. Algo le obstruía la visión. Se levantó una vez más, se acercó a los vidrios. El carbonero, mojado hasta los huesos, se refugiaba de la lluvia bajo el precario alero a la orilla del corredor. Don Celso abrió la puerta, asomó la cabeza, llamó:

—Pasá, acá al corredor, pues.

—Gracias, che patrón.

Se acercó a la pared, se recostó en ella, a dos pasos de la puerta. Era un hombre alto, con ceño, de unos cincuenta años, suelto de miembros. Lo cubría la cabeza y los hombros una bolsa hecha cucurucho. La lluvia que le empapaba no le había lavado la cara, que seguía tiznada como la de un moro. En ella lucían dos ojos azules, de un azul ingenuo. Don Celso se echó nuevamente el poncho sobre los hombros para no enfriarse: sacó la botella de Piribebuy, puso dos dedos en el vasito y, asomándose a la puerta, se lo tendió al carbonero. Este, sorprendido, sonrió al tomarlo.

—Gracias, che patrón.

Tenía los dientes muy blancos, agradable la sonrisa, abierta de comisuras. Ante aquel hombre humilde y viril, tiznado y sonriente, don Celso sintió subirle desde el plexo solar el calorcillo de una extraña simpatía.

—Mal tiempo, ¿ayépa?...

—Mal tiempo, che patrón. Prejuicio para nosotros, porque no vamo poder ir esta tarde. Y la posada es cara.

—¿Venís de muy lejos?...

—De Itacurubí. Yo no soy de allí, pero me crié allí.

Otra vez silencio. Bebía despacio su caña. Una caña asentada, perfumada, que no llega nunca a los boliches campesinos. La lluvia parecía ir a escampar, pero empezaba más fuerte. Por fin amainó, se redujo a un lagrimeo. Desde la vereda del frente alguien llamó —voz femenina, ahilada:

—¡Vamo, pue, Agamenón!...

—Me llama mi mujer, che patrón. Maque muchas gracias, y hasta luego.

Dejó el vaso en manos de don Celso y se fue.

... Con el vaso en la mano quedó don Celso en el corredor, recostado contra la pared. Volvió la lluvia torrencial a borbotear en las canaletas; al rebotar contra el bordillo del corredor, empapaba las pantuflas y los bajos del pantalón de don Celso. Celia, que llegaba ahora con el mate, lo encontró de esta guisa y rezongó:

—Eso es. Mojándose los pies. Luego la gripe para usted y las malas noches para nosotras.

Don Celso se dejaba llevar adentro, abstraído.

—¿Cómo se llama nuestro carbonero?...

—Y, Agamenón. ¿No es ridículo?... Pero tendrías que saberlo. Si hace más de un año que nos trae carbón.

A la hora de la cena, Celia halló qué comentar.

—Figúrense, papá no sabía el nombre de nuestro carbonero.

—¡Pero si lleva más de un año trayéndonos carbón!...

—Eso dije yo.

Fue un diluvio de informes.

—Tiene seis hijos, todos varones.

—El mayor, figurate, se llama también Agamenón.

—La madre está ahora en el hospital.

—La operaron de cáncer; pero quedará bien.

—Se llama... Adiviná. Pero no, no lo vas a adivinar nunca...

Dora, Celia, Isabel, a una:

—¡¡¡Clitenestra!!!...

Pasado un rato, don Celso preguntó:

—¿Tiene hermano ese carbonero?...

—Que sepamos...

—Creo que no.

—Un día nos dijo que era hijo único. ¿Recordás, Celia?...

—Papá tenía poco apetito esta noche —observó doña Lucrecia.

—Apuesto que se enfrió esta tarde —diagnosticó Celia.

En su cuarto, don Celso decíale a Mariana, que le mullía la cama:

—¿Cuándo vendrá otra vez el carbonero?...

—Y, del otro viernes en ocho. Tenés los pies fríos, papá. Voy a traerte la bolsa.

Don Celso amaneció con fiebre. Llamaron al doctorcito Lovera, el festejante de Mariana.

—Un resfrío sin mayor importancia.

Pero al tercer día, don Celso estaba peor. Hubo que tomar el resfrío en serio. Tuvo dos noches ma-

las, luego mejoró un poco. Recayó de nuevo, y con alternativa transcurrieron ocho o diez días más. El segundo jueves, de noche, sorprendió a Mariana con una pregunta:

—Mañana es viernes, ¿no?...

—Sí, papá, todo el día —respondió en alarde original de humorismo la muchacha.

—Viene el carbonero, ¿no?... Avisadme cuando venga.

—Cómo no, papá.

Y Mariana salió del cuarto, mirando a Celia y apoyando muy discretamente el índice en la sien.

El viernes de mañana, don Celso comenzó desde temprano a preguntar si no había llegado el carbonero. La familia estaba convencida ya de que el viejo deliraba. Pasó el viernes, pero el carbonero no apareció. Don Celso tuvo una mala noche; amaneció el sábado preguntando entrecortadamente por el carbonero, luego perdió el conocimiento y, sin recuperarlo, murió la mañana del lunes rodeado de diez llorosas mujeres.

El miércoles, enterrado ya don Celso, procedían las hijas, de luto retinto, pero muy activas, a vaciar la pieza del padre, que ahora ocuparía Celia con sus clases —¿pero no te da repeluzno, che?— en vez de darlas en el comedor. Repartieron los muebles y ropas. La cocinera se llevó la vieja cama. La mucama, el pequeño estante y la mesilla de luz. El cómodo sillón lo pidió la mamá —sueño cumplido—. Las ropas las llevó también la muchacha, Genoveva, para un hermano que volvía del servicio; Marianita se quedó un «sweater» para modelo del que pensaba hacerle

al doctorcito. Estaban discutiendo las tres hermanas mayores acerca del posible beneficiario del ya gastado colchón y las cobijas, cuando se oyeron fuertes palmadas y llamó una voz conocida:

—¡Carbooón!...

Allí estaba Agamenón, tizado y sonriente como siempre.

—Qué lástima —dijo Celia, la ecónoma de la familia—, esta vez no necesitábamos tanto. Papá ha muerto, la cocinera se va. Pero te las vamos a tomar, no te preocupés.

—¿Murió su papá?... ¿Ese señor tan amable?...

—Sí. Murió anteayer.

—Qué cosa. Tan buen señor.

Extendió torpemente la mano.

—Mi pésame.

—¿Y tu mamá, Agamenón?... ¿Cómo sigue?...

Sonrió, feliz.

—Y, lo má bien, señorita. Hoy curí se le dio de alta en el hospital. La llevamo jhina en la carreta. Por eso era que no vine el viernes. Porque hoy tenía que llevarla, y en una semana no puede hacer do viaje voí, luego.

Celia tuvo una ocurrencia.

—¿La llevás en la carreta, decís?... Bueno. Vamos a darte alguna cosa para que vaya más cómoda. El viaje hasta Itacurubí es pesado.

—No te molestés, señorita.

—¡No es molestia! ¡Genoveva..., sacá el colchón de papá! Y el poncho.

—¿El sesenta listas?...

—Sí. Está viejo, pero aún abriga.

Agamenón llevó el fardo hasta la carreta. Tendió el colchón sobre las bolsas vacías, cubriendo estas primero con diarios que le trajo Mariana —la colección de *La Nación* de don Celso— para evitar el tizne. La mujer de Agamenón, huesuda y silenciosa, tendió encima la sábana de áspero lienzo. Y la anciana morena y pequeña, apenas canosa, de dulces ojos negros, se recostó en el colchón, agradecida. Agamenón la cubrió, torpe pero afectuosamente, con el poncho descolorido.

—Mucha gracia, señorita. Dio te lo pague.

—No hay de qué. Y no olvides, Agamenón: el otro viernes, dos bolsas solamente.

—Do bolsa. Eso era. Hata luego ité, señorita.

12. La vitrola

Tenía Delpilar diez años —dos lustros escuálidos y renegridos— cuando su madre —a la que no volvió a ver— la confió al patronazgo de doña Fausta, la señora del doctor.

Siempre fue lerda, y no aprendió a leer, aunque doña Fausta la envió algunas temporadas a la escuela. Pero se las arreglaba para andar más o menos despierta, hasta que D. Pedro, el vecino del doctor, compró el fonógrafo. A partir de aquel instante, Delpilar entró en trance, y ya no se pudo sacar de ella más nada. Sonaba el fonógrafo —que sonar, sonaba a menudo, a las horas más imposibles y a todo pulmón— y Delpilar desaparecía. Al cabo se supo dónde hallarla: arrimada al ángulo de la muralla, al fondo del patio, allí donde el trasiego continuo de perros y gatos enamorados había abierto un portillo que de vez en cuando utilizaba también en sus andanzas de yacaré un peón de una u otra de las casas; allí, brillantes los ojos de laucha, la greña sobre la frente, metiéndose con furia el dedo en la nariz, estaba la fementida chiquitina, prendida a la música como mosca a la melaza, insensible a cuanto no fuera el estridente vozarrón del artefacto. Retos, acapetés, tirones de orejas y hasta puntapiés —administrados estos por Ña Romilda, la mamá de doña Fausta, vieja campesina que llenaba hasta el consultorio con el

tufo frío de su pucho: de todo recogió Delpilar a cambio de sus arrobos melódicos. Pero fue inútil. No le pudieron sacar la afición. Solo cuando, fallecido el viejo don Pedro, enmudeció para siempre el fonógrafo, tragado por el remolino de la testamentaria.

Del episodio, quedóle a Delpilar un secreto, royente anhelo en lo hondo del alma. Una vez solamente subió hasta la boca ese anhelo. Fue al cumplir quince años. Estrenaba un vestido; el único nuevo quizá que tuvo en toda su vida; y que, por cierto, no remediaba un ápice su ñata, renegrida fealdad. Ña Romilda, con voz cascada, bromeó:

—Jha é... Ocai chipá... ¡Pronto vas tener novio!...
¿No es cierto, pa Fausta?...

Pero Delpilar protestó.

—Yo no quiero novio.

—¿No?... ¿Qué lo que querés, entonces?... —preguntó doña Fausta.

—Yo quiero un fonógrafo —contestó Delpilar.

Cuando estalló la guerra del Chaco, Delpilar, con treinta y siete años a cuestras, hacía rato que se había emancipado de la tutela encomendera de doña Fausta. Se ganaba la vida por su cuenta, ya actuando de cocinera en tal cual santo ara, ya vendiendo verduras o lavando. No que tuviera para ninguna de esas cosas mucha gracia. Los pastelitos salíanle argeles, aplastados como alpargatas viejas; la ropa que lavaba tenía un sospechoso color de batata cocida; sus verduras eran invariablemente mustias y los huevos que ofrecía, pequeños y sucios como sobrante de clueca. Seguía siendo flaca y renegrida, canillas de

pájaro; en su cutis reseco aparecía ya la pauta de las próximas incontables arrugas.

Doña Fausta, que hacía rato había perdido a su marido, el Doctor, había loteado y vendido sus propiedades del lado de Campo Grande. Le quedaron sin vender unos lotes. Instituyó a Delpilar cuidadora, y le permitió ocupar a título precario uno de ellos, donde alguien había edificado un rancho de estaqueo no más grande que una caja de esas en que vienen las máquinas de coser. Allí se metió Delpilar, sola y huraña, sin dar confianza a ningún macho; aunque no era raro ver, derrengado contra un poste de la cerca, a tal cual sudoroso peón que cortejaba los magros encantos de la solitaria en la forma acostumbrada: mirándola flemático ir y venir, la mano en la faja, masticando una pajita y susurrando de tanto en tanto una borrosa insinuación. A todos Delpilar contestaba lo mismo.

—No quiero saber nada.

Esto duró bastante tiempo. Pero un día —una semana justamente después del desfile de la Victoria— apareció Cipriano, Cepí. Nadie supo nunca cómo se la había arreglado este para transponer la tranquera; pero todos tuvieron que enterarse cuando vieron, bajo la enramada, ocupada la perezosa de Delpilar por un hombre al cual ella, en cuclillas, cebaba solícita el tereré, mientras que en la cuerda tendida entre dos árboles de sapiranghy danzaban al aire, recién lavadas, una camiseta punzó y una camisa de lienzo.

—¡¡Eá... Delpilar oñemoyrú!!...

Delpilar se había echado un hombre.

¡¡Y qué hombre!!... La estatura apenas cerca de la mediana, pero pesado, enormemente pesado. Quizá fuera mejor decir: abotargado. Las facciones inmóviles, redondos los ojos abiertos en constante aflicción, lucía la tez, las cejas anchas como cepillos. Parecía hecho de yeso —mal hecho— y pintado con pintura de cercos. Tendría poco más de veinte años. Poco a poco la gente fue averiguando algo de él. No por Delpilar, que a toda curiosidad oponía:

—¿Para qué picó querés saber tanto?...

Si no por él, que conversando con tal cual vecino que se arrimaba remolón al cerco, algo decía. Su familia era de Santa Rosa; acababa de volver del Chaco; solo tenía una hermana, su mayora, que vivía en Loma Clavel, y con la cual se había criado y vivido siempre, pero de la cual había tenido que escapar al cabo, porque todos, la hermana, el concubino de la hermana, los dos hermanos del concubino y hasta las sobrinas del concubino, querían vivir a sus costillas.

—Yo soy guapo, y sé trabajar, y cuando trabajo, gano bien. Pero ellos catú me comían todo lo que ganaba, y ni me cebaban un mate cuando llegaba cansado de trabajar.

La unión de Delpilar y Cepí no llevaba trazas de romperse: su mutua adhesión hacía de ellos un ejemplo escandaloso para la vecindad. Cepí, si no era para trabajar, no salía del rancho. La perezosa de Delpilar se quebró. Cepí compró, no una, sino dos, nuevas y sólidas.

—¿Pero qué tendrá esa vieja Delpilar?... —se preguntaban los hombres.

—¿Qué le encontrará a esa vieja ese estúpido de Cepí?... —se preguntaban las mujeres.

Una motuda redicha cuyas piernas acaparaban la morbidez ausente de las de Delpilar, ironizaba:

—Parece que hay que ser canilla poí para gustar a los hombres.

Otra, espigada y pecosa, no desperdiciaba ocasión de mostrar a Cepí su desdén, zahiriéndole sin motivo ni pretexto, siempre que le veía:

—Ahí va cabayú calesita.

Las raras veces que Cepí asomaba por el boliche, los conocidos dejaban rezumar en bromas e indirectas su maliciosa curiosidad. Algunos hasta arriesgaban una insinuación obscena. Cepí se contorcía todo, resoplando:

—No, py, no sean así, pues...

Cepí había dicho la verdad. A pesar de su pesadez, era guapo, y pocos albañiles le ganaban. Trabajaba solo en changas, que dejan más. Y no derrochaba. No había pasado mucho tiempo cuando Delpilar dejó entrever que el terreno era ya de ella; Cepí se lo había comprado. A su nombre.

—Eá... dijeron las vecinas.

Pero mayor fue la sensación cuando Cepí, sin decir agua va, comenzó un día a trazar en ese terreno unos surcos que a poco adoptaron una sugestiva forma geométrica, tras lo cual llegaron dos carradas de ladrillos.

—Cepí va levantar un rancho de ladrillo.

—Una pieza de material con techo de paja.

—Dos piezas con techo de paja y corredor.

Fue una pieza pequeña con techo de teja, piso de ladrillo; una cocinita en la cual Delpilar no tendría ya que entrar a rastras; y allá, a diez metros, sobre la linde del terreno, un cajón de ladrillo también, puesto de pie; un «servicio». El primero de esa clase en la vecindad. Para eso Cepí era albañil.

La motosa y la rubia habían por igual dejado de saludar a Cepí, sobre todo después de que a las dos «las habían llevado de balde»: a la motosa, un soldadito anquilostoma, que le sacaba en cigarrillos cuanto ganaba ella verdurando; a la rubia, un tipo flaco, rechupado y pajarón, que la tenía punto menos que desnuda, trabajando de sol a sol y corriendo detrás de una vaca trasijada y ojerosa que a cada momento se quedaba prendida por la cangalla en algún alambrado ajeno.

La felicidad no puso más linda a Delpilar, pero la hizo engordar. Unilateralmente. Y conforme ella engordaba, Cepí se ponía más colorado. Al fin se corrió la voz atónita: Delpilar estaba embarazada. Y enseguida otra noticia: Cepí se trajo al rancho nuevito una cama, un ropero, sillas, flamantes o que lo parecían.

¿Qué podía hacer ya Cepí para asombrarles?...

La respuesta la tuvieron a poco, en una nueva que llevó al colmo, primero la incredulidad, la envidia luego, del rancherío.

—Cepí ha comprado a Delpilar un fonógrafo.

—No se dice ahora fonógrafo, sino vitrola.

—Bueno, pues una vitrola.

—¿Dónde la tiene?

—¿Por qué no la pone?...

—La van traer el día del bautizo de la criatura.

¡Una vitrola!... La ilusión cumbre, el sueño máximo de esta gente taciturna que ama la música estrepitosa. La posibilidad ilimitada de baile al alcance de la mano; y sobre todo, la facultad feliz de ensordecere al vecino con el ruido: de hacerle morir literalmente de envidia...

Nació la criatura: un varón. Decididamente, el mundo andaba al revés. Viejas feas como Delpilar tenían hijos mientras otras jóvenes y buenas mozas los esperaban en vano.

Pero aún faltaba algo. Lo mejor.

Tenía la criatura quince días cuando Cepí sacó de alguna parte un traje negro para él; y para Delpilar, un corte de seda blanca; «charmé», susurraban, envidiosamente, las mujeres. Una señora de Dos Bocas, antigua marchante, regaló a Delpilar unos zapatos también blancos. Otra iba a regalarle los guantes...

Delpilar y Cepí, en una palabra, se iban a casar.

Aquello colmaba la medida. Era mucho más de lo que todos podían soportar. Todo el mundo se puso a dar consejos a Cepí. Su hermana, que en los últimos tiempos había aparecido, no se sabía cómo, por allí, reconcomiéndose al darse cuenta de la prosperidad que disfrutaba Cepí en compañía de aquella «yety pirú». El concubino de la hermana. Las dos hermanas del concubino. La tía del concubino. Y hasta las sobrinas del concubino, ya mayorcitas, que no perdían oportunidad de poner ojos dulces a Cepí.

—¡Casarte con esa vieja fea, que puede ser tu madre!

—Aconcubinarte, bueno; pero casarte...

—¿Estás loco, Cepí?...

—¿Qué picó te dio?...

—Acá tiene que haber habido payé.

A todos los consejos y reproches, Cepí opuso su resoplante, ojiancha flema. No se inmutó ni cuando le hizo llamar doña Fausta, que parecía haberle cobrado aprecio, y que de pronto manifestó más interés por el porvenir de Cepí que por el de su antigua criada.

—Delpilar es una vieja.

—Sí, la señora.

—Vos podés casarte con una mujer joven, linda.

—Sí, la señora.

—Si querés, yo te ayudo para que pongás algún negocio... Pero tenés que dejarte de Delpilar.

—Sí, la señora.

Cepí y Delpilar fijaron la boda para un mes después, en cuanto Delpilar tuviese hecho el vestido y la casita estuviese bien blanqueada de nuevo. La criatura sería bautizada el mismo día, y darían una fiesta como no se había hecho por allí, con la vitrola...

Pero alguien en alguna parte debió pensar esta vez que ya era demasiada suerte. Quince días antes de la boda, Cepí enfermó. Una gripecita sin importancia, al parecer. Era un julio agrio, nuboso, con bruscos altibajos en la temperatura. Cepí no se quiso acostar. Tenía que pintar la casa, dijo. Empeoró. Antes de que Delpilar pudiese darse cuenta, la neumonía había venido, había trabajado rápido y bien en el enorme corpachón sanguíneo, y allí estaba Cepí con su traje negro, estirado sobre una frazada en el suelo. Le tuvieron que atar las manos para mantenerlas cruza-

das, a causa de sus brazos tan cortos. Por fin estaban cerrados los ojos bajo sendos níqueles relucientes, y había perdido los colores.

Quedaba a Delpilar todo, inclusive la vitrola, que trajeron unos días después. A pesar de que la hermana de Cepí había fastidiado no poco al moribundo pidiéndosela. Indignada por la negativa, no acompañó el cajón al cementerio.

Delpilar, a la cual ya todos comenzaron a llamar Ña Delpilar, se encapilló el rebozo negro y volvió a su vida de vendedora, más precariamente aún a causa del chico. Tornó a vender lechugas mustias, picados tomates, algún huevo esmirriado.

El chico iba mostrando ya una cabezota grande, el cuerpo retaco, corto: igualito a Cepí. Al correr de las semanas, el parecido continuaba, pero limitado a la cabeza, cada vez más grande en un cuerpo que no crecía. Cumplidos los siete meses, el chico no enderezaba aún el cuello. A las cansadas, Delpilar fue al doctor. Este palpó apenas la cabezota de hinchadas, blandas costuras, los párpados edematosos, la cara que aparecía diminuta bajo el cráneo crecido.

—Tu criatura tiene hidrocefalia.

—¿Qué picó eso, doctor?...

—Agua en la cabeza.

El chico siguió así todavía unos meses, con la cabeza cada vez más hinchada, cada vez más sumergido en un sopor del cual no salía ni para alimentarse. Delpilar, ya tan pequeña, se encogió todavía más; la cara, como vasija de vieja tierra parda, se le cuarteó en grietas finísimas, llenas de polvo. Por fin el chico murió. Mientras algunos vecinos llevaban a pulso

el pequeño ataúd blanco hacia el distante cementerio, seguidos por unas cuantas mujeres descalzas con pobres ramitos de flores en las manos, Delpilar se quedaba, quejándose en tono bajo y monótono, como una melopea, balanceándose de atrás adelante en la perezosa.

Se tornó aún más huraña y callada. Solo cuando la necesidad la apremiaba demasiado se la veía por ahí con su canasto de verdura lacia y pequeños huevos sucios. La mayor parte del tiempo la pasaba en casa. Si nunca fue muy prolija, ahora volviose de una mugre inconcebible. Era friolera a más no poder y desde hacía rato no podía prescindir de las medias en invierno; pero ahora, al llegar el verano, no se las sacó más. Unas medias negras, malolientes, que se le descolgaban sobre las canillas cada vez más esqueléticas. Desgreñada, el pelo lleno de ceniza, permanecía todo el tiempo al lado de un fuego humiento, sorbiendo interminables deslavazados mates, acompañada por un perro lanudo, desgreñado y sucio como ella, y un gato de cuello hinchado, perezoso, que dejaba con olímpica indiferencia pulular las lauchas en la pieza de su dueña. Algunas veces tomaba el mate con Ña Cristina, una vecina viuda sin hijos, que venía a verla trayendo una latita de leche cué con yerba, un poco de azúcar envuelto en papel de diario o una chipa.

Poco a poco fue vendiendo cuanto tenía, menos la perezosa de Cepí, el corte de seda, los zapatos —los guantes no los llegó a tener— y la vitrola, por supuesto. Pasado el luto, los vecinos esperaban que la tocase; no quiso ni oír hablar de ello.

—Es la vitrola de Cepí.

Un día un vecino fue a pedírsela para tocar en una fiesta, ofreciéndole pagarle. Fue la única vez que los vecinos escucharon a Delpilar gritar, descompuesta. Fue también la última vez que se les ocurrió pedirle la vitrola.

Vino el estallido de Concepción.

Durante unos meses, Delpilar estuvo oyendo hablar de la pelea como quien oye llover, ensimismada en sus mates o preocupada en vender sus desmayadas lechugas y sus huevos pequeños y manchados como de tero. Pero un día de pronto comenzaron a oírse a lo lejos las ametralladoras, y de pronto también los soldados llegaron por allí. Más soldados de los que Delpilar había visto jamás juntos, a no ser en el desfile de la Victoria, cuando conoció a Cepí. Empezaron los unos a abrir zanjas, los otros a desalojar vecinos, y la estuporada Delpilar tuvo que irse también, sin llevarse otra cosa que el rebozo sobre la cabeza y el mate y la bombilla en la mano. Se fue, el perro pegado a los talones, a pedir hospitalidad a la proveyta doña Fausta. La casa quedó bien cerrada. Nadie tocaría nada.

Cuando volvieron los vecinos, tres meses más tarde, el despelote.

Las casas, abiertas; con las ventanas y puertas astilladas las más —los hombres tenían que marte—, habían sido saqueadas. «¡Nandí!... ¡nandí!... ¡nandí!...». La casa de Delpilar estaba limpia, como nunca. Desaparecidos la vitrola, la perezosa, el corte de «charmé», los zapatos blancos, la olla de hierro y hasta la paila en que Ña Delpilar cocía de vez en cuando un «mbeyú».

Ahora, al reanudar sus eventuales verdureos, Delpilar relataba su despojo, lagrimeando, con insistencia monótona, machacona. Los chicos de sus escasas marchantes, cuando la veían aparecer, avisaban:

—Mamá, ya viene «vitrola-cué».

Habrían pasado seis meses, más o menos, cuando su vecina Ña Cristina, que se había mudado de vecindad a raíz del saqueo, la encontró en la calle y le dio la noticia:

—Ya sé quién tiene tu vitrola. La tiene Satú, el carretero cué del Doctor, ese mondajhá. Con razón no se le ve más, porque también a mí me llevó mi máquina de coser. Vive del lado de Dos Bocas. Yo he visto tu vitrola. La conozco bien. Y tiene también tus zapatos blancos. Anda queriendo vender.

Delpilar salió de su marasmo. Fue a ver a doña Fausta, y esta la recomendó a un Doctor que en un periquete se lo arregló todo. Delpilar no solo recuperó la vitrola y los zapatos, sino que recibió en concepto de indemnización, por otras cosas robadas, ciento cincuenta guaraníes. ¡¡Quince mil pesos!!... Un platal.

¡¡Pero en qué estado venía la vitrola!! Una calamidad. De los discos, apenas seis, y estos desportillados.

—Seguro que está todo rayado —dijo Ña Cristina que entendía algo—. Poné un poco, para ver.

Pero Delpilar ni entonces quiso tocar la vitrola.

—Es la vitrola de Cepí.

Ahora Delpilar no salía más de la casa: vivía de la suma recibida, que se le antojaba inagotable. Se envició con el mate dulce, que antes tomaba sólo cuando Ña Cristina le obsequiaba azúcar; y lo tomaba a todas

horas. Comenzó a ser asiduamente visitada por los sobrinos de Cepí, y especialmente por las hijas de Vicente Carandaó, uno de los hermanos del cuñado-guaú. Eran cuatro chicas pizpiretas, puras soleras y sandalias de colores (¿de dónde sacaban tanto si ninguna trabajaba?). La llamaban «tía Delpilar», y una vez hasta le llevaron un pedazo de torta apelmazada envuelta en papel de estraza: «recuerdo de mi santo ara...».

Ella las recibía hosca. Sabía lo que buscaban. Se les escapaba a retacitos, uno hoy y otro mañana. Ella no era tan sonsa. Buscaban la vitrola. «Ella no tenía parientes, ¿verdad?», «Cepí le había dado muchas cosas», «vos no tocás la vitrola»...

Delpilar ni se molestaba en contestarles.

Pero un día, mientras cambiaba de lugar la vitrola, se le cayó al suelo y se le rompió la manivela. Delpilar sintió como si la hubieran golpeado sobre los lacios senos. Lagrimeó toda la noche y el día siguiente. Al otro, vino llegando Ceferina, la mayor de las hijas de Vicente. Vio el desperfecto de la vitrola. Se mostró servicialísima.

—Papá te arreglará. Quedará como nueva.

Delpilar bajó la guardia y dejó llevar la vitrola.

—Pero me traerás enseguida.

—El domingo sin falta la tenés aquí.

Se llevó Ceferina la vitrola, y también los discos «para probar si andaba bien después del arreglo». Pasó ese domingo y el otro, y la vitrola no apareció.

—Esa yapú me engañó. Voy tener que ir buscar mi vitrola.

Pero se sentía lánguida, «canguy», y no se animó a ir ese domingo, ni el siguiente. Hizo pedir su vitrola con alguien. La respuesta fue inmediata:

—El domingo que viene le llevamos sin falta.

Pero tampoco ese domingo la vitrola llegó.

Alguien le vino a contar a Delpilar cómo allá en Loma Clavel, en el rancho de Vicente Carandaó, se celebraban sábados y domingos grandes bailes cuyo foco glorioso era la vitrola.

—El rancho se cae de viejo, porque Vicente es un paranada. Pero ahora dicen que va construir uno nuevo. La gente paga su entrada al baile. Como no hay por ahí otra vitrola...

Delpilar lloró amargamente. Iría mañana misma a reclamar su vitrola.

—Yo tendría un poco de cuidado. La hija mayor de Vicente, dice que, tiene algo con el comisario.

Al otro día, Delpilar tuvo que desistir de su viaje. Estaba enormemente fatigada: tenía los pies hinchados; tendida, se ahogaba. Algunas vecinas solícitas se turnaron para cuidarla, sentadas o acucilladas junto a su yaguá-rupá. En un intervalo, Delpilar llamó:

—Ña Cristina... Te dejo mi vitrola... La vitrola de Cepí. Cuidame.

—Bueno, che ama.

Cuando ya estaba en la agonía, vinieron llegando Vicente, su mujer y las cuatro chicas, todas soleras y sandalias de colores. Se hicieron en un momento dueños de casa.

—Para eso somos parientes, ¿no?

Delpilar murió el domingo anterior al de Carnaval. Cuando tocó enterrarla no se encontró un centavo.

Vicente Carandaó, enfático, sacó fuera los forros de sus bolsillos. Una vieja echó un guaraní junto a la cabecera, y sobre el billete pronto cayeron otros. Ña Cristina dio cinco guaraníes muy dobladitos y su única sábana para mortaja, porque Delpilar no tenía un solo vestido para ir en el cajón.

La llevaron a la Recoleta una mañana de sol fuerte, mientras Vicente Carandaó ayudado por su hijo menor ahorcaba del mango al perro viejo y lleno de carachas y al gato (que era ya otro, regalado por Ña Cristina). El perro murió dócilmente, no así el gato, un macho joven y retobado que antes de entregar el cuello marcó a Vicente con larga rúbrica roja y escociente en la mejilla.

Tres días después fue Ña Cristina a reclamar la vitrola.

—¿Qué vitrola ni qué vitrola?...

—Ña Delpilar me dejó.

—¿Quién dijo eso?... La vitrola es mía... Yo la compré de la vieja hace rato.

Ña Cristina se retiró sin rechistar. Como luego explicó, con Vicente habría quizá discutido; pero salieron las cuatro hijas. Cuatro mujeres de Loma Clavel y para más una era «algo» del Comisario...

La familia de Vicente en pleno miraba complacida la casita, un palacio comparado con el rancho de Loma Clavel —el claro bien apisonado y barrido delante de la pieza, la tupida enramada.

—Aquí pueden bailar todas las parejas que quieran. Bajo la enramada va quedar muy bien la mesa con el ambigú. Traemos la vitrola, y...

—¿A los ocho días de morir la vieja?...

—¿Acaso era ni nuestro pariente?...

Ese domingo se dio el baile. Hasta los que más criticaron concluyeron por ir. Los muchachos pagaron dos guaraníes; las chicas, nada. Había pastelitos, croquetas, sopa paraguay y clericó. Fue baile de mamaracho, el primero que se hacía por allí. El hijo menor de Vicente se disfrazó de mujer encinta y se calzó los zapatos blancos de Delpilar. La gente en la vida se había reído tanto.

La vitrola, a todo pulmón, tragaba una y otra vez los mismos discos espantosamente rayados, espolvoreando la noche verde con su aserrín metálico.

13. Sisé

El hombre —chata escultura, casi relieve en la luz dura del amanecer— afirmó entre la rota maleza la pierna embarrada; en la máscara pétrea del rostro se clausuró la mancha amarillenta de una esclerótica. Se echó a la cara el fusil. El informe bulto doblado sobre las plantas de maíz no alcanzó a oír el tiro; pero se echó atrás en un movimiento sorprendido, casi gracioso, y quedó medio oculto entre las hojas secas, mientras la mazorca otra vez libre se balanceaba como jugando.

El hombre se aproximó despacio, acompañado del sordo rumor de sus bombachas, el fusil en la mano, los ojos ahora dos cautas hendidias en la sombra del Stetson. Tocó el montón inmóvil con el pie. Por encima de la madera lustrada de una espalda, algo envuelto en una red oscura rebulló: una lerda arañita torpe que se desperezó, pareció ir a escapar, regresó de un desmayo, se abrió toda; y un quejido se disolvió en el aire filoso de la madrugada. El hombre se inclinó, echó mano al revoltijo, levantó hasta su rostro un burujón que se contorcía flojamente y piaba como un pájaro. Lo examinó con rápida ojeada, lo dejó en el suelo, tanteó otra vez con la puntera del pesado zapatón el bulto caído, sintiendo a través del rígido cuero la pesadez irremediable de su abandono. Miró un instante la espesa mancha que, rodeando

el cuerpo, acrecía su contorno —curiosa sombra a favor de la luz naciente—, alzó el montoncito oscuro, echándose la red al hombro, y se alejó en la misma dirección en que había venido entre neblina y rocío esa mañana.

Del fondo de la isla próxima, una mosca verde volaba ya veloz hacia el abandonado montón, como hacia una tierra prometida a su raza desde los siglos de los siglos.

Cuando llegó a la casa, larga aún la sombra, y fría, en la mañana lila, charlaba el consentido loro hambriento en el hombro del peliblanco peón Luzarte —el único allí que se cuidaba de los animales—; chirriaba la cadena del pozo hondo como la sombra misma del día recién nacido. La madre del hombre tomaba mate en el patio, allí donde la vieja palma espinosa se mimaba de orquídeas. El hombre dejó caer el burujoncito oscuro a los pies de la señora, le sacó la red sospechosamente parda. La señora lo miró, escupió en el solado:

—Una cuñá. Podías haber tenido mejor ojo. Y enseguida:

—Cambiate la ropa. Tenés sangre en la espalda.

La cocinera llegaba con el mate de pesada plata. Lo entregó a la patrona; luego alzó a la criatura, le miró la boca como a un animalito:

—Un año, a gatas.

Lo dejó en el suelo y fue a buscar otro mate. Cuando volvió:

—Tiene que tomar leche, la señora. Estos maman hasta tarde.

La vieja hizo un gesto desdeñoso, entre dos chupadas:

—¿Quién va perder tiempo en eso?

—Yo le daré. Yo cuidé el chanchito guacho, ¿te acordás, pa?...

Y la cocinera se llevó la criatura a la cocina. Le dio leche, con la misma mamadera del chanchito, lavándola bien primero, claro. La mantuvo lejos de las piezas, para que su lloro —aunque pocas veces lloraba y tan bajito— no molestara. Y le puso entre las manecitas oscuras una vieja lata de café en la cual había encerrado unos porotos, que al agitar la lata sonaban suavemente. La criatura sentada en el suelo de la cocina chupaba un hueso que la cocinera le pasaba de su plato, y de cuando en cuando se llevaba la lata al oído.

La patrona, allá en la capital, iba siempre a misa; acá en la estancia no siempre podía; le pesaban mucho las piernas. Pero allá en la ciudad y aquí en el monte era igualmente católica. Fue ella la que dijo:

—Hay que bautizar esa mitá cuñá.

Fue asunto dilatado hallarle un nombre, porque a nadie se le ocurrió que ese nombre podía ser de todos los días, como Clara, o Teresa, o Juana, ni siquiera Romilda o Sebastiana. Por fin al viejo Luzarte le vino la idea de mirar un desgualdramillado calendario de veinte años atrás que constituía su lectura eventual. Buscó y buscó en el santoral. Y encontró Sisenando.

—Sisenanda... Sisé... Eso era.

Un nombre cristiano, y sin embargo, no demasiado parecido al de los otros cristianos. El viejo peón de blanquecino bigote y modos bondadosos

fue el encargado de llevarla a la iglesia al arzón de su montado. En la iglesia se vio en apuros. El cura era hosco, de pocas palabras y modos impacientes.

—Hay que tenerla en brazos.

—¿En brazos?...

—Mientras se administra el sacramento. ¿No sos vos el padrino?...

—¿El padrino?...

Con esto no había contado el viejo Luzarte. Pero ¡qué iba a hacer! Fue padrino. El cura le puso a la criatura la sal en los labios, como si la castigase. Con el mismo aire enojado le untó la frente con el crisma. Recitó sus latines corto y frunció, mientras la niña, paladeando con extrañeza concentrada la sal, le fijaba las dos lunitas negras de sus ojos.

—Y no olviden enseñarle la doctrina.

Luzarte se sentía un poco ridículo. Sus compañeros iban a burlarse de él. Luego se tranquilizó. Si él no contaba nada, nada se sabría.

—Sí, paí.

Y luego, innecesariamente:

—La patrona no quiere herejes en su casa.

Los días pasaban, metálicos y ardientes, dejando su huella abrasadora sobre las islas, borrando las charcas espesas; o ensanchando el verdor de los matorrales, agrandando las lagunillas hasta pintarlas de un azul profundo por donde pasaba el tiempo embarcado en nubes y en el olvido de todos los relojes. Pasaban los días ardorosos o escarchados, y las manchas del ganado cambiaban sus mapas en atropelladas idas y venidas sobre los caminos. Los tocones que señalaban el despojo gradual del bos-

que iban perdiendo su desnudez de juventud pulida, ennegrecían, se jubilaban del Carnaval bajo la luna, masticados por la podredumbre. Y en la cocina ahumada, tenebrosa, donde el fuego nunca dormía, la pequeña sombra, apenas más clara que su propia sombra, iba y venía, de un lado a otro; crecía como pidiendo perdón al tiempo, recogiendo, de los días desvanecidos como sueños, un poco menos de su desnudez de madera pulida, un poco de cabello sobre los ojos, un poco más de redondez en las mejillas de lustrado lapacho. Tres destellos blancos —dos los ojos, uno la boca— la acompañaban en su humildad y se abrían temerosamente sobre su oscura ansiedad de sobrevivir. La vieja cocinera era la única que le hablaba, pero hablaba muy poco; entre ella y la criatura que aprendía apenas a deslizarse, como de prestado, en aquel mundo incomprensible, solo existía el puente de unas palabras, siempre las mismas, siempre repetidas. Los peones a veces le decían algo, que Sisé no acababa de entender si era para ella o era entre ellos de ella, y terminaban riendo; sus risas la asustaban.

Un día la cocinera le puso en la mano el mate de labrada plata maciza; con una mano en su espalda y llevando en la otra la pava hirviente, la empujó hacia el corredor, donde la señora echada en la mecedora balanceaba su mugrienta zapatilla de cuero a ras del suelo. Le puso bajo las sentaderas un banquito apenas más alto que el misal de la señora, y le dijo:

—Ahora serví el mate a la patrona.

Fue el comienzo de un aprendizaje en el cual el líquido del plateado porongo se juntó muchas veces

sobre su rostro con las lágrimas; pero mucho más caliente que ellas, ah, mucho más caliente.

Sisé fue creciendo. La tez color miel de abeja oscura, la piel pulida como los muebles de jacarandá de la sala, las pupilas grandes como dos lunas negras, los labios morados, como cortados en la flor un poco obscena del bananero. Ya llegaba a la cintura de la cocinera cuando esta se acostó, una noche, y no se levantó más; tendida como estaba, la pusieron en una larga caja negra que alguien trajo en carreta de alguna parte —qué ocurrencia, meter la gente en cajones—, la cargaron en la misma carreta y se la llevaron. Dónde, nadie lo dijo, o si lo dijeron, ella no lo entendió. Abandonada por horas en la cocina, Sisé rompió de pronto en un largo alarido, de bestia salvaje; y luego otro, y otro. Un perro, allá en el patio, se sintió solidario, y aulló. El patrón gritó algo desde adentro con su vozarrón de viento en el monte; un peón se sacó el cinto y le dio dos cintarazos a Sisé y otros dos al perro.

Vino la cocinera nueva, una mujer flaca, bigotuda, impaciente, que gritaba a Sisé y la sacudía a cada paso como si sacudiera el trapo de cocina. Fue entonces cuando Sisé dio en huir. Tres veces huyó. Las tres veces la encontraron a poco buscar, porque el término de su fuga era siempre el mismo: la horqueta de algún árbol en la isla próxima. La descubrían los perros latiendo con rabioso anhelo al pie del árbol; los peones no sabían verla entre el ramaje, porque era oscura como él. Los perros la conocían, la dejaban circular por la estancia, siguiéndola solo con el leve giro de sus ojos perezosos; pero en cuanto escapaba,

habría bastado una sola palabra de uno cualquiera de los peones para que la destrozaran sin demora. Cada vez Sisé llevó una tremenda paliza que dejó moteada de manchas rosáceas su piel de lapacho. Por fin cejó. No huyó más. Pero siguió escondiéndose por los rincones, inhallable cuanto más se la llamaba, y seguía creciendo y recibiendo palizas. Un buen día la cocinera aquella la miró de reajo, hizo una mueca y dijo:

—Es una indecencia que vaya así, pues. Ya demasiado se ve lo que crece.

Y le echó entre los brazos un vestido viejo suyo, que Sisé se ató a la cintura con una piolita encarnada que encontró entre las basuras del patio. Ya los senos punzaban la tela, y la cocinera le cortaba el cerquillo sobre la frente. Los peones la miraban cada vez más incomprensible y temerosamente. Aquel año, después de mucha lluvia y frío, el viejo Luzarte desapareció del patio: tosió mucho en su pieza unos días, y luego se lo llevaron envuelto en una frazada en la carreta. Y fue para Sisé como si se hubiese apagado el fuego de la cocina en una tarde de invierno.

Unos pocos meses más tarde, una noche de luna llena, en que los perros ladraban mucho, la patrona tuvo un ataque y se quedó acostada; pero a ella no la metieron en una caja, no se la llevaron en carreta. Quedó en la cama, entre colchas de colores, y desde la cama gritaba con la misma voz del loro huérfano, y daba órdenes y hacía correr a la gente, y todo el tiempo Sisé estaba metiendo y sacando de la pieza jarras de agua, pocillos de tés de yuyos y bacinillas. Pero la señora ya no tomó más mate ni balanceó la za-

patilla colgada del dedo gordo del pie, en el corredor. Ni volvió a pegar a Sisé. Le pegaban otros por orden suya. Con el talero. Menos la cocinera, que le pegaba con una ramita de typychá jhú para que recordase.

Fue al terminar esa misma primavera, un día lluvioso, pero no de noche, sino de siesta, cuando el patrón llamó a Sisé a su pieza, cerró la puerta, la tomó en vilo del brazo, la echó en la cama y desplomó sobre ella sus ochenta kilos de musculatura recia y de hueso pesado. Sisé creyó que el patrón la iba a matar: desorbitó los ojos, quiso sin duda gritar; pero el hombre le apretó la boca con su mano enorme como la paleta de blandear los bifes —india de mierda, callate— y la mantuvo muda a la fuerza durante mucho rato. Cuando la echó del cuarto, quedándose él boca arriba con el aire del que ha comido demasiado, Sisé se limpió con el borde del vestido. No se le movía un músculo del rostro, pero un agua lustrosa le corría mejillas abajo. La cocinera que vio antes que nadie el vestido manchado, rezongó ásperamente algo, pero no le pegó esta vez. Le pasó por las mejillas su delantal de dudosa limpieza, le dio otro vestido y quemó aquel en el fogón de la cocina.

Se convirtió en una costumbre del patrón. Costumbre espaciada, porque sus sesenta y pico de años no le permitían ser muy frecuente en sus entusiasmos. Los peones estaban ciertamente al tanto de lo que ocurría. Era lo que tenía que suceder, y solo esperaban que llegase el momento inevitable en que el viejo se cansara de Sisé y la dejara tácitamente a su disposición.

Pero antes de que esto sucediera, llegaron ese verano a la estancia los hijos menores del patrón, Nando y Toncho, y su nieto Rucho. Veinticuatro, veintidós, diez años. La estancia se llenó de galopes, de polvaredas gratuitas, de gritos en desarmonía con el paisaje. La casa crepitó de carcajadas a deshora, de ruidos incongruentes. La postrada patrona pareció cobrar ánimos; Sisé no terminaba nunca de cebar mates, y en la cocina flotaba perennemente el olor del asado.

Los pelirrojos Nando y Toncho, desparramando en derredor sus miradas de halcones jóvenes, se dieron al punto cuenta de que Sisé era cosa del viejo. Durante quince días apretaron los dientes. Sólo durante quince días. Una tarde agobiante de febrero, Nando siguió a Sisé al bananal donde tiraba la basura, y se le echó encima. Siguió haciéndolo siempre que se le ofrecía una oportunidad. Toncho al principio se reconcomía sin atreverse; pero terminó siguiendo los pasos del hermano, y aprovechándose de Sisé cuando el hermano levantaba el campo. Cómo, no lo supieron; pero el viejo se enteró. Se sacó el cinto ancho como la palma de la mano, y Nando y Toncho, con todos sus estudios universitarios, llevaron el torso a rayas por una semana. Pero aquellos azotes fueron a modo de pago y rescate. Porque el viejo no volvió a tocar a Sisé. Nando y Toncho quedaron dueños absolutos de ella. Los peones asistían a las peripecias con amarilla sonrisa. Muchas veces cobró Sisé porque se la llamaba y no acudía; estaba debajo de alguno de los muchachos allá en el bananal.

Rucho, morenito y pálido, apenas un poco más alto que Sisé, vagaba inquieto rehuyendo a sus tíos. Miraba a Sisé disimuladamente, volviendo la cabeza cuando ella por casualidad lo miraba. Una vez se acercó a ella y le mostró una colección de tapas de cajas de cerillas, con caras de actrices. Sisé le mostró su cajita de café cuyos porotos hizo sonar. Rucho abrió la lata y sustituyó los porotos por unas municiones, con lo cual la lata sonó mucho, sí, mucho mejor. Cuando Rucho y Sisé se separaron, un peón, sonriendo suciamente, dijo algo a Rucho. Rucho se puso colorado hasta las cejas; no contestó. Siguió sonriendo a Sisé cuando la encontraba. Y al hacerlo le parecía que él sonreía con todos los dientes de Sisé.

Pasó el verano. En mayo se fueron Nando y Toncho y también Rucho. Pero fue al llegar los fríos de agosto cuando la cocinera una mañana rezongó, mirando a Sisé:

—Jesú, che Dió. Esta no parece casa de cristiano.

Pero lo rezongó bien bajo por si acaso. Echó a los pies de Sisé unos trapos:

—Ponete esa pollera. No podés andar así.

Sisé endosó la pollera, ancha y largona, y disimuló su vientre engrosado. No supo por qué, pero le agradó verse así, flotando dentro del género. Los peones le decían cosas y se reían; ella no les entendía, pero se asustaba. Tenía frío, pero nadie parecía preocuparse por ello. Seguía trabajando como siempre, aunque aquella hinchazón incomprensible delante de sí la molestaba cada vez más. El patrón parecía no verla. Había dejado de cebar el mate a la señora, y le habían prohibido entrar en el cuarto de esta, después que

la patrona, mirándola, había entrado en una cólera terrible, había hecho llamar al señor y habían gritado los dos mucho rato, espantosamente. Los peones la miraban y hablaban entre ellos. Una siesta:

—¿Te animá?...

—¿No te animá?...

Sisé volvió a cobrar por no acudir a tiempo a los llamados.

Sisé desapareció aquella mañana. Pero aunque se dieron cuenta muy pronto, nadie se preocupó en el primer instante de hacerla seguir con los perros. De todos modos, pensaban, no podría ir muy lejos. Todo el mundo estaba ocupado en la estancia. Había llegado el día anterior la señora Fausta, la mamá de Rucho. Al día siguiente llegaría el marido, el doctor. Habían enviado un árbol de Navidad y todos estaban encantados arreglando las cosas para la fiesta. Habían matado chanchos, ovejas, gallinas, patos. Era Navidad, y como la patrona estaba impedida en cama, la familia quería hacerle la fiesta lo más alegre posible. La señora Fausta había traído un Nacimiento con un niño Jesús como nunca se había visto; con un vestido todo bordado y dorado.

Pero a la mañana siguiente sí salieron en persecución de Sisé.

Al principio los peones quisieron seguir el camino del monte. Pero los perros se resistían. Se resolvieron por fin a seguirlos. La perrada no tuvo que ir lejos. Se internó en el maizal cercano a la casa. Y a las tres cuabras escasas, en medio del plantío, en un hoyo cubierto de hojas de maíz, estaba Sisé de espaldas, inmóvil y desnuda. Entre sus piernas había algo en-

vuelto en el vestido que se había quitado, lleno de oscuras manchas. Los perros latían presos de una angustia distinta a la de otras veces, una angustia casi lastimera. No atacaban; gemían. Los peones se miraron unos a otros. Uno se inclinó, alzó el bultito, lo descubrió. Estaba frío; tan frío como la madre. Era un varoncito de tez mucho más clara que Sisé y pelambre rojiza.

Los peones dejaron otra vez el bulto en el regazo de la muerta. Uno de ellos se inclinó a su vez para recoger algo casi oculto bajo el cuello de Sisé. Era una latita de café herrumbrada que, al removerla, dejó tintinear dentro algo metálico. La hizo sonar un poco: luego la tiró por encima del hombro, entre los maíces.

... Caminaban los peones en fila india, precedidos por los perros. Allá lejos en el aire de la mañana se oyó un sonido flébil y gozoso. Era día de Navidad. La campana de la capilla lejana anunciaba la venida del Niño Dios.

14. Siesta

El sol cae como estaño derretido, salpicando destellos en los guijarros azulados. Las hojas de las palmeras y cocoteros en los patios están quietas como de metal, y tienen el mismo bruñido resplandor. Dentro de la pieza bien cerrada, la penumbra vibra silenciosa ante el asedio diluvial de la luz. El sol proscrito se filtra aquí y allá por sutiles rendijas de puertas y ventanas, transflorando delgados esquemas amarillos. Es siesta, una siesta de enero; y Ciriaco no puede dormir.

Le molestan el calor y la luz oceánica, invisible pero asediadora; le enerva, en la pared frontera de la cama, el móvil cono de sombra que traza y destraza el ir y venir de la chiquilina atrafagada limpiando el corredor. María debería estar descansando; pero doña Ceferina ha salido, no volverá hasta las tres; y la vieja no permite que en su ausencia la chiquilina esté ociosa. María pasa y vuelve a pasar por delante de la puerta, y el leve roce del repasador sobre las baldosas sería adormecedor, sin los chasquidos del balde en que moja el trapo de tanto en tanto. Ese chasquido breve, leve como de ramita quebrada, es lo que le impide conciliar el sueño y le irrita. Tanto, que llama bronco:

—¡¡María!!...

La chiquilina no le oye. Sigue yendo y viniendo, monótona e interminable; y él la llama aún un par

de veces, hasta que, echándose de la cama con un juramento, entreabre la puerta:

—¡¡Nde, mitacuñá-í tepotí!!...

María, que está de rodillas en el suelo, se yergue asustada. Su manecita morena suelta el trapo y deshace rápido el nudo que mantiene recogida en la cintura la pollerita desteñida. Le mira con sus ojos negros y oblicuos, un poco a flor de pómulo. (Nadie en la familia tiene los ojos así, ha dicho doña Ceferina). Mueve la cabeza a derecha e izquierda, asustada, incapaz de decir una palabra.

—Déjese pues de joder haciendo tanto ruido con el balde. Molesta.

—Sí, señor. Sí, señor.

Si él la llama pocas veces por su nombre, tampoco ella le llama papá. No le ha permitido él tomar la costumbre. ¡Faltaría más!... Una cosa es que doña Ceferina la llame nieta, y otra cosa que él... Cierra la puerta y regresa al catre, mientras la chiquilina, fuera, reanuda temerosamente su faena. Se tiende en la cama, cierra los ojos. La figura de la chiquilina con su pollerita desteñida, subida sobre los muslos mostrando la bombacha remendada —un viejo batón de doña Ceferina— se le ha quedado prendida a la retina, como hilacha en seto de amapola. No se había fijado hasta ahora en ella. Alta para sus once años, y hasta ya con unos senitos perceptibles. Las piernas eran flacas, como las de la madre; pero los muslos tenían algo precoz, adulto; se parecían a los de ciertos pollitos que doña Ceferina le hacía a veces servir, asados, ligeramente remangado el huesito... ¿La madre los habría tenido así? Él desperdició la

ocasión de comprobarlo. Porque ahora estaba bastante apetitosa —ancas redondas; senos llenando, bien apretados, el corpiño—. Y toda la irritación de aquel encuentro de semanas atrás le volvió a subir, en una oleada como de vómito, a quemarle la lengua con su ácido. La muy... se había permitido hacerse la interesante. Como si nada hubiese pasado. Bien había sabido comprometer a Ña Ceferina, llevándole la chiquilla como nieta; pero luego a él, el «padre»... como si nada. Hasta se daba el lujo de volverle la cara cuando se encontraba con él. Tanto como le había buscado en aquellos tiempos, cuando estaba flaca como una pajuela y era una negra indecente que daba asco verla a pesar de sus quince años...

Volvió a recordar los muslos de pollito tierno de la nena, y mentalmente se golpeó la cabeza contra la pared. Por vyro. Por lo menos podría haber probado. Con probar nada se pierde, ¿no?... Por qué no había «agarrado viaje» con la Deolinda, él, que no desperdiciaba cerradura para su llave, aún no se lo acababa de explicar. Con lo que ella le había perseguido con sus miradas oblicuas y húmedas de oveja, entrando a cada momento a su pieza con cualquier pretexto, sin terminar nunca de limpiar el polvo inexistente de la mesa; desbruzándose a veces sobre la mecedora; que no habría tenido él sino alargar la mano...

Ese era el caso. A él, que tan poco escrupuloso era en materia femenina, habíale entrado inexplicable asco por la Deolinda. Suponíala más que alerta y resobada. No que a él le importase mucho esto; pero pensó que podía estar enferma, y él agarrarse una... Tan flaca, y aquel color, y la tos... ¿O fue el mismo

Juan quien se lo sugirió?... La cuestión es que no pudo decidirse, y que otro aprovechó. ¿Quién iba a decir que la Deolinda resultaría virgen?... Pensándolo, se adjudicó a sí mismo un adjetivo feo. Los hombres a veces también se equivocan. Y por primera vez, como un lancetazo, le pinchó la sospecha de que su amigo no era tan trigo limpio como él había creído; de que Juan sabía que la chica era virgen y que adrede fomentó en él asco y desvío para quedarse él en su lugar... Pensar que desde entonces en vano había él, Ciriaco, perseguido un virgo, sin encontrarlo en sus andanzas más hambrientas y empeñosas... Y ahora, menos que nunca podía tener esperanzas...

Pateó la sábana, dejando al descubierto media pierna torcida y vellosa. El calzoncillo entreabierto descubría también el sexo amoratado de morocho, acurrucado, con algo de marchita flor de cacto. Parecía tan pobre oruga, tan indefensa cosa. Y sin embargo... Él constituía un poco el arma de su venganza, su posibilidad de revancha contra el mundo. Después que el accidente le dejara horroroso de mirar, ninguna mujer lo había buscado ya, ninguna se había desbruzado sobre su mecedora como antaño la Deolinda; todas volvían la vista con asco, y si le miraban otra vez, él las adivinaba haciendo inventario de sus deformidades para tener luego qué contar... («Hoy en el ómnibus, sabés, vi un tipo así y así... No vas creer... Le faltaba la mitad de la nariz y un labio; y el ojo derecho lo tenía así, sabés, como si...»).

Y así, cuando obtenía una mujer —sólo podía obtenerlas cuando tenía unos pesos, y él no trabajaba, y Ña Ceferina era bastante roñosa— era su

prurito hacerla sufrir, hacerse sentir como macho, sádicamente:

—La hice llorar bien, a esa rea.

Rehuía las mujeres grandes, así como a las de narices largas. Recordaba ahora que la Deolinda le había desagradado desde el comienzo por su nariz un poco demasiado larga, que resaltaba más en su rostro flaco. La chiquilina no había sacado la nariz de la madre. Aquella nariz de abatí socá. Era la suya más bien corta y hendida en el cartílago. (La nariz de Juan. ¿Cómo nadie lo había notado?) No era bonita la chiquilina; pero aquellos muslos de pollito asado que arremanga el calor del horno... Si la madre los hubiese tenido... ¿O los tenía?... Otra vez le subió a la faringe el ácido del rencor. Juancho se había aprovechado y le había desorientado adrede. Grandísimo añamemby. Más valía no recordarlo. Se revolvió sobre la cama, húmeda de sudor.

Pero seguía recordando. No podía remediarlo. Y después de todo... ¿no había sido algo divertido?... ¿Quién dijo que la mujer se salía siempre con la suya?... No, cuando de él se trataba... Él había sido un vyro en este asunto; pero alguien había sido más burlado que él aún... Recordó cómo Juancho y él habían reído, contando y recontando Juan los detalles; cómo la Deolinda le había sobado la mejilla a besos, llamándole Ciriacomí y mi vida; cómo había llorado la primera vez, sin armar mucho ruido, es claro, porque la podía oír Ña Ceferina...

De pronto la boca se le volvió a torcer sobre la hedionda cicatriz. Deolinda era virgen, y Juan se lo sabía, y le había jugado sucio para aprovecharse. Y él

no había tenido nunca un virgo; y ahora, con aquella cara desmochada...

El calor arrecia: la siesta llega a su culminación. Ciriaco bufa. Mueve la sábana aventándola para mover un poco el aire, y la forzada brisa le recorre los vellos hollinientos. En el techo, la chiquilina, al pasar y volver a pasar, sigue haciendo funcionar los conos de penumbra sobre penumbra, sin ruido. Ahora, Ciriaco se ahuyenta de la sien una mosca pertinaz, y es como si se sacudiese el recuerdo de aquellos muslos de pollita tierna. Nunca le había sucedido esto con la chica.

Es claro, ahora recién María empieza a señoritear. ¿Cuántos años lleva en la casa?... ¿Tres?... No, cuatro. Tres cuando él llegó de afuera para encontrársela allí ya como hija de él... Qué imbécil había sido. ¿Por qué no aclaró las cosas de entrada? Pero es que hay situaciones difíciles de afrontar. Cosas difíciles de explicar a una madre como Ña Ceferina. Quién sabe cómo esta lo habría tomado... Y luego... —¿por qué no confesarlo?—. Al principio había querido descubrirlo todo a Ña Ceferina; pero después de ver allí a la Deolinda, que había venido a ver a la hija, cambió de pensar. Largada la chiquilina por baranda, adiós esperanza de echar la red alguna vez a la madre. Pero el tiempo pasaba y no había adelantado nada con la Deolinda: esta siempre venía a ver a la chica cuando él no estaba; y no era casualidad, seguro. ¿Tendría otro macho?... Ella no había contestado a sus preguntas. Nada había conseguido sacarle en aquella única vez que le pudo hablar. Pero ellas mienten siempre. Estaba muy creída, la muy puta... A lo mejor era

solo una fachada, y estaban aún por verse los resultados. Algunas veces las mujeres juegan ese jueguito, pensando ganar algo. Estuvo él en un tris de contarle lo que había pasado, cómo habían jugado con ella y sus arrullos Juancho y él; pero le detuvo un resto de prudencia: el contarle la habría alejado de él definitivamente. Algún día, sin embargo, se lo contaría; en la ocasión debida, cuando ella más creída estuviese... Aun se saldría él con la suya... Y entonces...

Palmas en la oquedad sestera del zaguán. La sombra diminuta hace correr una vez más su cono reincidente sobre la pared. Ocurrencia de venir a esa hora. Un susurro de voces en el zaguán... Ira redoblada lo bota del catre.

—El café que se va llevar por venir joder esta hora...

Va hacia la puerta, caída la pretina, floja la prenda. Abre.

—¡Nde, María!...

Una pausa y los pies de la chica se aproximan desde el corredor, temerosos.

—¿Quién está ahí?...

Con voz atragantada contesta la pequeña:

—Es mamá que ha venido a ver a abuela.

Sorpresa. Se compone sin embargo rápido. ¿Cuándo tendrá una ocasión como esta. La madre fuera: hasta las tres lo menos no vendrá. Se sube la pretina; ve su bragueta suelta y se encoge de hombros cínicamente.

—Decile que quiero hablarle. ¿Qué esperarás, nde vyra?

El hilo de voz de la pequeña:

—¿Le digo que venga acá?...

—Decile que venga acá.

La chiquilina se dirige al zaguán. Ciriaco se pasa la mano por la cara, toca la enorme cicatriz deformante. Ya oye el taconeo firme y corto de Deolinda, que se detiene a cinco pasos de él.

—¿Me querías hablar?...

La voz es seca. La vista desviada; ella no le mira a la cara. Pero se la siente alerta. La boca está tensa. Ciriaco la mira con odio y hambre. El talle corto y redondo, las ancas un poco pesadas, los senos anchos y altos. Trata de alisar la voz, ser amable.

—Deseaba conversar contigo. Pasá pues.

Una rápida mirada de ella que se desvía —él cree percibirlo— con desdén. Él sabe que su bragueta boquea; pero no hace nada por ceñirse. El esguince despreciativo de Deolinda le enfurece.

—No, gracias. Decí aquí no más.

—¿Me tenés miedo?...

—No. ¿Por qué he de tener?... Pero no está bien. Hasta habla ahora mejor, como una maestrita...

—Te hacés ahora mucho.

Un leve encogimiento de hombros de Deolinda parece arrojar lejos de sí el pasado.

—Alguna vez tiene que ser, ¿no?...

—Seguro que tenés que dar cuenta a tu macho.

Dos manchas rojas aparecen en los pómulos de Deolinda.

—Y si es así, ¿a vos qué te importa?...

La sonrisa de él, cínica:

—Yo no te despedí...

—Es claro: el señor quería que le espere hasta que a él se le antoje.

Le mira. Le ha mirado a la cicatriz. Él busca la manera mejor de herirla. Pero no se anima. Están demasiado cerca de la calle, y él en ropas menores.

—¿Cómo se llama tu macho?...

—¿Para qué querés saber tanto?...

—Para conocer a quien se llevó lo que yo tiré a la basura, y felicitarlo...

La voz de Deolinda se atiesa como su cuerpo, se yergue sin temblores, dura.

—No te parecía tan basura aquel tiempo... Bien te entusiasmba, ¿no?... No me querías largar más... Y él está más entusiasmado que vos entonces... Cinco años lleva conmigo, si lo querés saber... Y como el primer día...

La obscenidad que expectora Ciriaco es irrepetible.

—Si no tenés otra cosa que decirme, me voy.

Y se va. Taconeó corto y firme. Va bien vestida. Pollera azul, blusa gris; los zapatos de charol son nuevos. Las ancas redondas se contonean, sólidas, inéditas para él. Dobla el ángulo del zaguán; ya no se la ve. Allá dentro, en la cocina, rueda por el suelo una tapa de hojalata; la pequeña ceba el mate.

La sangre bate brutalmente en las sienes de Ciriaco: le dan la impresión de que van a abrirse como una granada. Lanza palabrota tras palabrota. Alto; en la cocina, María le oye. No es la primera vez que María escucha ese borboteo de letrina; pero esta vez es con su madre la cosa, y ello la asusta más que de ordinario. Sus manecitas morenas enjuagan el mate, lustran la bombilla, trémulas. Se apresura, soplando el fuego con toda la fuerza de sus pequeños pulmones.

—¡Qué!... Ese mate, ¿está o no está?

—Ya voy, ya voy enseguida... —casi afónica.

Llega por fin, con la calabacita y con la pava; los ojos a flor de pómulo miran a Ciriaco con asustada obsecuencia. Ciriaco no ha vuelto a entrar en el cuarto; se ha echado en el sillón de mimbre, el trono de Ña Ceferina, que a nadie consiente sentarse en él. Pero ahora Ña Ceferina no está. La chica deja la pava en el suelo, alarga a Ciriaco el mate. Él lo toma sin mirarlo, lo lleva a los labios, sorbe.

—Está frío, chiquilina estúpida.

Arroja el mate con todas sus fuerzas contra las baldosas recién lavadas. El mate se quiebra, el líquido verdoso salpica hasta el zócalo. La chiquilina acude azorada a recoger la reventada calabacita. Se ha desatado una tormenta cuya clave ella no tiene. Y se siente perdida, sin respiración, como un día que estando en el campo le tiraron encima, jugando, una carrada de heno, y se pensaba que ya no iba a poder salir de allá abajo.

—Vaya a calentar en forma el agua... ¡Pronto!

—Sí, sí, señor.

La chiquilina recoge la pava. Endereza a la cocina.

—Esperá un poco. Vení acá.

Ciriaco sonríe. Una sonrisa torcida, que le hace horrible de ver. Toma a la pequeña del brazo, violentamente. Mate y pava caen al suelo. La boca de la chica se crispa de terror. Cree que va a golpearla.

—Papá...

—Yo no soy su papá... Me oye, ¡grandísima idiota!... La puta de tu madre se lo cree, no más... Pero yo no soy tu padre... Y me la van a pagar.

María siente que un calambre doloroso y nauseante le sube desde el estómago. Los miembros se le entorpecen. Ciriaco se ha levantado. La aprieta entre sus brazos esmirriados, que no podrían sostener una pelea con otro macho, pero que bastan para ahogar a una niña de once años. Con una mano le tapa la boca, con la otra busca bajo sus falditas desteñidas y la pellizca obsceno. La chiquilina gime afónica de terror; una reacción puramente instintiva, primaria, la lleva de pronto a prender ciegamente sus dientes en la mano que la amordaza. Y muerde con una desesperación de animalito en cepo.

Ciriaco suelta una maldición; la chiquilina escapa, tropezando, en busca de la calle. Huye ciega, sin saber nada sino de su terror; sorda y sin voz; el viento entra en su boca abierta y la deja de madera. No ve el ciclista que viene a toda velocidad calle abajo por la vereda desierta: el ciclista, ciego él también, pero de calor, no la ve tampoco. La embiste, la lanza brutalmente de costado. La chiquilina salta en el aire, cae como un fardo, rebota sordamente; no se levanta.

El ciclista, en pánico, da al pedal con toda su alma. Es el único reflejo que le funciona. Una cuadra más allá, sin embargo, vuelve la cabeza y ello le cuesta casi perder el gobierno. Ve el bulto tirado e inmóvil, y da al pedal con renovado pánico. Cada vez más rápido, hasta perderse de vista.

Delante de la puerta de la casa, medio cuerpo en la vereda, medio en el arroyo, el cuerpecito flaco muestra, subida la pollerita sucia, los muslos de pollito asado y la bombacha a medio soltar. La bombacha hecha de un viejo batón de Ña Ceferina.

15. La pierna de Severina

Quince años hacía que Severina se movía apenas de aquel rincón de la pieza detrás de la reja. Sentada en su silla baja, que sólo abandonaba para, apoyada en una muleta lustrosa por el uso, cumplir con los quehaceres más urgentes, trabajaba todo el tiempo en su ñandutí, porque había que vivir; y daba órdenes a la señora que hacía la magra cocina, lavaba y cambiaba a la vieja tía. Apenas salía a la calle. A misa, los sábados anochecidos a confesarse; los domingos muy de mañana a misa, para que nadie la viese así, bandeándose sobre la muleta.

Y sin embargo, Severina abrigaba ya, desde antes de lo de la pierna, en lo hondo de su corazón, un royente deseo. Quería ser hija de María. Habíalo deseado con todo el corazón desde pequeña cuando veía a las otras chicas un poco mayores ir y venir desde la iglesia, pasar horas en la sacristía, salir con sus velos blancos en todas las procesiones.

—No has hecho aún la primera comunión. Cuando la hagas, ya veremos.

Severina era, para todo menos para el ñandutí, un poco lerda. Se había retrasado para leer y para aprender el catecismo. Iba a hacer la primera comunión a los once años, cuando la carreta le aplastó la pierna y hubo que cortársela. Cuando quedó sin pierna, naturalmente no hubo caso. Pues una hija de María

que no va en la procesión, que no puede trafaguear arriba y abajo de sillas y escaleras, no es eficaz. El viejo señor cura se lo había hecho entender así. Y Severina, sintiendo que el alma se le desmigajaba, había callado. Pero era un renunciamento que había de renovar todos los días, pues nunca había logrado resignarse de una vez por siempre. Oh, no, nunca se resignaría. Al contrario. A medida que el tiempo pasaba, se convencía más y más de que ella había nacido para ser hija de María y que, si no llegaba a serlo, su vida no tenía objeto.

Pero aquella pierna que le faltaba, ¡Dios mío!

Desde su pieza en la casa antigua (cuyos corredores daban a la iglesia en mitad de la ancha y desnuda plaza) y en uno de cuyos trascuartos se consumía lentamente sin una queja la anciana tía, Severina miraba ir y venir a las hijas de María, salir y entrar en la iglesia. Siempre tenían algo que hacer. Que adornar los altares. Que poner flores frescas. Que lustrar los candeleros para tal cual fiesta patronal. Que cambiar y planchar las ropas de altar y cepillar el manto de la Virgen. Y el corazón se le apretaba en una inmensa congoja. Cuando un día, al asomarse a su espejo —un espejo tamaño como la palma de la mano y lleno de ojuelos—, se vio las primeras arrugas, lloró acongojada. No por la pérdida prematura de su juventud y su alegría —tenía solo veintiséis años—, sino porque comprendió que era ya demasiado vieja para ser hija de María.

Por entonces murió de puro anciano el párroco, Paí Eduardo, tan bueno él; y vino Paí Ranulfo. Más joven, un hombre lleno de vida; y qué decidido era.

Las hijas de María lamentaban no tener más pecados que confesar, para ir dos veces a la semana a hincarse de rodillas ante él, en vez de una. Severina no dejó de ir a contarle sus cuitas. Y cuando con los ojos llorosos dijo que ya era demasiado vieja para ser hija de María, Paí Ranulfo la consoló.

—Nuestra Señora no mira la edad, Severina. Mira solo las virtudes... Tú mereces ser su hija... Pero esa pierna, esa pierna... Una hija de María con la muleta auestas en las procesiones no puede ser. Y luego, para el trabajo... No, no es posible.

Y le repetía algo que ya le había dicho Paí Eduardo alguna vez:

—Pero si de veras querés tanto a la Virgen... pues podrías hacer algo, aunque no seas hija de María, lo mismo vale. Por ejemplo, mirá; el mantel de altar ya está un poco viejo... Podrías bordar uno nuevo... O adornarlo con encajes. Vos, que hacés tan bien el ñandutí.

Severina no contestaba, pero volvía la cabeza frunciendo el ceño cuanto el respeto se lo permitía. Trabajar como hija de María, sin serlo... Eso sí que no iba a hacer.

Algo de lo que pasaba en el alma de Severina debía intuírsele al Paí, por cuanto a veces le decía:

—Ten cuidado con el pecado de orgullo, Severina... Ten cuidado. Por él cayeron nuestros primeros padres.

Severina volvía a su rincón en la pieza, lloraba un poco y luego seguía soñando mientras trabajaba. Desde su rincón tras la reja no sólo se veía la iglesia y la plaza con sus procesiones. En las aceras colin-

dantes había boliches y tal cual tienda, y la gente desfilaba, saludándola aunque pocas veces se quedaban a hablarle. Severina no era conversadora. Y a veces llegaban forasteros que visitaban la iglesia, curiosos del antiguo altar dorado donde los ángeles sonreían una sonrisa de tres siglos. A Severina rara vez se le escapaba uno. Viejas teñidas, jóvenes pintadas, muchachos que parecían chicas de puro lamidos, viejos que olían muy bien, pero muy descarados. Todos entraban en la iglesia como los perros, sin santiguarse siquiera. Llegaban junto al altar y hablaban en voz alta y se reían de cualquier cosa frente al mismísimo Sagrario. Una vez una beata oyó por la ventana a uno que decía:

—Miren, pues, ese farolito. ¡¡Una lucecita de morondanga para toda la iglesia!!

El farolito del Santísimo, ¡nada menos! Paí Raulfo al enterarse, casi se muere de rabia.

—No hay derecho a ser tan ignorante, ¡vamos!...

Fue una de las raras ocasiones en que algún transeúnte se detenía frente a la reja de Severina para conversar. Justa, la más vieja de las hijas de María —una mozallona de 25 años que justamente también en esos días iba a dejar la cofradía para casarse con un virote que pertenecía por su parte a la Cofradía del Santo Patrono—, miraba, juntamente con Severina, entrar en la iglesia una tanda de turistas, más feos unos que otros según la autorizada opinión de Justa.

—Aquella de atrás, aquella mitá cuñá, sin embargo, qué linda es. Iporaitépa. Pero parece que no tiene demasiada gana de caminar —dijo Severina.

—Y cómo va tener ganas. Es renga —contestó Justa.

—Pero yo veo que tiene sus dos piernas, catú —objetó Severina.

—Pero una es artificial —replicó la otra—. Yo le he visto cuando se sentó en el bar. Acá, encima de la rodilla, le empieza.

Severina se le quedó mirando como si le dijeran que la luna era un Petromax prendido allá arriba cada tanto para comodidad del pueblo.

—¿Cómo puede ser eso?... Tiene igualito los dos.

Justa, que tenía un poco más de mundo, le explicó.

—Son piernas que parecen de veraité luego. Si no es así, no vale la pena. ¿Para qué picó querés do pierna diferente? Se hace en una fábrica como la pierna de la muñeca. Claro que para que te quede bien te toma la medida de tu pierna verdadera y después te hacen otra igualito como la que tenés.

Aquella noche Severina no durmió. A la mañana siguiente se fue a la iglesia. Era jueves. Verla llegar entre semana, a ella que solo aparecía los sábados de noche y los domingos de madrugada, fue una sorpresa para Paí Ranulfo. Más sorpresa cuando Severina le indicó tímidamente que no venía a confesarse, sino porque tenía que hablar con él. En la sacristía, atragantándose, Severina le preguntó al Paí si no había oído hablar de algo que se llamaba pierna artificial, que hacía andar a los rengos.

—Claro que sí —contestó el padre—. He visto algunas.

—¿Y se camina con él bien, picó Paí?...

—Como con tu propia pierna —contestó el padre.

—Pero eso ha de costar mucha plata.

—Eso sí. Cuestan caras. No cualquiera puede tener una.

Severina bajó la cabeza y se quedó pensando.

—¿Mil peso, Paí?...

—Mucho más, mucho más, mi hija.

—¿Dos mil peso entonces? ¿Dos mil?...

—Quién sabe más.

La esperanza se mustió en el corazón de Severina. Dos grandes lagrimones se le descolgaron por las flácidas mejillas. El padre, compadecido, le dijo que en Buenos Aires había una señora, la señora del Presidente, que se ocupaba mucho de los pobres y de los desvalidos. Si alguien le escribía diciéndole que le faltaba un brazo o una pierna, ella le hacía venir enseguida una.

—Pero ella no se va querer ocupar de mí —susurró Severina.

—Y por qué no, mi hija. Es una señora muy buena. Atiende a todo el mundo.

—¿Y qué lo hay que hacer, Paí?

—Ya te dije. Hay que escribirle. O si no, vas a Asunción, te llegás a la Embajada Argentina, y hablás con el Embajador. Le contás todo; él te toma el nombre y él mismo le escribe a esa señora.

Escribir a aquella señora y hablar con el embajador se le antojaron de entrada a Severina dos cosas por igual mayúsculas e imposibles. Jamás escribiría, por la simple razón de que no sabía escribir; tendría que pedir a otro que escribiera por ella; y ella nunca haría partícipe a nadie de sus sueños y de sus dolores. Solamente si el Paí... Se puso a pensarlo. Lo pensó. Lo pensó mucho. Tanto que dio tiempo a que Paí

Ranulfo enfermase y tuviese que dejar el pueblo e irse a la capital. Ya no volvió.

El nuevo cura era un padre imponente, serio, que con solo mirarle se la atragantaban a Severina las palabras, y cuando los sábados la despachaba con la absolución, quedábase la pobre con la impresión de que no estaba perdonada del todo. Entonces comenzó muy lentamente a volcarse hacia el otro designio. Iría a la capital. Vería al embajador.

Poquito a poquito, con tímidas preguntas indirectas, iba enterándose Severina de cómo había que hacer para llegar a Asunción: a pesar de sus veintiocho años, jamás había llegado hasta la calle donde paraba el ómnibus que iba a la capital. Comenzó a sacudir entre sus manos picadas de la aguja la alcancía en la cual había ido echando los pocos pesos que de vez en cuando rebañaba de sus magros ingresos, luego de alimentarse ella y su tía. Crecía el ansia; la montaña de obstáculos se desmoronaba. El más grande lo representaba su tía clavada en la cama y que necesitaba se la atendiera constantemente. Severina seguía pensando.

Y pensándolo, pensándolo, pasó un tiempo más y sucedieron varias cosas. Vino algo que se llamaba guerrilla. Sucedieron cosas espantosas de las cuales Severina no vio nada, pero igual le vino chuchos y rezó cuanto le dio la boca para que terminasen tales horrores. Tres hijas de María dejaron de serlo; unos cuantos varones del pueblo desaparecieron para siempre. La propia Justa amaneció un día en trance, que nada habría agradado al marido, a no ser que... porque para entonces estaba ya el pobre con cinco

machetazos en el cuerpo, pudriéndose Dios sabe dónde. Severina no sufrió percance ninguno; pero la tía eligió para morirse aquellos días de sobresaltos. Severina quedó sola.

Poco a poco las cosas se fueron más o menos tranquilizando. La vieja tía ya no trababa a Severina; y un día el ansia barrió las últimas dificultades. Severina rompió su alcancía, tomó su muleta y un bolsón y, con el corazón saliéndosele por la boca, fuese renqueando a tomar el ómnibus, una madrugada. No era única pasajera: había dos viajeros más; pero por suerte eran hombres; y aunque la miraron más de una vez de reojo, luego de los saludos, no la molestaron con preguntas.

Llegó a Asunción ya amanecido: mañana de sol indeciso que, conforme pasaban las horas, se fue convirtiendo en desagradable siesta nublada y ventosa y luego en un atardecer de amenaza. Severina se traía bien decidido visitar enseguida y antes que nada al embajador. No tuvo dificultad mayor en encontrar la residencia, porque el chofer por casualidad la conocía, e hizo a Severina bajar cerca. No tenía la muchacha ni la más mínima idea de que existiese un horario de visitas ni de nada que se llamase protocolo. Creía que al embajador se le puede visitar lo mismo que al señor cura, mientras toma el mate, a las seis de la mañana.

Así pues, se plantó todo lo de prisa que su muleta le permitió ante la casa del embajador, donde se hartó de dar palmadas en la puerta hasta que un transeúnte compasivo tocó por ella el timbre. Salió a las cansadas un mucamo, al cual en el primer mo-

mento Severina tomó por el propio Embajador, y quien le dijo con bastante malos modos que aquella era la casa particular del Señor Embajador; que fuese a la Embajada entre las once y las doce.

Eran las siete. Severina se quedó en la vereda completamente aturdida y el mozo tuvo para reír un rato en la cocina, luego comentando con las mucamas la ocurrencia de la pajuerana queriendo ver al embajador a esas horas.

—Y eso que le falta una pierna. Si llega a tener dos, se presenta aquí a medianoche —dijo el mucamo, a quien alguien alguna vez y por su desgracia había encontrado ingenioso.

Severina echó a andar buscando la embajada. El mozo no le había dicho dónde estaba y ella tampoco se lo había preguntado. Detuvo a unas cuantas personas, inquiriendo. Nadie sabía dónde estaba la embajada. Además, Severina no conocía las calles y a cada momento tenía que rehacer el camino andado. Llegó el mediodía sin haber podido encontrar el bendito lugar, que parecía embrujado: le decían que estaba allí a la vuelta y cada vez parecía irse más lejos. Cuando por fin lo encontró, llamó hasta cansarse; por fin alguien asomó a un portón contiguo y le dijo que la Embajada no se abría ya hasta el lunes, porque era viernes de siesta y las embajadas hacen semana inglesa.

Severina comenzó entonces a caminar lánguidamente, al azar, buscando dónde podría parar un instante. Algunas casas se le antojaban de lejos hospitalarias, pero de cerca resultaban imponentes de lujo y de novedad, y le metían miedo. Se sentía ho-

rriblemente cansada y tenía sed. Por fin se animó a acercarse a una casa de apariencia más acogedora y modesta, de copiosa enramada, bajo la cual vio sestear a unas señoritas muy acicaladas vestidas con batas de colores y abanicándose; junto a ellas estaban sentados unos caballeros que parecían de excelente humor y muy familiares. Severina llamó tímidamente; alguien dijo «adelante»; pero cuando empezó a acercarse por el sendero entre amarilis, los hombres comenzaron a reír, las chicas les hicieron coro y Severina se asustó y, dando media vuelta, salió a la calle, seguida por las risas del cotarro. Siguió caminando, cada vez más cansada y sedienta. Por fin encontró un puesto de aloja. Bebió un vaso y se sintió más confortada. Ya cayendo la tarde, se encontró junto a la iglesia de San Roque. Le parecieron tan acogedores aquellos corredores profundos, que la protegerían de la lluvia que ya se anunciaba con gotas aisladas. Subió como pudo los escalones y se sentó en el suelo contra la pared, derrengada. De puro vyra no había comprado nada para comer, ni siquiera una chipa, y ahora tendría que pasar la noche en ayunas. Bueno, nadie se muere por ayunar un día. Extendió el rebozo sobre los ladrillos y se acostó encima. Era incómodo y un poco molesto para ella, tan limpia; pero en verano nada importa. De vez en cuando pasaba a lo largo algún transeúnte con prisa, por el amenaza. Se durmió cuando empezaba la lluvia torrencial. A ella le gustaba dormir cuando llovía: el ruido le ayudaba al sueño. No supo Severina cuándo cesó la lluvia; solo se dio cuenta cuando un grupo de hombres invadió el recinto, se desparramó por los rincones. Aturdi-

damente despierta, los sintió, más que los vio, con terror, acercarse en la sombra. Uno se inclinó sobre ella, la palpó con manos obscenas y duras.

—Ndé lo mitá. Eyú coápe. Miren pue lo que hay acá.

—Peteí cuñá. Oh. Añamemby. Regalo del cielo.

Un coro de piipus estremecedores subió en el aire de la alta noche. El que se había acercado primero hizo el descubrimiento.

—Es renga nipo raé.

La contestación no se demoró.

—Renga o retymá caré, lo mismo sirve.

Le corearon risas que a Severina le sonaron como risas de Satanás.

Manoteando en espontánea defensa, Severina pudo notar que uno de esos hombres era manco: un duro muñón caliente le rozaba la sien. Sintió arcadas. Después ya no pudo más darse cuenta exacta de nada. Todo tan brutal y tan subitáneo. Aquel rebullir espeso de machos hediendo a sudor agrio y mugre antigua. El airecillo premonitor de la madrugada la encontró sola, devuelta al centro del silencio, como si todo hubiese sido una pesadilla. Un vago lampo de conciencia arrastró el cuerpo maltrecho a lo largo de la calle hasta encontrar aquel portal abierto a desusadas horas. El instinto trepó los escalones, y el cuerpo quedó tendido sobre el piso lustrado del pequeño porche, retorciéndose levemente. La puerta cancel estaba cerrada, no se trasparenteaba luz alguna; pero un perro —un cuzquito por las señas— ladró detrás de los cristales. Se encendió una luz, se abrió la puerta. Allí estaba, como un trapo en el suelo, Severina.

—Mirá lo que pasa por dejar el portón abierto. Se te entra cualquier borracho.

El señor se había inclinado sobre Severina.

—Otro que borracho. Ayúdame. Esta mujer está mal.

La llevaron adentro medio a rastras. Sus ropas sucias de sangre dejaban en el piso un rastro húmedo que el perrito seguía, gimiendo opacamente.

Severina volvió a su pueblo una semana más tarde. La acompañó hasta el ómnibus con mucho cariño la señora de la casa, que le dio unas ropas decentes, un poco de dinero —porque hasta su poquita plata le habían sacado los malevos aquellos— y le compró una muleta nueva y bien hecha. Severina a nadie contó nada. Nadie supo nada. A los preguntones contestó diciendo que no había remedio para su pierna. Sólo que su primera confesión fue más larga que ninguna otra, y el Paí en el sermón del siguiente domingo tronó contra el sexto como nunca. Severina volvió a su trabajo tras la ventana. Y ya no expresó más su deseo de ser hija de María. Cuando alguien extrañado le preguntaba si no pensaba ya en eso, Severina bajaba la vista y contestaba con voz monótona:

—Eso pasó todo. Una renga como yo no sirve luego para hija de María.

Pero en la siguiente fiesta de la Virgen apareció cambiado el mantel del altar mayor. Un mantel con labores de ñandutí como no se había visto hasta entonces. Era el obsequio de Severina a Nuestra Señora.

16. La niñera mágica

a Olga Blinder

Cuando hizo su aparición por vez primera en casa del doctor, «Minguela» contaría poco más de catorce años. Era morena, el cabello como alambre herrumbrado, los ojos estrechos, sumisa y tímida la boca. Carapé, en ella las tres medidas, pecho, cintura y cadera, eran exactamente iguales. Era Minguela como un rollizo que se moviera vertical sobre un par de piernas muy anchas y cortas. Vestía algo hecho de una bolsa de lienzo que aún lucía sobre los pechos anchos y pegados al tórax las letras negras de su origen: «Azucarera Tebicuary».

No, no era una belleza, Minguela. Y sin embargo, de su persona tosca, como inacabada, emanaba atractivo indefinible, una simpatía que se infiltraba sutil. Ese atractivo —tardaba uno en descubrirlo— irradiaba de su sonrisa: sonrisa humilde, casi triste, casi alegre, que descubría unos dientes grandes pero no desagradables. Una sonrisa que, andando el tiempo, alguien se animó a llamar seráfica. Ella iluminaba perennemente la cara de pómulos toscos, que al levantarse escondían los ojos tras sus peñascos oscuros.

La señora del doctor no recordaba haberla visto nunca seria. Y esa sonrisa era toda su elocuencia. Nunca, en todos los años que la tuvo cerca, la vio la señora ni una vez impaciente. Los niños daban

vuelatas alrededor de ella, tironeándola el vestido, trepando a sus gruesas rodillas; se le subían a la espalda, y Minguela sonreía. Y cosa notable, las criaturas tan gritonas e insoportables antes de la llegada de Minguela, a partir de entonces apenas si se dejaban oír. La sonrisa de Minguela era algo así como un filtro serenador, que se diluía en sus juegos y travesuras, apaciguando querellas y amortiguando discordias, sin por eso restar un ápice a la alegría. Sus modales eran toscos como su persona, pero jamás un bebé lloró al manejarlo ella, ni en sus manos se rompió vaso o mamadera. Esos dedos en apariencia torpes componían ingeniosamente los juguetes rotos. Las criaturas nunca habían comido tanto ni con menos dengues. Hasta el pequeño Silvio, siempre delicaducho, la pesadilla de los padres, pareció encontrar en el cuidado de Minguela nueva vida y se puso más animado y de mejor color.

Y no es que Minguela emplease el mimo o la zalamería. ¿Cómo iba a emplearlos, si apenas hablaba?... Su sonrisa resolvía todas las cuestiones y llenaba todos los vacíos. Muchas veces la señora del doctor, después de haber pasado una hora explicándole algo, quedaba con la impresión de haber conversado con ella solo un instante, y se hacía un lío tratando de recordar qué era lo que le había respondido Minguela. Pero Minguela no había hecho otra cosa que sonreír. Otras veces, tras haber visto a sus hijos rodear inmóviles, boquiabiertos y ojibrillantes, como hechizados, a la muchacha sonriente, llamaba a uno de ellos y le preguntaba:

—¿Qué les estaba contando Minguela?...

El niño miraba a su madre con ojos sorprendidos:
—¡Si no nos contaba nada!...

Las amistades de la señora, tras oírle un tiempo ponderar las excelencias de Minguela, dieron en llamar a esta «la niñera mágica».

Aunque Minguela salía bastante a la calle con los chicos y también sin ellos, a encargos; y aunque más de un desocupado le decía cosas al pasar, tardó más de dos años en tener cortejo.

Era un tipo pocos años mayor, de rostro delgado y huidizo: cóncavas mejillas, ojos alebrados y caballo en puñal sobre la frente; un tipo que caminaba como retorciéndose, y al cual tampoco se le oía la voz. Llegaba al oscurecer, y recostado en el poste de alumbrado más próximo a la puerta, esperaba paciente, hasta que Minguela, acostadas las criaturas, salía. Pegados a la valla hablaban horas.

¿Hablaban?... Se les veía juntos, pegados al muro o sentados en el filo de la vereda, y esto es cuanto se podía asegurar. Porque versación articulada, nadie pudo oírla jamás. Pero algún tiempo después la señora notó en Minguela ciertos cambios. Se puso más gorda, aunque siempre guardando la misma proporción en las medidas. Su paso se hizo aún más tácito y blando. Su sonrisa, casi alegre, casi triste, permanecía, pero los ojos ahora miraban de cuando en cuando a lo lejos con una nueva lucecita.

Sin embargo, fue una sorpresa para todos cuando Minguela desapareció.

El viaje hasta Itauguá era por entonces un verdadero triunfo, por aquellos caminos de profundas rodadas en las que los vehículos quedaban enviscados

hasta que una providencial yunta de bueyes venía a sacarlos del lodazal; pero la señora del doctor hasta Itauguá se fue, y se llegó hasta el rancho de la hermana de Minguela, de cuyas manos la había recibido.

El rancho pululaba de criaturas que parecían todas iguales. Bajo la espesa sombra de unos mangos, en un catre cuyas patas traseras, como las de una hiena, se derrengaban, descansaba el autor presunto de tanta chiquillería. La hermana, una mujeruca flaca y malhumorada, dio la noticia.

—La Minguela va tener hijo.

Y siguió rezongando, porque la Minguela ahora quién sabe en cuántos meses iba a poder trabajar otra vez, y si la señora se la llevaba, ni siquiera la iba a ayudar con tanta criatura. Pero la señora del doctor no le llevó el apunte. Se trajo a Minguela a Asunción; el doctor la recomendó en el hospital y allí tuvo Minguela una nena morenucha, que a las pocas semanas dejaba ya ver los pómulos gruesos y la tosca arquitectura de la madre.

Minguela se volvió a su valle llevándose unos billetes en el seno y un atado de ropa que la señora le dio para vestirse ella y su criatura, porque Minguela había estado enviando a su hermana su sueldo cada mes, y estaba desnuda.

Cuando la señora del doctor fue de nuevo a Itauguá, cerca de un año después —costaba decidirse a hacer el viaje— esperaba hallar ya caminando a la nena. Llevaba para ella un osito que había sido de Silvio. Pudo ver cómo los chicos de la hermana lucían, bien que irreconocibles, las ropas que ella había dado a Minguela, mientras esta había vuelto a

endosar el vestido de bolsa con las comprometedoras letras rotulándole el seno.

—¿Tu criatura, Minguela?...

Había muerto hacía una semana.

—Má chiquita mi se hacía cada día, y hasta que murió.

Sonreía siempre, mirando lejos.

La señora se llevó a Minguela con ella nuevamente a Asunción.

Volvió Minguela a cuidar de los niños, y a instaurarse en la casa aquel ambiente de plenitud feliz. Los niños habían crecido un poco, naturalmente, pero ahora había en cambio en la cuna otra criatura, un varoncito, que, como Silvio, era delicado y difícil de criar. Las manos de Minguela, toscas y de torpes modales, tenían sin embargo el don de acallar y adormecer a la criatura, que empezó a dormir mejor y ganar peso.

Hasta que un mal día vino cayendo de repente otra vez por el barrio el tipo aquel de las mejillas secas y el cabello plantado en puñal sobre la frente; deslucido y descalzo.

La señora del doctor creyó oportuno aleccionar a Minguela sobre los peligros e inconvenientes de hacer demasiado caso a los hombres. Minguela la escuchaba con su perenne sonrisa, ahora más triste que alegre, sin decir nada. Pero la señora salió del unilateral palique con la impresión de haber escuchado de labios de Minguela una porción de cosas melancólicas y a la vez llenas de razón. Vagamente desasosegada, cuando al llegar la noche, ya en cama

las criaturas, vio a Minguela escurrirse hacia el portón como antes, no abrió la boca.

Y todo se repitió con matemática exactitud.

De nuevo se ensanchó Minguela por todos sus diámetros, mientras su mirada se perdía a lo lejos en una misteriosa dulzura: de nuevo su paso se ablandó hasta hacerse como de algodón, y de nuevo un día desapareció sin previo aviso, dejando en las criaturas un vacío irritable y una quejicosa inquietud.

Esta vez, sin embargo, la señora no fue a buscarla a Itauguá. Fue una época pródiga en preocupaciones para la familia, y hubo que olvidarse un poco de Minguela, aunque varias veces se pensó en ir a verla. No había pasado más de un año, sin embargo, cuando Minguela apareció por su cuenta en casa del doctor.

—Vengo ver si todavía pa me querés para tu niñera, la señora.

—Pero, desde luego, Minguela. Ahora hay otra criatura. Una nena esta vuelta, ¿sabés?... ¿Tu criatura?

—Se murió la señora. Hace un mes.

Por vez tercera descendió sobre la gente menuda la sosegada alegría. Minguela salía poco a la calle, ahora. Cuando las criaturas no se le estaban subiendo a las rodillas o a la espalda, permanecía sentada o en cuclillas, con su sonrisa aún más humilde, como de vaga súplica, los ojos fijos en la lejanía. Las otras muchachas —había ahora dos más en la casa— la tenían en menos y la dejaban de lado cuanto podían, especialmente a las horas de comer. La señora se enojó mucho cuando lo supo por los niños, y dispuso que Minguela comiese en adelante con ellos. Era muy limpia a pesar de su falta total de coquetería.

Por entonces empezó a verse por el barrio a Ña Conché.

Ña Conché era una anciana huesuda, erguida, de atabacado cutis y de greñas sueltas y blancas, a la cual nadie conocía. Alguien dijo que vivía del lado de Trinidad. Había sido casada y tenido seis hijos varones. El marido había muerto dejándola joven: ella había criado sin ayuda a sus seis hijos. De los seis, cuatro habían muerto en Campo Vía, en una misma semana. El quinto, que había vuelto de la guerra sano, murió tontamente unos meses después en un accidente de tráfico. Y el sexto, que regresó del frente herido, había estado hospitalizado durante más de un año, hasta morir también, poco tiempo hacía. Ña Conché, que ya en los últimos meses, y mientras atendía a su hijo en el hospital, estaba un poco trastornada, acabó de perder el juicio. Pero seguía manejándose sola. Durante días se mostraba apacible y tranquila, hablando justo lo preciso para ofrecer sus yuyos y alguna otra cosa, poca cosa siempre.

—¿Batatilla, la señora?

—No, Ña Conché. Yo nunca tomo yuyos.

—¿Mamón?...

—Tengo muchos en mi patio, Ña Conché.

—¿Jha coco?

—No hay criaturas en casa, Ña Conché.

Al día siguiente, apacible y desmemoriada, Ña Conché volvía a ofrecer en el mismo portón los mismos artículos, que la dueña de casa rechazaba paciente. Su porte, digno aún dentro de su aspecto extraviado, y su desgracia le aseguraban el respeto. No es sonsera perder seis hijos y quedarse sola, ya vieja.

A veces, sin embargo, en mitad de un trato, Ña Conché dejaba caer en el canasto los yuyos liados con esmero en ataditos, o los mamones escuálidos, y sentándose en el escalón, se agarraba la cabeza con ambas manos, lamentándose en un lloriqueo flébil, casi aéreo:

—¡Che memby, ah, che memby cuéra!...

La gente respetaba esos accesos y reprendía a los chicos que la rodeaban, remedándola. De pronto, pasado al parecer su ataque, Ña Conché se levantaba, tomaba el canasto y, sin terminar el trato comenzado ni decir adiós a nadie, se alejaba estantigua y descalza bajo el sol rajante.

Minguela trabó amistad con Ña Conché. Acudía al portón a su llamado —a veces antes de que llamase—, se sentaba o se acucillaba a su lado en el escalón y de vez en cuando encontraba unos pesos para comprarle algún mamón o unos cocos que luego obsequiaba a las criaturas. Y Ña Conché que con nadie hablaba, conversaba con Minguela, es decir, con la sonrisa de Minguela.

Pero en la vida de esta niñera mágica todas las cosas y sucesos parecían destinados a repetirse, y así fue como un atardecer reapareció en la calle el tipo de las mejillas secas, cada vez más flaco y desastrado.

La señora del doctor se puso furiosa.

—¿No hay una ley que meta en la cárcel a estos atorrantes?

El doctor se encogía de hombros.

—Si una mujer no quiere...

Minguela desapareció de nuevo. Esta vez la señora la buscó inútilmente en Itauguá. Tal vez supiera algo

la vieja Ña Conché, pero esta había desaparecido del barrio también por la misma época, más o menos.

Pasaron dos años largos.

Un día que la señora del doctor salía de compra, se topó, lejos de casa, con Minguela, rotosa y flaca, en cuyo rostro demacrado la sonrisa seguía luciendo, aunque ahora parecía no estar en su boca, sino flotar sobre ella.

—¡Minguela! ¿Qué se hizo de vos, mi hija? ¿Dónde estuviste todo este tiempo?

Minguela había tenido su hijo en casa de Ña Conché, un rancho arruinado en el camino a Trinidad. Casi murió al dar a luz; su hijito apenas había vivido unas horas.

—Y los doctores me sacaron todo, la señora. No podré tener más hijo.

Al decirlo, sonreía, mirando lejos.

—¿No querés venir otra vez conmigo, Minguela?

—He de venir, la señora.

Pero como pasaron días y semanas y no apareciera, la señora, a quien este encuentro había impresionado mucho, se empeñó en buscarla. Con los pocos datos que tenía, y preguntando a todo el mundo, llegó por fin al rancho de Ña Conché en Trinidad. El rancho era mucho peor de lo que pudo pensar. Peligrosamente ladeado sobre horcones medio podridos, con enormes lamparones de cielo abierto en el techo. Sin puerta. Era un lindo día de otoño. Bajo la enramada de jazmín de lluvia, en una derrengada yacija que sólo conservaba las dos patas de la cabecera, Ña Conché, más negativo de sí misma que nunca, aún más espectralmente blanquigreñuda,

yacía boca arriba, los ojos cerrados. Apenas se movía. Por momentos, sin embargo, un espasmo sacudía sus facciones color de tabaco, y su boca se abría en un largo, flébil grito:

—¡Ah, che memby cuéra!...

El doctor y su señora miraban compasivos.

—¿Siempre está así, Minguela?...

Minguela arrodillada al pie del catre, daba de comer a la anciana. Una y otra vez recogía con la cuchara la sopa de leche que resbalaba por sus comisuras, cayéndole sobre el cuello: trataba de forzar una cucharada entre los labios violáceos y arrugados. Una y otra vez, con infinita paciencia.

—Así está siempre, la señora.

El doctor y la señora se miraron. Y despacio, sin hacer ruido, regresaron al coche. La señora lloraba. Cuando el doctor ponía en marcha el auto —un auto nuevo: lo habían estrenado para este viaje—, aún llegó a ellos por encima del seto de amapola la voz flébil, aguda, del espectro postrado:

—¡¡Ah, che memby, ah, che memby cuéra!!

17. Adiós, doña Susana

—¡Fuera, demonio!

El ruido de la puerta la había despertado como de costumbre. Un ruido que en la penumbra del entresueño adquiría dimensiones de fofo terremoto. Total, Chusquita que arañaba la puerta ansiosa por saber si su dueña había renovado su existencia a la luz de la mañana. La puerta anómalamente cerrada hacia afuera en lugar de hacia adentro dejaba a la hoja libre zangolotear con aquel ruido poco común. Ah, Chusquita, la gorda Chusquita. Todas las noches desaparecía para ir a cortejar a la cocinera de «El Cuervo», a la que engatusaba con la única gracia que en toda su perruna vida había aprendido, y que era también quizá la única gracia que la pobre cocinera hubiese tenido ocasión de ver, ni humana ni perruna, en toda su existencia medida, no por golpes del reloj, sino por golpes blandiendo bifes. Se acercaba a ella y ponía el hocico sobre su rodilla. Y ahora venía a despertarla antes de tiempo. Estaba gorda Chusquita, acaso más gorda de lo necesario. Hacía más de dos años que la gordura la había amachorrado y ya no tenía crías la antes prolífica Chusquita. Se pasaba la noche cabareteando, pero al llegar la mañana se sentía un poco desamparada y acudía a hacer temblaquear la puerta hasta que la dueña despertaba y le gritaba:

—¡Fuera, demonio!

Chusquita no se daba por ofendida por el abrupto; en realidad se lo sabía de memoria y si doña Susana le hubiese contestado una de esas mañanas de manera distinta, se habría sentido seguramente desconcertada. Lo único que a Chusquita, al zangolotear la puerta, le interesaba era saber si su dueña estaba viva todavía; y cuando el desganado rezongo dentro la aseguraba de que sí, que allí estaba dispuesta a recomenzar, se daba por satisfecha y se iba bamboleando el obeso cuerpo a echarse adonde mejor diera el primer rayo de sol; generalmente en el balcón de la piecita alta. Doña Susana se levantaba crujéndole las coyunturas, y la vida recomenzaba de nuevo.

Recomenzó aquella mañana desapacible, mezclada de sol y nubes tristonas. Doña Susana se levantó, rechinándole los huesos un poco más, quizá, que otras veces. Un poco más cansada. Llevaba ya muchas noches durmiendo mal. Aquella boíte de mala pata latiendo sus tambores hasta casi el amanecer había instalado en el barrio una era de insomnio que no solo la alcanzaba a ella: eran muchos los vecinos a los que perseguía. Los viejos principalmente, expuestos a despertarse y desvelarse por nada. Doña Susana suspiró mientras se vestía por la cabeza el viso negro de remendados encajes, y se endosaba con un poco de trabajo —su vieja bursitis— el batón desteñido. Menos mal que no era gorda: había conservado la delgadez en que la dejó su dolor de viuda un cuarto de siglo atrás. Veinticinco años. Al morir su marido tenía cuarenta y cinco años: todavía joven. Ahora tenía setenta: ya vieja. Sonrió recordando cuán des-

malazada se sintió al cumplir los cincuenta. Ahora daría —¿cuánto daría?...— por volver a ellos...

Arrastrando un poco las deslucidas zapatillas, abrió la puerta. La perra allá en el balcón del altillo movió la cola, golpeando rítmicamente el piso de madera. Lo hacía con tanto brío que parecía lo hiciera con el deliberado propósito de desempolvar las tablas. Vio la puerta de la habitación de Alipio abierta de par en par. Suspiró. Nunca podía obtener de él que la cerrara cada mañana al salir para el trabajo. La dejaba sistemáticamente y absurdamente abierta. Aquella puerta, y las otras, y el portón... Un día de estos entraría alguien y se llevaría hasta el último calzoncillo. Entonces comprendería, si era capaz de comprender. Cómo se puede ser tan espeso de entendederas. Para todo era lo mismo. Una pétrea caparazón hecha de incomprensión y tozudez lo cubría como la cáscara a un cangrejo, lo insensibilizaba, impedía todo intento de solución a lo que constituía para ella aquella tortura cotidiana, la repetición embrutecedora de pequeños trabajos y menudas preocupaciones inútiles. No recordaba haber tenido de él una sola explicación que terminara razonablemente. Siempre salía de ella con la garganta ronca y los nervios hechos polvo. Menos mal que ahora se había acostumbrado a algunas cosas que constituyeron su tormento durante muchísimo tiempo. Por muchos años no pudo nunca dormir a hora debida; el muchachito primero, el adolescente luego, no volvía a casa hasta muy tarde; ella le esperaba acostada en la cama de él o bien sentada, envuelta en una frazada, en el frío escalón del corredor. Encima, el muchacho le

gritaba furioso, llamándola ridícula por preocuparse y estar esperándole de aquella manera, mientras ella, silenciosa, dolida por la ingratitud del hijo, pero en el fondo del corazón feliz porque lo tenía en casa, se deslizaba hasta su pieza envuelta en su frazada.

Hasta que un día, no recordaba cuándo, ni cómo, ni por qué —tal vez empezaba a sentirse vieja, incapaz de superar el cansancio, la gana aquella de una postura cómoda en la cama— cesó de esperarle fuera de su propia habitación; se limitó a dejar encendida la luz del cuarto de él y, tumbada, mirar el reflejo de esa luz, que daba justamente encima de su cama; cuando ese reflejo se extinguía, sabía que por fin podía dormir tranquila; y él se echaba también a descansar, creído de que ella había cesado de preocuparse de él, de perseguirle con aquella vigilancia.

Por la mañana, el muchacho desaparecía para su trabajo antes de que ella, agotada, despertara; a mediodía volvía —si es que volvía, porque a veces ni eso hacía— o venía apareciendo en cambio de siesta, cuando ella trataba de descansar un poco. Al comienzo llegábase hasta su habitación para despertarla con algún fútil pretexto; tal vez en el fondo le doliera pasar demasiado tiempo sin verla; sabía que si no la veía entonces, solo la vería al día siguiente. Pero ella se enojaba con él, que la sacaba con sobresalto del miserable sueño apenas conciliado; y el muchacho dejó de hacerse presente cuando volvía de siesta. Si no regresaba para hurgar en la fiambrera en busca de merienda, hacia las seis, ya no se veían esos días porque ella salía para sus clases —las pocas clases de castellano que aún podía dar en forma un

tanto rutinaria, para seguir manteniéndose sin pedir nada al hijo— a esa hora justamente, y cuando volvía, él no había aparecido aún, y al día siguiente él salía para sus clases antes de que ella se levantara, y...

Suspiró mientras prendía el fuego. Cincuenta años de trabajar duramente de soltera, casada y viuda no le habían dado nunca para comprarse una cocina económica —menos aún una de esas de kerosén, ahora— y a estas alturas de la vida tenía que encender el fuego de leña, unas veces seca y otras mojada. A veces el fuego prendía con una buena voluntad casi de consciente cooperación. Otras veces se resistía a morder las astillas, con una terquedad que hacía pensar en alguna bruja maligna que se regodeara burlando los esfuerzos de las viejas pobres y solas. Aquel era uno de los días buenos. Un cuarto de hora más tarde humeaba la taza de té. Buscó el pan. La fiambrera estaba limpia. Alipio se lo había comido todo la noche anterior. Nunca cenaba en casa; pero cuando cenaba, terminaba con todas las existencias. Doña Susana se resignó. Tomó el té solo. Y tras el último sorbo, quedose mirando vagamente ante sí, recapacitando si saldría. Tenía muchas cosas que hacer. Y sentía una gran pereza de hacerlas. Pero era preciso. En lo del remendón, por ejemplo, estaba su único par de zapatos, fuera del ya destrozado que llevaba puesto. Era sábado; tenía que ir a recogerlo si quería ir decente a su clase el lunes. Y necesitaba pan y alguna cosa para hacer la comida. Luego recordó: para ella sola, porque era sábado; y los estudiantes aprovechaban los sábados para frenéticas fiestas enderezadas a reunir plata para las colaciones. Sin

duda que esa noche habría algo en el colegio donde Alipio daba clases, y si no, habría algo en la Facultad o cenaría con la novia. Y no volvería a casa hasta las dos o las tres de la mañana. Suspiró otra vez. Palmeó la cabeza de Chusquita, que ante la perspectiva de algún bocado había abandonado su atalaya y apoyaba el hocico con su único e invariable gesto mimoso en el muslo de la dueña. Se levantó y fue a ponerse su otro vestido más decente para ir al mercado y a lo del remendón. Al salir, Chusquita la acompañó hasta la muralla, moviendo a todo vapor el duro muñón de la cola; pero no se decidió a salir tras ella; el rayito de sol allí mismo le resultaba más atractivo.

Doña Susana caminó un poco vivo: aunque caminar de prisa no le hacía ningún bien —lo había descubierto hacía un tiempo— no se resolvía a renunciar a esa costumbre de su juventud que tan bien había traducido su genio activo y despierto. Genio, ay —gastado en tantas cosas sin importancia. El garaje del remendón estaba cerca y así llegó enseguida. Un par de poquyrás esperaban se les entregasen sus calzados, sendos pares de sandalias de vivos colores y filetes abundantemente dorados, con las cuales se hacían la ilusión de ir lo más a la moda. Doña Susana esperó paciente, de pie en el umbral del garage, a que el remendón terminase su engolosinado escarceo con la más joven de las muchachas, de descarada y tímica boca y ojillos medio entrecerrados entre los pómulos altos y las tupidas cejas; retacona y de músculos planeándola como tallados en madera; la otra, flacucha, de rostro holliniento y chupado, sonreía un poco humillada ante el éxito de la com-

pañera. Cuando se fueron por fin, seguida la retacona por la mirada, viscosa como huella de caracol, del remendón, doña Susana formuló su pedido. El zapatero hurgó en el montón confuso de zapatos, la mayor parte sandalias abiertas de vivos colores y con muchos picoteados y dorados. Mientras el remendón buscaba entre aquel enredijo reseco y polvoriento de correas, que hacía pensar en un montón de calamares desecados, doña Susana pensó que solamente dos veces en su vida había tenido unos zapatos a su gusto. Una siendo jovencita, antes de casarse. Había cobrado una de sus clases y, en vez de entregar, como solía, el dinero a su madre, en repentina resolución compró aquel par de zapatos de charol con picoteada lengüeta que la había seducido en una vitrina. No pudo resistir la tentación. Nunca había llevado zapato de taco. Andaba ya de novia, y la humillaba que él la viera siempre de taco bajo como si no hubiese salido todavía de la adolescencia. La segunda vez fue en el Uruguay, cuando aquella excursión preparada con unas amigas a la disparada; justamente al día siguiente de haber encontrado, como quien encuentra una joya al barrer el patio de la casa, aquel amor que había acompañado los años del descenso hacia la desesperanza terminal. Aquel amor cuya ausencia irremediable había dejado sus días ya definitivamente a ras del suelo, como camino seco y llano en el cual ya no existe posibilidad de desviarse ni de encontrar nuevos paisajes tras un recodo. Fuera de esos zapatos, todos los demás que habían acompañado su ir y venir por este mundo habían sido todos ellos tortas a falta de pan, comprados de prisa y corriendo, en

liquidaciones casi siempre, buscando lo más barato, siempre a contrapelo de la moda. Como sus vestidos. Doña Susana suspiró. Comenzaba a cansarse. Los zapatos no estaban en la ringla de calzados listos para la entrega. El zapatero revolvía el montón sin encontrarlos. Por fin el aprendiz dio con ellos. Los alzó colgando de las tirillas. Nunca se había dado cuenta doña Susana de cuán viejos y gastados estaban. Para ver lo viejo que está un zapato, no hay sino verlo en lo del remendón; allí parecen todos recuperar su verdadera edad, y hasta los zapatos casi nuevos adquieren un aire repentino antiguo y cansado. No podía comprarse otros. No ganaba bastante. El hijo le había prometido comprarle unos, pero nunca lo hizo. Él ganaba mucho, pero lo gastaba todo comiendo fuera, invitando amigos, obsequiando a la novia, las cuñaditas, la suegra... Alipio era muy generoso. Solo con ella no lo era. Pero no. Era simplemente olvidadizo. Estaba demasiado acostumbrado a verla conformarse.

—No están todavía.

—Mi Dios. Y yo los necesito. ¿Cuándo estarán?...

—El martes.

—¿No podía ser el lunes?...

—¿Para qué te voy engañar? El martes es seguro.

Salió del garaje, desanimada. Tendría que dejar de dar clase el lunes —perder platita— o ir a clase con aquellos que llevaba puestos, torcidos y deslucidos. Cruzando la calle a paso vivo, se dirigió al mercado. El sol picaba, ahora. Dos veces mientras subía la calle un poco empinada se detuvo, arrimándose a la muralla. Al detenerse y respirar, el aire que entró en

sus pulmones le pareció traer consigo un enternecimiento, una blandura que le recordaron la azucarada complacencia primaveral. Al fin y al cabo, se estaba a principios de septiembre.

Pero en el cielo las nubes y el azul seguían batiéndose como una mayonesa. En el mercado anduvo por entre los puestos derrumbados de naranjos, mandioca y verdura, sorteando cajones y silletas y fogones donde chirriaban las sebosas salchichas. Compró poco. Un pedazo de chanco; le gustaba con locura, aunque sabía que no le convenía comer cosas pesadas. Unas naranjas, cebollas, coliflor, unos tomates. Antes solía hacer jugo con ellos: su hijo le había regalado una licuadora; pero un día esta desapareció: fue seguramente a casa de la novia. Unas zanahorias. Un poco de lechuga. El retorno cuesta abajo era más fácil; y el aire —ahora estaba segura— traía algo dulce y conciliador; anunciaba el deseo de la primavera. En la esquina, sobre la muralla como sobre un pedestal, la perra la saludó con unos golpes de su duro muñón en el suelo, que levantaron una pequeña nube de polvo, y luego corrió a recibirla como siempre lo hacía, atravesándosele entre las piernas. Doña Susana solía decir que por culpa de aquella perra moriría un día desnucada: ya una vez estuvo a punto de tirarla de espaldas por la escalera...

Cuando abría el portón, las nubes se habían apretado un poco a desgano. Al otro lado de la murallita, vio blanquear algo. Dejó el bolso en el peldaño, alargó la mano. El papel fino se adhería a la forma de unos zapatos de mujer. Lo primero que pensó es que Alipio había estado en casa, algún momento, mien-

tras ella se encontraba afuera, y que ahora tendría que volver. Tuvo enseguida un sobresalto allá dentro. ¿Su hijo se habría acordado del regalo prometido años atrás, promesa alguna vez renovada? Quizá. Pero quizá también se tratase solo de un obsequio a la novia. Un pequeñísimo desgarrón dejó entrever algo rojo; y entonces se desilusionó. Su hijo no le habría comprado unos zapatos rojos. Suspiró. Unas gotas cayeron. Fue a dejar el paquete en el mismo sitio. Pero pensó que el paquete se mojaría, lo llevó adentro: lo dejó sobre la cama de Alipio y fue a la cocina.

Acomodó su compra en la fiambarrera. Comió un tomate —le encantaban crudos— y luego se puso a recorrer las piezas poniendo un poco de orden. Acarició a la gata colorina que ya cargaba —tan pequeña, ella— las árganas de la maternidad a sus costados; contestó con unos mimos a los pajaritos que la exigían arroz saltando entre las planteras —ahora un poco descuidadas—. Las once de la mañana. Cómo pasa el tiempo. Encender de nuevo el fuego de leña. Esta vez estuvo recalcitrante: la bruja allá arriba en el cañón de la chimenea debía estar con ganas de divertirse. Echó unos carbones, y puso a asar unos pedazos de chanco. Se dio el gusto. Comió más de lo debido. Pero estaba sola. ¿Qué puede hacer una mujer sola, que no tiene con quien compartir su comida? Pensó que a Alipio le agradaría un poco de chanco asado. Miró el reloj. Las doce. Si no llegaba en ese punto, ya no llegaría. Sintió chirriar el portón. Chusquita meneó el muñón del rabo. El portón no chirrió de nuevo cerrándose. Era Alipio. Seguro.

Nunca cerraba el portón. Alipio entraba en su pieza como siempre, estilo tromba.

—Mamá...

Su llamado estridente le ponía los nervios de punta: todo el amor que sentía por él en tanto ausente, pareció evaporarse y dejar un angustioso vacío. Y sin embargo, cómo echaba de menos ese mismo grito —casi un alarido— cuando tardaba en oírlo o cuando no le escuchaba en absoluto algunos días...

—¿Qué hay?

—¿Dónde estás?

—En la cocina. Te puse a asar un poco de chanco.

—Gracias, mamá.

Estaba en uno de sus momentos eufóricos. Que duraban tan poco. Cualquier cosa bastaba para romper el milagroso equilibrio, desencadenar la tormenta. Doña Susana puso el chanco oloroso en el plato. Añadió la Savora y el pan. Con el plato en la mano fue hacia la pieza. Alipio, el ceño fruncido, venía del portón.

—Aquí dejé yo un paquete esta mañana. ¿Dónde está?

—Está sobre tu cama. Lo entré yo. Se iban a mojar los zapatos.

—¿Qué mojar ni qué mojar. De puro curiosa, no más.

—¿Por qué tienes que ser mal pensado? No lo he abierto, bien lo ves.

—A otro perro con ese hueso.

Se sintió profundamente herida. Ella no había abierto el paquete. Si sabía que eran zapatos, era por la forma, inconfundible. No se contuvo.

—Te molesta que me haya dado cuenta de que compras zapatos para otros, mientras a mí me hacen falta, ¿no?...

—A nadie le importa lo que yo compre. Lo compré con mi dinero.

—No me importa lo que compres, pero me duele que te dejes explotar así.

Y la discusión ya no fue sino, como siempre, una serie de puñaladas llegando desde inesperados ángulos; y amor y ternura quedaron colgando dentro de ella en tiras que le dolían como si fueran de suelto pellejo. Alipio se fue dando un portazo al armario. Quedó sola, el plato con las magras todavía en la mano. Lo llevó a la fiambarrera y se sentó luego, apoyando en la mesa los brazos. Sentía ganas de llorar, pero las lágrimas no le llegaban a los ojos, y esto hacía más opresivo aquel peso sobre el pecho. Alipio se había puesto su camisa nueva, la corbata fina. Quizá iba a salir con la novia, al cine, a la *matinée*. Luego, a merendar, con la novia también; tal vez a un baile, luego... Volvería ya pasada la medianoche. Le dolía el pecho y una vaga estría dolorosa se le hilvanaba por el hombro izquierdo hasta la muñeca. No vería a Alipio hasta el día siguiente, si tenía suerte de que volviera a mediodía. Para entonces él lo habría olvidado todo —olvidaba con facilidad increíble las propias crueldades—. Quedó con la cabeza entre los brazos. Chusquita puso su hocico sobre el muslo de la dueña y quedó así quieta, tragando de cuando en cuando saliva. Se olvidaba de darles de comer. Se levantó y repartió chanco asado a la perra y la gata colorina, que por estar encinta tenía trato preferente.

Arrastrando un poco los pies, recorrió la pieza de Alipio ordenando sus ropas, y se fue a acostar. A dormir la siesta. Si podía, porque muchas veces no podía y se levantaba al cabo de una hora peor que cuando no se acostaba. Y así sucedió. Se echó, pero no pudo dormir. Se levantó con la cabeza llena de humo y aquel dolor en el pecho que no quería irse. Tomó un mate con sabor a tristeza. Pensó que podría haber ido a tomarlo con alguna amiga; pero hacía rato rehuía visitar a nadie, para no exhibir su vida derrotada, y recoger siempre la misma pregunta:

—¿Pero tu hijo picó no se ocupa un poco de vos?

Todas tenían hijos que las tenían «como una reina». O así lo decían. Ella podía ver sus batanes flamantes y sus zapatillas cómodas. Ellas miraban sus zapatos gastados y su vestido del año pasado, y no decían nada.

La tarde de septiembre bajaba entre desgarrón y desgarrón de nube, sobre un desvaído sol. Doña Susana pensó que sería mejor que se acostara temprano.

Y lo hizo, apenas anochecido, dejando, sin embargo, encendida la luz en el cuarto de Alipio. Chusquita la siguió. Quiso echarla de la pieza, pero ella se metió bajo la cama. Con mucha dificultad, porque estaba demasiado gorda. Pero consiguió encajarse. Doña Susana renunció a sacarla: no le sentaba bien hacer esfuerzos, sobre todo al cabo de la jornada.

Se echó en la cama. La cabeza le pesaba; pero peor era aquella sensación de angustia al respirar. Se echó del lado derecho; esto la mejoró muy poco. Se sacó la almohada, lo cual le solía hacer bien. Pero tampoco esto le proporcionó demasiado alivio. Por fin

se durmió. O creyó dormirse; y despertó de repente también. La sensación fue muy rara. Fue como si en un segundo hubiese dormido siglos: demorábase aún en alguna parte de su cuerpo o de su alma aquella sensación de tiempo interminable y remoto. Miró en torno: estaba oscuro totalmente. Un pánico desconocido la llevó a gritar: el grito fue apenas un resuello. Bajo la cama, Chusquita movió el muñón del rabo azotando el elástico. Trató de moverse, pero no pudo saber si lo consiguió. Agitó la mano un poco, buscando algo; quizá el pecho, quizá un punto de apoyo para levantarse. Luego quedó quieta, quietos los ojos que miraban a la pared, allí donde se reflejaba la luz del cuarto de Alipio. El cuadrado blanco se recortaba como siempre, nítido, impasible. Pasado un rato, Chusquita se cansó de estar bajo la cama y quiso salir. Su misterioso reloj le decía que en «El Cuervo» le estaba esperando hacía rato su montoncito de recortes y sobras. Fue hacia la puerta. Rascó los maderos. Luego volvió hacia la cama. Puso su hocico en la mano de doña Susana, que abría su palma cerca del borde. Pero la mano no se movió para acariciarla. Gimió. Se estuvo largo rato así, el hocico apoyado en la mano, apenas tibia. Luego, cansada de esperar, y tras otro gemido, se echó de nuevo bajo la cama.

18. La jornada de Pachi Achi

a Hedy González Frutos

—Pachi Achi, rey.

—Pachi Achi, cielito lindo.

—Pachi Achi... Ah... ¡¡Atchís!!...

El estornudo sale, diminuto, cómico, tierno. Ambas mujeres ríen. Pachi arruga la nariz. Chia Maia se la limpia como si estuviese limpiando de rocío un capullito. Melina coloca a Pachi Achi en la silla: complicado armatoste de varillas que limita todos los conatos de evasión, excepto por arriba, y enfrenta implacable al niño a su bol de café con leche. Le pone en la mano la cucharita. Ambas ahora miran a Pachi Achi, como quien observa un prodigio. No importa que este prodigio se repita cada día. Pachi Achi muy serio, se aplica a sumergir la cucharita en el bol, la lleva a la boca. Una gota se le escurre barbilla abajo. Pachi Achi saca una lengua rosada. Afuera llaman. Maia sale rápida. Melina sigue junto a Pachi Achi, observándole, cariñosa y feliz. Dentro se oye la voz de Maia:

—¡Melina!

—A ser buenito, Pachi Achi... Mamá vuelve.

Sale. Pachi Achi, la cucharita en la diestra, queda solo, mirando hacia la puerta; luego vuelve su vista a lo que le rodea. Algo remueve en el rincón, se acerca. Grisón salta sobre la mesa. Se desliza cauteloso entre el azucarero y la cafetera; roza con su cola el florero,

llega junto al bol, arremanga los bigotes y acerca el hocico melindroso al café. Demasiado caliente para su gusto; aparta el hocico blanco con un ligero estornudo, muy parecido al de Pachi Achi. Este lo mira fijamente; el estornudo le ha intrigado. Grisón no se aleja, sin embargo. Se sienta frente a Pachi Achi: este le sigue mirando, una arruguita vertical sobre la minúscula nariz. Lo mira tanto, que se olvida de todo, y deja caer la mano con la cuchara; esta golpea la superficie del bol. El líquido salta fuera, cae sobre el mantel. Pachi Achi queda sorprendido, pero concluye seguramente diciéndose que es algo gracioso. Bate el líquido con la cucharilla, esa vez adrede; el café con leche salta como un pequeño trasgo brillante y viscoso, fuera del pocillo. Pachi Achi de más en más divertido, bate otra vez; el líquido salta más lejos y salpica a Grisón, que muy dignamente vuelve la espalda, y sentándose al extremo de la mesa, se dedica a lamerse las salpicaduras. A Pachi Achi no le importa. Se está divirtiendo a más no poder. Ahora bate el pocillo lo más rápido que puede; el líquido restante salta en todas direcciones; el borde del bol de porcelana salta también, en pedazos. Grisón huye al patio a través de la reja. Pachi Achi ríe a carcajadas.

—¡Pachi Achi, malo!...

Melina ha entrado. Saca a Pachi Achi de su prisión de varillas, lo tiende sobre el brazo izquierdo y con la derecha le sacude unas palmadas sobre las nalguitas que el calzón de gruesa y esponjosa lana redondea cómicamente. Pachi Achi, más asustado que lastimado, llora. Chia Maia, en la puerta de la cocina, bate las pestañas con silenciosa ansiedad. Melina explica:

—Derramó el café con leche. Rompió el bol.

—¡Pachi Achi, pícaro!...

Pero en la voz de Chia Maia palpita la angustia. No es que le parezca del todo mal que se le den a Pachi Achi unas palmadas. Ella misma quizá se las habría dado. Pero no le gusta que se las den otros. Ni siquiera Melina. Y, sin embargo, Maia no puede protestar. Melina tiene todo el derecho. Pachi Achi es su hijo. Y ella no puede hacer nada. Solo esto: acercarse a Pachi Achi, ponerle en la mano un caramelo. Melina lo ve; no le gusta, pero no dice nada.

Melina ha dejado a Pachi Achi en el suelo, mientras ella va al baño, para que estire las piernecitas. El niño se tambalea sobre sus piernas cómicamente gruesas dentro del pantaloncito largo. Un pasito, otro: se prende a una silla; la suelta, da un paso más. ¡Qué grande es el mundo!... Se prende a otra silla. Desde el ángulo más retirado del comedor, algo oscuro acude a su encuentro. Es Poodle, un remolín de hollín; a los lados de la cabeza penden sendos trapos que deben ser las orejas, y los ojos son dos cabochones negros. Pachi Achi siente en su pequeño estómago algo así como cuando traga sin quererlo un poco de agua muy fría. Si supiera hablar, diría: «Es un monstruo». Queda paralizado sobre sus piernecitas gorditas y cortas, abierta la boca. Poodle, sentado sobre las patas traseras, mira a Pachi Achi, ese ente minúsculo, que huele ya a ser humano, pero no es hombre todavía, porque no tiene aún el poder de dañar. Sin embargo, él es el culpable de que Poodle haya perdido el lugar que tuvo en el efecto de «ellos» un tiempo; pero Poodle no le guarda rencor. Me-

nester sería que alguien los presentase; pero ¿qué se hace cuando no hay nadie que lo presente a uno?... Poodle se decide: avanza más, moviendo la cola; lame la mano colgante de Pachi Achi. Este, sorprendido por las cosquillas, ríe. Las presentaciones están hechas. De pronto, Pachi Achi se deja caer sentado al suelo; quizá las piernecitas no le sostienen, quizá ha decidido que es bueno hacer un alto. Poodle, así lo halla más a su alcance, y le lengüetea las mejillas. Son dulces las mejillas de Pachi Achi. Huelen a pan fresco y tierno; pero además el caramelo de Chia Maia les ha contagiado generosamente su azúcar; Poodle nunca conoció un ser humano tan dulce. Quizá cuando pequeños sean todos así.

—¡Pachi Achi, Pachi Achi!... ¡Upa Pachi Achi!

Es Melina que regresa, lo alza en vilo y lo lleva hacia el portón.

—Vamos a recibir a papá.

Poodle los sigue, arrastrando sus orejas, fuera hasta la calle. Pacífico dentro de su Ford negro, la mano sobre el volante.

—¿No bajás?

—No; traeme la cartera. Tengo que trabajar desde las dos. Comeré en el centro.

Melina deja a Pachi Achi en brazos de Pacífico, y se va a buscar la cartera. Pacífico sienta sobre sus rodillas a Pachi Achi; este se prende al volante, mientras Poodle, sentado en el pasto al lado del coche, saca la lengua, brillantes los ojos, bolas mágicas en miniatura.

—Venga con su mamá, Pachi Achi.

Es Melina que vuelve con la cartera, y la deja sobre el asiento. Pachi Achi se agarra al volante. No quiere

soltarlo. Se enoja: va a llorar. Pacífico ríe. Melina es inflexible. Lo alza, le asea las manecitas, se las mueve en el aire:

—Dígale adiós a su papá.

Pacífico, con una sonrisa de despedida, pisa el acelerador y el auto se desliza, pasando como un sueño por las esferas pulidas de los ojos de Poodle. Pachi Achi chilla, una pequeña arruga vertical entre las cejas, finas plumitas de gorrión. Melina lo distrae y entra en la casa. Tras ella, Poodle, montón de cariños frustrados, arrastra cola y orejas. Melina se sienta en el *living*. Dentro trafaguea Maia. Melina toma una revista y trata de leer, mientras Pachi Achi pugna por agarrar las hojas. Al cabo de un rato, Melina entra en la cocina con Pachi Achi en brazos; abre la heladera, da de beber al chico, que bebe y ríe. Melina ríe también. Mira a Maia, cuyo rostro, patéticamente, parece más pequeño. La boca de quince años apretada, y a media asta las pestañas oscuras y espesas.

—Pero, ¿qué tenés?...

—No alcé a Pachi Achi ni una sola vez, hoy.

—¿Eh?... Ah, bueno... Alzalo, alzalo un ratito mientras yo voy a mi pieza.

Una concesión. Un permiso siempre como una merced, un favor que se hace a uno.

—¿Qué, no estás contenta?...

¿Qué responder?... Melina no entendería. No quiere entender. Para ella todo está bien tal como está, y Maia debería estar satisfecha de que las cosas se hayan arreglado así. Es cosa tácitamente convenida que ella no debe ocuparse mucho del chico.

—No está bien que lleves al chico en brazos todo el tiempo. La gente podría hablar.

Sí. La gente puede hablar. Eso es lo único que preocupa a Melina y a Pacífico. Lo que la gente piensa. Lo que ella, Maia, pueda pensar o sentir, no les interesa. Maia es la hermana menor y Melina abusó siempre de aquel privilegio que la hizo venir al mundo quince años antes, que le permitió estar casada cuando sus padres murieron, y ella, Maia, era solo una niña. Una niña que desde entonces estuvo de más en todas partes. Siempre un non. La vida partida en temporadas con la tía abuela, más vieja aún. Temporadas con Melina, asistiendo al desarrollo lento de aquella interminable luna de miel. Cuando Melina cerraba, quizá un poco ostentosamente, la puerta del dormitorio, a deshora, y salía ya tarde, el pelo deshecho, desperezándose, con una palidez feliz en sus mejillas de trigueña y las ojeras misteriosamente ahondadas. Maia siempre sobrando. Con los otros, siempre; pero siempre lejos de ellos. Y siempre en casa. En casa con la abuela descontenta y rezongona:

—Salir, ¿para qué? ¿Qué te falta en casa?

En casa con la tía abuela, desabrida:

—¿Amigas?... Las amigas no traen nada bueno.

En casa, con Melina y Pacífico:

—¿Quién se queda con la muchacha? Yo no puedo dejar a mi marido.

Maia vistiéndose de sobras y de obsequios tardíos. Maia sin un rincón donde colgar sus trapos: el vestido siempre doblado sobre una silla, listo para ser tirado en cualquier parte cuando esa silla hace falta. Maia sin un cajón donde guardar sus estampas,

su ocasional regalo, sus medias, su libro de misa, sus guantes relavados, sus zapatos eternizados. Maia sentada junto al sillón de la abuela que huele a bayetas viejas, a flores mustias, a polvo. Maia hojeando por milésima la misma revista de modas, de años atrás. Maia trotando junto a las tías y cayéndose de sueño en visitas interminables y monótonas. Maia esperando en casa el regreso de Melina para verse regañada por descuidos innumerables e imprevisibles.

—Falta un cubierto de plata. Seguramente se echó a la basura. No cuidaste.

—Alguien arrancó gajos de la enredadera delante de casa. No atendiste.

—No se sacudió el polvo de los muebles. No se barrió el patio. ¿Qué estuviste haciendo?

El cielo llueve su rocío de azogue en los ojos de sombrío musgo. Por la sangre navegan barquitos dulces; los pulsos parecen ir a brotar mariposas. El aire de octubre es sabroso como un fruto en el sueño. Un fruto cuyo nombre está siempre a punto de recordarse. Es como si alguien estuviese tras una puerta, presto a llamar en cualquier momento. Maia con los senos punzando ya el vestido corto. Senos de huérfana, cabellos de niña que una madre no peinó. Maia, mirando soñadora cosas y gentes. Maia al balcón, ese verano de fuego. Palabras que se parecen en su sabor al del fruto en el sueño... Qué estuviste haciendo, Maia; ¿qué estuviste haciendo?...

Maia sigue fregando la vajilla; Melina, en el comedor, sentada, por turno, sobre la alfombra, jugando con Poodle. Afuera, la luz cuadriculada por las rejas baja despacio; crecen telarañas grises y tibias bajo

los mangos del patio. Melina se levanta a prender la lámpara.

Es hora de preparar la cena de Pachi Achi. Arroz con leche como sólo en la infancia se come: untuoso, aromático, lleno de dulzuras. Ella lo siente como si fuera una prolongación de sus labios, como si Pachi Achi, al comerlo devorase sus besos. Ella, que no lo puede besar a su gusto sino cuando no la ven (¿cuándo es que no la ven?). Melina y Pacífico quieren todos los besos de Pachi Achi para ellos. ¿No podrían permitir que Maia lo besara alguna vez a su gusto y sin medirle los besos? Para que no le doliese tanto. Pero Melina no quiere. O tal vez es Pacífico el que no quiere. Ella les oyó hablar una vez:

—No es conveniente que se encariñe con él. Más tarde puede dolerle.

—Maia sufre, Pacífico.

—¿Y qué remedio?... Las cosas vienen así.

Pero no es esto quitar con una mano lo que se da con la otra... Ellos la recogieron, sí. Le dieron techo cuando más lo precisaba. A ella, huérfana, sola, dos veces abandonada. Pero se quedan con Pachi Achi.

—¿Podría ser de otra manera, Maia?

—... No.

—¿Entonces?...

Sí, ellos tienen razón. Sin embargo, Maia siente en lo hondo del ánimo que este es un trato usurario. ¿Unos pocos cariños podrían hacer tanto mal a Pachi Achi? Hay infinitas criaturas mimadas por sus tías jóvenes o maduras. Maia hasta llegó a esperar que tal vez, pasando el tiempo, le dejarían cuidarlo. Para no cansarse tanto, Melina. Cuidar una criatura no

es grano de anís. Velar envejece y Melina siempre mezquinó la propia belleza. Es verdad que Pachi Achi es un ángel y no da malas noches. Pero ahora que empieza a caminar y se da contra los cantos, se cae y llora. Ella libraría a Melina de todas las preocupaciones. Melina seguiría siendo la madre. Nadie podría quitárselo nunca a ella ni a Pacífico; la madre es siempre la madre, dice la gente. ¿Entonces?...

Pero Melina no quiere, Pacífico no quiere. Tienen celos; así, tienen celos. Ellos quieren a Pachi Achi, es verdad. ¿Cómo no quererlo? Pero es gracioso que tengan celos: es Maia quien debería estar celosa. Además —Maia no quisiera decírselo a sí misma; no quisiera ser mala— es una manera de continuar el castigo, de no perdonar. De hacer que siga sola su camino, como siempre. Le dieron una pequeña cómoda para su ropa, pero sigue sin un rinconcito donde colgar los trapos de su corazón. Como siempre. No se trata ya de querer o no querer a Pachi Achi: se trata de que Pachi Achi no la quiera a ella, no distraiga un átomo del cariño que ellos sorben como tierra seca el agua. Melina esperó demasiado tiempo un hijo. Ocho años. Una eternidad. Ahora quiere resarcirse de la espera. Ella, que tanto pedía un bebé, que no se conformaba con la voluntad de Dios. ¿Cómo no reconocer ahora que todo es voluntad de Dios, menos la injusticia?... Por qué no le da a Maia su partecita en esa voluntad de Dios... Bien sabe Dios que se la ha ganado... O por lo menos que la ha pagado bien.

Pachi Achi no come su arroz. No tiene apetito. Melina prueba a hacerle comer.

—Una cucharadita por papá, ¿sí?... Otra por mamá... Otra por papá, otra vez...

Pachi Achi asiente, gravemente; come. (Maia traga saliva. ¿Una cucharadita por ella no podría, siquiera?...). Fuera se siente rechinar la cortina del garage: Pacífico regresa. Pachi Achi ha terminado de comer; Melina lo lleva a dormir. De paso por el comedor, le hace despedir de papá con un beso. Pacífico en el sillón lee el diario. Luego se recuesta, cerrando los ojos. Oye a Maia que va y viene de la cocina al comedor trayendo platos y servilletas. Tintinean los cubiertos: Pacífico abre los ojos y la mira. El cuello delgado, casi infantil; los cabellos ondeados, un poco descuidados ahora y rebeldes, pero con ese voluntarioso salvajismo del yuyo nuevo; la mirada resbala por la espalda lisa, la grupa pequeña y apretada, las piernas torneadas y blancas; lo más torneado de su delgada personilla. Ahora Maia pone la mesa y está de frente. El seno pequeño que no ha lactado, el vientre, sorprendentemente liso. Y sin embargo... Pacífico resbala por una pendiente viscosa. Sabe que están mal, esas visiones; pero quizá no lo puede remediar.

Cierra los ojos, resistiéndose a los feos pensamientos.

—¿Qué hay para cenar, Maia?

—Bifes con ensalada y dulce de frutilla.

El diálogo es apacible, pero Maia no se deja engañar. En su corazón infantil humea, silenciosa, una vaga inquietud, siempre que Pacífico la mira. Un poco de calor le sube a la mejilla. Ella trata de apagarse, de difuminarse, de borrarse en presencia de Pacífico; por nada del mundo quisiera enojarlo; sería

exponerse a perder del todo a Pachi Achi. El marido de su hermana es, al fin y al cabo, el dueño de casa, el árbitro; es además su tutor. Pero quisiera que no se fijase en ella, que no la mirara. Sabe que hay cosas que Pacífico sabe, que ella nunca podrá ocultarle; pero ¿por qué él le ha de hacer sentir que las sabe? ¿No es eso tenerla un poco desnuda siempre, sin nada que pueda llamar de veras suyo? Cuando él la mira, no tarda también Melina en dirigirle una mirada rápida al marido primero, a ella después. Y se da cuenta de que Melina se siente vagamente molesta. ¿Ha de ser suya siempre la culpa? Se siente desnuda ante los dos y no pudiendo defenderse. Ella sabe que es la voluntad de Pacífico quien lo gobierna todo, a través de Melina; él ordena cosas que quizá a Melina no se le ocurrieran.

—Tenés que alargar un poco tu vestido.

—Oh, Melina, está bien así, no se lleva más largo.

—Sí, pero a Pacífico no le gusta así.

O bien:

—Maia no debe pintarse.

—Todas lo hacen, Pacífico.

—Sí, pero ella no debe hacerlo. Tiene que hacer lo que nosotros digamos.

Depender así de los demás toda la vida. Toda la vida. Ligada así de la cabeza a los pies, a la voluntad de otros seres. Allá arriba las estrellas ensemillan un cielo profundo: si hubiese bastante silencio, Maia las oiría crepitar. Su rocío en los ojos despiertos; en los pulsos no sé qué inquietas mariposas. ¿Nunca más libre para mirar el cielo a todo cuerpo y soñar? ¿Nunca más?...

Melina entra. Pacífico alza la vista.

—¿Pachi Achi?...

—Ya está dormido.

—¿Qué le pasa a Maia?...

Melina hace un gesto vago. Sabe adónde llevan siempre estas preguntas de Pacífico. Y no le agrada.

—Parece haber llorado.

Con desgano, Melina se encoge de hombros.

—¿Por qué?...

—Lo de siempre.

—Esto se hace fastidioso.

—Comprendé, Pacífico...

—¿Qué tengo que comprender?... ¿La tenemos en casa o no?... ¿Le hemos dado amparo cuando más precisaba, o no?... ¿Dónde estaría ahora tu hermana, si no fuese por lo que hemos hecho nosotros por ella?...

—Pacífico, es mi sangre...

—Tu sangre, es cierto. Pero tené la seguridad de que quizá por una hermana mía no hubiese hecho lo mismo. Debería haberse conformado y comprender lo que estamos haciendo, caray.

(¿Pero Pachi Achi no significa nada?... ¿Nada quiere decir Pachi Achi, el amor que tenés a Pachi Achi?).

Melina calla. Se siente apenada por Maia, pero más se siente humillada. El menosprecio a Maia la alcanza sutilmente a ella. Si no fuese por Maia, ella podría hacer y decir muchas cosas de las que ahora tiene que abstenerse; se siente obligada a andar con pies de plomo. Pacífico puede en cualquier momento echarle en cara. Los hombres están siempre listos para eso.

—Pacífico, los dos queremos a Pachi Achi...

—Desde luego, lo queremos. Pero eso no tiene nada que ver.

¿Nada que ver? Sí, es verdad, legalmente nada. Melina querría hablar, a veces, claramente con Pacífico; pero intuye que lo que pudiera decirle no tendría valor para él. Y la humillación que siente ante el marido se le vuelve en parte rabia contra la hermana. ¿Por qué han tenido que ser así las cosas? Si su madre hubiese vivido; o si Maia hubiese sido mayor... o si Maia hubiese sido de otro carácter... Piensa de nuevo en Pachi Achi; se distiende y enternece. ¿Acaso Pachi Achi no lo explica todo, no lo justifica todo?... Pacífico es hombre y los hombres no comprenden...

—... ¡Maia!...

De allá de la cocina llega la voz suave, cantarina, que parece siempre velada por lágrimas recientes.

—¿Sí?...

—¿No está aún la comida? Van a dar las ocho.

Maia va y viene. Es ella quien sirve, como es también la que barre, cocina, lava los platos. Fue la condición que, si ella venía esta vez a casa, tendría que irse la muchacha. Una manera también de ahorrojarla dentro de las cuatro paredes. Solo que a la sirvienta se le da sueldo. A ella no le dan nada. Melina le da de vez en cuando unos pesos que ella guarda hasta juntar lo suficiente para comprarse un batón, unas sandalias, una enagua de *nylon* barato. Nada de lujo. Y Maia no sale a la calle sino con Melina. No va a ninguna otra parte. Melina quería que estudiase.

—Algo que le ayude en la vida. Pacífico Hay que prepararla. Siquiera un poco de inglés, dactilografía. Por lo que pueda pasar.

—Veremos.

Pero la cosa no llega. Y los días se anudan como eslabones, iguales unos a otros, duros: la cadena parece pesar cada día más. Maia va y viene sirviendo. Pacífico se encuentra de pronto mirándola de nuevo. La cadera enjuta, apenas núbil. El seno pequeño. El pensamiento viscoso se arrastra nuevamente como lombriz bajo el occipucio de Pacífico. La imagen de este cuerpo casi infantil soportando al hombre de pesados cuadriles y tórax profundo vuelve una y otra vez, turbándole; en vano se dice que es solo indignación. Se encuentra odiando casi, despreciando a Maia, por los mismos pensamientos que le inspira. Tan jovencita, tan menuda. Quince años. Baja los ojos a su sopa. Qué habría sido de Maia si no la hubiesen recogido consigo. Muertas la abuela y la vieja tía, el destino de la pequeña no habría sido dudoso. El asilo, seguramente. O el Buen Pastor. Maia tiene mucho que agradecerles. Respira aire libre, puede hojear revistas de modas, aunque sean anticuadas; mirar por el balcón algunos momentos, cuando Melina lo hace; salir de compras al almacén, y ver los árboles de la calle y pasar las gentes y los vehículos. Maia tiene mucho que agradecerle. Es cierto que es hermana de Melina, pero un hombre no se casa con sus cuñadas. También Melina tiene que agradecerle. Le permite tener a su hermana junto a ella, le ha evitado a Maia quién sabe qué horrores y a Melina vergüenza. La figura de Pachi Achi salta ahora de pronto a la pantalla. Todo desaparece por un momento para acoger la figurita pequeña, cómicamente gordita, cuyas manos aletean sobre un plato o se

agarran el volante con increíble fuerza. Pachi Achi. Su mismo nombre. Pacífico Aguiar, abreviado en la lengua de trapo de un niño de quince meses. Pachi Achi. Es triste no tener quién perpetúe nuestro nombre y nuestra sangre. Melina y él esperaron un bebé durante ocho años. Ahora llega Pachi Achi. Distinto y extraño, y sin embargo caro a su corazón. Un estremecimiento súbito le distiende; el tic tac del reloj vuelve a entrar en su oído.

—¿Dónde está el diario, Melina?... ¡Ah! Aquí está. Vamos al cine.

—¿Al cine?...

—¿Te sorprendés?...

—Hace tanto tiempo que no vamos...

—Por eso mismo. Mirá, esa película tan buena: *El Evangelio según San Mateo*.

Maia va hacia la cocina llevando los platos sucios. Pacífico ve sus labios apretados, la carita oscura y empequeñecida.

—¿Qué le pasa?

—Tal vez le gustaría ir al cine. Nunca va a ningún lado...

—¿Estás loca?

Comprende que ha estado brusco. Echa por un desvío:

—¿Quién queda en casa cuidando a Pachi Achi?...

Melina inclina la cabeza. Es cierto, Maia tiene que quedarse. Va a su habitación, y vuelve metiendo su pañuelo limpio en la cartera. Maia lava los platos en la cocina. Melina se asoma, le dice hasta luego mientras Pacífico cierra con llave la puerta del patio. Salen. Maia oye girar la llave en la cerradura

de calle. La encierran, como siempre... En el auto, Melina aventura:

—Habría que darle alguna diversión, Pacífico. Una chica de su edad...

—Ella sabe su situación, ¿no?... Hay que saber aceptar lo que nos toca.

Maia termina de limpiar los platos como un autó-mata. El dolorcito que parece prenderse a sus quince años como una gran araña de patas duras debajo de los senos núbiles se encarniza. Poco a poco, sin embargo, recupera los ánimos. ¿Qué será lo que quince años no puedan soportar?... Aquel dolorcito del momento va bajando como barco en naufragio a unirse con tantos otros —grandes y chicos— en el sótano del alma. Sólo queda, implacable, aquel otro dolor grande de su desgarradura adolescente, aquel dolor que abrió su cuerpo y su alma en una grieta sola, que no se puede cerrar. No la dejan cerrar. Suspira. Estira los brazos. Va a sentarse en un sillón del comedor. Cierra los ojos. Poco a poco una idea va adquiriendo forma en ella: una idea díscola, audaz, inverosímil, maravillosa. Mira el reloj. Son apenas las nueve. Esperará... Sí, hasta las nueve y media. Hasta tener la seguridad de que Melina y Pacífico no han desistido de entrar en el cine —alguna vez ha pasado que salieron para allá y luego se arrepintieron—. Esperará hasta las nueve y media... Y luego...

Despacito va hacia el cuarto de baño. Se lava las manos con el rico jabón de Pacífico. (Esta es una de sus pequeñas venganzas). Se echa en el cuello y las manos perfume de Melina. (Que se fastidie Melina). Ya en su cuarto, se pone su camisón de lienzo —ca-

misión de enclaustrada— y se echa en la cama. El reloj de la cómoda deja llegar hasta el dormitorio, pegado al de Melina y Pacífico, separado por este del Pachi Achi —su solemne tic tac. Y luego, con un previo desgarró, las campanadas. Las nueve y cuarto. El tráfico en la calle decrece, despacio. Ay, cómo tarda en pasar el tiempo. La inmovilidad parece envolverla con su telaraña. Está a punto de dormirse. Las nueve y media. Maia echa una pierna fuera de la cama; luego la recoge otra vez. Se levanta de nuevo. Se vuelve a echar. Las diez menos cuarto. Por fin. En la calle ha cesado casi todo rumor. Maia se levanta. Va hacia la puerta de calle, y corre el cerrojo. Así estará más segura. Cruza la alcoba conyugal. Abre con cuidado, palpitándole el corazón, la puerta del cuartito de Pachi Achi. Prende la luz. Allí, en su camita de hombrecito —a Pacífico no le gustó una cuna— está durmiendo Pachi Achi, el puño cerrado sobre la cabeza, dentro de la esponjosa chaquetita del pijama. Maia lo mira y siente lo que debe sentir una botella que se coloca bajo la canilla abierta a toda rosca; en él entra, tumultuosa y fresca, la alegría de querer.

—¡Pachi Achi, mi vida, mi cariño, mi amor!

Se arrodilla al lado de la camita. Tiende las manos; no sabe cómo tomarlo para no despertarlo. Pachi Achi abre los ojos. Parpadea. Se le queda mirando fijamente, luego cierra los ojos de nuevo; bosteza.

—Pachi Achi, mi vida.

Lo alza, lo acaricia. Pachi Achi sonrío, bosteza. Luego abre los ojos, totalmente despierto. Está sorprendido ante esta ruptura de las reglas de su vida, pero no le parece mal. Maia pasea a Pachi Achi can-

turreando, lo deposita en el suelo; va hacia la pequeña cómoda, saca un montón de ropitas, las pone en la silla junto a la camita. Y comienza a vestir y desvestir al nene, probándoselas. Le pone primero su mameluco de seda celeste; luego su trajecito de lana amarillo, luego su dolmancito azul zafiro, su gorrito de piel blanca y sus botitas haciendo juego. A cada prenda que le pone, corre al espejo de Melina a hacérsela ver. Pachi Achi no entiende nada, pero está divertidísimo. Maia baila con él; lo besa hasta dolerle el corazón. Ahora le prueba su trajecito blanco de las grandes ocasiones, que aún no estrenó. Ah, la felicidad. ¿Quién dijo que la felicidad completa no es de este mundo? Señal de felicidad es cuando se olvida el lugar y la hora. Maia lo ha olvidado todo. Y cuando suena la puerta de calle con seco y redoblado aldabonazo, es como si una serie de bolas de hierro se descolgasen de pronto en su estómago. Pone a Pachi Achi en la cama, lo tapa sin detenerse a sacarle su vestido de gala: agarra los trajecitos y, hechos un burujón, los tira en la cómoda, echando encima un zapatito suelto; cierra como puede y corre a abrir, tratando en vano de componer el rostro. Corre el cerrojo: cruje la llave. Pacífico y Melina entran. Melina viene asustada. Pacífico, oscuro como trueno, se le echa encima:

—¿Por qué cerraste la puerta por dentro?...

—Yo tuve miedo... Yo...

Pacífico la lleva, clavándole los dedos en el brazo, en vilo, hasta el comedor. Melina los sigue, palidísima. Allí Pacífico echa a la muchacha de un empujón en un sofá.

—Apesta a perfume. Algo anduvo haciendo. Vigílala, Melina.

Va hacia adentro sacando del bolsillo el revólver. Maia no imagina qué puede hacer con él; pero tiembla de la cabeza a los pies. Melina la sacude, y no sabe qué es mayor; si su miedo o su cólera.

—¿Qué estuviste haciendo, Maia?...

Maia no puede hablar. Donde el cuñado le apretó el brazo, le duele. Todas las luces de la casa están prendidas; se oye a Pacífico cerrar y abrir puertas. Al fin vuelve, oscuro el ceño siempre; pero ha guardado el revólver. Se dirige a Maia:

—Me vas a decir qué estabas haciendo.

(¿Qué estabas haciendo, Maia, qué estabas haciendo?...)

Maia abre la boca, pero sólo puede sacudir la cabeza histéricamente. Pacífico alza la mano para pegarle. Melina se interpone.

—No, Pacífico: eso no. Vamos a dormir. Mañana aclararemos todo.

—Pero...

—Vamos a dormir, Pacífico. Por favor. Los vecinos...

Le cuesta mucho ceder a Pacífico; pero cede. Va hacia la puerta de calle; tiene que encerrar el coche. Maia, sonámbula, se encamina a su cuarto. Melina entra a ver a Pachi Achi. La luz prendida muestra al nene despierto, incorporado en la camita. Allí está, con su dolmán, sus botitas, su gorrito blanco. Melina se los saca, le acuesta. Pachi Achi queda quieto. Con el dolmán en la mano, Melina va al cuarto de Maia.

—¿Qué quiere decir esto?...

Maia, ahogada por la congoja, no contesta.

—¿Tal vez querías escapar con Pachi Achi?

Maia deniega con la cabeza.

—Quería probarle la ropa... Ver cómo le quedaba... Jugar con él un rato. Nunca juego con él... Solloza hasta ahogarse. Melina querría decir algo, pero no encuentra qué. Le pasa la mano por la cabeza. Hace tanto tiempo que no acaricia a Maia. Baja la mano, siente extraña, forastera, la forma de la pequeña cabeza. Su corazón se oprime.

—Duerme tranquila. Ya hablaré con Pacífico.

Cuando este llega del garaje, Melina está ya en la cama.

—¿Averiguaste algo?

—Sí.

—¿Y?

—Quería jugar con el nene, Pacífico. Lo estaba vistiendo con sus ropitas de fiesta...

Pacífico se queda rumiando el asunto un rato.

—Está loca.

Melina calla. Sí. Hay cosas que los hombres no comprenderán.

—Hizo perder el sueño a la criatura. ¿Se da cuenta esa irresponsable?... Y nos dio un susto mayúsculo.

—Bueno, Pacífico. Vos también, enseguida pensaste lo peor.

—¿Te parece que no tengo razón para pensar mal? Melina traga saliva.

—Ella no da motivo hasta ahora, Pacífico.

—¿Crees que podemos fiarnos de ella entonces?... Melina calla.

—Y esa manía con la criatura. Como si fuésemos ogros que la privamos de verle.

—No se pueden atajar los sentimientos, Pacífico.

—Pero se puede comprender que hay que aceptar una situación. Al fin y al cabo, ¿qué hubiese hecho ella sin nosotros?...

—¿Y nosotros sin ella, Pacífico?

—No me hagas reír. Todos los días hay en la Maternidad media docena de criaturas disponibles. Cualquiera de ellas hubiese servido sin necesidad de que tu hermana se acostara con un atorrante cuyo nombre ni siquiera sabemos.

Ya salió afuera, como la pus de un grano, la brutalidad. Melina habría preferido que Pacífico le hubiese pegado una bofetada. Calla y aplica la mejilla contra la almohada para ahogar el llanto. Así pues, Pachi Achi es como otro niño cualquiera abandonado; no es alguien que lleva la sangre de ella misma. Para Pacífico es lo mismo... Y el insulto a la hermana parece salpicarla a ella; la hace sentirse sucia.

La mano de Pacífico busca su hombro; se desliza por su sien:

—Bueno, Melina... Uno está enojado y dice cualquier cosa.

Melina llora ahora incontinentemente. Lloro de humillación, de desesperación, porque no puede volverse contra Pacífico —este tiene razón— y volverse contra Maia, tan desvalida, sería cobarde. Lloro, como antes Maia, con nerviosos espasmos que la ahogan. Es la primera vez que ella llora así; ni cuando se enteró de la desgracia de Maia. Pacífico enciende la luz; se sienta al borde de la cama, trata de consolar a Melina. La levanta, la recuesta contra la almohada. Melina está patética. El pelo deshecho le cae sobre

los hombros: el fino camisón resbala de su hombro, desnudando el seno lleno, redondo. Pacífico siente ante la muñeca maltratada renacer extrañamente la ternura hace tiempo arrinconada. Pide perdón a Melina. La besa cálidamente. Encuentra palabras escondidas muy adentro de los sentidos. Y del fondo turbio de ese instante penoso, un poco sórdido, asciende, inesperado, como un pez encendido, la maravilla inédita de la suprema sintonía. Pacífico, un tanto avergonzado y al propio tiempo contento allá dentro, no sabe por qué. Melina, humillada pero satisfecha del imperio que recobra, parece, en los sentidos de él. En el abrazo que los une se liberan Dios sabe qué secretas y últimas timideces. Quizá es la llamada que alguien, en alguna parte demorado, esperaba para ponerse en marcha por un camino de luces en capullo hacia el mundo de Pacífico y Melina...

El reloj bronquítico suelta, como una píldora de metal, una campanada. Pacífico y Melina duermen. En la almohada de Maia se secan ya las lágrimas. Sobre la alfombra del comedor, Poodle gime. Grisón, en el patio, ha buscado el fresco del pasto.

Una mariposa blanca entra a través de la abierta reja de la habitación de Pachi Achi: revolotea sobre su camita; entra luego en la alcoba conyugal, se funde en su sombra.

19. El canasto

para Meco y Nenucha

El micro aquel recogía siempre los últimos pasajeros del mediodía; tal cual demorada compradora del mercado; empleados y empleadas que se rezagaban aprovechando los minutos últimos antes del cierre de las tiendas para comprar algo, porque no disponían de otra hora. Y este pasaje llenaba el micro siempre de paquetes y de bultos. Atados en los regazos, entre las piernas: canastos y bolsones desbocados en los pasillos. Como consecuencia, rezongos, protestas, un va y viene de indirectas malignas que el chofer capeaba inclinándose más aplicadamente sobre el volante, y el guarda mirando a lo lejos a través del parabrisas. Nadie iba a remediar nada. El vehículo no tenía depósito trasero ni portabultos. Y aquellas mujeres no iban a volver a sus casas a pie, tan lejos, ¿no?...

Pero ese lunes mediodía alguien se había pasado de la raya. Aquel canasto excedía las máximas dimensiones de la paciencia. Un canasto enorme, sin asas, hondo, con las orillas deshechas, desnudas las puntas de mimbre verticales y agresivas, sueltas las cañuelas heridoras, ocupaba la entrada. Dentro, un paquete de yerba, unas sábanas no muy limpias, un poncho viejo, dos o tres bolsas de arpillera. Y una incongruente, huérfana lechuga.

Colocado allí estratégicamente, al borde del escalón, todo el mundo tropezaba con él al entrar o al

salir. Los que subían se despellejaban las espinillas; a los que bajaban, quedábasele enganchado siempre algo: el manto, un paraguas, el borde del pantalón o la orilla de la pollera, en aquellos mimbres puestos allí como adrede. Alguien se dejó enganchada la lechuga aquella. Y una señorita muy paqueta había bajado unas cuadras atrás con las medias a la miseria. Culpa de ella, solamente, desde luego. Ponerse media fina para andar en micro. Mejor ponerse para pasear por un caraguatal.

Todo el mundo rezongaba y maldecía del canasto. Pero saltaba a la vista; aquel era el único sitio en donde podía ir. La dueña, repantigada en un asiento cerca del fondo, cerraba los párpados, arrugados como los de un lagarto viejo, y callaba, como si tuviese tanto que ver con aquel canasto como con las tripas del chofer.

... Una cuadra, diez, veinte. El casco urbano quedaba ya atrás. Unos pasajeros bajaban y otros subían; pero eran ya más los que bajaban. El pasaje se había renovado varias veces; la dueña del canasto, negruzca, sebosa e inmóvil, continuaba, sin embargo, su trayecto, y el canasto seguía en su lugar.

El micro llevaba ya varias cuadras sin alzar pasajero alguno. El sol golpeaba el asfalto con un estallido de luz casi sólida. Los plátanos nuevos junto a los cercos saludaban al vehículo al pasar con sus paletas de metal bruñido. El chofer se limpiaba con la manga la frente rezumante, mientras el guarda, flacucho y de rostro picudo, sentado en el asiento más cercano a la estribera, se recostaba en el respaldo y se rascaba la planta del pie en el borde del canasto. El micro

aumentaba su velocidad: volaba. Los pasajeros callaban; tanto, que la dueña del canasto se arriesgó a abrir los arrugados ojos de lagarto. Más cuadras sin pasaje. Por fin, allá lejos, alguien agitó una mano. Paró el micro. Subió primero un chico con un canastito, y tras él una mujer con una criatura de pecho en brazos. El guarda se comidió a tender una mano para ayudarla a subir. Aunque no vieja, la mujer parecía muy cansada. Temerosa del avanzar, ya en marcha de nuevo el micro, la mujer se dejó caer en el asiento delantero. El chico se había sentado ya al otro lado del pasillo, el canastito sobre las rodillas.

El micro recuperaba su velocidad, ahora rebotando un poco, porque se había terminado el asfalto. La mujer se desprendió un poco el manto negro, se abrió la blusa del vestido floreado y desteñido y, sin curarse de la lúbrica mirada del guarda, entregó al hambre de la criatura —una criatura morenucha pero singularmente rolliza y sana— un pezón oscuro y como inflamado, rematando un seno parecido a una orcita de barro. Para acomodarse mejor, la mujer alargó una pierna desnuda; tropezó en el canasto y se arañó la piel. Se inclinó; el borde del manto colgante se enganchó en la deshecha orilla del canasto. En vano la mujer procuró desprenderlo, pugnando penosamente con la mano libre; el fleco no quería soltarse. Un bamboleo del vehículo enganchó otro fleco; el manto se descolgó del todo de los hombros de la mujer y cayó al suelo. El guarda lo recogió, desgarrando un poco los flecos al soltarlo; lo entregó a la mujer.

—Gracias, che memby —dijo ella.

Y luego, rezongando:

—Cómo se animan, che Dió, traer esta porquería para perjudicar su prójimo.

El guarda miró al paisaje a través del parabrisas.

La dueña del canasto había cerrado de nuevo, prudente, sus párpados de lagarto beatífico. Había, además de ella, dos muchachas rubias, descoloridas, de luto; un muchachón. Alguien dio el nombre de una calle, a la vez que un brazo hacía señas náufragas al extremo de la cuadra. El micro paró. Bajaron las dos chicas de luto y el muchachón, y subió un señor rubianco, calvo, la camisa pegada a una espalda montañosa, la frente un campo de angustiados rocíos. Con un suspiro de desahogo se dejó caer en un asiento delante de la dueña del canasto. Sacó un enorme pañuelo blanco y se enjugó la cara.

Más y más cuadras sin parar. El mitaí en su asiento inmóvil, el canastito sobre las rodillas, entrecerraba los ojos. La mujer cambió a la criatura de seno. Al hacerlo, el manto resbaló de nuevo, como estirado subrepticia e hipócritamente por los mimbres en acecho. La mujer se inclinó una vez más; pero no quería molestar a la criatura, que chupaba ávida, y así no pudo recogerlo. Volvió la cabeza, miró a la mujer de ojos de lagarto. Sólo ella podía ser la dueña del canasto.

—De quién mi Dios este canasto, quiero saber...

El guarda volvió una vez más la mirada al paisaje lejano. En la esquina próxima, un resplandor blanco e inquieto; un grupo de escueleros. Seguramente examinándose, «febreristas». Todos tenían las mejillas arrebatadas por el sol. La mujer seguía comentando, por su cuenta.

—Cómo es que se puede dejar estas criaturas tan tarde así en la calle con este calor.

El micro se tragó a los chicos como un sorbo de espuma. Al subir, dos o tres de ellos pisaron el manto caído. El último, un esmirriado pecoso, tropezó con el canasto y se arañó las rodillas. Al levantarse, pisó su propio guardapolvo, que se le desgarró.

—La pucha. Lo que va decir mi mamá ahora.

Lloraba casi. Los otros rieron. Sentábanse ya con gran algazara en el fondo, porque querían ir juntos. Todos se reían del feo y pecoso. Titito no tenía suerte. Le habían aplazado de nuevo. Y de yapa se había arañado las rodillas y desgarrado el guardapolvo, y su mamá le iba a dar una paliza.

El micro iba ahora disparado. El chofer, recostado en el respaldo, entrecerraba los ojos —¿o la mujer veía mal?...— y parecía dejar al vehículo correr por su cuenta. Seguramente estaba deseando llegar, entregar su turno y descansar. Quizá había ido de juerga la noche anterior, domingo, y tenía sueño. Tal vez se había casado hacía poco y le esperaba una mujer joven y cariñosa. Quizá simplemente deseaba llegar porque tenía apetito y pensaba en un buen plato de loco.

La calle se extendía ante el micro con su ligera concavidad de hamaca o de intervalo entre dos olas. Allá lejos, a las pocas cuadras, se precipitaba limpiamente en el terrible azul de la siesta.

El nene seguía chupando. Al fondo, los escueleros se divertían de lo lindo tomando el pelo a Titito.

—Sos un chambón. Ni copiar sabés.

—Cómo voy copiar si me está mirando la señorita todo el tiempo.

—Mirá como hice yo para llevar copiado mi tema y que no me vea.

—¿En el pellejo de tu muslo?... ¡¡Ayjuelete!!...

La mujer movió sin darse cuenta la pierna; el mimbre volvió a rozarle la piel. Furiosa, dio un puntapié al canasto, sin moverlo, por supuesto; estaba bien encajado. Miró otra vez por encima del respaldo a la vieja de los ojos de teyú. Cómo se puede traer esas cosas en micro. En tranvía, si acaso. Miró luego a su hijo, en el asiento de al lado. Dormitaba. Él también estaba cansado, angá; despierto desde la madrugada. El cabello crecido le comía las sienes y la nuca, donde los tendones se destacaban tirantes como dos piolines. Los brazos flacos rodeaban el canastito donde se juntaban las sonseras que la patrona le había dado como siempre que iba a hacer la limpieza de la casa. Un poco de azúcar. Un resto de café, casi sin aroma ya. Una lata de leche para la criatura, que nunca se hartaba. Y, milagro, un buen pedazo de torta de la fiesta de quince de la hija de la patrona. El chico le había pedido un pedacito:

—Quiero probar, mamá. Tengo hambre.

—Cuando lleguemos en casa, che memby. Rosalina angá también ha de querer probar.

Él no había protestado. Era obediente. Ahora, al verlo tan cansado y flaco, la madre sintió no haberle dado aquel pedazo. Lo miró otra vez. Tenía que enviarle a la peluquería y comprarle una camisa. La ternura silenciosa de los pobres no da para más: para cantos o canciones. Queda en eso. En lo necesario. Un corte de pelo. Una camisa menos vieja que la puesta.

El micro paraba. Titito corría hacia la salida. Trastabilló al tropezar con el canasto. El guardapolvo se le enganchó de nuevo y el desgarrón se hizo imponente. Aterrizó en la vereda con un salto descoyuntado. Los compañeros se morían de risa:

—¡¡¡Titito yetudo!!!

—¡¡¡Titito fúlmine!!!

Titito dobló la esquina lloriqueando, y desapareció con el trozo de guardapolvo descolgándosele sobre la pierna. El micro se alejaba ya hecho una llama bajo el sol.

La mujer pensó que pronto le tocaba bajar, y quiso recoger el manto enganchado y pisoteado. Fracasó. El bebé prendido al pecho —nunca se hartaba, che Dió— le impedía maniobrar. Se enderezó decidida a decir cuatro cosas a la vieja aquella tan desconsiderada. Y en ese punto algo gris, rugiente, le oscureció la vista, ocupó todo el espacio del mundo. Una fuerza prodigiosa la echó atrás, primero, luego hacia adelante, descuajándola; los brazos vacíos, la boca abierta en un grito que no alcanzó a sonar; un grito por algo que no supo ya qué era, antes de atravesar aquella parrilla de crueles filos, quemándola por dentro. Un trueno opaco y remoto le atropelló la frente. Un mantón floreado quedó encajado en la estribera.

En el asiento de atrás los mitaís habían callado, y no se veía ninguna cabeza. La mujer de los ojos de lagarto caía en alguna parte, quizá debajo del hombre gordo, del cual solo se veía la espalda como un enorme atado de ropa sucia. El mitaí, colgado sobre un respaldo, como puesto a secar, manaba despaacio

sangre de la cabeza. El volante no se veía; el chofer, doblado hacia delante, boqueaba sin ruido.

... El canasto se había volcado sobre las piernas del guarda, quien con la cabeza desgarrada fuera del parabrisas, parecía haber satisfecho de una vez su curiosidad de paisaje. Pero de debajo de la canasta se levantaba ya un lloro, lloro frenético, indignado de una criatura a la cual han arrancado, sin justificación suficiente, el pecho antes de hora.

20. Ña Remigia

—Lo que yo quiero saber, si me voy curar.

(La voz aletea apenas como una mariposa moribunda sobre los labios arrugados y oscuros: obscena flor de banano. Sobre el labio superior, un sucio vello negro y duro. La ropa se le desgaja sobre el cuerpo increíblemente flaco. De pie, apoyada en el bastón, incongruente bastón flamante, lustroso, me mira temblorosa. Sus grandes ojos torunos, todos pupila, me impetran, me suplican, me ruegan una esperanza).

—Claro que sí, Remigia. Claro que te vas a curar.

(No estoy mintiendo por consolarla. Muchas hemiplejias regresan. ¿Ella misma acaso no quedó con el brazo derecho colgante, muerto, a la par de la pierna?... Ahora lo mueve bien. Lo ha recuperado. ¿Por qué no recuperará también la pierna poco a poco?... Hace solamente tres meses del ataque. Pero Remigia siempre fue impaciente. Nunca quiso depender de los demás. Le gustó siempre vivir sola).

—Yo quiero irme a mi casa. Allí solamente me voy curar. Siempre me enfermaba y me curaba sola.

(Es cierto. Muchas veces, en el curso de su vida, enfermó. El hígado, seguramente. Cuando se sentía enferma, cerraba la puerta de su rancho y ya no la volvía a abrir hasta que no se sentía curada. Y aun estando bien, dormía siempre de siesta con la puerta cerrada. Y la ventana —por la cual apenas se podía

asomar la cabeza— cerrada también por si acaso. Desde pequeña le gustaba estar sola, encerrada en la pieza, cuando no estaba con su mamá... Las hermanas no la querían, pero la mamá la defendía).

—Mis hermanos y hermanas eran todos fuertes y sanos. Yo era canguí.

(Ya he escuchado muchas veces la misma historia: de boca de ella, y de sus hermanas Ramona y Próspera. Ella la dejaba correr, con aire plácido, entre dos chupadas al poguazú, mientras liaba los cigarritos que luego vendía en el mercado de Pettirossi, o con parsimonia iba vertiendo el sebo derretido y apesotado en el molde de hojalata, fabricando sus velitas para media docena de marchantes. Pero nunca creí la escucharía repetirla así en esta actitud de mísero espantajo desmantelado, mientras llora).

—Yo era la mimada de mamá, porque nací después que papá murió.

(Doña Celedonia, la mamá, se había casado muy joven con un gringo celoso del dinero y de la honra. Don Próspero, que viajaba a menudo acopiando frutos, opinaba que la mejor manera de mantener alejado a todo sombrero caá es tener a la mujer perpetuamente encinta. En su opinión, era el mejor cinturón de castidad, sobre todo cuando el marido viaja. Y al emprender el último viaje, también encinta la dejó. Doña Celedonia era mujer cooperativa —lo probó teniendo doce hijos en diez y seis años—. Pero un día, cuando Remigia tenía seis, la prolífica señora enfermó, se acostó y no se levantó más. Tres hijas mayores ya estaban casadas y con criaturas. La mamá se preocupaba al morir por ella, que era enfermiza).

—Pensaba que yo no iba vivir porque era muy llorona. Solo me callaba cuando me ponía la mamadera en la boca. Y así me quedó la costumbre. Cuando mamá murió, yo tenía seis años y andaba todavía con la mamadera.

(Debe ser terrible: ser mimada y quedarse de pronto sin mamá. Es como cuando a uno le sacan de pronto la cobija en una noche helada...).

—Cuando mamá murió, Ramona, mi mayora, me llevó con ella. Tenía ya cuatro hijos, el mayor de seis años como yo. Mamá le había dicho que me cuidara bien. Ella me cuidó bien angá. Era buena. Su marido, no más lo que era argel...

(Así mismito me lo había contado Ramona. Ella cumplió lo prometido a la madre. Hizo todo lo que pudo hacer quien es ya mujer casada, que tiene que andar bien con el marido y con los parientes del marido y con los suyos propios, y los vecinos, y cuidar a cuatro criaturas, la mayor de la misma edad de Remigia. Al principio todo había ido bien; pero no tardó en enturbiarse el horizonte. Remigia se prendía a las polleras de la hermana mayor como antes a las de la madre; pero desgraciadamente acá tenía competidores con derechos de primo ocupante; y como el primogénito era varón, resultaba Remigia siempre con arañazos en las mejillas o un ojo morado. Entonces dio en pasarse la vida bajo la cama del matrimonio. De allí no salía, de día al menos, mientras no se la llamaba con la mamadera, con gran escándalo de sus sobrinos coetáneos que no entendían la razón del privilegio).

—¿Por qué andás todavía con el chupete?

Remigia, que se sentía protegida por la voluntad todopoderosa de doña Celedonia hasta después de difunta esta, contestaba, convicta y orgullosa:

—Mi mamá lo quiere...

—Me sentaba en la mecedora de mi tía y tomaba la mamadera. Si alguien me decía algo, yo gritaba llamando a mamá. Nadie me quería, por eso. Me sentaba en la mecedora y tomaba la mamadera, mirando al techo, hasta que me dormía.

(Del mismo modo la he visto tomar su cerveza —le gustaba tomarla directamente de la botella hasta hace poco; quizá menos de un año— y quedarse dormida. En los últimos tiempos se había aficionado en exceso al brebaje. La tomaba por botellas y se enojaba cuando venía a mi casa y yo no tenía una cerveza lista para convidarla).

—Después ya no tomaste más la mamadera. Te gustó más la cerveza...

Se sonríe. Su sonrisa se parece a la mueca previa al lloro.

(Tres días después de ir Basilio al Asilo era el cumpleaños de Ramona. Remigia bebió hasta perder el juicio y comenzó a perseguir a sus hermanos y sobrinos a botellazos).

—¿Te acordás, Remigia, el último cumpleaños de Ramona? Todos salieron corriendo. A tu cuñado Patricio le quebraste un dedo y a tu sobrina Próspera le hiciste un chichón grande como una naranja.

Contrae la cara y aprieta los párpados como si le doliese algo. Sus pestañas y cejas son increíblemente negras, como el pelo, que a los 75 años no ha encanecido aún: unos sorprendentes rulos tiernos, recientes, le

acarician los prodigiosos paquetes de arrugas en las sienes.

—Qué lindo tenés el pelo, Remigia. Negro, negro.

—Mis tías eran así. Nunca tuvieron canas. Mi mamá tampoco. Bueno: mamá murió joven.

—Tus hermanos viven todos aún, ¿verdad, Remigia?

—Todos viven. Todos son mayores que yo. Ramona anda ya por los 90, pero todos andan bien. Yo, la más joven, la primera que me voy morir.

Llora. No son lágrimas: es una huella ancha y lustrosa, una humedad uniforme y brillante que le barniza los pómulos y se extiende hacia las comisuras.

(La veo llorar y me vuelve a la memoria la primera vez que la vi. Cuando la conocí, estaba también llorando. Aquella vez era porque se creía encinta. Y le estaba confiando sus cuitas a mi marido. Como yo llevaba solo dos meses de casada, aquella conversación a solas y aquellas lágrimas me hicieron imaginar Dios sabe qué cosas raras, sobre todo después de haber escuchado algo sobre el Paraíso de Mahoma. Mi marido me lo aclaró todo luego: me costó un poco de entender, porque yo era entonces demasiado joven y aún no había leído a Freud... La miro. Como hace cuarenta años, sus pestañas parecen postizas; las cejas negras y anchas tiznan la palidez desangrada del rostro. Era hermosa todavía hace cuarenta años. Ahora es ya irremediablemente vieja: sus mejillas son pura arruga, pero sus cabellos siguen siendo de un brillante negro inverosímil).

—No llores, Remigia. No te vas a morir.

Las manos de Remigia aprietan nerviosamente el bastón, mientras llora.

—Yo quiero volver a mi casa. Solamente en mi casa me hallo.

(Miro en torno. La pieza nueva, amplia, con gran ventana; el piso de baldosa. La cama modesta pero limpia, ancha ventana con vidrio, piso lustrado, la mesilla con la radio que Remigia puede manejar a su gusto. Una radio nueva, no como aquella que le prestaba el vecino cuando estaba enferma, y que era pura gárgara y carraspeo. Un palacio, comparado con la pieza de paredes color de hueso viejo y sucio, piso de ladrillo, por cuya puerta apenas pasa encorvándose).

—Pero esta pieza es linda, Remigia; es limpia, es grande; tenés radio: no es posible que no te hallés. Remigia mueve la cabeza obstinadamente.

—Sí, me gusta la radio; pero en mi casa solamente. ¿Por qué no me regalaron cuando estaba sana, en mi casa?

El barniz en sus mejillas se hace más ancho y brillante: la voz gorgotea, herida.

—No me hallo aquí. En mi casa solamente. Yo quiero mi perro y mi gallina. Quién sabe qué pasó con ellos.

(Su perro y sus gallinas. De oírle hablar de ellos, yo los conozco como si fueran mis vecinos. Todas las aves tienen un nombre: Reina, Princesa, Señorita, Caballero y Príncipe. El perro se llama Terrible; es un gozque increíblemente ruin de tamaño y figura, que cuando una visita estornuda, se esconde bajo la cama. Eso sí, dentro de casa, de noche, con la puerta cerrada, ladra hasta quedarse afónico).

—Basilio raí cuéra cuidará de ellos.

Remigia mueve la cabeza.

—No le van dejar que se acerque. No le quieren. No le querían a Basilio. Por eso hicieron aquello. Me quitaron mi casa.

(También conozco esa parte de la historia. Ello sucedió apenas recuperada Remigia en principio de su hemiplejía. Sus hermanas y sobrinos la llevaron ante un escribano. Ella firmó lo que le dijeron. Dijeron que era para que no le faltase quien la cuidara hasta el fin de sus días. Si se enfermaba, le pondrían médico, la operarían, harían todo lo que fuera menester. La cuidarían aunque viviese cien años).

—No te quitaron tu casa, Remigia. ¿Acaso el escribano no te explicó bien? Fue una cesión ventajosa para vos. Es lo que se llama venta en usufructo. Tu casa es tuya mientras vivas. Nadie te la puede quitar. Cuando te mueras, no más queda para tus hermanos.

—Mi casa era mía. Y si yo quería darle a Basilio, o si no a su hijo, ¿por qué no le iba dar? Él me cuidó muchos años.

—Vos también le cuidaste muchos años. ¿Cuántos años hace ya que está enfermo? ¿Diez años?

Remigia sigue con la cabeza vuelta, díscola. No quiere hablar de eso. Para ella, cuanto Basilio hizo supera cuanto ella haya hecho y pueda hacer.

—Basilio seguro me cuidaba. Seguro me dejaba estar en mi casa. Ellos no hicieron eso por mi bien; hicieron no más porque cree que Basilio era mi concubino.

(No solamente sus parientes: todo el mundo está convencido de eso. Yo también lo creí hace muchos años. Hoy que conozco más la vida, puedo comprender que entre Basilio y Remigia nunca hubiese nada

que se pareciera a un escarceo de la carne. Lo que hubo entre Remigia y Basilio es difícil de entender para aquellos que entre hombre y mujer no conciben sino una vía de aproximación. Esta Remigia, que hoy tambalea ante mí sus 75 años hendidos por la hemiplejía, es una mujer perfectamente soltera y virgen que ha tenido en su vida seis hijos. Los seis hijos de Basilio y Cesárea. Pero ni los vecinos de Remigia ni sus parientes tienen imaginación bastante para pensar otra cosa que lo que todo el mundo piensa en tales casos.

Sigo mirando a Remigia. Esas pobres manos que agarrotadas sobre el bastón tiemblan, hace tres meses aún que cortaban la leña para su fogoncito y sacaban el agua del ycuá a tres cuadras de la casa. Remigia cocinaba su comida escasa pero gustosa, en su cocina chica, tan chica, que pienso que cuando muera allá abajo metida en su cajón, seguirá creyendo que está en ella).

—Yo lo que quiero saber si me voy curar.

No se cansa de preguntar. Y mi piedad por ella no permite tampoco que yo me canse de contestar.

—Claro que te vas a curar, Remigia.

—¿Y voy caminar otra vez sin bastón?

—Seguro que sí.

—Yo era tan animosa. Nunca necesité de nadie para nada. Siempre hacía yo todas mis cosas. Nunca nadie me dio de comer de balde. Desde que escapé de mi casa.

—Cuando te conocí hacía poco tiempo de eso, ¿verdad?

(Yo conozco la historia. Claro que la sé. Pregunto no más para conversar, «para hacer pasar». La cara

de Remigia se aprieta como un cucurucho sobado de papel manila que se cierra. Ella sí ha olvidado que me lo contó todo hace ya tiempo. Cómo aquel hombre sin cara entró por su ventana atravesando la reja de hierro, levantó la frazada, miró su cuerpo núbil y sonrió diabólico:

—Estás embromada; vas tener hijo.

Aquella misma madrugada huyó de su casa. Ella, que no salía a la calle sino a empujones. Encontró su camino hasta Asunción. Llegó a casa de su madrina. Nadie supo nunca cómo. Su madrina vieja la recibió, escuchó sus descosidas revelaciones, sin acabarla de entender. Pensó que le mentía. Le rezongó un poco; no mucho. La llevó al doctor y después de hablar con este se quedó más desconcertada que nunca. Hizo llamar a Ramona y su marido. Pero Remigia se encerró en la pequeña pieza donde dormía y no quiso salir ni hablar con nadie; no quiso saber nada de volver con sus hermanas. Se quedó, pues, con la madrina. Durante unos meses anduvo de un lado a otro misteriosamente: sus formas un tanto angulosas se redondearon; sus senos tenían leche. La madrina no sabía qué pensar; la miraba con ojos donde peleaban la fe en el médico y la desconfianza de vieja beata. Pero nada aconteció; aquel leve henchirse de las formas desapareció con los meses. Silenciosa, despaciosa, paciente, Remigia llegó a entenderse muy bien con la vieja. Esta murió dos o tres años después. El doctor, protector de la anciana y a cuya casa había ido Remigia varias veces, la tomó en su consultorio para la limpieza de este; pero Remigia no se hallaba entre tanta gente. El doctor la mandó a una quinta

que tenía en las afueras. Allí se sintió a sus anchas. Aprendió a ordeñar vacas, a castrar colmenas. Cuidaba las aves enfermas. Injertaba rosales).

—Tenés que procurar, Remigia; en vez de llorar, comer y dormir bien, para sanar pronto, trabajar como antes... ¿Recordás cuando trabajabas en la quinta?

El recuerdo parece animar un poco sus ojos mortecinos.

—Yo era tan animosa. Cuando el doctor iba los domingos a la quinta encontraba siempre su camisa de cazador planchada y una jarra con agua de yuyos para el tereré. Él me traía una chipa. Me cuidaba como si fuera mi papá.

Sonríe.

—La señora del doctor no me quería. Un día se vino a caballo para sorprenderlo al doctor. Pensaba que el doctor se acostaba conmigo.

—¿Y no era verdad, Remigia?

—Jha é... Ni noticia. Yo sabía, sí, con quién se acostaba el doctor... pero nunca le dije nada a la señora. Que se embrome. Porque no me gustó lo que ella hizo. Y por eso además me fui de la quinta.

(Se fue. A vivir sola, por primera vez. Con su sueldito ahorrado se compró un terreno, construyó una piecita de ladrillo y puso un bolichito. Lo tuvo muchos años. Lo que más le costó fue acostumbrarse a conversar con la clientela).

—Yo era tímida. Cuando joven nunca hablaba con los hombres. Con los viejos, solamente alguna vez. Los niños me gustan. Me gusta verle dormir, comer, jugar, pero si llora, ya no me gusta más y me

voy lejos. Solamente cuando está tranquilo me gusta. El hijo de Basilio no lloraba nunca.

(Cómo sufrirá ahora sintiendo todo el tiempo llorar a los mellizos pared por medio o a los mayores en el jardín, cuando, como ahora, se pelean, corren, aúllan jugando a «convoy»).

—Los animales me gustaban mucho también. Yo entendía a los animales. En la quinta todos los animales me querían.

(Yo la recuerdo vívidamente en sus últimos tiempos en la quinta. Como un fantasma blanco se desliza por las calles del pueblo liliputiense de las colmenas. Alza las tapas, saca los panales chorreando miel).

—Nunca una abeja me picó. Yo las quería. Los animales conocen quien le quiere. El doctor decía que yo tenía payé con ellos y que por eso solamente conmigo tenía confianza para dejar su quinta.

(Recuerdo al doctor mirándola, con aquella su mirada a la vez increíblemente ausente y amable. Sonriéndola paternal. Las visitas, sobre todas las masculinas, se fijaban en ella. Hermosa, silenciosa, procurando hacerse ver lo menos posible).

—¿De dónde la sacó, doctor?...

—Apareció un día por mi consultorio. Decía estar encinta. La examiné...

—Y...

—Faltaba la razón suficiente...

El doctor sonreía leve; se encogía de hombros ante los rostros sorprendidos.

—¿Qué quieren? Hay cosas así. Por lo demás, es normal. Trabajadora. Limpia. Callada. Honrada. Una empleada ideal.

A menudo un varón, sin poderlo remediar, insinuaba:

—Y hermosa.

—Sí. Hermosa. Una belleza extraña.

—¿Y anda sola? ¿Sola?

—Completamente sola.

Una pausa. Por fin el interlocutor, siempre sin remedio, dejaba entrever su secreta carcoma:

—Tal vez le falte ocasión...

El doctor sonreía, con aquella su enigmática sonrisa:

—Inténtelo. Pero debo advertirle. Le vomitará encima. Un reflejo neurótico, no cabe duda. Pero eficaz...

Remigia sigue llorando. El barniz delgado y brillante persiste como la huella de un caracol. Aprieta el bastón.

Despacio, bandeando como un viejo bote, va a sentarse en la cama modesta pero limpia, de sábanas almidonadas. Recuerdo que siempre decía:

—Lo que más me gusta es una cama bien tendida, limpia. La sábana tiene que estar almidonada. Me gusta luego que haga ruido.

Ahora está callada. Cierra los ojos. ¿En qué piensa? En el jardín chillan los chicos. Chillan como locos. Uno llora a gritos. A Remigia le tiemblan los párpados...

—Todo el día están así. Me hacen sufrir. Acá no me voy curar nunca. No puedo dormir. Justo la siesta cuando más gritan. Y de noche. Lloran y patean la pared.

Se pasa los dedos por las ojeras, se los enjuga en la pollera.

—Si Basilio estaba sano, él me iba cuidar.

(Como ella lo había cuidado mientras estuvo soltero. Le lavaba las camisas, las remendaba y planchaba. Le compraba cigarrillos y hasta le ponía un cinco pesos en el bolsillo cuando andaba sin trabajo. Basilio le construyó aquella cocinita de ladrillo que apenas sobresalía de tierra, y aquel pequeño «servicio» que parecía un cajón puesto de pie pero con depósito y todo, el más moderno de la vecindad...

Y cuando Basilio se juntó con aquella muchacha bisoja, bronca, desaliñada, descolorida de piel y de cabello, Remigia esperó con paciencia a que él regresara. Basilio regresó. Volvió para tomar con ella sus mates, comer los trozos de mandioca o de batata que ella cocía tan a punto y a traerle sus camisas para que se las lavara y planchara. Y cuando Cesárea tuvo el primer hijo, Remigia le regaló bombasí celeste para tres pañales; y lo mismo cuando vinieron los otros; y desde que el primer chico tuvo edad suficiente, para ellos fueron los primeros frutos del mango único del patio de Remigia. Con el tiempo, Basilio envejeció, tomó de más en más el aspecto de un mono viejo, se le engarabitaron las manos; no podía caminar. «Rumatismo», decían. La mujer lo mandó al Asilo y se fue a vivir con su hija casada a Concepción. Remigia visitaba a Basilio cada domingo —nunca supe cómo llegaba hasta allí, tan lejos— y le llevaba cigarrillos que el inválido no podía fumar, dulce de mamón o de arasá; y de vuelta se traía los pobres harapos para lavarlos).

—¿Te acordás, Remigia, cuando pensaste que estabas embarazada? Dos veces, creo.

Antes, cuando le hacía una pregunta parecida, Remigia volvía la cabeza púdicamente con una breve risita. Ahora contesta secamente:

—Estaba loca.

Lo reconoce ahora. Y en verdad, desde que conoció a Basilio ya no tuvo recaída.

—¿Qué edad tenías cuando conociste a Basilio, Remigia?

—Cuarenta años.

(A los cuarenta años Remigia se conservaba tersa, con una mate lisura de marfil: los ojos negros desprendían un errático magnetismo. Delgada y esbelta, engañaba sobre su edad; ahora mismo de espaldas nadie le daría más de cincuenta. Fue al ir Basilio al Asilo cuando Remigia envejeció de golpe. Se puso de mal talante; el buen humor se le hizo corto. Se cansaba. Le latían las sienes, «no tenía paciencia». Fue a ver a un médico que le prohibió comer mucho, fumar y tomar cerveza. No sé lo que Remigia habría hecho con la receta, porque casi inmediatamente le vino una ausencia mental: se acostó, dijo que iba morir, no conocía a la gente y lloraba todo el día. Lo único que parecía calmarla algo era la radio de un vecino puesta a todo pulmón en su cabecera. Pero el vecino solo podía prestar la radio un rato al día y a veces no podía, o se olvidaba. Poco a poco se le fue pasando, aunque tuvo alguna recaída a lo largo de los últimos diez años. Una madrugada, Remigia fue a levantarse —era domingo y tenía que ver a Basilio— y no pudo: el cuerpo no le obedecía. Pasaron dos días sin que se la viera; los vecinos desgonzaron la puerta y entraron. Avisaron a la familia, que acudió y llevó a Remigia

a Asunción. Recuperó el uso del brazo y un poco el de la pierna; no lo bastante para poder prescindir del bastón y valerse como antes. Pero sí lo suficiente para no conformarse con aquel confinamiento que la consumía al hacerle sentir por primera vez su dependencia de los otros).

—Quiero mi Reina, mi Señorita. Mi perro, tan bueno. ¿Quién le dará de comer? Mi rosal se estará secando.

Hecha un garabato, apoyada en su bastón flamante, llora.

—Quiero irme a mi casa. ¿Por qué no me dejan? Aquí no me hallo.

(Yo sé que la familia no la dejará ir. Allá en su rancho morirá como un perro; no hay nadie para cuidarla).

—Yo siempre me cuidé sola, nunca nadie me cuidó. Nunca me hizo falta nadie.

Remigia sabe bien que si su familia no se hubiese preocupado por ella cuando el ataque, se habría podido allá en su desvencijada cama; pero la nostalgia de su propio y mísero rincón es más fuerte que nada, y la hace ingrata e impaciente.

—Quiero irme a mi casa.

En el jardín los niños gritan como nunca. Remigia se tapa los oídos y gime.

—¿Por qué no ponés tu radio, Remigia? Ha de haber linda música a esta hora.

—No quiero escuchar radio. En mi casa solamente. Sigue llorando. Yo no sé cómo despedirme.

21. Curuzú la novia

Eran dos las cruces, casi tocándose sus nichos, en aquel bajo, a la sombra del ibapobó de tronco acanalado como columna bárbara. Uno de los nichos, el más grande, rústico; la cruz sencilla y sin adornos, el paño simple. El otro, más pequeño, con un frontis ingenuamente barroco; la cruz labrada y de estola rematada por puntillas y arabescos dorados. Rodeaban esta cruz constantemente flores humildes: margaritas, espuelitas, a veces el silvestre agosto poty; ocasionalmente alguna rosa. La otra cruz sólo ofrecía la habitual ofrenda de itá-curuzú; al pasar, de cuando en cuando, alguien añadía un guijarro, o se llevaba por el contrario alguno, por cábala. El paño de esta cruz amarilleaba, caía; el otro se mantenía siempre limpio, fresco, planchado.

Gente recién llegada o de paso preguntaba el porqué de esos dos nichos juntos, apoyados casi el uno en el otro.

—Ese más lindo es una *curuzú la novia*.

—La cruz de Silveria Martínez. La mató el hombre que la quería. De celos.

—¿El otro nicho es de él?

—No. Es de otro hombre.

—¿Otro pretendiente de Silveria?

—No. Ni siquiera se conocían.

—Pero los nichos están juntos.

—Y así es.

Pedro Esquivel, Perú, festejaba apasionadamente a Silveria. Silveria tenía diecisiete años, los ojos zarcos y el pelo como los estigmas del maíz: combinación nada infrecuente entre las campesinas. Era linda, guapa y honesta. Trabajaba maravillosamente el ñandutí. Huérfana desde chica, vivía con una vieja parienta, que la mezquinaba mucho. Perú festejaba a Silveria desde chiquitina: Silveria le correspondía; nada se oponía a que se casaran, porque Perú era también huérfano y poseía una pequeña chacra que daba para vivir. Pero la boda había ido retrasándose, porque Silveria andaba molesta con ciertos manejos de Perú. Este era lo que comúnmente llamamos un tipo cabezudo; aunque novio oficial de Silveria, no dejaba de hacer el mainumby. Silveria al principio confió en que se corregiría; en espera de ello prolongó un poco el noviazgo, a pesar del deseo que ella misma tenía de formar hogar. Por fin se dio una temporada relativamente larga, durante la cual Perú pareció más asentado, y en vista de ello Silveria se decidió a fijar fecha y se dedicó a coserse algunas prendas de vestir indispensables a toda novia, por pobre que sea.

Pero un mes antes de la boda, Silveria se enteró de pronto de que Perú, lejos de corregirse, había seguido igual o peor en los últimos tiempos. Lo había sabido esconder mejor, eso era todo. Por fin se descubrió por sí solo. Eduvigis, la mejor amiga de Silveria, estaba encinta. La familia hizo las averiguaciones del caso, y el culpable resultó ser Perú.

Lastimada en lo hondo, Silveria pidió explicaciones a Perú. Este al principio negó de plano, tanto que

casi convenció a Silveria. Pero no a la vieja parienta, ante cuya insistencia terminó por confesar. Se excusó como suelen hacerlo tantos.

—¿Por qué Silveria se hace mala sangre?... Ella es mi verdadero amor. La otra era para diversión, no más.

Esta explicación, sucia y todo, suele tener éxito por lo regular; pero no lo tuvo con Silveria. A esta la excusa de Perú la asqueó profundamente. Pensó, razonable, que si el caso hubiese sido inverso, si ella hubiese sido la cuñataí encinta, Perú estaría en ese mismo momento diciéndole a Eduvigis aquello que a ella le decía. Rompió con Perú, y aunque le costó muchas lágrimas, no consintió en verle más. Pasó el tiempo, y no reanudaron. Perú hizo cuanto puede y sabe hacer un hombre de su clase para vencer la resistencia de Silveria. Esquelitas, mensajes por terceros, promesas a diestro y siniestro, amenazas. Hasta a una payesera recurrió, sin éxito. Silveria no cedió un ápice.

—Me ha de matar, pero yo no he de ser su mujer.

Al principio, Silveria se mantuvo retraída de todo trato masculino, y esto dio ciertas esperanzas a Perú. El orgullo le impedía aceptar que Silveria pudiese querer a otro hombre. Y lo decía:

—Es de balde. Silveria conmigo solamente se tiene que casar.

Lo cual, por otra parte, no le impedía seguir haciendo el mainumby. Y encontrar sonsas que le llevasen el apunte.

Pasó el tiempo, y Silveria, saliendo de su actitud de hosca prescindencia comenzó a asistir de nuevo a fiestas y bailes. Perú entonces se mostró dispues-

to a reivindicar derechos ya caducos. Tras algunos choques en que el amor propio de Perú padeció un poco, Silveria volvió a encerrarse en su rancho, del cual no salió en mucho tiempo sino para hacer viajes a la capital. Empezaron a correr rumores de que preparaba su ida definitiva a Asunción.

—Va a meterse de monja.

—Tiene un pretendiente en la capital.

—La tía va casarla con un gringo.

—¿Cuál gringo?

—Y, no sé... Por ahí.

Perú entró en un estado de furia crónica. Empezó a rondar como un tigre el rancho de Silveria, tras la huella de un posible rival. Nada descubría.

Antonio Miranda había llegado al pueblo aquella misma mañana para ponerse al frente de la pequeña farmacia recién abierta. Era domingo y no se podía hacer nada; pero después de cenar quiso dar una vuelta. La noche de primavera era hermosa: tan tibia, tan serena, tan estrellada. Deploró no estuviese allí su María Luisa para compartir el paseo; se consoló pensando que dentro de quince días estaría casado y podría pasear con ella cuanto quisiera. Caminó largo rato. Las casas se terminaron pronto, y las calles se parecían demasiado a caminos. Antonio, sumido en sus agradables ensueños, se encontró de pronto lejos del pueblo, perdido en un cruce de caminos alambrados, iguales todos. Tomó uno, que le llevó a sitios más solitarios aún; quiso orientarse, pero ni había luces, y solo consiguió alejarse más. No era tan tarde, pero lo parecía, en la soledad absoluta del campo, entre el chirriar de las ranas y el canto melan-

cólico y espaciado del chochí. Llegó a un bajo, donde la sombra de un copudo ibapobó hacía más fresca la noche. Se detuvo indeciso frente a un caminejo y prendió un cigarrillo. Miró la orilla del camino hirviente de cocuyos. Le llamó la atención un bicho de luz que, como un tren en miniatura, llevaba luces de distintos colores. Una voz a su espalda susurró de pronto áspera:

—Buenas noches.

Antonio, sorprendido, se volvió.

—Buenas noches.

El hombre no era sino una sombra más densa en la sombra del bajo. Apenas habría podido decir Antonio si era más alto o más bajo que él. No llevaba saco, pero sí sombrero. Su rostro era en la tiniebla perfecto enigma. Antonio se lo representó feo, avieso. Y luego sonrió para sí. Novelería. Un inofensivo campesino de vuelta a su rancho desde el boliche o quizá en amorosa errancia.

—¿De paseo por estos pagos?... —La voz sonaba ronca. Amígdalas, pensó Antonio, profesionalmente.

—De paseo. —Su voz trasuntó la leve natural reserva.

—Pocos se animan a pasear de noche por estos lugares. —Era idea no más de Antonio, ¿o había en la voz una subamenaza?... Levemente humorístico:

—Si uno pasea, por algo será, ¿no le parece?...

—Seguro. —La reticencia y la ronquera se acentuaban. Mejor irse.

—Buenas noches.

Echó a andar, y lo hizo hacia el caminejo. El otro le atajó.

—Disculpe, señor —la voz era decididamente ronca—. ¿Pero por acaso usted no anda equivocado de camino?...

Antonio estuvo a punto de contestar que sí, que se había perdido; pero algo en su orgullo se molestó ante la grosera insistencia del espantajo.

—Si estuviese equivocado, le habría preguntado a usted mi camino.

Y se dispuso a apretar el paso.

Con una exclamación que fue como un rugido, el hombre saltó en la sombra y hundió su cuchillo en la espalda del forastero, que con un quejido se desplomó a sus pies. Cuando este exhaló el aliento en una bocanada de sangre, Perú ya no estaba allí. Corría resoplando ásperamente como una fiera, caminejo adelante. Allí, a cincuenta metros, estaba el rancho de Silveria.

Como hacía calor, Silveria dormía con la ventana abierta. Por ella entró Perú. Silveria reposaba a la débil claridad de una velita prendida en el nicho. Despertó para ver a dos pulgadas de su rostro aquella faz descompuesta. Antes de que pudiera lanzar un grito, la diestra áspera de Perú la atenazaba el cuello. Resistió cuanto pudo: mordió hasta el hueso el brazo brutal. Sólo consiguió enfurecer más a Perú, que apretó más fuerte la suave garganta. Y se halló de pronto con el cuerpo tibio y flojo, sin vida, entre las manos. Le deslumbró un resplandor: la vieja parienta encuadraba en la puerta su escuálida figura llevando en las manos un candelero. Huyó. Nunca más nadie en el pueblo lo volvió a ver. El voto de Silveria se había cumplido: muerta antes que ser suya.

Vecinos piadosos levantaron la cruz para el joven forastero. La vieja parienta hizo construir el nicho de Silveria, que pasó a ser el mimado de los contornos. Así es como solicitan hoy juntas la atención del viandante las cruces recordatorias de dos jóvenes que no se conocieron, pero que murieron el uno a causa del otro una noche tibia de primavera.

22. El espejo

a Augusto Roa Bastos

Yo mismo he pedido pusieran mi sillón frente a este espejo, el espejo del ropero antiguo que ocupa casi todo un testero de la pieza. Un ropero imponente, de fina y compacta madera, que en una época más desahogada le pareció «demodé» a mi esposa —era de su abuela— y fue cambiado por otro, menos sugestivo de sólido bienestar, pero más moderno y vistoso.

El armario y yo estamos por igual arrinconados. El armario está lleno de trastos diversos, esas cosas heterogéneas que no se tiran porque cuelgan todavía de un pelo de sentimiento o una vaga esperanza de utilidad. Cosas que no se resuelve uno a echar a la basura, pero que a las que no se busca sino cuando es preciso. Como a mí.

El armario está a medio metro de los pies de mi sillón cama; el espejo me enfrenta vertical, inamovible, encuadrado en el oscuro panel cuyo lustre natural no pierde, antes gana, al correr del tiempo. El espejo es del ancho de mi sillón, del alto que yo tenía cuando aún estaba en pie. No se hacen ya espejos de ropero así, ahora. Estoy frente a él desde hace tiempo; desde aquel invierno en que, trasladado a esta pieza más pequeña en homenaje a los recién casados —ellos tenían que moverse, yo no—, quedé más solo que antes, cuando ocupaba la pieza frente al pasillo y sentía circular la vida de la casa en su diario curso,

como quien siente correr su sangre en los pulsos. La habitación no tiene ventanas.

—¿Te importa mucho que no haya vista afuera? —me preguntó mi esposa al mudarme aquí—.

Y yo dije con la cabeza que no, que no me importaba.

¿Qué iba a contestarle?... Cualquier respuesta habría dado lo mismo. No había en la casa otra pieza disponible. ¿Y cómo decirle que, para quien está clavado en su sillón sin remedio y sin indulto, un pedazo de montaña a lo lejos, un retazo de cielo con sus cambios de día a noche, de sol a lucero, de azul a gris, amarillo a rosa, son su único viaje, su paseo único, su sola opción a alejarse de su cepo un instante?

Desde luego, la pareja joven no habría cabido en esta pieza, con su cama doble, sus mesillas y su ropero. Tal vez —por qué no imaginarlo un momento— de haber yo protestado se hubiesen arreglado los novios de otra manera, aunque no imagino cómo. Pero su descontento me hubiese perseguido en cada réplica, en cada mirada, en cada observación, en cada suspiro, en sus mismos silencios. En cada uno de sus cálculos para el futuro hubiese entrado la X de mi definitiva ausencia y subsiguiente vacancia de la pieza. Quizá piensen: Él ha visto montañas y cielo durante setenta años. Nosotros solo hace treinta que los vemos. ¿Y de qué serviría que yo les dijese que por eso mismo, porque a mí me quedan menos años que a ellos para verlos, es injusto que yo esté sentenciado a no mirarlos más?

Sí. Soy yo quien menos derecho tiene a elegir su rincón en esta casa. Aunque yo la haya construido

palmo a palmo, visto poner cada hilada de ladrillos, acariciado con mi mirada y probado con mis dedos cada paletada de mezcla. Yo levanté esta casa. Su *hall*, sus dormitorios y su comedor, su *living*, su cocina, su baño. La construí poco a poco, añadiendo habitaciones a medida que la familia crecía. Esta pieza donde estoy confinado fue la última. La construí pensando en los objetos más míos que había en la casa y que no quería que nadie tocara: libros, colecciones de diarios, instrumentos profesionales. (Todo desapareció hace tiempo; vendido, regalado, tirado; quizá anden por ahí desgualdramillados, alguna novela de Hugo Wast o algún folleto de O'Leary). Tenía una ventana; se tapió un día, unos meses antes de mi enfermedad, porque en la madera entró cupí, y hubo que sacarla; no teníamos ya plata para pagar una ventana nueva. Yo tapié con mis propias manos la ventana, sin saber que cerraba mis ojos en vida para el cielo y los árboles.

Por eso pedí que pusieran acá este ropero, el ropero arrinconado en el fondo del pasillo y que varias veces ya habían estado a punto de vender; lo hubiesen vendido ya si no fuera que daban por él una miseria. (Lo que decía mi esposa: la luna sola valía mucho más). Lo pusieron aquí, porque no podrían negar también esto a un desterrado. Yo lo soy. Desterrado del sol, que solo en unos pocos días del invierno, cuando está más bajo, entra por el balcón del comedor y se alarga como un puñal de oro hasta el umbral de esta habitación (torciendo un poco el cuello, puedo verlo). Desterrado del paisaje y del aire que se pasea con las manos en los bolsillos de

nada por las calles y plazas de las ciudades, por los valles y montañas del mundo. Quizá, si lo pidiese, me sacaran alguna vez al patio. Pero el sillón cama es pesado y fastidioso de manejar; y luego los enchufes... En fin, ni pensar en esto. Y además, ellos se han acostumbrado ya a creerme acostumbrado.

Mi hija Berta trajo el otro día unas flores recogidas en el campo durante un pícnic. No cabían todas en el florero del comedor. Celia le ayudó a arreglarlas.

—Ya son demasiadas, ¿ves?

—¿Qué hacemos con estas?

—Ponelas sobre la mesita de papá.

—¿En ese jarrito desportillado?

—¿Y qué más da? ¿Quién lo va a ver?

Me hace daño oír cosas así. Claro que no lo dicen para mí. Lo dicen entre ellas. Pero no les importa —es decir, no piensan en ello— si oírlo me va a hacer daño o no. Y por otra parte, no estoy tan seguro de que un silencio absoluto como el de mi esposa me satisficiera tampoco. Ella nunca me dice nada. Y su silencio, que quizá sea piedad, me suena unas veces a cruel indiferencia; otras veces a indiferente crueldad. Es como si me dijera:

—Ya estás clavado en ese sillón. ¿Qué es lo que puedes hacer, sino perfeccionarte para el entierro?... Medio muerto ya. ¿Para qué querías saber de los árboles que florecen, de los arroyos que corren y de los pájaros que cantan?... Mejor te olvidas de todo.

O como si la oyese cuchichear a los otros:

—No le digamos del sol en las hojas, ni de los árboles en flor, ni de las calles llenas de gentes que van y vienen contentas. ¿No veis que los ha olvidado?...

Pero nada de eso es verdad. No es cierto lo que piensa su egoísmo ni lo que quiere creer su piedad. Dos formas de un mismo egoísmo, al fin y al cabo. Un egoísmo razonable, por otra parte. Porque yo sé que no es posible tener siempre sentado sobre el alma este peso de mi cuerpo paralítico. Les impediría respirar. Como les impidió cantar a mis hijas durante un tiempo. Durante esos meses en que, perdida la esperanza de restablecerme, aún, todo les parecía poco para compensarme de lo que perdía; cuando vendieron muebles y alhajitas para proporcionarme este sillón con enchufes en el respaldo, que puedo encender y apagar con solo aplicar la sien... (Cosa del marido de Berta, que tiene cierta imaginación, aunque, por otro lado, es un farabuti que no trabaja y, cuando gana algo, es para comprarse algo para él: un revólver, una grabadora, una motocicleta, pero nunca da un peso para la casa). Sí; durante meses, mis hijas enmudecieron. Eso pasó, sin embargo; el nudo de la garganta se cortó un día de primavera, y Berta y Celia cantaron otra vez.

Oírlas cantar no me desagrada ahora. Más bien me gusta, con ese gusto ácido que toda alegría ajena tiene ahora para mí. Porque eso me da a entender que todavía son dichosas. Todavía pueden cantar y reír y poner un pie delante de otro; ir a donde quieren. Ahí está mi nieto Orlandito. Ahora empieza a caminar. (Él es también un paralítico a su modo. Un paralítico que aprende a moverse. Mientras que yo voy aprendiendo despacio a quedarme más quieto). A veces, en el comedor, Berta le enseña a poner sus

piernecitas una delante de otra, y yo puedo seguir parte de la lección en el espejo:

—Ahora esta... Ahora la otra... Así.

Orlandito va hacia el mundo, hacia el cielo azul, la tierra verde, el río fugitivo. Aprende a recordar. Yo vengo de ellos, a aprender el olvido.

Por eso hice poner frente a mí este espejo. Era una manera de no estar tan solo. De acompañarme yo mismo con algo más que este pensamiento que transita por mi cerebro, que no puede ya circular por mi cuerpo, que a veces se precipita angustiosamente, hasta sentir que me golpea y lastima la bóveda del cráneo, como una rata enjaulada. Este pensamiento que no puede salir de mi cuerpo y que no se dice a nadie. Aun suponiendo que yo pudiese humillarme hasta decirlo. Porque hay algo obsceno en el pensamiento que corre dentro de un cuerpo inmóvil, como una serpiente bajo una alfombra. ¿Pero acaso se les ocurre a ellos esto? Para ellos, mi pensamiento libre, el pensamiento que traspasa muros y salta semanas y años atrás o adelante, se ha detenido en el mismo instante en que caí fulminado por el derrame en las escaleras de mi casa. No olvidan que puedo necesitar comer, beber, ir de cuerpo. Pero otras ansiedades que pudiera yo sentir no les inquietan; que la cabeza que corona este montón de miembros inútiles pueda pensar, no se les ocurre. No pueden —o no quieren— pensar que este cuerpo inmóvil puede sentir odio, hastío, asco, y hasta —en ocasiones raras y trucidantes como relámpagos abriendo en mí una

grieta nauseosa— un ansia inenarrable de vivir. Su imaginación se agotó mucho antes que su pena y su inquietud. Al principio, sí, se preocupaban por mí; les interesaba estar tranquilos, y para eso trataban de conocer mi pensamiento. Era cuando me hacían preguntas. Preguntas reiteradas girando disimuladamente en torno de sus propias inquietudes, no de las mías. Preguntaban cosas que no podía contestar, y mi desgano en responder los llevó a pensar —con qué alivio— que mi pensamiento dormía. Cesaron de interesarse por él.

Lo malo es que, al cesar de interesarles mi pensamiento, dejaron de interesarse por mi cuerpo también. Poco a poco —muy poco a poco, es cierto— dejó de atenderseme con la escrupulosidad de antes. A veces me siento sucio, desamparadamente sucio. El pensamiento hiede como mis carnes empaquetadas en una ropa siempre excesiva, como mis axilas insuficientemente higienizadas.

—Quisiera afeitarme, Berta.

—El barbero está enfermo. No viene esta semana, papá.

Y luego, queriendo decir una gracia:

—¿Total, a quién vas a agradecer?...

La paciencia se hizo para las esperas largas, pero no para las eternidades; y esta espera se prolonga quizá demasiado. Cada vez se aproximan a mí con menos frecuencia. Su proximidad forzada, espaciada, a horas fijas, tiene la rigidez del deber y la frialdad del encargo.

—¿Querés un refresco?

—¿Tomarías un café?...

—¿Te agradaría otra almohada?...

—¿Sentís frío?...

He catalogado sus preguntas. Diecisiete frases que se repiten con rara variante, como cuando me trajeron mi primer nieto; frases que se repiten día a día a lo largo de los trescientos sesenta y cinco del año. Sus sentimientos están fijados ya económicamente en esas frases. Y no conciben que los míos funcionen más allá o más acá de ellas.

Estas diecisiete frases son casi todo mi código de relaciones, y he de conformarme, porque mi aporte es más pobre aún. Un sí. Un no. Un no sé. Muy poca cosa. El resto es silencio. Y mis horas se enlazan unas con otras como una cadena de eslabones arbitrariamente desiguales: largos tramos que son momentos, abreviados eslabones que son horas y horas de un sopor que me transporta de un día al siguiente en un angustiante duermevela como la negra barcaza tapiada de los piratas infantiles.

Al principio tenía la radio. Era cuando estaba en la otra habitación. La pieza grande que da al pasillo. Había lugar, y a menudo, cuando no venían visitas, se reunían mi esposa y las muchachas para escuchar la radio, de sobremesa o de noche, acompañándome. Pero en esta pieza solo quepo yo. Y en el comedor mi esposa no quiere poner la radio. Y así yo estoy sin ella. Desde luego, las voces del aparato —avisos, goles, carcajadas de comedia fácil, gritos de orador de pacotilla— llegan hasta mí; pero es la radio que ellos disfrutan lejos de mí, sin mí; no es la distracción que

yo comparto con ellos y ellos conmigo; yo no participo de ella; al prender la radio no piensan nunca en mí: nunca me preguntan qué desearía escuchar. Al comienzo dijeron de comprar una pequeña radio de transistores, siquiera para mí; pero nunca pudieron juntar plata para ello —bastante hacen para vivir con los sueldos de Berta y Celia— y no se compró.

En torno a la vieja radio que conserva su voz clara y fiel —la radio que yo compré para la alegría de la casa, y con cuya música inclusive yo bailé el día del compromiso de Berta, hace cinco años— se reúnen todos: mi esposa, Berta y su marido; Celia y su novio; Emilia, mi sobrinita; Luci, la vecinita que llega aquí a afilar porque su madre no tiene radio, y su pretendiente, un mocoso todavía; dos o tres jóvenes vecinas y vecinos. Antes no los invitaban, a causa mía. Por mi presencia. (¿O eran ellos los que no querían verme?) Una vez mi esposa sugirió que podría oír la radio «algunas noches, siquiera». No quise. Aunque todos hubiesen insistido; y nadie, ni aun ella, insistió. Convertirme en espectáculo de esas gentes me resultaba intolerable. Pero además, repito, los programas que a ellos les encantan a mí me resultan horripilantes. Pensar que puedo morirme de pronto y que lo último que resuene en mis oídos sea el frenético bramar de un comentarista deportivo, o las incoherencias a gogó de un mísero melenudo vocalista, una frase de amor rancia de uno de esos radioteatros estúpidos... o una de esas frases de retórica demagógica... ¡Deporte a mí. Novelas de amor a mí. Política a mí!...

¿Cuánto tiempo hace que no recibo visitas? Al principio las recibía. Y tras la horrible depresión de las primeras veces, el sentimiento de inferioridad, el saberme allí, disminuido y amordazado, me divertí contando las variaciones que en la boca de los saludables puede tener la misma frase hipócrita de consuelo. La promesa de salud. El «se te ve muy bien»... «Te encuentro mejor que la última vez»...

En esas frases falsas como monedas de plomo, retiñen el deseo de huir, su poquito de asco, la sensación de que cada instante allí es perdido para la alegría de vivir. Esto no es solo de los mayores. Berta me trajo un día a Orlandito.

—Aquí está tu abuelito, Orlandito.

El chico se pone a llorar desesperadamente.

—¡Orlandito! No sea, pues, así, mi hijo. Es abuelito. Abuelito, ¿ve?

El chico llora más fuerte si cabe. No es para menos. Con mi barba crecida y canosa —el barbero cada vez es menos asiduo—, con mis largos brazos flacos saliendo de la camisa remendada y las manos nudosas y amarillas, engarabitadas sobre las piernas, debo parecerle un monstruo. Se suelta de las manos de su madre, sale lo más de prisa que le dan sus piernecitas inexpertas...

... Por eso quise estar frente a este espejo, mi otro yo, mi compañero. De noche, cuando todo lo borra la sombra, cuando siento que pierdo en mi quietud de madera la realidad de mi existir, oprimo el botón de la luz con la sien derecha. La luz se prende, y me veo:

veo al otro sentado frente a mí, inmóvil y amarillo como yo, insomne como yo, abandonado como yo. Nunca falta a la cita. Nunca tengo que esperarlo interminablemente, torturadamente, como al vaso de agua o el orinal. Está allí, sentado, atento, prisionero amordazado como yo, pero infaltable. Lo miro, él me mira. Y sus ojos son los ojos con que lo miro. (¿Quién dijo eso?... Hace falta estar como yo estoy para saber qué verdad es esa). Son también los ojos con que lo veo. Y dialogamos:

—Gracias por estar ahí.

—No hay por qué.

—Tenés razón. Perdoname.

—No te veo muy animoso.

—Pero te veo todavía.

—¿Por cuánto tiempo aún?...

—No puedo decírtelo. Decímelo vos a mí.

—¿No tenés sueño?

—Acá dentro se vive como dentro de un bloque de vidrio. No podés ocultarte. Solo la oscuridad te disuelve, te borra. Los dos dejamos de existir.

—¿Vas a descansar?...

—Decímelo vos.

—Estás más flaco y amarillo.

—Pero me ves. Es algo.

—¿Dónde irás cuando yo no esté aquí?...

—Estaré siempre contigo. Pero ya no seremos dos, sino uno solo.

Apago la luz. Sé que está allí, obediente y sin ausencias. De día, el «otro» tiene otro humor. Un humor tímido. Nos rehusamos a reconocernos, a mirarnos. El vidrio refleja, además, de cuando en cuando, otras

figuras. Figuras que se mueven en el comedor, entran y salen en su recuadro; en eso se conoce que están vivas.

Una vez entró en mi pieza el perrito, Ñato. Era el perro de Boni, mi esposa; de Berta luego. Ya era viejo; y al casarse Berta, sintió tal vez que el mundo se enfriaba en torno suyo. Nadie —pensó Ñato— le quería ya; quizá los niños, pero para aguantar a los niños se precisa optimismo y paciencia, y Ñato no los tenía ya. Ñato era solo eso: un perrito viejo y mal-humorado. Siempre al paso de los otros, recibiendo reprimendas. Se sentía de más. Y comprendió con ese infalible instinto de los perros que aquel era un lugar propicio al reposo, porque en él no entraba gente a menudo.

—Aquí se podrá descansar.

Y se aposentó en la habitación. Se acostó a mis pies, se durmió. Y allí se acostumbró, maniático. Hay que llamarlo mucho para darle su pitanza. Ama más el sueño que la comida, y duerme, duerme a los pies de mi sillón cama. Como es pequeño, no alcanza a aparecer en el espejo. Sólo cuando sale de la pieza se encuadra un momento en la puerta su cuerpecito despelechado, su cola raída, en retirada.

Ñato me acompañó muchos días. Cada día más tardo y despelechado. Yo no podía ver si estaba o no a mis pies; pero siempre me lo dejaba saber un suspiro profundo salido de cuando en cuando de sus entrañas de perro; perro cansado y viejo para el cual la vida no ofrece ya atractivos. Un suspiro tan humanamente cargado de cansancio y desánimo, de descreimiento en el reposo, que a veces no podría

yo estar muy seguro de que aquel suspiro no había salido de mis propias entrañas.

Así muchos días. Meses. ¿Cuántos? De pronto un día noté que Ñato no suspiraba más a los pies del sillón. Cuando Boni entró trayéndome la sopa, la puso sobre la mesa, se sentó para dármela a cucharadas, pregunté:

—¿Ñato?...

—Lo enterramos hace tres días.

La miré.

—Era ya muy viejo. Estaba enfermo.

Otra mirada mía.

—Belí le pegó un tiro. No sintió nada.

(No, Belí, Ñato no sintió nada. Quien lo sintió fui yo. En alguna parte de mi cuerpo ajeno, un lento desgarrar como una tela que se abre sin ruido). Cerré los ojos.

—¿No querés más sopa?...

—No.

—¿Querés algo más?...

Moví otra vez la cabeza.

—¿Te sentís mal?...

Otra vez denegué.

—¿Tenés sueño?...

—Sí.

Se fue. Ñato me dolía allí donde tendría que haber entrado con placer la sopa. Su suspiro ausente me dolía y no me dejaba suspirar. No quería mirar al espejo: el cuadro de la puerta por la cual no vería alejarse su cola desilusionada, pura pelecha. Pocos días después sentí la regocijada risa de Orlandito a la par del recién estrenado cómico ladrido de un

perrito. Orlandito tiene un cachorro nuevo. Pero el cachorro nunca entrará en mi cuarto. Nunca llegará a ser tan viejo como para eso.

Ayer fue domingo. Mi familia fue al cine. Toda, menos los niños que quedaron dormidos en sus respectivos cuartos. Celia quedó en casa, con Emilia, la sobrinita, para cuidarlos. Fueron mi esposa, Berta, Luci la vecinita con su pretendiente, Ña Damiana la madre. Celia quedó con Emilia en el comedor. Un leve cuchicheo, a veces; una risita. Hojeaban revistas, y nadie pensaba en mí. ¿Saben ustedes lo que es estar en el mundo y saber que nadie piensa en uno?... A veces sucede que uno tampoco piensa en los otros, y así nadie siente nada. Pero cuando se está en mi condición, se piensa en todo el mundo, y entonces es cuando es horrible que nadie piense en uno.

El espejo refleja un rincón del comedor, el ocupado por el largo sofá donde se alinea la gente para conversar y que está un poco alejado de la mesa. Celia y Emilia estaban sentadas a la mesa; yo las oía, pero no las veía. Ya pasado un buen rato, alguien llamó. Era Braulio, el novio de Celia. Tenía permiso para venir a verla una hora, ya que estaba Emilia para hacer de tomasita.

Entró y vi su silueta en el espejo al pasar hacia la mesa. Es delgado, un poco encorvado: tiene una carita pequeña, facciones menudas de chiquilín, aparentemente afable y simpático; a mí no me gusta; pero ¿quién me consulta? En casa están locos por él. Es un mitaí de suerte: a los veintidós años tiene un puesto

bueno, auto, plata siempre en el bolsillo. A mí, repito, no me gusta. Pero Celia está loca por él. Y mi esposa... Berta ve en él el redentor de la casa. Ha prometido puestos a todos. Hasta a mí. (Un puesto en el asilo). Cuando se case. Pero no ha hablado aún de casarse. Se sentó al lado de Celia en el sofá: yo solo veía a mi hija; él quedaba invisible. Conversaban en voz baja. Emilia seguía, al parecer, hojeando las revistas. Yo sentía el roce de las hojas.

Luego, este cesó.

—¡Emilia!

—Tengo mucho sueño.

—Aguantá un poco. Ya pronto vamos a dormir.

—¿Por qué no la dejás irse a la cama?

—Mamá se enoja si vuelve y no la encuentra aquí.

—Pero yo me voy antes que tu mamá llegue.

Emilia se fue a dormir. Celia y Braulio quedaron sentados hablando. Ahora yo lo veía más a él: se había acercado más a Celia; sus cabezas estaban juntas. La conversación no me llegaba. Cuchicheaban. Cada vez más bajo. Pero luego vi las manos. Las manos de Braulio, invadiendo todo el rincón visible del espejo; invadiendo, como lepra movable, el cuerpo de Celia. Vi el rostro de mi hija en el espejo, su cabello cayendo hacia atrás. Vi su rostro y también su cuerpo; el cuerpo de mi hija develándose a mis ojos por vez primera desde su ya remota —y tan próxima— infancia (yo he visto a Celia en el Mbiguá pero el traje de baño más audaz no es el desafío a la imaginación que representa la más púdica bombacha de *nylon*). Y no cerré los ojos. Porque los hijos son nuestra vida misma que sigue sin nosotros, y era la vida también

la que en aquellos momentos buscaba sus límites en la imagen del espejo. Vi el cuerpo de mi hija. Vi lo que es amor en una mujer que no es de uno, que está fuera del tiempo y el espacio para uno. Y es, sin embargo, prolongación de nuestra carne desintegrada. Una parálisis que no era ya la del cuerpo me mantuvo así, sin gritar, sintiendo que, por paralíticos que estemos, podemos estarlo un poco más. Hasta que de pronto el resorte de la voluntad adormecida se disparó sin yo mismo saber cómo, mi sien apretada contra el respaldo prendió la luz en mi habitación. La pareja se separó. A tiempo todavía.

Braulio se puso de pie. Qué largo fue el silencio. Yo veía su izquierda apretada arrugar nerviosa el paño del pantalón al costado. Oí su voz ronca:

—Me voy.

—Quedate un poco más.

—No.

—¿Estás enojado?

Sin verlo, adiviné su rostro de niño testarudo y mimado, fruncido en el gesto de que ve arrebatársele de la boca el dulce que creía ya suyo. No le importa nada en ese instante: ni el rubor ni el íntimo trepidar de Celia; su pudor, hecho trizas ahora, no antes; solo su egoísmo insatisfecho. Braulio es malo; yo lo sé. Se pone su campera, se va. Celia no le acompaña. La puerta de calle se cierra con un chasquido. Celia está sentada, quieta. Solo veo una mitad de su cuerpo, que hace apenas unos momentos se volcaba ya desnudo sobre el sofá. Un brazo, un hombro sacudido por el lloro.

El noviazgo de Celia se ha roto, al parecer. Después de aquella noche, Braulio volvió dos o tres veces, pero ahora hace quince que no se le ve. Y Celia está descompuesta y pálida. Cuando entra a traerme algo, la miro en el espejo: adelgaza. No quiero mirarla a la cara. Me lastiman sus mejillas adelgazadas, sus ojos cargados como cielo con lluvia.

Braulio ha partido para Villarrica sin despedirse. Tiene allá otro empleo, dicen. Celia va y viene por la casa como un fantasma. Me pregunto, en mis largas horas, a oscuras, si aquella luz debió prenderse. Y no prendo la luz. No quiero ver lo que me dice el otro.

Yo he oído primero que nadie los quejidos de Celia. Los otros han tardado un poco más. Las luces se encienden: pies que no tuvieron tiempo de calzarse se apresuran por toda la casa. Voces angustiadas de mi esposa, de Berta. Belí dice algo, enojado. Lloran los chicos. Emilia trata de acallarlos. Siento abrirse y cerrarse la puerta delantera; luego, el zumbido de la motocicleta de Belí alejándose. Ahora mi esposa llora y Berta dice cosas incomprensibles; en voz urgente y afligida, mientras Emilia va y viene a la cocina y los ruidos de la vajilla denuncian sus nervios desatados. Celia sigue quejándose desgarradoramente. Yo sigo sin prender mi luz; me oculto en la sombra como un cobarde. ¿Cómo puede en un cuerpo muerto haber tanta amargura desbordando la garganta, oxidando

la lengua? Se oye otra vez la motocicleta: un coche detrás; luego, como si un cuerpo enorme se introdujese en la casa desquiciando sin rumor puertas y descuajando tabiques. Breves voces gruesas entran, crecen, regresan, se alejan. Ya no se oyen los quejidos de Celia. El automóvil parte y la motocicleta detrás. Se cierra la puerta de calle. Yo quedo en el centro del silencio. Un silencio que tiene el mismo tamaño de la noche...

Las luces llenas de la mañana me encuentran solo: siento la casa desvalidamente enorme en torno mío. En el patio ladra el perro de Orlandito, abandonado también. Hasta el otro del espejo me abandona: no quiere verme; yo he cerrado los ojos. ¿Qué podrían decirme los suyos?

Cuando la puerta de la casa se abre de nuevo, los pasos traen una calidad nueva: son desesperanzados, graves y urgentes. Arrastran muebles, dan órdenes recatadas. Una pausa luego: un coche se detiene junto a la puerta de calle. Sin que nadie me lo diga, sé que traen el cuerpo de Celia. Sin que nadie me diga nada, sé que es su cuerpo el que ponen sobre la mesa del comedor, trasladada a la pieza grande, aquella donde antes se reunían junto a mí para escuchar la radio. Sin verlos, veo el resplandor de los blandones. Sin oírlo, escucho el susurro de las cortinas. Sin oírlo, escucho cómo Boni le dice a Berta:

—¿No se lo diremos a él?

—De ningún modo. Le haría mal.

—¿Qué estará pensando?

—No se habrá dado cuenta.

Sin verlos ni oírlos, veo y escucho la salida del fúnebre cortejo. Estoy abandonado como nunca. Frente a mí, inmóvil, el otro no me mira. No podría soportar mi mirada. Cierra los ojos. Espera. Espera esa hora definitiva en la que todos los pasos dicen adiós, esa hora que la gente descuenta siempre de su tiempo como la moneda que se da por compromiso. Y la casa se vacía, se vacía de ruidos y de voces. En silencio espera para levantarse la ausencia de Celia, algo que se despegas como un vaho de la pieza mortuoria, de la mesa enfaldada de negro; avanza, como un aire pesado, como el relente soso —tierra y vacío— de un viejo cántaro seco, por el pasillo. Está aquí, en la puerta. Penetra, enorme, nauseoso; me toma por la espalda, me sumerge, entra por mis poros, me sube hasta el corazón, me sale por los ojos en lágrimas que el otro no ve, no verá nunca.

Cuando vuelven, ya anochecido, los pasos y las voces son como pisando tierra blanda. No se pone la mesa para cenar. Emilia me trae leche por toda comida y dice al salir, de un tirón, como echando un paquete sobre una silla:

—Celia se fue a Formosa.

Es verdad que Celia hace rato quería irse allí. Yo no pregunto:

—¿Sin despedirse de mí?

¿Para qué? ¿Para que tengan que seguir mintiendo? Pero escucho sin oír:

—No ha preguntado nada...

—Nada.

—¿Lo ves? El pobre ya no gobierna.

Cuando se es pobre, pobre, se echa mano, en los apuros, de cuanto se tiene, para remediar. Mi esposa ha vendido seguramente sus joyitas últimas para pagar el entierro. Luego ella y Berta han recorrido la casa buscando por todos los rincones qué es lo que se puede vender. Y han encontrado el ropero. Dan poco por él. Pero lo poco que den viene bien. Lo compra la madre de Luci, la vecinita, que se casa pronto. Lo van a modernizar, dicen, sacándole el horrible cajón de abajo, desmochándole el frontispicio que lo hace parecer un retablo. Se lo llevarán y el espejo se irá con él.

Hoy amanecí sin el ropero. Sin el espejo. Inútilmente prendo la luz de noche. Ya no existo. Nadie me mira cuando yo lo veo. Estoy listo para el entierro. Estoy maduro para la muerte. Esta mañana Berta lo ha dicho. Lo he oído sin escucharlo:

—Papá está muy mal. Fíjense la cara que tiene.

Hay demasiado silencio en la casa. Es cierto que ya no está Celia. Pero tampoco están las criaturas. No sé dónde se los han llevado. Piensan que no deben estar por acá estos días. Tampoco se oye al perro. No me interesa. Mi esposa y Berta entran más a menudo en el cuarto. Me dirigen rápidas ojeadas. Me hablan. Pero no las oigo. No quiero oírlas. Es otra voz dentro de mí, lo que estoy tratando de escuchar. Una voz que tiene algo para decirme; algo que no sé qué es,

pero que preciso oír para cerrar los ojos en paz y encontrar en el fondo de ellos algo parecido a un espejo. Un espejo infinitamente vacío donde «él» ya no me espera.

23. A Caacupé

a Gabriel Casaccia

De lejos, cuando coronaba la arribada, junto a la cruz, le llegó el llanto de Aparicio. Era el único varoncito, y llorón, porque era el más pequeño, y mimado. Siempre lloraba cuando se levantaba de la siesta. Manuela quiso avivar el paso sobre la gruesa arena sequiza, que le punzaba las plantas de los pies, reblandecidos por la humedad. Había estado toda la siesta lavando en el arroyo; estaba aspeada; pero en el rancho la esperaban tres criaturas, y aún quedaba mucho que hacer antes de la noche. Si al menos no hubiese estado gruesa... Sintió amarga la saliva. Está visto que las pobres no pueden descuidarse; enseguida se les nota. Ya cuando nació Aparicio habíase prometido que nunca más le sucedería: se dedicaría a sus chicos y nada más. Total, ningún hombre le había sido de provecho; todo lo que le habían sabido traer era una barriga grande...

—Los hombres, para eso solamente sirven —decía muy gravemente Ña Estanislada, la carnicera, que algo sabía de ello; como que se había casado dos veces y tenía quince hijos, de ellos tres de un tercer marido no legalizado.

—Sí, para eso solamente, pero tarde má nos damo cuenta —suspiraba Manuela.

Dios y la Virgen de Caacupé sabían que ella habría querido ser casada, tener un marido de verdad, una

casa donde los chicos dijese a un hombre «papá»; pero las cosas no suceden siempre como uno quiere.

—Si una no quiere, no suceden —decía, muy convencida, su hermana Ercilia.

Pero hablar es fácil. Está la suerte. Unas mujeres tienen suerte y otras no. Por ejemplo: ¿por qué no tendría ella que haberse casado?... Si era porque «se dejó llevar», otras se casan con quienes las llevan, como a ella la llevaron, jovencita, casi una niña. O por lo menos viven con ellas mucho tiempo, reconocen a los hijos, y a lo mejor también se casan más tarde, cuando viene al pueblo alguna misión, o simplemente porque así se arreglan las cosas. Su amiga Ascensión, a quien un arribeño «había llevado» casi al mismo tiempo que a ella Norberto, estaba ya casada, gorda, dueña de un boliche a la orilla del camino de Barrero. Pero a ella Norberto habíala abandonado cuando aún no había dado a luz a las gemelas. Después de este desengaño, había tardado mucho en escuchar de nuevo las macanas de un hombre. Pero una es mujer, ¿no?... y vivir sola es triste, sobre todo en primavera, cuando el aire al atardecer es tibio y la tierra huele bien, y las estrellas son tan espesas como agosto poty. Llega el momento y se hace lo que un minuto antes ni se pensaba hacer...

Y es así como se fue con Simón.

Al irse con él pensaba: esta vez voy a ser más viva, no soy más la chiquilina inocente que se lo cree todo: voy a procurar, Simón no se me ha de escapar. Pero Simón se había mandado a mudar cuando ella estaba recién encinta de tres meses. Fue entonces cuando hizo —o quiso hacer— a la Virgen promesa

de no reincidir. Cuando apareció Pablo, tardó bastante tiempo en decidirse —casi dos años—, pero al cabo se decidió. Y se decidió justamente la noche que siguió a la siesta en que había asegurado muy sincera a Ña Estanislada, que la aconsejaba, que por nada del mundo haría caso a ningún hombre ya. No es que ella hubiese querido engañar a Ña Estanislada. Es que...

Cuando se fue con Pablo, sin embargo, llevaba ya en el alma la desconfianza. No fue feliz. Vivió con él esperando de un momento a otro el desengaño. Porque ya se había dado vagamente cuenta de que algo había en ella que le impedía contentar al hombre: algo que podía más de noche que de día todas sus buenas cualidades. Ella era guapa, era limpia, era mansa de carácter. Pero algo en ella apartaba al hombre, lo enfriaba, lo empujaba fuera de su catre hacia otra querencia. Aunque fuese la de una motosa flaca y descuidada como la Filomena que le sorbió el seso a Pablo a los pocos meses de unido a ella. Ña Estanislada le confirmó sus barruntes, una siesta que fue a su casa a recoger la ropa para el lavado. Estaba Ña Estanislada mateando: la invitó a acompañarla, y cuando Manuela hubo cebado un par de mates, se lo dijo, sonriendo maliciosa. Había mujeres sabrosas, y había mujeres... bueno, que eran como mates deslavazados, que no quitan la sed, que hinchán sin satisfacer. Y Pablo se encargó de hacérselo más claro, brutalmente, pocos días después, cuando ella, agotada la paciencia, le reprochó sus escapadas a lo de la negra Filomena:

—Vos no te podés igualar con ella... Ni de lejos... Ndé... na ndé jhei. Simón ya me dijo luego. De vyro no más, no le creí.

Fue casi una herida física. Como si le hubiese golpeado la criatura en el vientre. Quiso hacer su atado y mandarse mudar. Ella previno. Iba a irse con la Filomena. Le dejaba el rancho para el que iba a nacer, y si era varón, hasta lo reconocería.

—Te dejo el rancho para que no andés diciendo cosas por mí.

Era una tapera, pero al fin y al cabo un techo; no había tenido esta vez que ir a pedir hospitalidad a la vieja parienta de la lejana compañía, que cada vez la recibía peor, y con razón. Pero lo que es ahora...

—Ahora sí que nunca más, nunca más, Virgen de Caacupé.

Ya Armindita y Teófila, las gemelas, salían a recibirla: le tomaban la una la latona, la otra el atado de ropa seca. Tenían ya once años; eran dos mujercitas. Ellas lavaban la vajilla, tenían casi siempre el fuego prendido para cuando ella llegara; le cebaban un mate. Desde pequeños, se ve ya la diferencia entre varones y niñas. Las chicas son de provecho; los hombres andan siempre en la calle. De pequeños dan quehacer a las mujeres de la casa y de grandes dolor de cabeza a las de afuera. Solo que las niñas son difíciles de guardar. ¡Sus hijas!... Dios y la Virgen se las guardasen. Arminda era rubia, como el abuelo paterno, un viejo español, al que nunca habían visto. Teófila era morocha como la abuela y la madre; pero ambas eran lindas, y en las dos los senos menudos punzaban ya la tela raída de los vestidos. Ya no podía seguir en-

viándolas al almacén y la carnicería, distantes quince cuadras, porque el último domingo el ayudante del matarife, un negro asqueroso, quiso hacerlas entrar con engaños en la pieza de atrás y gracias a que Teófila, que era la más viva, salió a la calle gritando y el tipo se asustó. Ay, las niñas son difíciles de cuidar. Manuela sintió de pronto con inmensa desesperanza que en vano trataría de guardarlas todo el tiempo: que un día cualquiera...

Se sentó derrengada en la perezosa, de la cual Teófila tuvo que desalojar a Aparicio, muy dispuesto, el mal educado, a dejar a su mamá de pie. En las ingles sentía la piel tirante, como si fuese a descosérsele. Teófila, la más guapa, le brindó un mate espumoso.

—Gracias, che memby.

Iba por el segundo mate, con Aparicio recostado en el regazo, cuando habló Arminda, la más diplomática:

—Mamá, vino sapuaité Tía Ercilia. No te quiso esperar porque estaba apurada.

Justamente en el momento en que había estado pensando en ella...

Ercilia, la hermana acomodada, casada, ella sí, como Dios manda, aunque sin hijos. Se había casado en casa de su patrona, en Asunción, y el marido tenía un almacén en Tuyucúa. Se veían pocas veces; últimamente, sin embargo, se veían más, desde que el marido de Ercilia compró la camioneta y empezó a salir a la campaña a comprar frutos. Cada vez que la visitaba, Ercilia insistía en que tenía que «darle» una de sus hijas. Con ella crecería bien, iría a la escuela, no seguiría el camino de tantas otras muchachas

campesinas («no seguirá tu camino», parecía escuchar Manuela).

Ella no había accedido nunca. Porque no quería separar a las gemelas, decía. Porque las niñas la acompañaban y ella las necesitaba. Lo cual era verdad. Pero no toda la verdad. En el fondo había un vago resentimiento hacia la hermana más suertuda y acomodada, el barrunto de que lo que ella pretendía era tener en las chicas sirvientas a las que no se les paga sueldo. Ahora, sin embargo, desde el domingo pasado, había comenzado a pensar que el ofrecimiento de Ercilia le daba la oportunidad de salvar por lo menos a una de las chicas. Total, de trabajar como burras toda la vida, nadie iba a librarlas, y tal vez pudiera encontrar una buena patrona para la otra.

Las gemelas se dirigían miradas, animándose mutuamente a hablar.

—Dice que quiere llevarnos a Caacupé este año con ella —dijo Arminda—. Y a Aparicio también.

—Dice que nos hagás vestidos nuevos, y a Aparicio un pantalón —remachó Teófila.

—¿Por qué picó no hace ella? —pensó Manuela díscola—. Ella tiene plata. Yo no tengo un marido para ayudarme.

Pero no dijo nada.

Arminda, la más sutil, siempre diplomática, carraspeó y dejó caer:

—Dice que si nos portamos bien, te va a pedir nos dejes ir con ella a Asunción, para quedar allí.

Ahora Teófila estaba acucillada a su lado.

—Las dos, mamá, las dos, para que estemos juntas y nos hallemos.

Faltaban seis semanas aún para Caacupé. En seis semanas, no sería tan difícil hacerles un vestido nuevo a las chicas. Bastaría tomar un poco más de ropa para lavar. Ciertamente estaba ya bastante grande y a ratos se sentía ya pesada, pero nunca lavar le había perjudicado. Esto se queda para las ricas que se hacen las delicadas.

Arminda se acucilló a su vez al otro lado de la perezosa. Ambas tenían los ojos ansiosos fijos en el fatigado rostro materno.

—Vendrá para llevarnos en la camioneta el viernes, víspera de Caacupé, si vos no le hacés avisar otra cosa —dijo al cabo tímidamente Arminda.

Manuela sorbía el mate pensativa. Al devolverlo vacío a Teófila, dijo:

—Les voy a dejar que vayan a Caacupé con su tía Ercilia.

La víspera de Caacupé llegó Ña Ercilia. Vestía muy paqueta de seda floresta, llevaba reloj de pulsera plaqué ciñéndole la muñeca blanducha y pecosa —era quince años mayor que Manuela— y la permanente se encaracoleaba en torno a un rostro grueso y vulgar, muy empolvado, de ojillos estrechos y boca delgada. La camioneta no podía llegar hasta el rancho, y Ña Ercilia hacía siempre el camino desde la carretera a pie; pero esta vez llevaba tacos altos, y ello le había cansado mucho, aparte de que había torcido un taco. Las gemelas, brillándoles los ojos, le alcanzaron la perezosa, y Teófila, siempre guapa, le volvió a clavar el taco. Manuela, más crecida de vientre, aunque más delgada de rostro, le preparó un mate dulce que las chicas se encargaron de seguir

cebando. Lo tomó con pan Paraguay, del que había traído una cantidad para las criaturas. Aparicio comía a dos carrillos mientras Manuela preparaba un atadillo con unas ropas de repuesto. Vistiéronse las chicas. Los vestidos eran desgarrados y largotes, y el género flamante y tieso contrastaba con las sandalias deshechas de las dos. Aparicio iba, sencillamente, descalzo.

—¿No tenés unos calzaditos más decentes?... ¿Y el chico va a ir así?

—¿De dónde picó voy sacar?...

—Bueno, bueno —dijo magnánima Ña Ercilia—. Ya les compraré yo allá. Será el regalo de Navidad adelantado.

De pie, aunque estaba cansada, peinó Manuela a las chicas. —A Aparicio le domó con agua y una peineta el tieso tupé la tía—. «Haceme con co'a, mamá», suspiraron las gemelas. Manuela ató el rabito de pelo que se rizaba en la punta —rabito rubio, rabito oscuro— con sendos retazos coloridos. Las gemelas estaban radiantes. Aparicio, fascinado, olvidaba correr, caminar, moverse. Se agarraba a la mano de la tía como si temiera que se la escamoteasen en un descuido.

—¿Vamos ya?... —dijo Tía Ercilia.

Arminda y Teófila tomaron su atadito y sus rebozos; besaron a su mamá; Aparicio se prendió más fuerte a la mano de su tía. Ña Ercilia besó a su hermana: un beso al aire. Le molestaba su tufo a trasudado y lavandina.

—Ya sabés: si las chicas se portan bien, después de Reyes me llevo a las dos.

Se pusieron en camino. Las gemelas tomaron cada una un brazo de su mamá.

—Ah, ¿pero vos te venís también?... Son seis cuadras ida y seis vuelta...

—Les voy a despedir en la camioneta.

Los despidió en la camioneta, rápido, porque el chofer, un medio socio del marido de Ercilia, aburrido de la espera, rezongaba.

—El martes de mañana tenés aquí a los chicos.

El vehículo partió. A contraluz, lo envolvía rojiza nube de polvo. Las chicas le decían adiós con la mano, alegres. Aparicio agitaba los brazos frenéticamente.

—¡Hasta el martes, mamá!...

—¡Te vamo traer chipa, mamá!...

Hizo el camino de vuelta despacio. Al coronar la arribada, se detuvo. Miró la cruz, cuyo paño amarilleaba, ajado. Se agachó, no sin trabajo, tomó una piedra, la echó al montón.

—Si me resulta bien el asunto de las chicas, le voy comprar un paño nuevo a la cruz. Ya demasiado necesita.

Llegó al rancho fatigadísima. Menos mal que solita como estaba podría descansar a gusto. Sin embargo, las ropas de las criaturas habían quedado esparcidas, y Manuela se dijo que era mejor lavarlas.

Las lavó, pues aunque con menos esmero que de costumbre, porque había poca agua y no se sentía con ánimos para ir a buscar.

—Ahora —se dijo al acabar de tender la ropa— lo que me va a venir bien es un mate dulce con un poco de galleta o, si no, con ese pedazo de pan Paraguay.

Todavía queda mucho. Pero se sentía más cansada que hambrienta. Algo le molestaba en la boca del estómago.

—Mejor duermo, catú. Mañana es la Virgen. Pasado, domingo. Voy descansar bien dos días.

Se acostó apenas anochecido, cerrando bien la puerta con el pestillo de madera, raro lujo del rancho. Tardó en encontrar la postura cómoda. Sentía tirantes las ingles como si fuesen a descosérsele. Los senos doloridos como siempre que se excedía en el trabajo. Una levísima mosca —pellizquito tirando de un velo— le corrió por la tensa piel del vientre.

Altanoche despertó. Un dolor sordo le ceñía con cepo duro la cintura; una mano roma de uñas de hierro le raía los costados. El corazón se le desbocó. Pero enseguida recordó. Eran solo seis meses. Debía ser una indigestión. Si probara a levantarse y hacerse un té de yagueté caá... Y quiso levantarse; pero quedó en un burujón a los pies del catre, ovillada por los retortijones. Frío sudor le perló la espalda. Ya no cabía duda. Un breve intervalo le permitió subir de nuevo al catre, y ya no se movió de él. Era mucho peor que cuando tuvo a las criaturas. Antes nunca gritó. Ahora sí. No sabía si solo de dolor o también de angustia porque estaba tan sola. Por fin los dolores cesaron. Sentíase ligera y vacía, y giraba, giraba, bajando por un pozo sin fin. Sin embargo, aún pudo darse cuenta de que la oscuridad se había ido acuchillando de amarillas estrías verticales. Era el sol filtrándose a través de las hendidias del estaqueado; pero ella no alcanzó ya a comprender qué era. Gritó aún una o dos veces como en sueños; después quedó

quieta. Entre sus piernas algo viscoso se enfriaba rápidamente, mientras la sangre, atravesando la sábana de bolsa y la lona del catre, caía al piso de tierra, que se ennegrecía al absorberla.

El martes, conforme a lo prometido, pero no de mañana, porque su marido había precisado la camioneta, sino de tarde, trajo Ña Ercilia de vuelta a las criaturas. La camioneta se detuvo como de costumbre frente al caminillo pero Ña Ercilia no bajó del vehículo.

—¿Se animan a llegar solas al rancho?... Yo estoy muy cansada y es tarde. Desde la cruz me hacen seña. No he de ir antes que lleguen allá. Y no olviden decir a su mamá que después de Reyes voy a venir para llevarlas.

—Cómo no, tía Ercilia —contestaron alegres las chicas.

Bajaron. Arminda llevaba el atadito, Teófila un canastito con chipa para la mamá.

—Vayan ligero. Yo las voy a mirar desde aquí.

Llevando a Aparicio, tomado de las manos, en medio, echaron a correr enfilando la arribada, hacia la cruz. Llegadas allá, se detuvieron, hicieron un montón de señas y vieron ponerse en marcha la camioneta. La sintieron ronronear mientras bajaban desaladas el repecho llevando siempre entre las dos a Aparicio. Aparicio se moría de gusto, pero enseñuida empezó a quejarse de los zapatos nuevos, y hubieron de detenerse para sacárselos. Luego pidió que lo llevaran en brazos. Arminda se lo cargó a las espaldas; luego la relevó Teófila. Llegaron por fin al

claro. A la ya menguada luz crepuscular, el rancho aparecía cerrado.

—Mamá ha de estar en el arroyo —dijo Arminda con voz aún sofocada por la carrera. Mirá, nuestra ropa está juera.

—¿Tan tarde picó?... Ella sabía que hoy íbamos venir —dijo Teófila.

—Pero venimos de tardecita, no venimos de mañana. Quién sabe, creyó que ya no veníamos más hoy.

—Ya no ha de tardar.

Cruzaron despacio el claro. Un animal pequeño, de larga cola, salió al parecer de una rendija del rancho y por entre los alelíos desmayados de calor se perdió en el yuyal.

—¡Un ratón!... —gritó alborozado Aparicio.

—Uf, qué mal olor hay por acá —observó Teófila.

—Seguro que hay un ratón muerto.

—Cómo mamá aguanta —dijo Teófila extrañada.

Se sentaron a sacarse las sandalias nuevas lejos del umbral, porque el hedor era fuerte. Luego se acomodaron en el tronco caído que hacía de banco bajo el mandarinado. Oscurecía a toda prisa. Aparicio metió disimuladamente la mano en el canastito, y pellizcó la chipa. Arminda se percató y le pegó en la mano.

—Mitaí maleducado. Usted ya comió su parte. Esta es la chipa de mamá.

Aparicio zollipó un poco. Arminda lo apaciguó. Un rato de silencio. Teófila se levantó y empezó a buscar por el suelo, en la penumbra.

—¿Qué andás buscando?...

—Algo para abrir un aujero grande y tirar del pestillo. Tenemos que entrar y encender la luz.

Teófila halló por fin una estaquilla. Con ella atacó la pared desmenuzando el barro. Pronto apareció una rendija entre dos picanillas.

—Meté la mano, Aparicio. Tirá del otro lado.

—Por qué no hacés vos, isch.

—Pucha que sos.

Teófila metió la mano, pero no pudo alcanzar el pestillo, aunque procuró mucho.

—Probá vos un poco, Arminda.

Arminda hizo lo posible, pero tampoco tuvo suerte.

—Huele demasiado mal. Me va dar un pyayeré.

Renunciaron desalentadas.

Voló un cocuyo sobre el mandarinado, y entre la espesura se sintió deslizarse un animal; un tapití o quizá el gato de algún rancho, o el mismo ratón de antes. Los tres se hicieron un burujón, instintivamente. Aparicio comenzó a gimotear. Se caía de sueño. Las hermanas le tendieron en el suelo sobre uno de los rebozos y se sentaron junto a él en el tronco al pie del mandarino, abrazadas. Sus corazones se martillaban recíprocamente en la obscuridad.

24. Mala idea

a Rubén Bareiro Saguier

Cada vez que Cristóbal quería plantar mandioca o batata en la punta del cocué, allí donde el año en que ellos levantaron su rancho se había caído de viejo un ybapobó, Benicia, su compañera, se oponía con acritud:

—Te digo bien que no quiero, que en ese lugar no, porque ahí es que se ven las luces. Cuando se acerca tormenta, aí es que se ve bien. Vos también lo viste. Ese árbol luego, era la señal.

Cristóbal callaba, pero Benicia proseguía:

—Por qué picó mi Dió que usted no toma una pala y prueba un poco a ver si no sacamo d'una ves el entierro. Toy segura que hay plata yvyvy grande.

Cristóbal rezongaba malhumorado:

—Ya otra vez yevyma con tu entierro. Na humbré. Qué entierro ni qué entierro. El mejor entierro catú es una linda mandioca.

Era este el único tema sobre el cual la pareja discutía. En otras cosas nunca regañaban, simplemente porque Cristóbal no quería discutir. El hombre era manso de genio, trabajador, tranquilo; su único vicio era el naco. Una herida recibida en el Chaco y nunca acabada de curar, restaba agilidad a su rodilla izquierda. Fue al volver del Chaco, cuando se unió a Benicia. Esta era retobada, fácil de irritar, un tanto maniática, rencorosa. Venía de lejos, de San Pedro del Paraná, y los vecinos amigos de inventar historias

a los forasteros decían que Benicia había sido de jovencita allá en su pueblo una terrible, que había farreado en grande, y que a las cansadas había dado con el vyro de Cristóbal que la había hecho gente. El caso es que Cristóbal y Benicia seguían juntos y felices después de ocho años, a pesar de no unirles vínculo legal alguno. No tenían hijos. Cristóbal, aunque no decía nada, seguramente que habría querido criaturas; se le veía muy cariñoso con los hijos de su única hermana. En cuanto a Benicia, las raras veces que de ello conversaba con otras mujeres, era tajante:

—Hijo, hijo... El que tiene hijo' y el que no tiene, catú lo mismo se hace viejo y lo mismo se queda solo. ¿Para qué picó se quiere lo hijo?...

... Benicia rezongaba y gruñía: Cristóbal, mascando su naco, la dejaba gruñir. Este era todo el secreto de su avenencia. Solamente en la cuestión de la plata yvyvy discutían, porque en aquel pedazo de cocué Cristóbal veía un pedazo de tierra desperdiciada, mientras que Benicia cifraba en él sus sueños de riqueza. Benicia era creyente frenética en la plata yvyvy y en sus signos, porque desde jovencita había soñado más allá de las fronteras de su mezquino destino de campesina, con roperos de petereby, vestidos de espumilla, zapatos, anillos. Últimamente, su sueño había adoptado la forma de una radio a acumulador. Cristóbal, en cambio, no negaba la existencia de la plata yvyvy, pero creía en ella como en algo que solo a los otros les puede suceder, y había perdido desde joven la esperanza de que Dios le hiciese rico por ese camino... ni por otro. El que nació para pobre, es inútil quiera llamarse don de oro.

Aquella mañana, sin saber por qué, Cristóbal sentía que en su corazón despertaban vagos punzazos díscolos. Por primera vez pensó contradecir deliberadamente a Benicia. Araba para plantar su mandioca; y de pronto se halló mirando reflexivamente la parcela por tantos años dejada al santo botón en el ángulo más alejado del cocué. Las mujeres —pensó— están a veces más locas que una cabra. ¿Por qué tenía que estar desperdiciándose aquel pedazo de tierra donde cabían muy bien sus veinte plantitas de mandioca?...

Y en un impulso repentino, empujó el arado dentro de la porción reservada.

El arado llegó a la punta sin novedad alguna. Volvió al punto de partida y a él arribó sin que el cielo se viniese abajo. Vagamente excitado y alegre, Cristóbal se dijo que iba a tener tiempo de ararlo todo antes de que Benicia volviese del almacén: seguramente rezongaría un poco, pero la cosa estaría ya terminada, y cuanto rezongase Benicia no remediaría nada.

—Y encima a ver si se termina, de una vez, la macana del entierro.

El arado fue y vino tres veces, todavía de un extremo a otro del terreno mordiendo la parcela, donde el yuyal llegaba a la cintura. Y fue al iniciar la sexta vuelta, cuando saltó bajo la reja, en pedazos, la tapa de un cántaro. Cristóbal soltó la mancera y recorrió con la vista el surco. Allí estaba, a ras de tierra, rotunda, la panza de un cambuchí. Cristóbal sintió que su corazón paraba en seco, para precipitarse luego amenazando ahogarle. Era casi como cuando en el Chaco, yendo de patrulla, descubrían el caño ene-

migo de una Breno entre el malezal. Un sudorcillo le perló la nuca. Pero la sensación no era desagradable. ¡Si después de todo resultase verdad lo del entierro!... Benicia iba a volverse loca de alegría.

—Hay que romper el cambuchí.

Se volvió. Benicia, detrás de él, miraba el cántaro, abierta la boca anhelosa, brillantes los ojos. Cristóbal se agachó, tomó una piedra.

—Esperá. Así no haga. El oro tiene pytu fuerte. Hace perjuicio. Te puede matar. Hay que tirarle y disparar.

Cristóbal tomó puntería, el cántaro sonó con un chasquido sordo, y él y Benicia corrieron.

A veinte metros se detuvieron, miraron atrás. El surco ocultaba el cántaro. Transcurrido un minuto, dijo Benicia:

—Ahora podemos ir.

Se acercaron. A Cristóbal le temblaban las piernas. Benicia respiraba con fuerza. Apartó a Cristóbal, que trastabilló sobre su pierna débil, para mirar ella la primera. Sobre el surco, mezclados con los tiestos, algunos huesos desmenuzados, una mandíbula con unos pocos dientes.

Cristóbal parpadeó sin comprender. Benicia se había quedado por un instante sin respiración. Pero ahora sus ojos relampagueaban y su ceño daba miedo.

—Había sido cristiano y no plata —dijo Cristóbal vagamente, empujando con el pie descalzo la mandíbula.

—La plata taba aí —dijo con brusca deliberación Benicia—. ¿Acaso no tá aí el cambuchí?... Lo que pasa que vos tenías mala idea, y la plata se volvió ceniza

por castigo. Siempre quiere suceder así si alguien tiene mala idea cuando está sacando la plata.

—¿Yo tenía mala idea, picó ngaú?... ¿Y por qué voy a tener mala idea?... ¿Acaso a mí no me gusta también la plata?... ¿Quién sabe más que a vos?

—Vos nunca tuviste fe en la plata yvyvy. ¿Acaso no te reibas por mí todo el tiempo cuando hablaba de entierro?... Y ahora, por una mala idea, toda la suerte perdida de balde.

Cristóbal no contestó y, antecogiendo el arado, siguió su labor; aunque fastidiado, no metió la reja ni una pulgada más en el yuyal. Pero el disgusto de Benicia no se desvaneció fácilmente. Había tomado muy en serio la pérdida del tesoro, y durante muchos días se mostró hosca y hostil a Cristóbal, negándose a compartir mesa y catre con él.

Como a su manera quería mucho a Benicia y la necesitaba, Cristóbal se sentía muy quebrantado por esa actitud, e hizo todo lo que pudo por desenojarla, asegurándole una punta de veces que jamás había tenido mala idea, y que su mayor deseo era dar con un buen entierro, mejor si era de Carlos cuarto, para que ella pudiese comprarse todas las cosas que desde hacía tiempo estaba deseando, como ser un vestido de seda floreado, un anillo carretón y una radio acumulador, amén de una perezosa como la que tenía la señora del almacenero, un armario de petereby y un espejo grande.

Por fin la armonía pareció restablecerse entre ellos, aunque a Benicia le quedó un residuo de amargura que rezumaba eventualmente en cuanto se rozaba el tema del dinero.

Llegó el momento de empezar a sacar la mandioca nueva, un año después. Eran solo dos personas en la casa, pero Benicia vendía también a un par de vecinos, y así no se tardó mucho en llegar al sitio en donde apareció el cántaro y donde Cristóbal había plantado sin reparo alguno, no sin enterrar en un rinconcito los huesos.

Era domingo de mañana. Cristóbal, con su habitual pachorra, iba sacando las raíces. Estar en cuclillas le resultaba molesto a causa de su rodilla.

—Una yunta má de mandioca rapó y ya dejo.

Aquella raíz parecía iba a ser linda. Tiró de ella después de desenterrarla a medias con el machete, y con ella se vino la tapa de un cántaro. Trémulo Cristóbal escarbó más con el machete. Allí estaba otra vez, panzudo, un sepultado cambuchí. Miró en torno. Benicia, al otro extremo del cocué, recogía leña. La llamó con la mano. Tomó una piedra, la lanzó contra el cántaro. Ya Benicia llegaba sofocada de ansiedad. Juntos se inclinaron sobre el roto recipiente de grisáceo barro. Ni siquiera huesos como la vez anterior: un poco de tierra apelmazada, oscura.

Benicia apenas podía hablar: la furia la dejaba afónica.

—Dios nos manda la suerte y vos te juntás con Añá para la ruina —dijo frenética—. ¡Decí catú ahora que no es tu culpa!...

En vano Cristóbal dolido protestó y proclamó su inocencia. Aquella misma tarde Benicia abandonó el rancho y se fue a San Pedro del Paraná a casa de su madre. A Cristóbal se le vino el mundo abajo. Descuidó el cocué, vagó de un rancho a otro contando su cuita,

viajó a San Pedro del Paraná dos veces, endeudándose para el viaje, buscando quienes interpusiesen su influencia con Benicia para que volviera a su lado.

Al fin lo consiguió, aunque le costó bastante. Cuando volvió, Benicia apenas se dignaba hablarle. Pero la mansedumbre de Cristóbal venció, y la vida se fue poco a poco normalizando, bien que Benicia se mostrase más sarcástica cada vez.

A fines de aquel verano sucedió algo que no había sucedido en tiempos al parecer más apaciblemente propicios; Benicia quedó encinta. La cosa desató en ella furioso malhumor, y resolvió ir a casa de una señora muy entendida para que le diese un remedio. Cristóbal no supo oponerse, pero la resolución de su compañera le sumió en silencioso desconsuelo. Benicia estuvo un par de mañanas ausente del rancho, y por fin vino trayéndose una botella cuyo contenido de olor fantasmal empezó a cucharear en ayunas, acompañando la dosis con una cantidad de ensalmos. Pero el remedio no produjo efecto, y el embarazo siguió su curso, con gran alegría oculta de Cristóbal. El genio de Benicia empeoró, y por cualquier sonsera caía en unas cóleras terribles, que Cristóbal capeaba con su invariable recurso, el silencio.

Al llegar la primavera, Cristóbal aró su tierra. Cuando alcanzaba por segunda o tercera vez el extremo del cocué, se dijo que bien podía hacer entrar de una vez la reja en lo que restaba de yuyal. Según todos decían, nunca se habían encontrado en un mismo lugar más de dos cántaros. Metió, pues, decididamente su arado en la parcela causa de tanto

quebranto y, conforme lo veía disminuir, sentía que una gran tranquilidad llenaba su espíritu.

Pero cuando ya la reja engullía el extremo del yuyal, apareció el tercer cambuchí. Cristóbal soltó la mancera y lo miró fijo. El sudor que le corría por la espalda ya no fue de nerviosa expectativa como las dos veces anteriores. Era de angustia. Miró en torno. No vio a Benicia. Pensó en cubrir de nuevo el cántaro. Pero... ¿Y si de veras estuviese ahí la suerte, y se fuera a perder otra vez por su culpa?... Mentalmente rezó los fragmentos de *Pater* que sabía, poniendo a Dios por testigo de que su intención era buena.

—Ñandeyara, vos sabés que yo no tengo mala idea, ni un poquito. Si de vera ité es plata, ninguno va estar más contento que yo...

Alzó un cascote y golpeó el cántaro, sin molestarse en correr luego. El cambuchí, que era el más grande de los tres, se abrió, descubriendo un esqueleto con sus huesos casi enteros aunque desarticulados; la calavera intacta mostraba completa la dentadura.

Cristóbal miró los huesos fijamente, y poco a poco una sonrisa aviesa le agrietó la cara apacible. Volvió la espalda y fue hacia el rancho con pasos de gato, forzando la rodilla dolorida. Tendió la oreja, pero no oyó a Benicia. Procurando siempre no hacer ruido, entró en la pieza, sacó del baúl su revólver cargado, que no tocara desde el regreso del Chaco. Con él en la mano volvió al cocué.

—Ahora yo te voy a dar calavera yevyvoí —dijo apretando los dientes.

Disparó. El esqueleto se esparció un poco al impacto que desmigajó una vértebra. El cráneo se ladeó,

y su sonrisa pareció desafiar a Cristóbal, que disparó de nuevo. Erró, porque un áspero rumor, como el resoplido de una fiera, le hizo volverse. Allí estaba Benicia, demudado el rostro, irreconocible.

—Añá memby, maldito —silbó—, ahora sí te pillé descomponiendo mi suerte.

Blandía el machete sobre la cabeza de Cristóbal. Instintivamente, el hombre alzó los brazos, trató de estrechar a Benicia entre ellos para evitar le hiriera.

—Anivena nde pochy, che la reina... Ya te explico...

Ella se revolvía energúmena. Cristóbal sentía contra su cuerpo la rotundidad vulnerable del vientre maduro. Quiso sujetarla sin lastimarla. Pero Benicia estaba fuera de sí. Golpeó al hombre en la rodilla enferma. Cristóbal se encogió con un gemido, y apretó automáticamente la mano con que enlazaba por la cintura a Benicia.

El fogonazo le aturdió. Benicia, herida de muerte, aflojó su rabioso paroxismo y se desplomó hacia adelante, derribando consigo a Cristóbal. Cayeron sobre el roto cántaro. En una última convulsión, Benicia apretó su boca contra la de la calavera, como si quisiera morderla.

25. Jesús Meninho

*A Rodrigo Díaz Pérez, «ángel» más allá
y acá de todo microscopio*

El cielo era azul. De un azul abismal, como si la luz, en vez de reflejarse en él, estuviese disuelta en él. La luz caía en espejazo ardiente sobre la arboleda, sobre los charcos, sobre los techos, sobre la bahía. El agua del río era cobre derretido. Los árboles ostentaban el verde sombrío de las soledades alimentadas de largas putrefacciones, empolladas por lúbricas lluvias.

El paisaje urbano, al llegar los primeros soldados enemigos, era el de una resignada desolación. Las casas, en dos años, habían envejecido décadas; la caries mordió sus muros descubriendo el tosco ladrillo o el indefenso adobe; el moho invadió, oscuro como la vergüenza del tiempo, las fachadas; y de nuevo yuyos, algún malvón superviviente, árboles en los patios absorbían a su placer los jugos violentos de la tierra.

(En las calles, los badenes se ahondan cada vez más al paso de los raudales durante noches y días solitarios; los yuyales crecen optimistas; de trecho en trecho, una santalucía abre sus ojos cándidos junto a un umbral desierto. De un espeso yuyal crecido en mitad de la calle surge de pronto, tal cual animal: bestia salvada del desastre; algún burro rengo trasijado, una alocada gallina, un perro lastimoso, un caballo lleno de carachas, arrastrando un casco que cuelga de un tendón; un gato, no tan flaco como podría esperarse. Porque hay ratones. Muchos ratones).

Grupos de soldados transitan demorándose adrede, por las calles, sumergiéndose a veces con risadas divertidas u obscenas en los crecidos yuyales. Hallan de su agrado aquel lujo del abandono. En mitad de la calle, arbustos más altos que ellos. Un perro flaco aúlla y huye, sangrante el anca: un soldado lo ha pinchado con su cuchillo. Arrecian las risas: la soldadesca resbala calle abajo, se pierde.

De pronto sus voces resuenan de nuevo cerca... Es que otra pandilla llega... Así circularán toda la noche, porque al amanecer es el regreso. Turbio regreso, cansado el cuerpo, a estirones llevado por un alma que solo por el instinto reconoce el camino.

Las casas abandonadas por sus moradores en éxodo, cerraron sus puertas y ventanas a cal y canto; pero eso no es impedimento a la codicia, ni reparo a la osadía. Y así, a poco andar, muchas ofrecen puertas y ventanas rasgadas; pendiente esta puerta de un quicio; astillada aquella ventana por el culatazo brutal. Otras residencias, ultrajadas, a la vista las entrañas vaciadas de su intimidad, parecen muertas o dormidas.

Los soldados hacen días, semanas, que estaban recorriendo esas calles, y ya sabían de memoria cada casa; no eran tantas, y conocían a sus moradores; los hombres de ceño sombrío, las mujeres y niños a los que habían visto y seguían aún viendo, cada día, volver; flacos, casi desnudos, los ojos altos, indiferentes a la propia apariencia misma, un gesto resignado unas veces, duro otras, en los rostros demacrados, surcados a menudo por un llanto silencioso.

Los soldados querían ver a las mujeres. Se detenían los domingos a ver a las pocas que se veían entrar a

la misa en la Catedral o en San Roque. Mujeres de recatado porte y vestimentas más dignas que ricas —¿qué rica o pobre vestimenta sobreviviría a tal desastre?— ocultas las caras bajo las mantillas; difícil saber si eran jóvenes o no; imposible quizá ser joven con aquella guerra cabalgándoles sobre el alma. Mujeres a cuyas manos, en algunos casos, se prendían niños de delgados cuellos y ojos grandes en las caras pálidas y flacas. Ancianas escuálidas asomando su rostro de hoja seca a las rejas; uno que otro sirviente o sirvienta, mulato o indio, igualmente demacrado y esquivo. Mujeres del pueblo, de zangoloteantes trenzas; hurañas y hasta agresivas —qué importaba: había otras complacientes.

Hombres, pocos: hombres consumidos, de inquietante presencia, pues aunque harapientos, descarnadas las osaturas, apenas cubiertas con un trapo las vergüenzas, a la cabeza el precario tejadillo de un deshilachado sombrerajo, había en sus rostros de agrietada madera y en sus ojos torvos una constante amenaza y de noche encontrarse con ellos en lugar solitario era riesgo. Puñal o machete podían dejar un cuerpo tendido, empapando la tierra, abiertos los ojos en vana pregunta del porqué a un cielo nocturno que no era el del fosforescente Brasil.

... Pasaban los soldados, brasileiros casi todos; circulaban un poco desahuciados, con gusanos por el cuerpo insensible de la ciudad. Poco a poco el sol bajaba y los grupos aumentaban y se hacían densos a la par de las sombras. La noche les abría sus brazos multimellizos y oscuros como ellos.

Dos centros, sin embargo, alumbrados, en la ciudad en sombra, los atraían de preferencia. El teatro, un poco destartado y no muy bien iluminado, donde las francesas de Madame Blanche bailan su canción; lleno siempre de estirados oficiales argentinos que no ven con buenos ojos el manchón oscuro del soldado raso, y menos el brasileño; aunque los cortesés oficiales brasileños no dejan tampoco de asistir. Les atrae, pero el espectáculo es caro; y además les atrae más la cachaza —la caña— y, un poco más allá del teatro, el otro lugar con la luz difusa de sus humildes farolitos o velas de sebo, en los más insólitos candeleros —una pella de barro, una cáscara de naranja— donde la luz teme a los rostros, pero donde la entrada es libre y se encuentra compañera para las horas sin sueño.

El soldado aquel caminaba despacio, un poco inseguro, tropezando a menudo. Le colgaban sobre los tobillos los deshilachados pantalones; la blusa fuera del cinturón; descalzos los enormes y deformes pies. Medía con pasos desiguales los rojos modillones de tosca de la calle o sus yuyales, espesos: a veces marchaba por la estrecha vereda, de madera, cuando la había; pero el rumor tosco de su pisada parecía asustarle; entonces invadía las lenguas de pasto y yuyos pisando ortigas o lozanas santalucías.

Era un negro alto, joven, de atlético cuerpo. Un negro de Bahía, de blanca dentadura, elocuente en la ferocidad y en la alegría. Hacía horas que vagaba. Bajo la tela burda de la blusa, desfiguraba el torso mus-

culoso un bulto informe. El soldado había olvidado de momento qué era lo que contenía el envoltorio; pero su brazo seguía apretándolo obstinadamente contra el costado.

Caminaba con paso inseguro de borracho y, no obstante, en su rumbo había cierto designio. Una querencia vieja como el hombre, y a la cual sólo la parte más oscura y sumergida de él se hallaba vagamente abierta al propósito, lo llevaba hacia aquel edificio ancho y bajo, titilante de pequeñas luces; el inmenso corralón, donde se centraba de noche la vida pululante, viciosa, alimentada, como de un aceite sucio, del ansia irreprimible de vivir.

Desde la siesta había estado bebiendo; y había visto ver desaparecer su último reis. El bolichero se había negado a servirle más. Había esperado en vano que algún compañero le invitase. No encontró a nadie propicio a esa complacencia. Todos habían agotado también más o menos sus recursos y no podían saber cuándo sería la próxima paga. Cansado de esperar, se había levantado y salido del boliche, aún temprano; había recorrido, a la luz decreciente, varias calles de la parte alta, buscando algo cuyo producto le permitiera seguir su farra. Ahora no era tan fácil ya entrar en una casa —esta quiero, no, esta otra quiero, pum, pum, rompo la puerta, qué maravilla, todo allí a escoger, al alcance de la mano— encontrar cualquier cosa para la cual se hallaba de inmediato comprador, en tierra o si no a bordo de un barco. Ahora ya las más de las casas, depredadas o no, tenían sus dueños, regresados estos de los campos de batalla los hombres; de los lugares de destino o del

éxodo las mujeres. Y las que no los tenían, era inútil recorrerlas: habían sido visitadas y saqueadas una y otra vez, hasta la saciedad.

Él había sido uno de aquellos depredadores. En una hermosa casa, la primera noche, él y un grupo de compañeros habían tenido la mejor cosecha. Ahí las bolsas, llenas las manos, se plantaron muequeantes ante los espejos de ancho marco dorado llenos de ramos y de flores, coronados por guirnaldas, bajo las cuales, a derecha e izquierda, sendos niños dorados se enfrentaban, sentados; dejaban caer un pie como queriéndolo mojar en el agua vertical de las lunas. Cansados de danzar ante estas haciendo visajes, descolgaron los espejos para llevárselos. Al arrancar uno de ellos, uno de los niños, descuajado, había caído al suelo. Se habían olvidado de alzarlo. Él, cargado con un espejo, a la espalda un paco de cortinas; entre camisa y pecho, dos platos de plata, lo había hecho notar a sus compañeros; no le habían hecho caso y él de un puntapié había lanzado la figura entre los escombros.

Esa siesta, en su recorrido de ebrio aún sediento, había pasado por aquella calle: la había reconocido y un instinto sonámbulo pareció empujarlo en busca de aquellas paredes; le había hecho entrar de nuevo en aquella casa, vacía y silenciosa, cuyos dueños no habían vuelto aún. Aquella noche del saqueo, al irse, habían quedado sillones, una mesa, un viejo baúl con iniciales, una cama ya desnuda de colchones y colgaduras, pero de lustrosa talla: riquezas que aquella noche, ahitos de botín, habían desdeñado. Pero ahora ya nada de eso estaba allí. No había ya nada;

aquella casa podía haber sido otra cualquiera. Su instinto, aun borracho, no fallaba, sin embargo, del todo. Buscó junto a las paredes en el montón de escombros, al pie de las señales dejadas por los espejos. Escarbó torpemente entre los cascotes y costras de estuco. Qué suerte loca. Allí estaba todavía el niño, cubierto de polvo pero intacto. Lo recogió. Con él bajo el brazo había recorrido varios lugares, y lo había ofrecido a varios. A dos bolicheros, ambos brasileños; luego a un cabo argentino; finalmente, a un oficial. Nadie quiso dar nada por él. Tal vez temían ya comprar cosas robadas: las órdenes al respecto eran severas.

Ahora, con el niño envuelto en sucio trapo —ni él mismo sabía dónde recogió ese pingajo—, seguía caminando, guiado solo por el instinto, pues su cabeza era un balón de niebla en cuyo centro giraba un sordo zumbido; sus labios murmuraban palabras que se formaban apenas un dedo más adentro de ellos: no salían de él mismo.

Y siguiendo como el agua la pendiente, llegó allá donde el sordo balón de niebla, rebotando a lo largo de montículos y zanjas, quería llegar. La extensa construcción baja, cuadrada, se imponía compacta entre tinieblas: las ventanas cerradas con tablazón dejaban transflorar luces indecisas; claror de hogueras en el suelo, de farolitos prendidos aquí y allá, al amparo de precarias carpas o armadijos de tablas. Velas de sebo, y de vez en cuando un quinqué de aceite. La puerta en arco abrió su hueco soso ante él. En la penumbra los bultos se desplazaban, confundidos los perfiles de unos con los de otros. El soldado tropezó, se fue hacia adelante. Un brazo

delgado y nervioso lo sostuvo lo bastante para que, ya de rodillas, su frente no chocase contra el suelo. No había soltado el bulto apretado contra el pecho.

—Ah mulher bonita, cuñá porá —dijo con lengua sorda el soldado, prendiéndose a ciegas del bulto, colgándose de la pollera con la mano derecha.

—Qué vocé quer, macaco —contestó la voz femenina, no hostil, sin embargo.

—Eu quero vocé —gutturó el soldado. Y su cabeza golpeó la rodilla de la mujer.

—¿Cuánto me va dar vocé? —preguntó la mujer, sin sonreír, pero sin rechazarlo, no obstante.

—Tudo o que vocé quiser —y se aplastó literalmente contra ella, baboso y semidormido.

—Co fulano oquéva tronco... —dijo una voz de vieja tras la mujer—. Dejale, no te trae cuenta.

—E quirirí... —contestó la otra—. Si duerme, mejor para él y para mí. Apartó de su pollera la mano del borracho, que se bamboleó. Le ayudó, con no poco trabajo, a enderezarse a medias en difícil equilibrio. Él la miró bizqueando.

—¿Querés que vaya con vos?

El cabeceó torpemente, afirmativo.

—Y bueno —dijo la mujer—. Vení conmigo... Mi negro porá.

Alertado por el reclamo final, coordinó sus movimientos lo bastante para marchar tras la mujer, tropezando. Atravesaron parte del recinto, por entre la gente sentada o acostada y por entre las masas de arbustos. Salieron por otra de las puertas, la mujer delante. Ella conocía el camino; él la seguía oscilante el paso, pero soñolientamente confiado, apretando

contra el pecho instintivamente el bulto envuelto en el trapo. Iban calle abajo: torcieron luego para bajar de nuevo. La silueta de la catedral quedó a la derecha. Cruzaron en diagonal el espacio abierto que separaba esta de la Casa de los Gobernadores, pasando luego por delante del Cabildo, acercándose al Palacio —frío fantasma en la sombra— y bajando ya la barranca. La bahía callada, allá abajo: era apenas un opaco brillo empañado. Bajaron un trecho por la precipitosa cuesta. El hombre se detenía cada tanto: al fin, paró del todo. La mujer avanzó unos pasos sin él; luego se volvió:

—¿No te animás bajar más?... Bueno.

Entre los arbustos, más fragantes que nunca en la calidez nocturna, la mujer se dejó caer al suelo, sentada. El soldado lo hizo también, torpemente, a su lado. Le costó acomodarse: el brazo izquierdo se obstinaba en permanecer pegado al cuerpo, defendiendo aquel paquete, al margen de su designio o quizás por una oscura voluntad más poderosa que su conciencia. El sueño avanzaba como una nube inmensa y oscura, casi sólida, contra la cual se defendía a manotazos. Sintió la mano de la mujer recorriéndole el pecho, y medio dormido se oyó a sí mismo decir:

—Não tenho nada, nem un reis... gastei tudo...

La mujer se puso en pie, rápida.

—¿No tenés plata?... ¿Para qué entonces que me hiciste venir, macaco?

Volvió la espalda, dispuesta a marcharse. Él trató turbiamente de incorporarse y atajarla.

—No, es... espera... No te vayas —buscaba desesperadamente entre su camisa; de pronto el precario

envoltorio cayó al suelo, deshaciéndose. En los ojos de la mujer se reflejó una chispa dorada.

—¿Qué tenés ahí?

—Es... es un Jesús Meninho —tartajeó él—. Chevo o pra a boa sorte.

La mujer se inclinó y alzó el envoltorio: descubrió la figura. Sus dedos oscuros y flacos tantearon trémulos la superficie pulida. El cuerpecito mórbido. La cabeza donde el cabello en graciosa crencha ondulada caía sobre la frente. El niño relumbró en sus manos como un ascua. Los ojos de la mujer se hicieron tiernos. Su cara se iluminó.

—¿Me vas dar tu Niño? —preguntó. Y su voz temblaba.

—O bom Jesús Meninho —la miró estúpidamente—. ¿De acordo, entao? —gagueó apenas.

Le echó la mano a una pantorrilla, desmañadamente, antes de derrumbarse en el suelo.

—Esperá.

La mujer se quitó el manto. Envolvió el niño en él cuidadosamente y lo acomodó en un rincón debajo de un arbusto. Luego se dejó caer junto al soldado. Pero este dormía ya con un sueño de piedra. La mujer lo sacudió, impaciente. Pero no despertó. La mujer inmóvil, le miró unos momentos. Luego se encogió de hombros. Se levantó. Recogió el bulto. Una última mirada al durmiente, y con el Niño apretado contra el pecho echó a subir, rápida, la cuesta.

26. La corona de la Virgen

a J. M. Rivarola Matto

—¿Va tomar tu tereré?

—De balde preguntás; sabés que siempre tomo.

—Ayer no tomate. Cómo voy saber si hoy querés.

Le doy un tongo. Por no que se retobe. Baja la vista, se pone colorada como hígado, pero no se le saltan las lágrimas como suele. Jugando con mi ramita de typychá-jhú le miro trajinar con la pava. Está rara. ¿O es que a mí me da por encontrarlo todo raro hoy? Ella no me mira, pero se siente el viento quieto en la cara mojada; así siento yo su retobo, que me araña el estómago. Me trae el tereré. Espera mirando a otra parte. Cuando llega de nuevo con el mate, le sacudo en la pierna con la ramita de typychá-jhú.

—¿Está otra vez embarazada?

—No, gracias a Dios.

Hay en su voz algo que no me gusta. Me da la impresión de que anda queriendo enojarse conmigo y, al mismo tiempo, es como si me va ganar una apuesta. Ya al levantarme noté. ¿Me andará poniendo cuernos esta yegua? No me parece de esas, pero quién sabe.

Me acomodo mejor en la hamaca. Es temprano, pero ya el calor. E hice bien de ir al pueblo de mañanita. Cierto que lo mismo voy tener que ir otra vez casa del compadre Ramón a recoger esa platita. Sin falta. Si no cobro hoy, no voy cobrar ya nunca. Y necesito esa plata.

Manuela va y viene con el tereré. Cuando se acerca, siento el olor ese de su pollera: un poco de yuyo machucado, otro poco de lodo apodrecido, como cuando arrancas un camalote en el estero. Me soliviantó siempre. Era antes más fuerte el olor a yuyo machucado que el otro. Después fue al contrario. Al menos mientras no le venía su capricho y ya no quería acostarse conmigo y yo me olvidaba del olor a lodo y sentía solamente el otro, el olor de un yuyo o de una flor, no recuerdo cuál es, y a cada momento me parece que voy recordar, pero nunca consigo y entonces me vienen palpitaciones.

Por ese olor fue que la traje vivir conmigo cuando se quedó sola. Yo que tenía las hembras a montones. Como las tienen los tipos como yo. Los que saben compuestos y relaciones y aparecen por las fiestas con la guitarra al brazo dispuestos siempre a tocar y cantar y dedicarle una canción a la morocha para que rabie la rubia que te da todo el fuentón si ve que la otra te acerca un bocadito. Por eso me ajunté con ella, la hermana de Crisanto. Del asesino Crisanto. Del ladrón de la corona de la Virgen. De balde que la vieja Casimira diga que cuando Crisanto ya se huía y Tiburcio estaba por el suelo, la Virgen tenía todavía puesta su corona; la corona faltó solamente a la hora de cerrar la iglesia y como toda la gente del pueblo se vino allí para ver al muerto. Nadie la quiere oír a Casimira; dicen que no anda bien de la cabeza. Cómo no va ser Crisanto quién mató al viejo Tibú, el sacristán, y robó la corona. Tibú lustraba siempre la corona de la Virgen el primer viernes de cada mes y ese viernes Crisanto taba arrancando los yuyos en el

atrio. Todos vieron al difunto enorme y flaco, como matungo caído en el suelo; su cabeza abierta como zapallo, la pala de Crisanto toda llena de sangre y de sesos tirada al lado, y Crisanto que corría ya lejos, como viento norte, por la calle del boliche arriba. Yo mismo le vi correr agachado y con los puños cerrados con aquel sombrero imposible color de botón de oro que no sé dónde se fue sacar. Nadie lo vio más a él ni a la corona. Pero no importa si no lo pueden agarrar, no importa si no va a la cárcel la gente; nadie le va sacar nunca más eso de la cabeza. Antes decían:

—La vieja Ña Satú sabe seguro dónde que está su hijo.

—Y dónde está la corona también.

Ahora solamente comenta alguna vez que Crisanto no importa dónde que tá. Tá perdiendo su tiempo porque tener en su mano algo que vale tanta plata y no sacar provecho es ser vyro. Pero la gente cree que lo sabe todo y muchas veces no sabe nada. Claro que la corona vale mucho. No recuerdo ya bien cómo es tanto tiempo que no la veo, pero es de plata la parte de abajo y arriba es todo de oro y tiene sesenta topacios y cinco brillantes grandes. Cuando yo vine al pueblo para vivir con mi tía, la corona tenía más brillante, pero oí decir que el paí vendió para refaccionar la iglesia. Vale plata esa corona. Pero si el ladrón es vivo, tiene que saber esperar.

Me rebullo en la hamaca.

—No tá fresco tu tereré.

—No es mi culpa; el agua es lo mismo del pozo.

—Ahora me tás siempre queriendo contradecir. Querés ganarte una pateadura.

Vuelve la vista calla. Yo siento que me doy vuelta en un remolino amarillo, me viene náusea, el corazón me galopa. Hace tiempo que esto me da. Le echo la culpa a ese olor de Manuela que me marea, pero a lo mejor es otra cosa. A lo mejor es que ya no la puedo mirar más, o es ella que me tá odiando y es su odio el olor que yo siento. Ese olor que me da palpitaciones. A lo mejor. Pero no. Soy yo que no la quiero más. Nunca me dio gusto desde que vivió conmigo. Nunca se divirtió conmigo como tiene que divertirse una mujer con su macho. La primera noche ya anduvimos mal luego y le pegué grande. Me dijo llorando que yo era un bestia. Seguro que los que le jugaron tres días seguidos en la comisaría eran Niños Jesús de Capiatá. Tres días dando vuelta con ella como en calesita. Estuvo luego enferma mucho tiempo. Si hacen eso con mi hermana, yo le mato a todos. Pero quién sabe. Las mujeres tán para eso y si le toca a tu hermana, mala suerte. Claro que yo no tengo hermana y por eso hablo. Pero de todo modo, hacer como Crisanto que cree le puede guardar a su hermana en el caramaguá es ser vyro. El comisario, claro, se dio cuenta; comentó con alguien quién habría sido el vivo que se arregló para pescarse a la chica sin que el hermano se enterara. Yo me reí cuando supe que Crisanto decía que el que le embromara la hermana le iba matar qué loco. Como si uno le va contar al tipo cuándo le va comer la hermana. Y luego, si el tipo anda hablando así, uno ya anda prevenido. Desde luego, alguna vez no podés remediar alguno te pesca y un lengua larga echa a perder todo. Claro que luego no se va de balde.

Yo le vi correr a Crisanto cuesta arriba con aquel sombrero que de lejos le marcaba. Y yo sabía dónde iba. El viejo Tiburcio ya no le vio. Pobre vyro. Por defender la corona murió un mártir, dicen las beatas, un santo. La gente dice muchas pavadas. Pero murió; ya no hay qué hablar. La macana que Manuela pagó por su hermano. Eso yo no lo había pensado. Creían que ella sabía dónde él se había escondido. Eso fue lo que dijo el comisario. Pero la verdad es que le tenía hambre a los quince años lindos de la chica. Ella después no salía más de su casa. Yo la tuve que buscar mucho. Tardé como tres meses en toparme con ella en el camino del cocué. No quería mirarme a la cara. La inocente.

—Yo no sirvo más para nadie.

—A mí me gustás siempre.

Dijo que no, pero al cabo... Y así fue la cosa. Solamente que esperé que se fuera del pueblo el comisario y los milicos aquellos para llevarla conmigo. Algunos ponderan por mí. Dicen que soy muy bueno. Pero la gente no sabe nada. Lo único que sabe bien son las pavadas que ella misma inventa. Ahora, por ejemplo, nadie sabe que me voy ir del pueblo. Buscar otra vida más divertida. Quince años acá ya son bastante. Fueron largos. Los dos últimos, sobre todo. Me voy. Manuela tampoco sabe. Me voy esta misma tarde. En cuanto cobre mi platita de mi compadre.

—¿Me preparaste mi camisa?... Tengo que salir.

—¿Acaso me dejás un minuto para nada con tu tereré que no acaba nunca?

Le largo otro bife y otra vez le quedan marcados los dedos. Está imposible como cuando estuvo encin-

ta. Por eso le pregunté antes. Cuánta paliza se ganó esa temporada. A mí no me gustaba que tuviera hijo. Le decía que no quería porque, quién sabe, no era de uno de los milicos. Decía adrede disparate. Yo sabía que no podía ser, pero me gustaba verla llorar. Ella dice por ahí siempre que era mi culpa que la criatura nació débil. Lloró mucho cuando murió. Se recogió la trenza y lleva solamente manto cuando sale porque su peineta vendió para pagar el cajón del angelito.

—Vaya derecho plancharme mi camisa, yegua de comisaría.

Se va tiesa la cara color del hígado, los ojos quemados. Me alegra verle así, pero noto que me da otra vez palpitaciones. Ese lustre que tiene su ojo como de fiebre me araña el estómago. Me hamaco y la miro. Va y viene preparando la plancha. El perro está escarbando bajo el mango. Qué bicho maldito. Todo el patio lleno de hoyos. Ayer lo quise matar. Escapó a tiempo.

Manuela a mi lado. Los ojos apartados, la voz seca. Cierro mi ojo para no verla.

—Ya está tu camisa.

El sol cae como brasa de urundey sobre el camino. Ni un poco de sombra. La caña del compadre me puso pesado y la cuesta desde el boliche es larga. Pero no voy descansar. Comer eso sí voy hacer. Luego le voy echar a Manuela. Le voy decir que se vaya en casa de mi prima en la otra compañía buscarme una ropa que dejé allí. Va volver solamente de tardecita y así tengo tiempo de disponer acá, recoger mis cosas, hacer mi atado, llegar a la estación. Cuando ella vuelve, yo no voy estar más. Va pensar, como todos, que

me mudé en el rancho de Rosa en Barrero. Le estuve adrede dando celos con ella los últimos tiempos. Entre tanto, yo voy estar a mi gusto en Asunción. Y luego, cuando pueda, me voy ir afuera. Acaso a Buenos Aires. O si no a Corrientes. Siempre quise ir a Corrientes. Las curepí dice son estupendas.

Ya llego. Tengo la camisa empapada en sudor. La hamaca en la sombra debajo del mango me tienta. Pero no. Mejor hacer lo que tengo que hacer. Primero, enviarle a Manuela en casa de mi prima. Enseguida recoger mis cosas. No me va llevar mucho. Media hora, lo más. Tengo tiempo de sobra para tomar el tren. Pero mejor terminar lo antes posible.

—Manuela.

No contesta.

La llamo otra vez. Tampoco contesta.

¿Qué pasa?

Dentro del rancho no está. El fogón está apagado y no hay comida en la olla. No se la ve en el ycuá ni en el mandiocal. ¿Dónde que se metió? Seguro se fue en casa de alguna vecina. Cuando vuelva, no le voy pegar de balde. Pero, entretanto, no puedo hacer nada. ¿Si me pongo preparar mis cosas y ella vuelve antes que yo he terminado? Doy vueltas por la pieza. Toy nervioso. Levanto la cortina de la alacena donde guardo mis pilchas. Me quedo parado. No están todas. Reviso aprisa. Me asusté de balde. No falta ninguna. ¿Por qué entonces que la alacena parece medio vacía?... Me doy cuenta ahora. Son las cosas de Manuela lo que falta. Su pollera colorada, su tapado. Tampoco está la valijita que guardaba siempre aquí y que yo la preciso para llevar mi ropa. Como cuando

mirás al través de una madeja enredada o entre la lluvia, estoy viendo la grandísima puta se ha ido, no voy poder matarla de una paliza antes de irme. Me ha dejado antes que yo a ella, se va reír de mí, grande... Pero enseguida entiendo que seguramente es mejor así, aunque me quema el estómago como ají que se ha ido sin que yo le he roto un hueso. Busco un papel para envolver mis cosas. No hay. Encuentro la caja de cartón que ella la usaba para poner la frazada en verano. Fuera la frazada. Mi do camisa, mi zapato nuevo, mi pulóver, mi pañuelo, mi pantalón de repuesto. El saco voy llevar al brazo. Mi guitarra. ¿La llevo?... ¿No la llevo?... Allí donde voy puedo comprar otra. Mejor no cargo con bulto. Pero de repente me viene una idea. La llevo. Con su funda me va servir mucho, mucho. Cómo no pensé antes.

Ahora una cosa solamente falta. Pienso otra vez. Me quedo parado: si Manuela viene llegando de pronto... Pero no, no se ha de haber ido de visita con el tapado con el calor que hace; si se llevó todas sus cosas, quiere decir se fue del todo. Doy una vuelta por el patio. El calor es terrible. Mejor. Todo el mundo está en su casa; nadie me va ver cuando me voy. El perro está echado debajo del mango, me mira con su ojo medio cerrado. Busco mi pala. Qué suerte que es del lado del ycuá en la sombra. Debajo del ybapurú, detrás de la raíz que sobresale siempre y echa brotes en primavera...

Miro y de entrada no entiendo. La tierra está removida. Alguien anduvo escarbando. El sudor me corre por la nuca hasta la cintura. Miserable yegua. Esto era lo que se traía entre mano. Por eso andaba

rara. El perro, el perro fue que le señaló el sitio seguro. Aquí está ahora cerca de mí, moviendo la cola tan contento, como si hizo algo gracioso. Le doy una patada con toda mi alma. Da un aullido, cae de costado, quiere levantarse; me voy sobre él, alzo la pala. Ya está. Como Tibú, solo que su hueso no es tan duro y tiene mucho menos sesos. Así terminan los soplones. Me acerco otra vez al sitio; me tiembla toda mi pierna. No me animo a mirar. ¿Y si fue el perro no más que arañó un poco y nadie tocó nada? ¿Pero entonces, por qué Manuela se ha ido? Ahora me doy cuenta del otro lado: junto al tocón, también la tierra removida. El pasto está trastornado; la tierra dada vuelta luce aún su cara oscura. Estoy plantado en el suelo como tocón. No, no fue el perro, pero sí fue el perro. Manuela se escapó porque el perro anduvo escarbando; ella vio todo, se llevó la corona y ahora quién sabe... Salgo disparado al rancho, agarro mi atado; tengo que huir antes que lleguen. Por la picadita que sale del arroyo se llega también a la estación. No tengo que pasar por el pueblo mi valija, mi guitarra. Ya estoy saliendo. Un garabato negro se me atraviesa en el ojo. La carabina de un milico. Y otra y otra. Todo el patio está lleno de milicos. Cierro mi ojo, embisto por en medio de ellos, corro, oigo voces que no entiendo, un tiro, caigo de boca, me alzan, me corre algo caliente por el cuello; no es nada, no te va salir por ahí tu seso, suerte, quién sabe si es suerte. Me llevan arrastrando a los fondos. Delante mío cavan... raíces del ybapurú. La corona está sucia, pero los diamantes brillan; es hermosa, vale plata. Ahora caven acá pronto lo mitá. Sacan el

bulto carcomido, hediendo todavía; tanto tiempo, sale también el sombrero que era amarillo, que era el de Crisanto. No iré a Corrientes. No iré a Corrientes. Ni sentiré más el olor a flor machucada, a botón de oro machucado, a botón de oro que era el color del sombrero de Crisanto, a botón de oro machucado que era el olor de la pollera de Manuela.

27. El canasto de Serapio

Llegaban caminando, en rotosa fila india; avivando el cansado paso al divisar de lejos el mangrullo destacándose sobre el cielo azul frío de ese día de invierno. Al frente, el viejo Paí Conché, machete en mano. Tras él, las seis mujeres. La más vieja, Ña Sotera, la primera, llevando, a medias con Lucía, el sagrado bulto: la imagen de san Onofre. Inmediatamente después, Engracia, con su enorme canasto sobre la cabeza. Las otras —Librada, Lucía, Benigna, Catalina— luego, cargando cada una sobre la cabeza o al brazo sus pobres pertenencias salvadas del largo calvario. Por delante del grupo o detrás de él, a capricho, Luí, el mitaí, que, flaco y ojeroso, aún tenía ánimos para correr. Varias cuadras atrás, invisibles, avanzaban también, en la bruma del atardecer, la vieja mula con don Luciano a cuestras y Marta, su criada y mujer, a pie.

El mangrullo ahora había desaparecido, tras los árboles, a la vista del grupo, conforme este avanzaba. Pero la capilla estaba allí. Les esperaba. Y así se mostró de pronto al dejar el grupo atrás la arboleda y penetrar en el calvero de la plaza. Paí Conché se quitó el sombrero. Las mujeres —también Engracia, aplastada por el peso del canasto— se arrodillaron. Su rezo fue casi un alarido:

—Gracias, Señor, por tu misericordia. ¡Gracias, san Onofre! Has permitido que estemos otra vez aquí.

Ña Sotera no quería esperar para devolver el Santo —su Santo: era suyo— a la capilla, aunque esta se veía sin puertas, y sus pocos bancos astillados. Pero tuvo que renunciar a su deseo. Había que limpiar y reacondicionar la capilla, para que volviera a ser «decente».

Las casas, sordas y mudas, color de los huesos sucios de tierra, cobran vida. Las mujeres entran y salen buscando entre esas paredes para siempre, quizás ya sin su antiguo dueño, la que mejor les acomoda: alguna quiere quedarse en la que era suya, pero elige otra para estar cerca de sus compañeras. Reúnen los pocos muebles desvencijados. Rebuscan en sus bártulos tratando de encontrar algo que comer. El mitaí recorre los dispersos naranjos en busca de fruta. Paí Conché echado sobre el pasto al sol, con el sombrero sobre la cara, duerme.

En una de las casas menos destruidas —una pieza grande cuya puerta ha resistido a los años de abandono— Engracia, después de barrer meticulosa con la improvisada escoba de ramas, ha colocado en un rincón el enorme canasto que trajo sobre la cabeza leguas y leguas, días y noches, y en el cual duerme su hijo. Serapio el mutilado. Serapio, al cual le faltan las dos piernas.

Serapio Rojas era el único hijo de Engracia Rojas, resultado del encuentro de esta con un arribeño, quizá no muy lindo ni guapo, pero audaz y maravilloso guitarrero; no muy trabajador de día, pero activísimo de noche, hasta el punto de ser recordado como viril campeón en los pueblos que había visitado. El idilio duró muy poco. Lo que se precisó para que el Romeo se diera cuenta de que su éxito con las muchachas de la compañía iba a ser pronto inevitablemente publicitado. Y acometido de repentina modestia, desapareció rumbo a otros pagos.

Engracia trasegó con resignada melancolía los meses que faltaban para la llegada de su vástago, sin otro trabajo que pasar por alto las borrosas protestas de su vieja abuela paralítica, a la cual mantenía haciendo chipa. Cuando llegó su criatura, sana y robusta al parecer, se sintió contenta de no compartirlo con nadie, ni aun con la abuela, porque esta eligió para ausentarse del todo esos mismos días. Crió a Serapio consentido y mimado conforme al uso de las madres de su condición y su tiempo. Y Serapio creció; y aunque no se podía decir que fuese un Adonis, seguía por lo menos robusto y sano. Trajo no obstante al nacer un defecto de difícil corrección y que le dificultaba bastante su manejo en la vida: era sordomudo. No pudo, pues, aprender guitarra como el padre (como era quizá el secreto sueño de Engracia) por su sordera; pero ser mudo no fue óbice a que tuviera éxito con las mujeres, pues, a falta de palabra, desarrolló una mímica específica muy exitosa, aparte otras facultades al parecer muy convincentes, heredadas del padre que no conoció.

Engracia se veía muchas veces negra para satisfacer los caprichos del hijo —camisa nueva, pantalón bien planchado, platita para los sábados—. Pero lo hacía con placer. No tenía otra ilusión que el hijo. Para ella era como si se hubiesen acabado los hombres. Y así no quería nunca ver a Serapio mucho rato lejos de ella. Que se enamorara cuanto quisiera, y que embromase a la que se dejara embromar, no le importaba. Hasta es posible que hallase un cierto placer secreto cuando se enteraba de alguna hazaña del hijo. Pero que no le viese con síntomas de marcha hacia el casorio, o sucedáneo de este, porque se ponía frenética.

Al comenzar la guerra, Serapio, con veinte años cumplidos, fue de los primeros que salieron de san Onofre como de otros pueblos, en grupos reunidos y encaminados por las autoridades para instrucción idónea al Campamento de Cerro León, y de allí al frente. A Engracia no se le ocurrió preguntar a la autoridad si los sordomudos también tenían que ir a la guerra; y las autoridades no parecían haberlo tomado absolutamente en cuenta, pensando quizá que un fusil o un machete no se manejan con la oreja ni con la lengua, sino con las manos.

Engracia lo vio partir, como otras madres, vendándose el alma con la radiante convicción de que su hijo iba a cumplir un deber que no podía menos que reportar grandes satisfacciones a todos. Y siguió trabajando conforme a consignas acogidas con entusiasmo, para enviar vituallas al ejército. Vendas, o calzoncillos o camisas de poyvy, o ponchos, o fruta, o chipa, o mandioca. Cada vez que efectuaba una

entrega, Engracia se sentía feliz con la idea de que al mandarlas estaba contribuyendo también al bienestar de Serapio.

Pero llegó el aciago momento en que no pudieron seguir trabajando en sus capueras; vino la orden de seguir al ejército en retirada, no sabían hacia dónde ni por cuánto tiempo. Y allá fueron: aunque ni aun arrancadas de su querido pegujal se resignaban a estar inactivas; y en cuanto la permanencia en el campamento les daba lugar a ello, se ponían a sembrar, hilar, tejer. Y cuando había combates, no entendían sino dos palabras: victoria y derrota; y con una u otra, muertos y heridos. Y obraban en consecuencia.

Durante cuatro años, Engracia supo a menudo de su hijo, gracias a que su condición de sordomudo lo hacía más fácilmente localizable. Dios y la Virgen de Caacupé lo conservaban vivo; y parecía muy popular.

Fue en Piribebuy donde Engracia recuperó a su hijo, aunque no como pudo desearlo. Al empezar la batalla, Serapio estaba vivo, aunque más flaco; había aprendido a gritar más alto y fuerte. Pero al cuarto día, en la acción final, Serapio, si volvió de la trinchera, no lo hizo por su pie. Una granada le había destrozado las piernas, rodillas inclusive. Nunca supo Engracia cómo se dio con él y lo recogieron. Lo daban por muerto; pero un doctor inglés —nunca pudo repetir su nombre—, aun dando poco por la vida de Serapio, probó a salvarlo cortándole las machucadas extremidades. Sin anestesia: por suerte estaba desmayado. Lo encomendó a Dios, porque realmente nada más se podía hacer: ni siquiera vendas había. Engracia rasgó lo que restaba de sus en otro tiempo

crujientes enaguas y luego tejió rústicas vendas de roído algodón recogido en un campo abandonado.

Pero el enemigo apretaba. La retirada debía seguir. Engracia, desesperada, se encomendó a la Virgen de Caacupé. Y se disponía a cargar a su hijo a cuestras y llevarlo en sus brazos hasta donde pudiera —pesaba poquísimo, reducido a huesos en su restante humanidad; pero siempre mucho para carga de una mujer desfalleciente—. Fue cuando la Virgen de Caacupé le puso al paso aquel enorme canasto. Habría contenido ropas de gente rica, quizá de la Lynch. Caído de una carreta, alguien había recogido el contenido, sea el que fuere; pero había abandonado el canasto. Engracia recostó en él el cuerpo mutilado de su hijo y se lo acomodó sobre la cabeza como supo. Ni siquiera tenía con qué hacerse un apyteraó. Y emprendió camino, seguida por varias mujeres, dos o tres viejos tembleques y unas cuantas criaturas. Cuántos días, no supo. Sólo recordaba que en el camino alimentaba a su hijo con maíz cuyos granos ella mascaba previamente porque el muchacho estaba demasiado débil para masticarlos. Pero Serapio sobrevivió. Los muñones cicatrizaron. Lógicamente, sin embargo, le sería ya imposible en su vida caminar por sus medios.

Al no conseguir un lugar para Serapio en alguna carreta que alcanzaba al grupo o que lo sobrepasaba —todas iban desbordando—, Engracia tuvo que continuar llevando el canasto en la cabeza. Hasta el final. Pero, entretanto, en el largo camino, y fatigados hasta la muerte, incapaces algunos de dar un paso más, sorbidas las fuerzas por el hambre y la fatiga,

Engracia y su grupo, aumentado, fueron alcanzados por los brasileños.

El mísero grupo esperaba ser masacrado; pero no fue así. Los brasileños les dieron de comer y los hicieron descansar, aunque no dejaron de lanzar algunas pullas sobre lo que significaba que el mariscal les hubiese estado matando de hambre y que ellos, los brasileños, fuesen los que les dieran de comer. Libres, pocos días después, para seguir camino, Engracia, junto con cinco mujeres de su mismo pueblo, con el viejo Paí Conché y un adolescente huérfano, pudieron volver atrás para tomar el desvío que en fatigosas jornadas las llevasen hasta las orillas del Ypoá.

En el camino se les había sumado don Luciano, el viejo ricacho usurero que había sobrevivido sin mucha penuria, parecía, aunque nadie supo cómo; y a su sirvienta y mujer, Marta, que no pocos desagradados les había traído en el camino con su terquedad y abuso, queriendo disponer jornadas y menesteres de viaje a su gusto. Don Luciano, no se supo cómo, disponía de una mula vieja y flaca, pero que aún le ahorrraba a él caminar; jamás ofreció —ni lo esperó nadie— la cabalgadura para llevar el canasto por un rato siquiera y desentumecer él las piernas caminando.

La guerra había terminado ya hacía meses cuando por fin alcanzaron su pueblo. Pero no sintieron, carne y alma, que ella había terminado, hasta el instante en que vieron de nuevo el campanario de su iglesia.

Durante los primeros meses no pudieron las seis mujeres, con Paí Conché y con el adolescente Luí

—con el viejo usurero y con su mujer no había que contar— pensar en otra cosa que en prender de nuevo raíz en el terrón de la antigua vida. En adecentar sin tener con qué la capilla, lo primero (aunque se resignaron a verla sin puertas hasta que el Señor y el mismo san Onofre dispusieran), las viviendas. En cavar o algo parecido —con el machete de Paí Conché, una pala mellada y varios palos aguzados— un par de hectáreas, en las que, recogiendo, en los restos de las antiguas chacras, semillas menesterosas, sembraron un poco de maíz, de algodón, de poroto. Los plantíos de mandioca abandonados aún fueron, aunque leñosas y sin gusto las raíces, provisión bien recibida; plantaron los liños nuevos que fue posible. Las mujeres se turnaban para acompañar a Paí Conché en la pesca y para preparar la comida en común en los primeros tiempos y aún después.

Pero cuando la dolorosamente gustosa y maravillada fiebre del regreso hubo cedido un poco, a los pocos meses, las mujeres empezaron a sentir extrañas añoranzas e imprecisas melancolías. A sentir que las tardes caían agobiantes de dulzor y las noches parecían llenarse de indefinibles pulsaciones de vida. Las estrellas allá arriba guiñaban, picando como sal implacablemente los ojos, y su titilar llovía en el corazón no sabían qué misterioso, penetrante desasosiego. Ña Sotera era ya vieja. Engracia, aunque tan joven como alguna de las otras, no sentía ese desasosiego, sino bajo la forma de una constante súplica sin palabras por el hijo en el canasto. Pero Lucía, Catalina, Benigna y sobre todo Librada, que eran tan jóvenes como Engracia o más, lo sentían

en la raíz de la entraña. Sin saber cómo se volvieron irritables e imprevisibles, mostrándose a ratos encarnizadas en el trabajo y otras gritando díscolas que necesitaban descanso.

—Para quien picó que vamo seguir trabajando.

Se produjeron discusiones por motivos fútiles: algo que antes jamás había ocurrido. Se le encontraron defectos antes desconocidos a Paí Conché y la despectiva palabra viejo se oía con demasiada frecuencia. El adolescente Luí participaba también de las consecuencias de esta mala disposición de ánimo.

—Muchachito inservible.

—Mitaí tepotí.

Por otra parte, Serapio, nunca fácil de tratar, se mostraba de más en más insoportable. Mimado por la madre, que renunciaba por él a todo alimento y casual provista, engordaba a la par que su madre enflaquecía, y la vital superabundancia a la cual parecían haber puesto un paréntesis sus lesiones, la operación y la larga convalecencia, se manifestaba de nuevo en lastimosa forma. Costaba retenerlo en el canasto; si no se le ataba con un cinturón, se volcaba del canasto y se arrastraba por tierra.

La situación duró, con altibajos, algún tiempo. Y sucedió lo que sucedió.

Nadie supo cómo, pero sucedió. No necesitaron las mujeres seguramente conversar para ello, ni tampoco confidenciar ni ponerse de acuerdo. Por allí anduvo maniobrando un duende que con misteriosa pero unánime brújula las llevó a todas las cuatro a la misma conclusión y decisión. Y se manejaron, justo es decirlo, con una discreción exquisita. Catalina, la

más viva, fue la primera en abordar el asunto. Engracia por entonces estaba muy desmejorada; tenía fiebre y tosía mucho; y tras cuidar todo el tiempo al hijo, velarlo de noche le resultaba muy fatigoso. Caída en su yacija en el suelo, no podía ya atender a Serapio al alocado ritmo gritón de este, y el mutilado se mostraba insoportable, gritando a más no poder a toda hora y echando mano a las pantorrillas de las mujeres en cuanto rozaban el canasto. Catalina se ofreció gentilmente a ayudar a Engracia dándole descanso; para ello se encargaría del cuidado del mutilado: lo llevaría a su casa dos o tres noches a la semana. Engracia, volando de fiebre, dijo que estaba bien; que lo llevase. Y así lo hizo Catalina. A los dos días, Benigna y Lucía hicieron a la postrada Engracia el mismo ofrecimiento; cuidarían a Serapio un día cada una. Vino Librada después, con la misma oferta. Y la caritativa prestación de servicios funcionó. Con una regularidad maravillosa y sin fallas, cada mañana la mujer que había cuidado el día y la noche anterior a Serapio, llevaba a este a la casa de la siguiente, que a su vez hacía lo mismo; y así sucesivamente. Engracia se recuperó algo, a las pocas semanas; pero no se habló de cambiar el régimen: solo Ña Sotera se fue a vivir con ella. Engracia visitaba a su hijo todos los días hacia mediodía, llevando siempre algo de comer, con el pretexto de llenar algún capricho de Serapio; en realidad, para que este no gravase la escasa despensa de cada una. Serapio no parecía necesitar mucho a su madre.

Pero si ni las mujeres ni Engracia tampoco hablaron jamás del reparto de este quehacer samaritano,

no por eso el tácito convenio pudo permanecer oculto o mantenido dentro de los límites parvos de san Onofre. Imposible decir cómo trascendió y circuló más tarde por muchos lugares, hasta convertirse en chiste picante en el que quiso cuajar el drama de aquella época arrasada de hombres.

A Serapio se le veía ahora como rejuvenecido, animado, casi alegre, con una alegría que le barnizaba los ojos y le hacía descubrir en la recuperada sonrisa su deteriorada dentadura. No gritaba ya, dormía mejor, de día al menos; comía como nunca. Las mujeres, por su parte, parecían ahora más dispuestas para el trabajo, más animadas; y se notaba en ellas una evidente apacible aceptación de los inevitables desagradados de su vida. Ya no increpaban a Paí Conché ni al mitaí. También en Engracia se manifestaron ciertos cambios. Contra lo que se pudo presumir, se la vio más delgada, más demacrada y fatigada y en su cabello negrísimo aparecieron canas y en su mirada la velatura de una especie de impuesta resignación. Sin embargo, en el fondo se sentía satisfecha porque su hijo estaba ahora amparado por la solicitud de estas mujeres y vagamente acariciaba la esperanza de que a través de alguna de ellas pudiera ver realizadas las esperanzas que un día puso en Serapio.

No fue defraudada. Con intervalos diversos, Librada tuvo una hija. Benigna y Catalina, sendos varones. Lucía mellizas. No hubo nadie a quien la cosa chocase. Si acaso, el viejo usurero. Ni siquiera Marta, su mujer, a quien el viejo, avaro en todo, decían las mujeres, no había dado un hijo. Nadie abrió la boca. Ña Sotera no alzó ni una vez los ojos hacia Engracia,

buscando en esa mirada permiso para confidencia o comentario. La mirada de Engracia estaba siempre lejos del alcance de las otras. El único que llegó a rezongar muy bajito alguna protesta e insinuación dirigidas al mundo en general y a nadie en particular, fue Paí Conché. Pero cuando en única ocasión se permitió dirigir unas palabras un poco fuertes a las mujeres llamándolas perras, aunque sin especificar la razón del epíteto, las mujeres reaccionaron en forma tan violenta, refiriéndose a la escasa eficacia colaboradora del viejo en cualquier menester, que Paí Conché se hundió el sombrero hasta la nariz y no volvió a hablar. Sin comunicárselo entre sí, todas las mujeres reaccionaron íntimamente en la misma forma: envidia que tenía el viejo. En cuanto a Luí, miraba cuanto podía, se le encendían los pómulos y ya le llenaba un vello el espacio baldío entre nariz y labio; pero no decía nada.

El diáfano secreto se mantuvo, aun cuando las criaturas eran ya seis y luego llegaron a nueve. Para entonces, Luí había cumplido dieciséis y se hacía cada día más útil. Librada y él desaparecían, dicen, simultáneamente, en las siestas. Pero a nadie importaba mucho eso. No había por entonces quien sufriera celos. Paí Conché perdía a ojos vistas su interés y Serapio veía el suyo siempre atendido. Luego el pueblo empezó a crecer, poco; poco es algo. Dos parejas campesinas, llenos de cicatrices ellos, veteranos, con sus mujeres. Un joven que sabía leer y escribir y contar y quería ser maestro, pero no halló nadie a quien enseñar ni tampoco lo suficiente que aprender, y se fue pronto. Llegó luego un brasileño simpático

y dicharachero que puso un bolichito. Venía solo; y pensando, como el Señor, que no está bien que Adán viva solo, cortejó a Librada. Y esta, que no era tonta, abandonó a Luí sin tambor ni campana y pasó con su hija al hogar del paulista. Luí no perdió tiempo. Cortejó con éxito a Benigna, que sólo le doblaba la edad.

El brasileiro comerciante había hecho venir a un pariente pobre que realizaba trabajos secundarios en Piribebuy, para ayudarle en el bolichito. Era un hombre de edad mediana, terriblemente feo pero servicial. Simpatizó con Engracia —la única persona en el pueblo que no lo trataba como a un perro— y desinteresadamente se ofreció a hacer algo para facilitar la vida al mutilado. Serapio se pasó casi una semana fuera del canasto, convirtiéndose en pesadilla para la escuálida Engracia, pues no había forma de retenerlo sobre un pirí y disfrutaba desplazándose de un lado a otro de la pieza y hasta afuera en la calle, rodando con la ayuda de los brazos, llenándose de tierra, de hojas secas y otros materiales menos líricos. Afortunadamente, Marcelino, el brasileiro, no tardó más que esa semana en realizar su idea: reforzó el fondo del canasto, le acopló cuatro ruedas de madera, que si no eran la matemática del círculo, se le aproximaban tolerablemente, y acolchó el canasto con loneta y algodón de desecho. ¡Ah! Y una manivela rudimentaria, pero que funcionaba lo bastante para manejarlo, conducirlo y frenarlo.

Serapio estrenó este carrito un Sábado Santo. Fue un delirio. Se pasó el día maniobrando con el carrito, dando vueltas en él por la plaza, entrando en la

capilla, haciendo carreras en ella hasta que se atascó entre dos tablones y hubo que sacarlo antes que le diese un patatús de rabia.

En sucesivas jornadas de alborozado *rally*, Serapio descubrió los domicilios de Lucía, Catalina y Benigna y se introducía en ellos gesticulando y llamando con gritos ahogados que le encendían el rostro de un subido y brillante carmesí. A Catalina, que estaba en cama, enferma, la sacó de ella tirándole de un brazo, y la arrastró dos metros. Las mujeres ahora cerraban sus puertas mientras maldecían en guaraní puro o mezclado al brasileiro. La gente reía. Ya todos, sin que nadie hubiese dicho nada, sabían el secreto del mutilado y del crecimiento infantil de la población; pero el cuento solo empezaría a pertenecer al acervo común años más tarde.

La vida de Serapio ahora se convirtió en una desesperada persecución del tiempo perdido. No podía comprender el abandono en que le habían dejado; hasta Benigna, decaída y ocupada todo el tiempo con sus cuatro hijos, sólo le prestaba desganada atención; y su hartazgo de años se había convertido en desesperado ayuno. Su persecución pareció fijarse en Marta, por la simple razón de que el papel de esta al lado del usurero la llevaba a muchos recados fuera de la casa y ello la hacía toparse con Serapio cuantas veces este se hallaba en la plaza. Que era a menudo, pues el mutilado era lo bastante inteligente para procurar la coincidencia. Perseguía a Marta frenéticamente. Marta se desesperaba porque, aparte de que la ponía

en escandalosa evidencia, sirvienta como era, no podía variar a capricho el horario de las salidas, al boliche, a la fuente de la plaza o al lavadero en el río. Sin contar los celos del viejo usurero. Por deprisa que Marta corriese, el mutilado le daba a las ruedas más prisa y la alcanzaba. Marta acudió a Engracia. Esta le prometió ayudarla. Pero cuando quiso retener al mutilado dentro de casa en las horas pico de Marta, Serapio se irritó terriblemente, gritó hasta quedar ronco; la sangre se le subió a la cabeza, convirtiendo su cara en una máscara roja, de espanto; la madre temió verlo quedar frito de un ataque y abrió la puerta.

El amor del mutilado por Marta se convirtió en comidilla del pueblo, ahora aumentado con un español y su hijo muchacho, con dos veteranos jóvenes y dos mujeres, una madre con su hija ya madura. Serapio acechaba a Marta y saliendo de cualquier parte, la perseguía gesticulante; a veces obsceno, donde quiera iba. Los ya crecidos chicos que jugaban en la plaza llegaron a hacer un deporte de su participación en la competencia, azuzando al mutilado mientras Marta, saltándosele las lágrimas de rabia, corría a refugiarse en cualquier casa en la cual no podía permanecer mucho porque el viejo usurero, su amo, la estaría esperando furioso y viperino.

Un día Marta salió de su domicilio rumbo al lavadero. No vio al mutilado y creyéndose milagrosamente libre esta vez de él, emprendió lo más rápido posible su camino al río, descendiendo la breve cuesta. Pero Serapio la había visto y la siguió, gritando frenético. Marta corría con la esperanza de dejarlo atrás. Serapio le daba a la manivela cuesta abajo. La

manivela, ya cansada de manipulaciones, eligió ese momento para romperse. Y sucedió lo que es fácil de imaginar. El canasto-carrito sin gobierno aceleró cuesta abajo y al no encontrar en el camino nada que lo detuviera, se zambulló en el río: boca abajo para más. Marta, a dos varas, vio la zambullida, y corrió pidiendo a gritos auxilio. Al cabo, algunos acudieron; pero ya nada pudieron hacer. Serapio estaba ahogado. Omanoité.

O así lo dedujeron, pues el carrito-canasto —y con él el cuerpo del mutilado siempre sujeto a él por un cinturón— no fue hallado por los que acudieron al salvamento. El cuerpo apareció tres días después en un poblado situado unas leguas más abajo y fueron esos vecinos quienes le dieron cristiana sepultura. Dicen que la cruz allí plantada hizo luego varios milagros, y hasta llegó a levantarse una pequeña capilla. La verdad, según la conocemos, es que realmente el milagro estaría en que Serapio hiciera milagros.

28. Canta el gallo

—¿Le oís cantar el gallo?... —dijo Ña Ester a la comadre entre dos sorbos de mate dulce de coco.

—Oigo. Mal agüero —asintió Ña Eduvigis, haciendo rezongar el porongo y pasándolo a Ña Ester.

—Alguien va morir en la vecindá —dijo Ña Ester.

—Por el que está enfermo, es que quiere avisar —recordó Ña Eduvigis.

—Y si no muere, por lo menos una desgracia grande —dijo Ña Ester.

Era el gallo de don Pedro, el vecino de enfrente de Ña Ester. En esta época de gallos y pollos de doble pechuga baratos, don Pedro continuaba criando con sobras en jaula unos cuantos volátiles que crecían muy despacio y morían con frecuencia de enfermedades, yendo a parar al patio de la vecina; porque él no tenía en su casa un metro cuadrado donde enterrarlos y el basurero se negaba sistemáticamente a llevar lo que no fuese basura limpia. (Cada muerte de volátil llevaba a don Pedro, en boca de la vecina, a la orilla del homicidio).

—Y no para —dijo Ña Ester.

—El maleficio es grande, se ve —acotó Ña Eduvigis.

El gallo seguía, en efecto, cacareando en monótona consigna. Se le sentía ya casi afónico al final de cada acorde. Cacareo continuado, alarmante, que lanzaba en la noche tranquila su obstinado rebato.

Las comadres callaron. Trasegaban el mate sin mirarse, íntimamente apavoridas, llenas de interrogantes que se ocultaban una a otra cuidadosamente. Porque si no decís lo que pensás, no pasa. El hijo de Ña Ester trabajaba en el muelle; el de Ña Eduvigis tenía un bolichito unas cuadras más allá en la orilla, donde las borracheras y trenzas eran frecuentes. Ña Eduvigis no dormía mientras el marido no llegaba, y pasaba su tiempo a menudo en lo de Ña Ester. La hija de esta, Lucy, dormía tranquila en su cuartito abrazada a su muñeca. Diez años, tercer grado, «todos nuevos».

—Ha de ser aviso para enfermo.

—Seguro —cabeceó Ña Eduvigis.

Y en efecto, dos días después murió el abuelo de Ramón, el joven futbolero que andaba haciendo pinitos para entrar en «segunda inferior» de no sé qué club. El viejo no estaba enfermo de ninguna enfermedad; lo estaba de todas, porque era muy viejo. Pero Ña Ester y Ña Eduvigis respiraron. Se había cumplido el frenético y ominoso aviso del nocturno cacareo alborotador. El gallo había dejado de cantar. Seguramente dormía como deben dormir los gallos modosos; desde el anochecer a la mañana, sin *intermezzos* de alarma gratuita.

Una tarde, pocas semanas después, Lucy llegó de la escuela con dolor de cabeza. Un fuerte dolor de nuca que no cedió a ninguno de los remedios habituales: rodajas de limón en las sienes, hoja de tártago; ni siquiera la cafiaspirina que a las cansadas envió la madre a comprar en el almacén de la esquina. Lucy no cenó y se acostó febriciente y cansada.

—Seguro pescó un aire —dijo Ña Eduvigis.

El día anterior había estado jugando en la plaza hasta muy tarde.

Al día siguiente, Lucy amaneció peor. Le dolía horriblemente la nuca, y no podía mirar la luz. Ña Ester la hizo levantar y la llevó a lo del curandero, quien la observó, diagnosticó indigestión y sol en la cabeza, y le dio una botella con un remedio que no olía nada bien, y que la enferma trasegó entre llantos.

La chica estaba mal sin duda; pero como el gallo no cantaba, Ña Ester no encontraba aún motivo para preocuparse.

Pasó la tercera, la cuarta noche. La chica no mejoraba; pero el curandero que la visitó decía que había que esperar, no más; que en siete días todo empezaría a pasar. Y así anocheció el sexto día sin que Lucy mejorase. Lánguida, pálida, ardiendo de fiebre. Pero Ña Ester le tenía fe al curandero.

—Mañana seguro empiezas ya estar mejor —y con esa confianza se acostó y no tardó en dormirse, porque estaba cansada por demás.

A altas horas ya, despertó con una sensación de angustia. ¿Cantaba el gallo?... Sí, cantaba. Aunque no con el ritmo frenético de otras veces; más espaciados sus cacareos, pero no menos urgentes en su acorde; abreviadas las notas, como si tratase de decir taquígráficamente algo terrible. Ña Ester no quería oírlo. Se tapó la cabeza. Cuando volvió a destaparla, el gallo seguía cantando igualmente, pero más espaciado, como si empezara a sentirse cansado. Ña Ester se tapó la cabeza de nuevo. Cuando se la destapó por segunda vez, ya había callado, aunque en algún mo-

mento le pareció oírle débilmente. Respiró, aliviada. Pero no se pudo volver a dormir. Siempre le pasaba igual cuando cantaba el gallo. Quedaba despierta por horas sin poder conciliar el sueño. ¿Para quién habría cantado el gallo?... No había nadie enfermo en la vecindad. Un par de viejos, sí, pero sanos todavía... Su Lucy... No estaba tan enferma para pensar que cantase para ella. Además, si se hubiese sentido mal, habría llamado a su madre.

Se acercaba el amanecer. No podría dormir más. Se levantó. Prendió la vela, fue hacia el cuarto de su hija, miró la cama. Qué mal dormía la chica. Hasta corría el peligro de caerse. A sus diez años. Se inclinó hacia ella, intentó moverla para hacerla entrar mejor bajo la sábana.

Tardó en gritar, porque tardó en hacerse cargo. El brazo de la chica estaba casi frío. Lucy había muerto durante el sueño, ahogada... Era aquel el cacareo de trasoñado acento del gallo, que ella había creído oír...

... Solo después del entierro —diez o doce mujeres y niños a pie tras el féretro pequeño llevado por cuatro vecinos de buena voluntad—, solo al segundo o tercer día del novenario de rezos, supo Ña Ester que don Pedro se había comido el gallo con tallarines dos días antes de enfermar Lucy.

29. Vaca retá

Para Lida, por obra y gracia evocativa

—¿Oí, pa, cómo que se oye?

—¿Qué cosa picó?

—Cómo que mburea la vaca, pue. Alargá tu oreja te digo.

Las mujeres cesan un momento de hilar y tienden el oído como siempre, curiosas, más que crédulas. Ña Sotera, un dedo sobre los labios, una chispa en los viejos ojos mirando hacia arriba y adentro. «Oye». Las otras procuran «oír» también. El sordo, enorme, silencio del campo envuelve el paisaje, el pueblo despoblado, las viviendas pobres en un abrazo en el cual todos los rumores se funden. Y en este silencio cada cual puede oír el rumor que le plazca.

—Yo nicó no oye nada —dice Catalina.

—Porque so deconfiada —dice Ña Sotera.

—¿Deconfiada? ¿Por qué iba ser deconfiada? ¿Aca-so yo no voy querer oír cosa que me conviene? ¿Quién sabe má que yo?

—Yo parece que oyo un poquito —dice Engracia.

—Yo oyo lo má bien —dice Luí, el muchachito huérfano al que adoptaron.

El mutilado hijo de Engracia, sumido por un rato en sopor, recostado en su canasto en el rincón, no dice nada. (Hace veintidós años que no dice nada. Los mismos que tiene de vida. Calla mientras no

grita. Cuando grita, le oye todo el pueblo: las diez personas que ahora viven en él).

—Yo oyo lo má bien. Le oyo mburear clarito —dice Luí.

—Yo no oyo nada —dice Benigna.

—Yo tampoco —dice Lucía.

—Yo parece que oyo algo —dice Librada.

Paí Conché no está allí: está acostado como acostumbra afuera, bajo la cúpula estrellada y cálida de enero. Flaco, flaco, flaco, tendido en el suelo, parece ya un esqueleto. Cuando no pesca o está comiendo, duerme. Si estuviese aquí, oiría mejor que nadie. En cuanto a don Lorenzo y su mujer, Marta, ellos no oyen nunca nada: si se les dice algo, el viejo rezonga, con desprecio:

—¡Vacas, vacas gordas! El hambriento ve panes por todas partes.

Poco a poco, dentro de la pieza, todos dejan de prestar atención al mugido lejano. No pueden pasarse la noche atendiendo el eco que les parece llegar por remezones. Las mujeres suspiran y vuelven a hilar. Necesitan angustiosamente convertir en lienzo esas pocas arrobas de algodón. El algodón con tanto sufrimiento sembrado, carpido, cosechado, desmottado. Sin embargo, una resume el episodio:

—Si se cuchaba mburear ante de la guerra, ¿por qué no se iba cuchar ahora?

—Quién sabe vino el General Caballero y llevó todita la vaca. El mariscal siempre taba enviando gente bucar ganado. ¿No se acuerda, picó?

—Pero quién le iba contar de ete ganado. No é todo el mundo que sabe, ¿no?

Vuelven a callar. Luego reinicia Librada:

—Depué de tanto tiempo tiene que haber má vaca. Y tiene que ser gordo con tan lindo pasto.

—Cuánto puchero lindo —el mitaí dice lo que las mujeres piensan.

—Un día de estos, quién sabe Paí Conché se decide y va bucar un cotillar —dice Ña Sotera.

—Yo me voy con él —afirma el mitaí—. Pero un cotillar no é nada. Una vaca entera me vo comer yo solo.

—Pero cómo va hacer para traer una vaca por el etero. Paí Conché é viejo y no puede cargar con una vaca por todo ese agua y ese barro, y Luí é demasiado mitaí.

Y todos quedan callados viendo alejarse, como en arreo de cuatreros, los soñados costillares y vacíos, las carnazas y lomitos; mientras mueven casi al compás los dedos, y el hilo crece en los ovillos.

El cuento es antiguo. Data de muy antes de la guerra. Nadie sabe cómo ni cuándo comenzó. Ña Sotera, la más vieja de las mujeres, lo oyó contar ya a su abuela. Los hombres sonreían cuando se hablaba de eso; pero en los fondos del alma no creían del todo que fuese solo cuento de viejas. O por lo menos deseaban fuese verdad. Alguno, inclusive, lo creyó. Engracia decía recordar que en más de una ocasión oyó decir a los viejos que alguien en sus tiempos se decidió a intentar la aventura. Contaban inclusive que se trajo de vuelta una vaca inmensa, grande como un elefante, y todo el pueblo comió asado y aún sobró

para otro día. Pero nadie decía qué pasó después, y por qué no se siguió buscando vacas o qué se hizo del suertudo. Nadie más, por lo visto, había intentado internarse en el estero inmóvil y traicionero que se extendía, interminable al parecer, desde la otra orilla del riacho, y en cuyo centro se escondía la isla donde ese decir popular fijaba el pastaje de la gorda y numerosa manada.

Lo único seguro era que esa manada se había formado allí poco a poco después de la inmemorial subida de las aguas que había dejado fabulosa señal en una roca incrustada en la lomada. Una pareja de vacunos cercada por las aguas, salvada de ellas, habría hecho, decían, de aquella isla su residencia y seguro refugio, multiplicándose al correr del tiempo.

Otras versiones atribuían el hecho a las maniobras pícaras, aunque nunca explicadas, de un avaricioso hacendado de por allí que quiso sustraer su ganado a los expeditivos diezmos de la época francista. El Supremo, sabidor de sus trampas, lo encarceló y le hizo fusilar. Nadie más sabía el secreto, y así las vacas escondidas y olvidadas prosperaron.

(Que en esos tiempos sucedían cosas raras con el ganado, es cierto. No fue único el caso en el cual una vaca navegante en un camalote hizo oír su lastimero mugido durante días en mitad del estero: no había quien la socorriera porque en el pueblo no había ni el más pequeño bote y a nadie se le ocurrió fabricar una balsa para salvarla. Total, por ese tiempo, vacas había muchas. Y el vacuno desgraciado prolongó su agonía hasta desaparecer una noche cayendo exánime ya en el lodo aguachento).

Nadie, en suma, podía dar una versión definitiva de cómo los cornúpetos habían llegado a la isla donde se les ofreció su propio paraíso terrenal. Adivinarlo había sido regodeo infructuoso de más de una generación, sin inquietar sus sueños, salvo en pasajeras anécdotas. Seguía habiendo vacas de sobra. Pero cuando llegó la guerra y con ella se fue instalando la escasez primero y el hambre luego, la conseja empezó a extender su raíz en el terreno de la necesidad: las ganas de comer fueron tan reales que se empezó a pensar en esas vacas como en algo que sería muy bueno que existiesen porque solo ellas podrían solucionar aquel roer implacable de las vísceras bajo las ropas cada vez más holgadas.

La guerra, lo que se dice la guerra de los combates y la sangre y el horror de la muerte allí al lado velando cualquier retazo de sueño o descanso, había terminado; pero el hambre seguía royendo con sus invisibles uñas las vísceras.

Sin embargo, nadie se resolvía y proponía algo práctico para alcanzar de algún modo ese fabuloso refugio del estero y poner la mano sobre el montón de asado que se paseaba a sus anchas en pastos eternamente verdes.

Mucho habían trabajado durante esos años las primeras tres mujeres y Paí Conché para recuperar y hacer habitables de nuevo sus ranchos y productivas sus chacras. Aunque meses después que ellas llegaron dos o tres rezagados y algunos arribeños, ninguno se quedó, salvo el viejo usurero que siempre había tenido fe en el porvenir y al parecer seguía teniéndola, y su mujer. Seguían siendo demasiado pocos. Había

que sembrar y carpir, atender la capilla adonde durante todo ese tiempo no había venido a decirles misa un paí, porque ellas también eran difíciles de encontrar en ese tiempo: muchos habían muerto durante la guerra. Había que poner en condiciones las viviendas deterioradas, aprontar la comida cotidiana. Sin una mísera vaca, y hasta sin gallinas hasta mucho después, tuvieron que recurrir en los primeros tiempos al río. Y al río seguían recurriendo. Pescar se convirtió en tarea comunitaria, como la siembra. Los pocos naranjos supervivientes ayudaron un poco a la dieta; Luí, diestro explorador, encontraba frutos silvestres y a veces hasta miel en el monte. Con riesgo, pues alguna vez había estado a punto de darse de manos a boca con un yagareté. Suerte que este no estaba tan hambriento como él. Paí Conché se especializaba en la pesca y una o dos mujeres le acompañaban por turno, porque él solo no podía pescar lo suficiente.

Así fue tomando contorno cada vez más preciso la conseja de las vacas. Y pasó a obsesión. «Necesitaban» que esas vacas fuesen verdad, para encontrar remedio a su penuria.

—Oí pue cómo se oye mburear.

—Quién sabe cuánto que hay ahora. Ha de haber mucho y gordo.

No se resolvían a intentar nada, sin embargo. Seguían conformándose con el pescado —casi siempre insuficiente y mal cocinado—; faltaba aceite —el pescado asado y con poca sal o ninguna no es precisamente sabroso—. Pero cada vez el *leitmotiv* de las vacas aparecía con más frecuencia en las conversaciones. El viejo Paí Conché, de hazañoso bigote y

melenas que seguía creciendo a pesar de los feroces cortes que daba en ella cada tanto con el machete con riesgo de cortarse el cuello o rebanarse una oreja, no participaba en esas conversaciones, pero se desahogaba en sueños, mascullando:

—Jha peteí asado guazú; jha peteí costilla porá...

Otras veces era una invitación romántica:

—Jha la vaquillona porá... eyumí na co ape, che tesora.

Y pronto, a los habituales murmullos solitarios de Paí Conché, a sus rezongos eventuales, a sus observaciones muy indirectas sobre las escaseces cotidianas, se añadieron actitudes inesperadas.

Empezó a desaparecer a ratos: de siesta o hacia media tarde. O muy de mañana, llevándose el machete. Desaparecía sin que se supiera cómo y reaparecía cuando menos se le esperaba. Nunca decía dónde iba: las mujeres no se lo preguntaban, quizá por respeto o simplemente porque sabían que el viejo marrullero no les iba a contestar. No marraba las horas de comer, pero empezó a desatender la pesca. Una vez que Engracia le expresó, esto sí, las quejas de todos por este abandono de funciones, contestó críptico:

—¿Por qué lo que se plaguea tanto por un poco de astinencia? Un día uno pasa hambre y otro día come hasta jartarse.

Y seguía faltando a sus deberes de pescador titular. Hasta que una mañana desapareció temprano, pero no regresó para comer. Ese día precisamente había menos provista que nunca y las mujeres estaban de pésimo humor. Pero cuando pasó la siesta y llegó la tarde y se hizo noche sin que Paí Conché

apareciera, real ansiedad empezó a acelerar los pulsos femeninos. Aquella noche todas la pasaron en vela esperando el regreso de Paí Conché. Pero al amanecer del día siguiente seguía sin volver. Las mujeres se decidieron entonces. Había que hacer frente a la situación. Engracia asumió el mando como cosa natural y como cosa natural las otras le obedecieron. Dos de las mujeres irían a pescar; Ña Sotera quedaría con el mutilado a esas horas dormido aún como un tronco, pero que cuando despertase armaría un escándalo pidiendo qué comer. Ña Sotera era, con la madre, la única capaz de hacer oídos sordos a sus berridos inarticulados. Y las otras tres, con Luí, quedaron para buscar a Paí Conché. Con don Lorenzo el usurero no podía contar, ni tampoco con su mujer Marta, a pesar de los favores que les hacía cada vez Paí Conché.

—¿Por dónde comenzamos? —preguntó Catalina.

—Vo por el lado del monte con Luí, y yo y Librada río arriba. Por ahí é que siempre quiere ir —dijo Engracia.

Y así lo hicieron. Benigna y Lucía fueron a pescar. Catalina y el chico se internaron en el monte siguiendo los senderos por donde se iba en busca de frutas silvestres, de miel o de leña. Engracia y Librada caminaron riacho arriba desde el lavadero. La orilla era a trechos anegadiza, a trechos se poblaba de tacuaras y arbustos. Al otro lado del riacho, el terreno bajo era puro estero, interrumpido aquí y allí por afloramientos de tierra firme: leves lomaditas arboladas. Ese estero se extendía ancho y largo. Pero no existía cerca una altura que permitiera otearlo y darse cuenta de sus accidentes y escondites. La lomada en

que el pueblo asentaba se alzaría apenas unos metros. Mucho caminaron las mujeres, buscando entre los bosquecillos, en los hoyos, en la arena, y llamando a intervalos a voces a Paí Conché. Al cabo creyeron dar con algo, al volver de un recodo. Esparcidos por el suelo se veían pedazos de tacuara cortados a machete, algunas varitas de mimbre, pedazos de ysyppó.

—Por aquí é que anduvo Paí Conché —dijo Engracia.

—¿Y cómo vamos saber seguro? —preguntó Librada.

—¿Y quién iba a cortar esa tacuara? Machete él solamente tiene.

Buscaban ahora con ansiedad. Pero nada más encontraban. Pero seguían buscando. El sol subía. De pronto creyeron oír un débil grito, no atinaron en qué dirección.

—Equirirí Librada. Me parece que oyo algo hina.

Tendieron el oído. Y al cabo de un minuto el flébil lamento se dejó oír de nuevo. Ambas gritaron a la vez:

—¿Dónde pa que etá Paí Conché?...

—¡Paí Conché!

—¡Dino pue dónde que etá!...

El débil eco las orientó de nuevo. Corrieron adelante media cuadra. De pronto, Engracia tropezó con algo y estuvo a punto de caer. Era el machete de Paí Conché. Lo alzó empuñándolo feliz.

—¡El machete de Paí Conché, ayé! —dijo Librada.

—Ahora ya sabemos que tiene que etar cerca.

El grito se repitió. Cara al estero, las mujeres exploraban ansiosas el confuso paisaje. Al cabo Engracia, de vista más fina, creyó ver moverse algo a media

cuadra de la orilla opuesta del riacho —allí ancho y bajo— en plena ciénaga.

—Allí, tá allí.

—¿Dónde?

—Allí a la derecha de aquel camalote, frente tuyo, junto juntoité al pirizal.

Sí. Allí se veía algo que podía ser cualquier cosa, que se movía, que parecía, según el momento, un brazo, una serpiente o una micuré flaca. Pero Engracia decidió que aquello que se movía confundido con las matas acuáticas no podía ser sino Paí Conché.

—Decí pue un poco si so vo —pidió, difícil de convencer, Librada.

La cosa aquella no contestó sino con otro grito flébil como de quien ya no puede gastar el poco aliento que le queda en palabras de más.

—¿Cómo que pregunta eso? —dijo a su vez irridada Engracia—. ¿Quién va dejar el machete de Paí Conché por acá sino que él?

—¿Etá mal picó Paí Conché? —preguntó ahora Librada, piadosa pero igualmente obvia.

Otro grito más flébil en el cual un oído sutil habría podido quizá discernir un semitono irritado.

—É Paí Conché —dijo, terminante, Engracia—. Hay que sacarlo de aquí —y gritó:

—¡Aquí tamo Paí Conché! Aguantá. Ya te vamo sacar.

—Taién cómo que se le ocurre entrar ahí —dijo Librada—. Y ahora nojotra vamo pasar sin comida a mediodía. ¿Quién va?

—¿Cómo que se preocupa ahora por su etómago? Hay cosa má importante que comer. Lo primero

necesitamo palo largo y tacuara. Pronto que se hace tarde.

Buscar tacuaras y ramas llevó algún tiempo. Y gracias que tenían el machete. Cuando ya terminaban, Catalina llegó con el mitaí; no habían hallado nada por el lado del monte y venían a ayudar. Pero era ya siesta cuando empezaron el rescate de Paí Conché.

Nadie iba a olvidar nunca aquella tarde de noviembre. Las mujeres no llevaban gran cosa como ropa encima, pero aún les quedó menos cuando terminaron la obra del rescate. Luí se olvidó de que tenía que cuidar de que una tacuara no se saliera de su lugar, por quedarse mirando las regiones ecuatoriales de Librada, la más joven y gorda de las mujeres. Un soberbio cachetazo aplicado por la mano correosa de Engracia le devolvió al mundo de las realidades inmediatas por vía contundente y eficaz.

—¡Añamemby! ¡Mitaí sucio! ¡Atienda lo que tamo haciendo!...

Y de un empujón lo echó al riacho.

No olvidarían nunca las mujeres lo que les costó sacar al viejo del atolladero. Engracia, ingeniosa, colocó, ayudada por las compañeras, una serie de tacuaras la una a continuación de la otra, de camalote en camalote, desde la orilla hasta donde estaba el viejo; esas tacuaras eran guía y apoyo para no sumergirse en el fango. Por supuesto, primero hubo que vadear el riacho; pero esto fue lo de menos; el agua no llegaba a medio muslo.

Las mujeres chapotearon, se hundieron hasta el cuello; renegaron, sudaron, se cubrieron de barro las caras al espantarse los mosquitos. La balsita de

tacuaras atadas con ysyó que se había fabricado Paí Conché durante sus misteriosas desapariciones, se había hendido en el centro, y el viejo había quedado atrapado en ella, más arriba de la cintura; le vino a quedar como caprichoso miriñaque, del cual no podía desprenderse, porque ni podía afirmar los pies en la ciénaga para sacársela ni tampoco hacerlo por la cabeza. Liberar a Paí Conché de esta improvisada pollera fue lo que más costó. Casi completamente desnudo, el viejo había sido pasto de las sanguijuelas. También las mujeres habían hecho acopio de ellas. El mitái desvergonzado juntó también su cuota.

El viejo se quejaba como moribundo a ratos y de pronto renegaba como un energúmeno; pero no cesaba de repetir cada tanto:

—Atendé atendé que na un momentito... ¿No oye pa mburear la vaca?

Las mujeres no decían nada. Estaban mortalmente cansadas; desfallecidas. Por fin tuvieron a Paí Conché en la orilla, lavándolo y lavándose a la vez un poco al vadear el riacho. Reunieron las pocas fuerzas que les quedaban para llevarlo a casa.

Desde aquel día, Paí Conché no fue más a pescar. Había estado demasiado tiempo a merced de las sanguijuelas, opinaba Ña Sotera: en verdad, ya no se parecía a su esqueleto: era su propio esqueleto. El caso es que ya no se movió más de la vieja hamaca de Ña Sotera, quien, cristiana ella, no se la reclamaba, y aceptó dormir en el suelo. Pero, tendido, inmóvil en la hamaca, seguía oyendo el mburear de las vacas y desvariaba haciendo planes en voz alta, aunque inentendible, para buscar su vaquillona.

Un día Luí se estrenó como cazador trayendo un venadito. Fue un festín para todos. Paí Conché, atacando el asado con sus mandíbulas desguarnecidas y débiles, no cesaba de mascullar:

—Ven, pue, cómo había sido rica la vaquillona.

Las mujeres no le contradijeron, por supuesto. Veían con aprensión que comía demasiado, pero no querían mezquinarle su festín. Comió hasta hartarse. Durmió. Y al otro día, de tarde sin despertar, murió.

30. Tortillas de harina

*A Olga Blinder,
por cuyos grabados
transita Ña Ediltrudis*

El sol caía. De prisa, como siempre; aún no se había ocultado del todo, pero ya era oscuro para sus pobres ojos que no veían bien, ni durante el día. Seguro que su gente se preparaba a volver; llegarían pronto. Se levantó despacio y con trabajo de la silla baja en que había permanecido sentada, burujón tan sin forma como la bolsa de mandioca que ocupaba la otra silla en el corredor del culata yovai. En el cajón de la mesa en mitad del corredor había velas; pero no quiso prender ninguna. Con su poca vista tenía miedo de prender fuego a algo sin querer, y prefería andar a tientas casi todo el tiempo. Y aunque abrió el cajón de la mesa a tientas, solo sacó la caja de fósforos. A tientas franqueó el desnivel entre el corredor y la parte trasera de la casa para llegar a la cocina pegada a la pared de una de las piezas. Si era cocina, aquel chamizo no mayor que un carameguá, en el cual había que entrar encorvada, y encorvada seguía una vez dentro; y donde los únicos muebles eran: el fogón en el suelo, el apycá donde ella se sentaba para soplar el fuego y un medio cajón, colgado con alambres del agobiado techo, donde se guardaban un par de platos, las cucharas y las provisiones. Siempre las mismas estas: la dura galleta campesina, la yerba, el azúcar, el aceite —escaso—, algún fideo, la preciosa harina, el arroz. Tenían que colgarlas así: «Por no que

vengan los ratones». Estos bichos no les dejaban cosa que no comiesen. Aunque en los últimos tiempos, Romualdo, su yerno, había traído del pueblo buena cantidad de veneno y había mezclado con él los escasos restos ocasionales de comida; desde entonces se veían pocos ratones. Por el suelo, la pava, la olla; la paila colgada de un clavo en uno de los postes, debajo de un canasto de yuyos. En un hueco en el adobe de la pared, unos cuantos huevos. Carne no la había, los más de los días, aunque había un gancho para colgar la piltrafa cuando esta aparecía. Gracias a Dios que tenían algunas gallinas y estas, aunque nunca se les echaba mucho de comer, se rebuscaban y se acordaban de dejar en alguna parte cada día unos huevos.

A los ochenta y pico de años, se ha perdido ya la mayor parte de las razones para vivir. Ña Diltrudi había perdido tantas cosas en la vida. Padres, claro. A su edad pocos tienen padres vivos, y uno se conforma. Marido: diez años más joven que ella; solo hacía ocho había muerto. ¿Por qué le hizo esa perrada, dejarla sola? Ella debía haberse ido primero. Dos hijos, muertos en el 47, muchachos. Le quedaban dos, ya viejos, pero ella no podía imaginarlos así (hacía tiempo que no los veía), sino cómo eran cuando se fueron a la Argentina, veinte años atrás. Le quedaba, es verdad, esta hija, que vino ya muy tarde, cuando no esperaba tener más hijos, y de ella dos nietos, que maldito el caso que le hacían. Un yerno, claro, también: hay que decirlo, porque aunque casi siempre se tienen nietos de una hija, no siempre se tiene un yerno. Y un perro. Ella amaba mucho a los perros. Y estos parece que lo sabían; porque perro que

se perdía, perro que recalaba por allí, donde todos lo recibían mal, menos ella. El penúltimo llegado, chiquitito, flaquito, tan cariñoso, pobre, se lo había matado Romildo, el yerno, porque ladraba mucho de noche. Ahora empezaba a rezongar por otro perro aparecido en esos días, también chico y lanudo y cariñoso, que se le acostaba a los pies del pirí.

Mientras, Ña Diltrudi —que en el caminar de todos los días hasta había perdido la mitad de su nombre real, Ediltrudis— encendía el fuego. Pérfido fuego. Nunca conseguía encenderlo sin terminar tosiendo y llorándole los viejos ojos. La única luz en la cocina, oscuro ahora ya fuera y dentro, era esa llamita del fogón. Tanteó la pared en busca de un apoyo, y con la otra mano buscó la paila.

Del cajón sacó, siempre palpando, una botella de aceite; la agitó. Poco quedaba en el fondo; pero, ¿dónde iba a encontrar más? Echó el aceite en la paila; puso la paila al fuego, haciendo prodigios para asentarla de manera que quedase en nivelado equilibrio por lo menos durante el tiempo necesario. Tomó tres huevos, los rompió sobre un plato, les echó sal y un poco de agua —leche no tenían—, los batió. Y volvió a tantear en el medio cajón colgante en busca de la harina para espesar las tortillas. Esas tortillas de la cocina folklórica que parecen salidas de una fábrica de plástico y si fueran un poco más grandes podrían servir de suelas para sandalias. Tortillas elásticas e impermeables. Y tan sabrosas como un pedazo de goma.

Por fin dio con la harina. En una bolsita de plástico; ¿quién la habría traído en ese envoltorio desusa-

do? Mirna, seguro, la nieta que a veces traía cosas raras del almacén. Como aquella vez que trajo una botellita vacía de perfume en forma de pato (era un cisne, pero Ña Diltrudi no discernía mucho en materia de palmípedos). Y que la guardaba como si fuese un tesoro.

Ña Diltrudi deshizo sin gran trabajo el nudo de la bolsa —tenía uñas duras—, vertió en el plato seis cucharadas de harina, una para cada uno; ella, hija y nietos; dos para el yerno. Batió la mezcla. Y empezó a verterla en la paila, a cucharadas: ocho cucharadas por tanda; tres tandas. El aceite en la sombra reía en burbujas alrededor de las tortillas. Ña Diltrudi tenía que inclinarse mucho para saber si estaban a punto. Cada vez veía menos. Por fin dio la vuelta a las últimas tortillas; las pinchó luego echándolas al plato. Y puso a calentar el soyo sobrante del mediodía.

Y lo hizo muy oportunamente, porque allí llegaba ya su gente. Debía haberles oído llegar antes, pero tampoco su oído era muy bueno desde hacía tiempo. Llegaban, trayendo la mirada sin horizontes de todos los días, la ropa sucia y la frase sacramental.

—Tengo hambre.

—Che ñembuajui.

—La cena, abuela.

Se enderezó, crujiéndole dolorosa la espalda, mientras el fuego se apagaba como despidiéndose después de cumplir su obligación. Puso la paila en su rincón. Y con la olla de hierro colgando de una mano y el plato en la otra, tratando de no tropezar y caer —qué catástrofe, mi Dios, si las tortillas caen al suelo y se echan a perder; harina había todavía, pero huevo so-

lo uno— alcanzó el corredor donde estaba siempre la mesa. Todos se habían derrumbado en alguna parte: sobre un cajón, sobre un apycá. Solamente el yerno ocupaba una silla frente a la mesa cubierta con un viejo hule floreado señalado por tajos y cortaduras en todas direcciones. La hija se comidió a buscar los cubiertos.

Nada de lujos de platos o tenedores. El soyo servido en un fuentón, consumido a cuchara-yeré. Las tortillas, piedra libre. Sólo el padre fue servido aparte por la esposa. La abuela había buscado dónde sentarse. No encontraba su apycá; se lo había llevado Romildo al patio para poner sobre él la palangana al lavarse. El plato de tortillas se vaciaba rápidamente. De pronto la nieta dijo:

—Eá... hemos comido todo. Una tortilla solamente quedó para la abuela.

—No importa, por ahí ha de quedar un pedazo de mandioca de este mediodía —dijo Ña Ediltrudi—.

Sin embargo, se acercó a la mesa a recoger su tortilla. Pero el perro desde su rincón la miraba con ojos de hambre; la vieja no pudo resistir. Dio la tortilla al perro. La hija rezongó:

—Para darle a ese perro sucio, no valía la pena.

La mesa quedó desamparada. Ña Diltrudi tenía hambre, no mucha, porque acostumbraba comer muy poco de noche. Buscó la mandioca del mediodía. Dos pequeños cilindros compactos, fríos, duros. Qué importaba. Comió despacio, fiada a sus pocos dientes, dando de vez en cuando un bocadito al perro.

Y a dormir todo el mundo, porque no era aún el tiempo de la radio ni de la televisión, ni aunque lo

hubiese sido no la habrían podido tener, y había que levantarse temprano. Y la abuela también. ¿Qué harían las abuelas vagando como fantasmas por ahí cuando todo el mundo está acostado?

Ña Diltrudi está echada de lado sobre el pirí en el suelo. El perro no ha venido a acostarse a sus pies. La noche es apacible y tibia. A su lado casi, rebulle la nieta: catorce años. Siempre rebulle durmiendo; pero esta noche rebulle más, parece. No es que parece, es que rebulle bastante. Y al cabo, un gemido.

—¿Soñás, che memby?

Le contesta otro gemido y luego otro. Por fin la nieta se levanta, sale de la pieza, tropezando. En la pieza del otro lado del corredor también parece rebullen. El nieto varón a la izquierda de la abuela se levanta también y sale. Ña Diltrudi, que se levantó ya antes, tras la nieta, la ve confusamente, bulto colgado del quicio a la salida del fondo, gimiente. Asustada pregunta:

—¿Qué te pasa, che memby?

Una luz giróvaga asoma en la puerta de la otra pieza. Su hija está de pie, una mano sosteniendo una vela, la otra pegada a la garganta. Con voz angustiosa:

—Romildo se siente mal. Y yo también.

La abuela desatentada busca el cabo de vela que de noche lleva siempre en el bolsillo y duerme con él, y lo prende en la vela de la hija, a tiempo que esta, soltándola, se deja caer en una silla. Todos se sienten mal, menos la abuela. El peor de todos, Romildo, que no puede ni levantarse. Dolores violentos de cabeza,

frustradas náuseas, ahogo. La abuela, cada vez más desatinada, gana como puede la cocina, enciende el fuego, pone a hervir el agua en la pava de hierro, machaca yuyos, pasa por turno la jarra de latón con la infusión. Pero no surte efecto. Todo el mundo gime; se toma por turno la cabeza y el estómago. En un momento dado parece oírse afuera el aullido lúgubre de un perro. Pero, ¿quién hace caso de un perro? Hasta entonces la hija, el nieto, la nieta se movían del corredor a la pieza, de la pieza al corredor y afuera y de afuera adentro. Ahora uno a uno va cayendo en el catre o el pirí, incapaces de levantarse. La abuela, desesperada, despeluzada, no sabe a quién atender ni cómo atender. Los llama y ninguno le contesta: no saben sino gemir cada vez más desde las entrañas. ¿Llamar al médico? Solamente si se va hasta el pueblo. Veinte cuadras en la oscuridad, por el camino de carreta, por entre el monte. Y no hay luna. Pero lo mismo la abuela se echa a andar, tropezando desatentada, por el camino a cuyas orillas miríadas de cocuyos crepitan como las pavesas de una hoguera de papeles. No llegará nunca, Dios mío. Le parece que camina y camina y se sorprende a sí misma parada como un poste en la rodada. ¿La llaman de lejos? Debe ser una ilusión. Es poco lo que oye. Es poco lo que ve. Hasta el olfato ha perdido. No puede más. Al cabo de un rato se da cuenta de que está sentada en el suelo. Cómo se sentó, ella misma no lo sabe. A lo mejor se cayó. Cuando quiere levantarse, se da cuenta de que no puede hacerlo. Necesita para ello un apoyo, algo en que prender las manos. ¿Dónde? Allí cerca, a medio metro, a un metro, hay unos arbustos.

Se arrastra como puede por tierra sobre las manos hasta quedar junto a ellos; se prende de una rama y consigue levantarse. Tiene que seguir. No puede hacerlo, pero tiene que hacerlo. Tiene que traer el médico; pero al ponerse en camino va despacio otra vez hacia la casa. Andado un trecho, se detiene. No es la casa donde tenía que ir. Tenía que ir a buscar al médico. Pero no puede alejarse de la casa. Le parece que tarda mucho en llegar. Nunca había caminado tanto. Ahora también se le antoja que está viendo en la oscuridad. ¿Será posible? Lo que pasa es que está ya clareando. Ha pasado la noche sin saber cómo. Tal vez se durmió en el camino. O no salió nunca de la casa, y todo aquello ha sido un sueño. Entra en el corredor. Todo el mundo duerme. Se asoma a la puerta de su pieza. En el suelo fuera del pirí hay un bulto que apenas se mueve. Es su nieta. La llama. No contesta. Va hacia la otra pieza, llama:

—Juanita, Romildo, Lorenzo.

Nadie contesta. Se acerca a los catres, toca los cuerpos. Los nota fríos. ¿La madrugada? Busca las colchas, los tapa. Conforme va aclarando, aun con su mala vista, puede ver las caras azules y las bocas abiertas en una angustiosa respiración.

... Afuera se escucha la voz del peón que ayuda en los trabajos de la chacra, y que duerme en el pueblo:

—Don Romildo.

Como nadie contesta, el peón entra en el corredor, se asoma, dudoso, en una pieza. La vieja abuela acurrucada a los pies del pirí donde yace su nieta agonizante le mira con los viejos ojos inmensurablemente ausentes.

El peón despavorido corre al pueblo a llamar al médico. Este llega a caballo.

—Envenenados con insecticida. Demasiado tarde ya.

Solo la nieta se salva. Está aún prácticamente inconsciente cuando unos agentes vienen a detener a Ña Ediltrudis para enviarla a la cárcel en Asunción. Tampoco ella se da cuenta de lo que sucede. Adónde la llevan. Ni por qué la llevan.

31. Jamón cocido

*A María Covadonga,
que colecciona chiches,
cuadros y paraísos*

Está rico, rico, este jamón cocido. No es el de las despensas, viscoso, un poco amargo. Este es cocido en casa. Lástima que no puedo comer mucho. Por eso como despacio sentada en mi sillón, mirando desde mi pieza a Asunta que trabaja en la cocina. Me da lástima. La veo fregar. Lava todo el día. Con este frío. Tiene 28 años (por detrás parece 18; por delante 40) y dos hijos, cada uno de un padre. Ninguno de los dos le da un centavo. Uno, al principio, se acordaba cada Navidad, dice, de pasarle unos guaraníes. Pero cuando de otro hombre tuvo el otro varón, ya no dio un centavo. ¿Para qué voy dar? ¿Para que se coma el otro macho? El padre del segundo pensó lo mismo: ¿para qué voy? Va comer el otro. Los dos ganan bien, toman cerveza, fuman cigarrillos y se forran el traste con *jeans*. Los dos chicos —seis años, dos años— van casi desnudos. Ella trabaja. La abuela, que casi no puede valerse de artrosis, cuida a las criaturas. En casa de mi hija, con la cual yo vivo, no le dan mal de comer. Come bastante. Hasta suele dejar comida en el plato. Come lo que todos. Es decir, no todo lo que todos. Del vino, o los dulces, o las tortas, no participa. Repito que no se le mezquina la comida. Si quiere servirse dos platos de borí-borí, o de puchero, o de soyo, puede hacerlo. Y puede tomarse un bol de mate con leche, de tarde, si quiere. Pero el hombre no

vive solo de borí-borí o puchero o mate con leche; también le gusta de cuando en cuando un pedazo de torta. Para Asunta, la gente sin duda se reparte en dos clases. Una, la de los que comen lo que pueden, y la otra, la de los que pueden comer todo lo que quieren. No pasa hambre de cuerpo, pero sí de alma. Con seguridad que nunca comió un jamón como este. Ya ayer me vio cuando lo comía y me preguntó:

—¿Es rico?...

Yo le dije:

—Muy rico.

Y ahí quedó la cosa. Pero luego, pensando, me sentí egoísta. Trabajando todo el día, la pobre, y no puede comer un jamón como este. Es verdad que tiene veinte vestidos (de los que nos envían de N. A. es cierto); pero, ¿qué? Son de buena clase. Yo, que no quiero llevarlos, pago por un vestido lo que ella por diez...), pero el jamón no viene de segunda mano, y Asunta no puede probarlo. Allí está moviéndose en la penumbra de la cocina como un fantasma. Tengo que hacérselo probar. Antes que se acabe. Aunque sea media tajada. La llamo:

—¡Asunta!

Nada.

—¡Asunta!

No contesta, aunque sé que ha oído. A veces hace así. Está malhumorada y lo demuestra como puede, con el primero que tiene cerca. La verdad, estas chicas no son muy políticas. Ponen cara fea a destiempo siempre, y con quien mejor las trata. Es verdad que quién las iba a educar. Asunta está de mal humor y se hace la sorda. Me fastidia. Porque yo no le he hecho

nada. Mejor me guardo todo el jamón para mí. Precisamente, no tengo nada para cenar, y este jamón, con unas bananas y una taza de leche, me vendrá muy bien. Ya lo creo. Decididamente, me comeré yo el jamón. Pero por ahora he comido bastante. El jamón da sed. Me levanto y voy a la cocina a tomar un vaso de agua. No encuentro vaso. No sé qué sucede, pero los vasos desaparecen de la mañana a la tarde. Miro a derecha e izquierda y, como no veo ninguno, tomo, para beber, el cucharón.

—¿Un vaso pa no querés la señora?

—Claro.

—Aquí tenés uno. Yo guardé todo, porque siempre se quiere romper.

Pobre Asunta. En medio de todo, no deja de ser atenta a su manera. No está malhumorada conmigo, lo sé, está malhumorada con el mundo que no la trata bien. Le haré probar el jamón. Total, si es maleducada, ella no tiene la culpa. Voy hacia mi pieza. Al salir de la cocina, resbalo de repente; casi me voy al suelo, no llego a caer, pero me raspo la piel de la palma al apoyarme en la pared, y el salto gimnástico no le hace ningún bien a mis huesos. Esta maldita costumbre de echar las pieles de las bananas por el suelo. Tal vez sea porque es menester que el suelo se ensucie para justificar la limpieza. Casi me he torcido el tobillo. Estoy enojada.

—¿Es que no sabés barrer, Asunta?

—Y yo barrí, la señora; pero luego vino el mitaí, y...

—Pero mi nieto está en la escuela. No volvió todavía.

—Y yo no eché la cáscara, la señora.

—¿Quién entonces?

—¿Y cómo yo voy saber?

(De mala manera. ¿Qué es lo que se creen estas m?...)

No. Asunta se queda sin jamón. No merece. Yo soy la única que me cuido siempre de darle un chocolate cuando me regalan una caja, o yo los compro. Bueno, no siempre. De vez en cuando. Pero los demás, ni eso siquiera. Debería ser un poco más atenta conmigo. Inclusive cuando lava mi ropa. Podría ocuparse de colgarla bien escurrida para que seque más pronto. O no poner los batones de color al sol. O no planchar el *nylon* con plancha al rojo vivo. Pero no. Nada de eso. ¿Para qué voy a seguir? No vale la pena. Me voy a leer un rato. Está pesado el día. Húmedo, frío, incómodo. Hace dos semanas que no se ve un retazo de cielo. Un día de estos nos va crecer musgo en las axilas. Tengo sed otra vez. El jamón es rico, pero tiene ese inconveniente. Tengo que ir de nuevo a la cocina. Esta vez llevo un vaso mío. Asunta está sentada en el taburete cosiendo —mejor corcusiendo— unas prendas. Sus manos sin edad, a fuerza de jabón, estropajos, escoba, ostentan rastros de esmalte. Porque Asunta es coqueta y se las arregla con los restos que mi hija mayor deja siempre en los frasquitos para pintarse las uñas. No solo las de las manos; también las de los pies: créase o no. Me da lástima. Mientras bebo, deja su costura, y enciende la hornalla; pone agua a calentar.

—¿No vas a tomar tu café la señora?

—Ah, sí. Bueno.

Con el jamón y la sed, casi me había olvidado del café. Yo tomo café. Los chicos prefieren cocoa. Miro a Asunta inclinada sobre la cafetera. Un perfil mal dibujado donde faltan o sobran cosas. Un mechón de pelo duro le tizna la mejilla larguirucha. La oreja parece medio sombrero pirí chiquito, con agujeros enormes, sin pendientes. No me puedo contener y le pregunto:

—Asunta, ¿nunca usaste aros?

—Sí usé la señora. Hace rato. Tenía mi aro que me regaló mi abuela. Muy lindo aro. Oro dieciocho, no vas creer, nada de oro bajo. Pero cuando nació Ramoncito, necesité y tuve que vender.

Otra vez se me reblandece la víscera maestra. Termino de beber mi agua y me decido a ir en busca del jamón. De pronto veo un burujón de algo que parece tejido sobre la plancha del fregadero. Lo alzo curiosa: es un vestido mío que eché de menos hace rato. Está irreconocible: se ve que ha servido para fregar la mesa o enjugar la plancha de granito del fregadero, durante un mes.

—¿Qué es esto, Asunta?

—Y... Y... Encontré por el suelo en el patio... Pensé que era un batón viejo... y como en la cocina no hay repasador...

Ahora sí que pierdo la paciencia.

—¿Y no podés preguntar a mi hija o a mí antes de usar?

—Y yo pensé que había tirado.

—¡El viento se lo llevó! —le grito.

—¿Y cómo yo voy a saber?

—¡Y tenés que preguntar!

Me voy rajando a mi pieza. No, señor, se acabó, nada de jamón. Que el diablo se la lleve. Si no distingue un vestido todavía en uso de un repasador, no distinguirá jamón cocido en casa con azúcar y canela de un pedazo de sambarí. Estoy furiosa.

Una voz humilde en la puerta de la pieza:

—¿No querés entonces que te prepare tu café, la señora?

—¡Y hacé si querés! —le contesto de mal talante.

Cinco minutos después ahí está el café. Calentito. Bien hecho. Otras cosas seguramente no las hace bien, pero el café lo hace excelente. De pie en la puerta:

—¿Te gusta pa mi café, la señora?

—Sí, Asunta, está muy rico.

Se va. La miro irse, por detrás 28 —los que tiene—, por delante... Le daré el jamón.

Termino de beber mi café. Voy a buscar el jamón. Abro la heladera. No está. ¿Dónde lo habré puesto? Ahora recuerdo. Lo dejé precisamente encima de la heladera cuando fui a beber agua. Sí. Allí está el plato. Pero vacío... Miro en torno, desconcertada.

Hasta que acierto a mirar la silla en el rincón. Mi gato amarillo, arrellanado, me guiña crípticamente un ojo.

BIBLIOTECA BÁSICA CANARIA

DESDE 1988

- N.º 1. —
- N.º 2. VV. AA. *Romancero tradicional canario*. Edición, introducción y comentarios de Maximiano Trapero Trapero.
- N.º 3. VV. AA. *Lírica tradicional canaria*. Edición, introducción y comentarios de Maximiano Trapero Trapero.
- N.º 4. Bartolomé Cairasco de Figueroa (1538-1610). *Antología poética*. Edición e introducción de Ángel Sánchez Rivero.
- N.º 5. Antonio de Viana (1578-1650). *Antigüedades de las Islas Afortunadas* (dos tomos). Edición e introducción de María Rosa Alonso Rodríguez.
- N.º 6. Silvestre de Balboa (1563-ca. 1649). *Espejo de paciencia*. Edición y prólogo de Lázaro Santana de la Nuez.
- N.º 7. Andrés de Abreu, fray (1647-1725). *Vida de San Francisco*. Edición e introducción de Joaquín Artiles Santana.
- N.º 8. Cristóbal del Hoyo Solórzano (1677-1762). *Carta de la Corte de Madrid*. Edición e introducción de Miguel Ángel Hernández González.
- N.º 9. José de Viera y Clavijo (1731-1813). *Historia de Canarias* (dos tomos). Edición e introducción de Antonio de Béthen-court Massieu.

- N.º 10. José Clavijo y Fajardo (1726-1806). *Antología de 'El Pensador'*. Edición e introducción de Sebastián de la Nuez Caballero.
- N.º 11. Tomás de Iriarte (1750-1791). *Fábulas literarias*. Edición e introducción de Sebastián de la Nuez Caballero.
- N.º 12. Nicolás Estévez (1838-1914). *Fragmentos de mis memorias*. Edición e introducción de Nicolás Reyes González.
- N.º 13. Benito Pérez Galdós (1843-1920). *La Fontana de Oro*. Edición e introducción de Yolanda Arencibia Santana.
- N.º 14. Luis (1861-1925) y Agustín (1863-1935) Millares Cubas. *Antología de cuentos de la tierra canaria*. Edición e introducción de Pablo Quintana Déniz.
- N.º 15. Benito Pérez Armas (1871-1937). *La vida, juego de naipes*. Edición e introducción de Pablo Quintana Déniz.
- N.º 16. Ángel Guerra (1874-1950). *La lapa y otros cuentos*. Edición e introducción de Antonio Cabrera Perera.
- N.º 17. VV. AA. *Ensayistas canarios*. Edición e introducción de Alfonso Armas Ayala.
- N.º 18. Miguel Sarmiento (1876-1926). *Obra narrativa [antología]*. Edición e introducción de Pablo Quintana Déniz.
- N.º 19. Domingo Rivero (1852-1929). *Poesías*. Edición e introducción de Eugenio Padorno Navarro.
- N.º 20. VV. AA. *Poesía de la segunda mitad del siglo XIX*. Edición, introducción y estudio de cada autor de María Rosa Alonso.
- N.º 21. Manuel Verdugo (1877-1951). *Estelas y otros poemas*. Edición e introducción de Lázaro Santana de la Nuez.
- N.º 22. Tomás Morales (1884-1921). *Las rosas de Hércules*. Edición e introducción de Sebastián de la Nuez Caballero.
- N.º 23. Alonso Quesada (1886-1925). *Insulario [versos y prosas]*. Edición e introducción de Lázaro Santana de la Nuez.
- N.º 24. Saulo Torón (1885-1974). *El caracol encantado y otros poemas*. Edición e introducción de José Carlos Cataño González.
- N.º 25. Francisco Izquierdo (1927-2004). *Medallas y otros poemas*. Edición e introducción de Eliseo Izquierdo Pérez.

- N.º 26. Claudio de la Torre (1895-1973). *En la vida del señor Alegre*. Edición e introducción de Jorge Rodríguez Padrón.
- N.º 27. Emeterio Gutiérrez Albelo (1905-1969). *Campanario, Romanticismo y Enigma del invitado*. Edición e introducción de Ernesto J. Rodríguez Abad.
- N.º 28. Fernando González (1901-1972). *Antología poética*. Edición e introducción de Alfonso Armas Ayala.
- N.º 29. Agustín Espinosa (1897-1939). *Crimen y otros textos*. Edición e introducción de Manuel Almeida Peña.
- N.º 30. Josefina de la Torre (1907-2002). *Poemas de la isla*. Edición e introducción de Lázaro Santana de la Nuez.
- N.º 31. Domingo López Torres (1910-1937). *Obra selecta*. Edición e introducción de Ángel Sánchez Rivero.
- N.º 32. Pedro García Cabrera (1905-1981). *Transparencias, Dárseñas, Entre 4 paredes*. Edición e introducción de Domingo-Luis Hernández Álvarez.
- N.º 33. Pedro Perdomo Acedo (1897-1977). *Antología poética*. Edición e introducción de Manuel Alvar López.
- N.º 34. Pedro Lezcano (1920-2002). *Paloma o herramienta [antología]*. Edición y prólogo de Teresa Cancio León.
- N.º 35. Agustín Millares Sall (1917-1989). *La palabra o la vida [obra poética]*. Edición e introducción de Jesús Páez Martín.
- N.º 36. Félix Casanova de Ayala (1915-1990). *Poesía*. Edición de Félix Casanova de Ayala.
- N.º 37. Manuel Padorno (1933-2002). *El nómada sale [1963-1989]*. Edición e introducción de Juan Cruz Ruiz.
- N.º 38. Arturo Maccanti (1934-2014). *El eco de un eco de un eco del resplandor [obra poética]*. Edición e introducción de Alfonso O'Shanahan Roca.
- N.º 39. Luis Feria (1927-1998). *No menor que el vacío [poesía 1962-1988]*. Edición e introducción de Jorge Rodríguez Padrón.
- N.º 40. Justo Jorge Padrón (1943-2021). *Antología poética [1971-1988]*. Edición e introducción de Sebastián de la Nuez Caballero.

- N.º 41. Lázaro Santana (1940-). *Bajo el signo de la hoguera [antología]*. Edición e introducción de Eugenio Padorno Navarro.
- N.º 42. Eugenio Padorno (1943-2025). *Teoría de una experiencia. Metamorfosis [antología]*. Edición e introducción de Jorge Rodríguez Padrón.
- N.º 43. Juan Jiménez (1940-2019). *Itinerario en contra (1961-1975)*. Edición e introducción de Mariano Pérez.
- N.º 44. Isaac de Vega (1920-2014). *Conjuro en Ijuana*. Edición e introducción de Juan José Delgado Hernández.
- N.º 45. Rafael Arozarena (1923-2009). *Caravane. Poemas y prosas [antología 1959-1990]*. Edición e introducción de Juan José Delgado Hernández.
- N.º 46. Alfonso García-Ramos (1930-1980). *Guad.* Edición e introducción de Gregorio Salvador Caja.
- N.º 47. Juan-Manuel García Ramos (1949-). *Malaquita*. Prólogo de José Luis López-Aranguren Jiménez.
- N.º 48. J. J. Armas Marcelo (1946-). *El árbol del bien y del mal*. Edición e introducción de María Rosa Alonso Rodríguez.
- N.º 49. Luis León Barreto (1949-). *Las espiritistas de Telde*. Edición e introducción de Yolanda Arencibia Santana.
- N.º 50. Juan Cruz Ruiz (1948-). *Crónica de la nada hecha pedazos*. Edición y prólogo de Domingo Pérez Minik.
- N.º 51. Luis Alemany (1944-2025). *Los puercos de Circe*. Edición e introducción de Antonio Alonso.
- N.º 52. Nivaria Tejera (1930-2016). *El barranco*. Edición e introducción de Claude Couffon.
- N.º 53. Víctor Ramírez (1944-). *Cada cual arrastra su sombra*. Edición e introducción de Ángel Sánchez Rivero.
- N.º 54. Pilar Lojendio (1931-1989). *Poesía completa*. Introducción de Yurena González Herrera.
- N.º 55. Esperanza Cifuentes (1943-2002). *Buscando a B*. Introducción de María Teresa de Vega.
- N.º 56. Pino Ojeda (1916-2002). *Teatro*. Edición e introducción de Alejandro Coello Hernández.

- N.º 57. Elsa López (1943-). *El país de mi abanico*. Introducción de Sergio Barreto.
- N.º 58. Olga Rivero Jordán (1928-2021). *Antología*. Introducción de Roberto Cabrera.
- N.º 59. Verónica García (1967-). *Fuego de nadie*. Introducción de José Miguel Junco Ezquerro.
- N.º 60. Cecilia Domínguez Luis (1948-). *Doce lunas de Eros*. Introducción de Daniel Bernal Suárez.
- N.º 61. Silvia Rodríguez (1970-). *Provincia del dolor*. Introducción de Pedro Flores del Rosario.
- N.º 62. Isabel Medina (1943-). *La hija de abril*. Introducción de María García Rodríguez.
- N.º 63. Tina Suárez Rojas (1971-). *Yo amaba a Toshio Mifune*. Introducción de Blanca Hernández Quintana.
- N.º 64. María Rosa Alonso (1909-2011). *Papeles tinerfeños*. Prólogo de Juana González González.
- N.º 65. María Dolores de la Fe (1921-2012). *Las Palmas casi ayer, Las Palmas casi mañana*. Prólogo de David Pulido Suárez.
- N.º 66. María Joaquina de Viera y Clavijo (1737-1819). *Selección poética*. Prólogo de Victoria Galván González.
- N.º 67. Dolores Campos-Herrero (1954-2007). *La ciudad de los hombres solos*. Prólogo de Eduvigis Hernández Cabrera.
- N.º 68. Macarena Nieves Cáceres (1968-). *Fluidos de jade*. Introducción de Acerina Cruz Suárez.
- N.º 69. Ignacia de Lara (1880-1940). *Para el perdón y para el olvido*. Introducción de Inmaculada Egüés Oroz.
- N.º 70. Acerina Cruz (1983-). *Archivo de invierno*. Introducción de Macarena Nieves Cáceres.
- N.º 71. Victorina Bridoux y Mazzini (1835-1862). *Lágrimas y flores*. Introducción de Yara García Cordero.
- N.º 72. Belén Lorenzo Francisco (1980-). *Todo lo importante vuela [antología personal]*. Introducción de Zaradat Domínguez Galván.
- N.º 73. Agustina González y Romero (1820-1897). *Poesía*. Introducción de Yeray Rodríguez Quintana.

- N.º 74. Hilda Zudán (1900-¿...?). *La hora silente*. Edición literaria y estudio preliminar de Fran Garcerá; cronología de Victoriano Santana Sanjurjo.
- N.º 75. Juan José Delgado (1949-2017). *De un sabio antológico*. Edición literaria, estudio preliminar y cronología de Víctor Álamo de la Rosa.
- N.º 76. Josefina Plá (1903-1999). *Geografía-laberinto de perfecta soledad*. Edición literaria, estudio preliminar, cronología y glosario de Ángeles Mateo del Pino.³

3 Este número se realizó en dos fases: en 2023, estando al frente de la colección Blanca Hernández Quintana y formando parte de su comité asesor Isabel Castells Molina, Ángeles Mateo del Pino y María Eugenia Monzón Perdomo; y entre 2025 y 2026, cuando se publicó el título.

Aquí se encuentran reunidas las ensoñaciones de Josefina Plá, prolífica poeta, pero también narradora, que oteó desde muy temprana edad el horizonte desde, primero, el faro de isla de Lobos, y luego, desde «otro mundo al otro lado del mar».

Cada cuento de esta antología se ancla en un punto transatlántico entre Canarias, Paraguay e insularidades relativas a la mujer, a lo indígena y a lo subalterno. Lo dice Ángeles Mateo del Pino: «Mujeres en la historia y haciendo Historia, este es el sentido homenaje que Josefina Plá brinda a sus pares». Junto con su incursión en la prensa, en la docencia y en la cerámica, Josefina Plá se convierte en una figura clave en la renovación cultural y artística del Paraguay que nunca olvidó su condición insular.

Quien se adentre en este volumen, y una vez llegado al punto y final, dejará de tener un libro en sus manos: tendrá un ñandutí particular, transfronterizo y profundamente inspirador.

Katya Vázquez Schröder



**Gobierno
de Canarias**



**BIBLIOTECA
BÁSICA
CANARIA**

